

Los indómitos de la montaña

Dino Buzzati

Traducción de Amelia Pérez de Villar



Lectulandia

«Recuerdo la mañana de un lejanísimo septiembre, cuando por primera vez tomé contacto con los famosos Dolomitas. Yo tenía quince años y la montaña se me había metido ya muy dentro, casi como un amor obsesivo». Nacido en los Dolomitas, Dino Buzzati amó las montañas durante toda su vida. Valiente montañero, vivió las alturas de una manera especial y existencial convirtiéndolas en un elemento esencial de su arte: las montañas recorren con frecuencia sus novelas, sus cuentos y sus pinturas enigmáticas e incluso su prosa periodística, con razón considerada una obra literaria. En la presente antología se recopilan artículos, relatos y extractos de sus diarios, textos que nos ofrecen un retrato de la cambiante sociedad italiana entre los años treinta y setenta del pasado siglo a través de sus héroes y de algunas hazañas memorables, como la conquista del K2 o del Cervino. Sus escritos nos devuelven toda la magia de las grandes cimas a través de la pluma de un escritor que las amó como ningún otro.

Dino Buzzati

Los indómitos de la montaña

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2022

Título original: *I fuorilegge della montagna*
Dino Buzzati, 2010
Traducción: Amelia Pérez de Villar

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Prólogo

Recuerdo la mañana de un lejanísimo septiembre, cuando por primera vez tomé contacto con los famosos Dolomitas. Yo tenía quince años y la montaña se me había metido ya muy dentro, casi como un amor obsesivo. Resegone, Corni di Canzo y los Prealpes de mi querida Belluno habían sido suficientes para obrar el milagro. Después de interminables discusiones con mi madre conseguí el permiso y el dinero necesarios para abordar una escalada en serio... ¿En serio? ¡Pero si iba a hacer el Becco di Mezzodì, por encima de Cortina, por la vía normal! Figúrense... Ahora, cuando lo pienso, hasta me río.

Pero en aquel momento sentía una emoción inmensa. Cuántas noches me había quedado hasta tarde recorriendo con la guía de Berti una *croda*^[1] tras otra, decenas de ellas, las más famosas, y escalándolas con la imaginación: ya conocía de memoria las vías de ataque, las lanchas, los rellanos, los canales, las crestas, las horquillas... Mi imaginación transformaba las rocas más insignificantes en vertiginosas obras arquitectónicas. La prosa de Berti, que incluso en las descripciones técnicas lograba representar las cimas como si fueran personajes de ficción, me hacía subir por paredes conocidas y temidas: había momentos en que la ilusión era tal, sentía tal miedo de aquellos abismos espantosos, que hasta me faltaba el aliento.

Naturalmente, iría con un guía: de no ser así mi madre nunca me habría dado permiso. En aquellos tiempos, ya remotos, el guía parecía el único custodio legítimo de las montañas. Resultaba inconcebible afrontar aquellos peligros sin guía, al menos para un muchacho de buena familia como yo. El mío era un guía de viejo cuño que tendría ya cincuenta años y que —recuerdo— intentaba convencerme de que hasta los cincuenta años un hombre no alcanza su máximo potencial, cosa que a mí me dejaba pasmado. Él fue quien me propuso que comenzara por Becco del Mezzodì para abrir boca, porque tenía una subida breve y sin pasos complicados, y sin embargo era una ruta típica de los Dolomitas. Croda da Lago, que en la guía de Berti exhibía la

fascinación de una severidad legendaria, quedaba reservada para el día siguiente.

Estaba tan impaciente que hice lo que pude por anticipar la partida. Era una mañana preciosa, sin una nube, y a las ocho ya estábamos en camino. Avanzábamos por el amplio sendero que lleva hasta la horquilla de Ambrizzola. La verdad es que podríamos haber salido después de mediodía, porque de todos modos nos sobraba tiempo.

¡Qué orgulloso estaba yo, que no era más que un chaval todavía, de contar con un guía! Seguramente presumí un rato ante los turistas que atestaban el refugio: en mi cabeza, algo arrogante y aventurera, cien veces más que un soldado de fortuna. El que iba con un guía participaba de su arrojo, se parecía a él y pertenecía a su mundo, aunque solo fuera por la comunión que se establece con la cuerda.

Hasta el asunto de la cuerda me emocionaba. Era algo que nunca había sentido. Al final del día, en el refugio, miraba a mi alrededor y compadecía en mi interior a todas aquellas larvas mediocres de turistas que se contentaban con ir de una cabaña a otra. Cuando entró mi guía y colgó de un gancho el rollo de cuerda, todas las miradas se volvieron hacia él —era la hora del almuerzo— y yo me sentí envidiado. La cuerda significaba vértigo, abismo, no sé cuántas cosas más, prohibidas y fascinantes. Durante toda la tarde me sentí envuelto en una curiosidad difusa, y hubo uno que me preguntó: «Entonces, ¿hacéis cordada?». Yo le respondí que sí con fingido desdén, como si fuera para mí una antigua costumbre.

Solo había dos que no nos hicieron el menor caso: ni a mí, ni al guía, ni a la cuerda. Eran dos jóvenes —tendrían dieciocho o diecinueve años— ataviados de un modo bastante deslucido. Uno era muy flaco, con el rostro afilado y de una extraña vivacidad; el otro, todavía adolescente, macizo y musculoso. Recuerdo que estaban sentados a una mesa jugando al ajedrez. Cuando entramos el guía y yo fueron los únicos, repito, que no se giraron. ¿Es que nos habían visto por la ventana cuando entramos y lo habían hecho aposta para restarme satisfacción? Yo, estúpido perdido, experimenté un sentimiento de desprecio hacia ellos. Pensé que serían estudiantes que estaban de vacaciones: un par de empollones de esos que no tienen ni idea de picos, de escaladas ni de cuerdas; excluidos, en definitiva, de aquel paraíso en el que yo estaba a punto de entrar.

Pero a la mañana siguiente, temprano, cuando emprendíamos el ascenso a la horquilla de Ambrizzola, contemplaba el rollo de cuerda que el guía llevaba colgado en bandolera: se movía con un curioso vaivén que marcaba el ritmo

de nuestro paso lento. Entonces me di cuenta de que venían tras nosotros dos que acababan de salir del refugio. Todavía estaban lejos, a unos quinientos metros de distancia, pero caminaban con un paso más vivo y, poco a poco, se iban acercando. Al final los reconocí: eran los dos estudiantes empollones que había visto la tarde anterior jugando al ajedrez.

Nos alcanzaron poco antes de la horquilla, en el lugar donde se abandona el largo sendero para iniciar el ataque por los taludes. «Buenos días». «Buenos días». Era un saludo normal entre gente que se encuentra por la montaña, cortesía que hoy, quién sabe por qué, se practica cada vez menos. Les pregunté:

—¿A dónde van?

El flaco hizo una señal con la cabeza.

—Allá arriba —dijo—. Al Becco.

Me quedé, lo confieso, un poco tocado. Que dos estudiantes, aunque fuesen mayores que yo, se permitiesen el lujo de intentar ellos solos el mismo ascenso que yo iba a hacer con un guía, una escalada que durante meses y meses había saboreado hasta el punto de convertirse casi en una obsesión, me mortificaba.

Lo extraño era que, aparentemente, no llevaban cuerda. O tal vez la llevaban escondida, dentro de una de aquellas dos enormes mochilas. No sé: no tuve valor para preguntárselo.

Entretanto nos adelantaron y se adentraron por un sendero apenas marcado que se podía entrever por el talud.

Pero en un momento dado abandonaron también ese remedo de vereda y giraron a la izquierda.

Entonces mi guía les gritó:

—¡Eh, chicos! ¡Tened en cuenta que el ataque está por este lado! —y señalaba el montón de piedras que teníamos sobre nosotros.

El segundo de los muchachos se giró entonces, respondiendo:

—Es que nosotros vamos a ir por la chimenea.

Y se alejó junto a su compañero.

Mi guía se encogió de hombros. Yo le pregunté:

—¿Qué chimenea? ¿La de Barbaria?

A fuerza de leer la guía de Berti me sabía de memoria todas las vías de los Dolomitas de Cortina.

—Menudas cabezas locas —respondió—. Te apuesto algo a que esta tarde tenemos que ir a buscarlos.

Así que aquellos dos chavales de aspecto inofensivo iban a intentar una escalada que hoy no impresiona a nadie, aunque no deja de ser un cuarto grado puro, pero que en aquel tiempo me parecía tabú.

Y allá arriba, por encima de nosotros, a mano izquierda, la negra hendidura que ascendía entre las paredes verticales desde la base hasta la cumbre con siniestra sinuosidad, con los bordes en extraplomo aquí y allá, exhibía por todas partes concavidades tenebrosas que parecían perderse en el corazón de la roca.

El gesto de aquellos dos muchachos me pareció un sinsentido: iban a acometer sin guía una escalada clásica y dura, de esas que al caer la noche se comentaban en los refugios con reverencia y respeto. Era un desafío presuntuoso, algo así como violar una regla o subvertir una ley.

Sentí rabia. ¡Si no eran más que dos novatos! Si me comparaba con ellos mi empeño parecía una empresa ridícula, una broma para señoritas. Y pensar que hasta poco antes había estado tan orgulloso de ello...

En mi corazón, que será abyecto pero es así, imaginé que aquellos dos, tras una breve cata de las rocas, se descornarían al caer patas arriba o que a la mitad de su ascenso se quedarían atrapados y habría que formar en Cortina una expedición para rescatarlos.

Al cabo de un rato coronamos la cima sin dificultad. Oíamos cada vez más cerca las voces de aquellos dos al otro lado, donde el abismo se hacía más profundo; al ver asomar el gorro rojo del delgaducho —seguido por su cara sonriente— por una suave brecha al borde del precipicio, me di cuenta de que mi rabia no era más que envidia. Y de repente me ocurrió algo que no me había sucedido nunca: me di cuenta de que subir por una pared o por un glaciar agarrado a una cuerda y protegido por un guía es algo muy hermoso, y que los guías, todos y cada uno de ellos, son hombres magníficos y dignos del máximo respeto; pero también vi que mientras uno lleva un guía delante, un guía tan fuerte y valiente que reduce al mínimo el riesgo de dejarse la piel, el alpinismo no se experimenta en toda su extensión, no proporciona al hombre todo lo que podría proporcionarle, y que el auténtico alpinismo es confiar solo en las propias fuerzas, ir en pos de esas catedrales de rocas, de esos glaciares amenazadores e impenetrables, sin ayuda de nadie.

Hoy en día este desdén se ha atemperado. En aquellos tiempos —hablo de hace cuarenta años— entre el alpinismo con guía y el alpinismo sin guía había un abismo. Y los que iban sin guía —que, al menos entre nosotros, se contaban con los dedos de una mano— daban la impresión de ser jóvenes

airados, rebeldes, subversivos, revolucionarios, chavales con la cabeza caliente, indómitos, chalados de los que había que mantenerse alejado.

A partir de aquel día los académicos —y mientras recorría las montañas me dio la impresión de que me cruzaba con varios— fueron para mí algo extraordinario e inalcanzable. Yo era un muchacho, estaba empezando, pero intuí con profundo disgusto que nunca, jamás, llegaría a tener tanta fuerza, tanta seguridad en mí mismo, tanta independencia, tanta energía moral, como para medirme con la montaña yo solo.

Después tuve la ocasión de conocer a alguno de esos académicos, con los que trabé amistad, y la fortuna de ir de escalada con ellos: escaladas bastante difíciles, por cierto. Y cuando al regresar nos preguntaban los guías qué habíamos hecho, siempre sacudían la cabeza ante la respuesta y yo me sentía feliz, con una felicidad ingenua. Pero me engañaba: escalaba con los académicos, pero no era uno de ellos. No era más que un huésped, un peso muerto. Mi relación con ellos era, en el fondo, la misma que había tenido con el guía.

He escalado unas cuantas montañas en mi vida. Por lo general, modestas. Pero las horas que me parecen más bellas y apasionantes en el recuerdo son, sin duda, las que me han hecho vivir, recorriendo fisuras, lanchas y aristas, mis amigos los académicos de Belluno.

Ahora que yo soy casi un viejo y aquellos amigos de entonces se han dispersado por aquí y por allá, o que hace tiempo que han dejado la montaña, ahora que regreso solo, de cuando en cuando, a mis *crode*, pero siempre bien protegido por una cuerda y por un paciente guía alpino certificado, se ha vuelto vivo y amargo el pesar de no haber tenido valor suficiente, de no haber sabido luchar en solitario, de no haberme empleado a fondo para poder ser como uno de ellos. O, al menos, parecido.

Ahora es demasiado tarde, pero al mirar atrás con melancolía entiendo cómo solo a ellos —al cabeza de cordada, a los guías, a los académicos y a aquellos que, sin tener una titulación reglada, pertenecen aún a esa intrépida familia— les ha revelado la montaña sus secretos más íntimos y mejor guardados: a ellos, y no a los infelices como yo, que han tenido miedo.

De I cento anni del Cai,
Edizione Cai, Milán, 1963.

Capítulo I

Hombres

¿Ese corazón infatigable dejará un día, de pronto, de latir, en medio de una pendiente helada? ¿O será él quien tire la toalla de una vez y se quede en casa viviendo un amargo ocaso, rodeado de recuerdos felices?

El incombustible Ghiglione perece en un accidente automovilístico

Tita Piaz

Piaz, el «rebelde» de los Dolomitas

Tita Piaz ha conocido un trágico final, y no ha sido precipitándose desde una pared: ha encontrado la muerte al caer de una bicicleta, algo que podría sucederle a cualquier chiquillo. A quien no le haya conocido esto podría parecerle una cruel ironía, pero da la sensación de que hasta en esa manera de acabar su vida, singularísima y genial, ha permanecido Piaz fiel a sí mismo. Ha procurado una última sorpresa —si bien es cierto que, en esta ocasión, ha sido una sorpresa dolorosa— a sus innumerables amigos y se ha rebelado, como hizo durante toda su existencia, contra las frases hechas, los convencionalismos y los lugares comunes que, posiblemente, habrían querido para él una muerte «en la belleza», despeñándose desde las Torres del Vajolet

o bien en la cama de la vieja casa de Pera di Fassa, rodeado de los trofeos de sus gestas.

Decimos esto porque si Piazz fue, sin duda, uno de los mayores pioneros del alpinismo moderno sobre roca y uno de los mejores guías que la montaña haya conocido, su fama excepcional —incluso fuera del círculo de los escaladores— nace sobre todo de la desconcertante fascinación que provocaba su aspecto humano: generoso, heterodoxo, excéntrico, excesivo y muy noble. En comparación con él los guías alpinos de viejo cuño, clásicos, austeros y afables, parecían figuras casi descoloridas. Las mujeres de Pera comentaban en voz baja que tenía un pacto con el diablo, porque de otro modo no se podía explicar cómo volaba con tal temeridad sobre los extraplomos de las Torres del Vajollet, su reino indiscutible. Su perro se llamaba Satanás... Los «señores» ya no eran clientes a los que hubiera que tratar con respeto; ya no eran, en la primera subida, los *condottieri* de la empresa, los que la concebían e indicaban qué ruta seguir. El «señor» era él: él mandaba, él decidía la cima, el itinerario y la hora de salida. Y si a la cuerda se podía agarrar el ambicioso turista, era solo porque él era benévolo. Dedicaba la Punta Emma (enfrente de las Vajollet) a la ayudante de cocina de algún refugio; trataba de tú —y cubría de insolencias, si en los puntos complicados desistían de subir— a príncipes herederos y a ministros. A un archiduque de la casa de Habsburgo le gritó, mientras tiraba de la cuerda: «¡Arriba, rinoceronte!». «¡Carroña, criatura infame, cabra!», berreaba a una señorita que se había quedado atrapada bajo el tristemente célebre paso de Winkler. Y a pesar de todo fue uno de los hombres más queridos: apartado e incluso perseguido por las autoridades (conocía al dedillo las prisiones de Cecco Beppe, de Vittorio Emanuele y de Hitler), era popularísimo entre los habitantes de los valles y los alpinistas de todo el mundo. Preuss, Guido Rey, los reyes Alberto y Leopoldo de Bélgica, Ugo de Amicis o Amadeo de Saboya-Aosta se mostraron orgullosos de ir con él en cordada.

A los cincuenta y tres años, tras haber ridiculizado a «superhombres de sexto grado» capaces de superar los extraplomos más insensatos a base de clavos, quiso demostrar que no era una zorra ante las uvas y entonces se transformó él también en superhombre, trazando vías de extrema dificultad y utilizando la técnica de la «cuerda en tijera». Y nunca se relajó, a pesar de los contratiempos inevitables de la edad: el verano pasado, incluso, volvió a escalar y siguió recorriendo todo Trentino y el Alto Adige en bicicleta o en motocicleta. Su primera subida —las angustias de aquella expedición se narran con gran viveza en su autobiografía, publicada recientemente y titulada

Mezzo secolo di alpinismo^[2]— fue el Catinaccio por la vía del canalón: tenía entonces diecisiete años. La misma vía del Catinaccio la volvió a hacer a los setenta y ocho^[3]: fue su último encuentro con las cumbres.

Su rostro chato, todo surcado ya a esa edad por profundas arrugas, aquella máscara guasona y humanísima que asustaba a los chicos y fascinaba a los grandes, ha quedado inmóvil para siempre. Estamos seguros de que hasta ayer mismo, viendo cómo la muerte venía a su encuentro, compuso una de sus mefistofélicas sonrisas. Inteligente y agudo como era, habría pensado muchas veces en este momento fatal, pero no podía contradecirse: tal vez le pareció que ante él se levantaba de pronto la pared más terrible que hubiera visto jamás, toda llena de oscuros extraplomos, de miles y miles de metros de altura. La pared que tenía destinada, a fin de cuentas. Y Piaz fue a su encuentro.

Corriere d'Informazione,
7-8 de agosto de 1948.

Tita Piaz

Muere en una bicicleta el escalador de los Dolomitas

En el refugio que hay bajo las Torres de Vajolet Tita Piaz, vieja gloria, sacó de un trastero unas cuerdas suyas, antiguas, todas enredadas. La hija salía de la cocina cargada con dos soperas.

—¿Así que mañana vas a escalar? —le preguntó.

Él se detuvo y la miró de soslayo, como cuando estaba a punto de montar en cólera.

—¿Y a dónde quieres ir? ¿No ibas a subir a la *croda*? ¿No me habías dicho que ibas a subir a la Winkler con el profesor?

—¿Y si así fuera? ¿Qué es lo que no encaja?

—Figúrate: como para discutir contigo...

—¿Y eso? ¿Qué quieres decir? ¿Que estoy loco? ¿Que tendría que dejarlo? ¿Que a los sesenta y ocho años ha llegado ya la hora de estar quieto? Ya lo sé. Vosotros... no es la primera vez que tengo que oír estos responsos. ¡Un cadáver, eso es lo que soy!

Se calentaba aún más. Al otro lado, al oír sus gritos, los turistas habían dejado de hablar. La hija salió con las soperas.

—¡Malditas cuerdas!

Ahora la tomaba con las cuerdas, que se habían enredado una con otra. Cambió de idea, las tiró en un rincón, cogió una gruesa podadera y salió a la calle.

Corrió hacia los taludes. Oyó que alguien le llamaba pero ni siquiera se giró a mirar. Pensaba bajar al bosque a cortar una rama: hacía tiempo ya que la mesa de la cocina necesitaba una pata nueva.

Pero ¿no era aquella una excusa ridícula? ¿La verdad no era, en el fondo, que necesitaba estar solo? ¡Y pensar que al día siguiente iba a ser una jornada extraordinaria, de la que hablarían hasta los periódicos! ¿No estaba emocionado?

Unos meses antes había escrito a B., el profesor, viejo alpinista y amigo, más o menos de su misma edad, diciendo: «Tengo que informarte de que físicamente me encuentro de maravilla y espero ser cabeza de cordada en la subida a las Torres hasta los ochenta años, así que me quedan doce todavía. El verano próximo se cumplirán mis bodas de oro con la Torre de Winkler. Un día, en verano, tendrías que venir a mi casa. Daríamos los dos, veteranos de un pasado radiante, una prueba última y definitiva del valor de antaño. ¿Te falla la ambición? ¿Qué te parecería que hiciéramos juntos las Torres al claro de la luna, con ciento cuarenta años a la chepa?».

Eso le había escrito. Y el profesor B. se tenía que reunir con él aquella misma tarde. Esa noche saldrían del refugio tras ponerse el sol y escalarían las tres Torres bajo la luna.

En ello pensaba mientras saltaba de piedra en piedra, en las profundidades del cañón. La cabeza le ardía al sol. Se pasó por ella una mano y sintió los cabellos hirsutos y calientes. Empezaba a hacer calor.

Se detuvo. Allá arriba hablaba alguien. Era un grupo de cuatro o cinco jóvenes que subían por el camino de herradura. Había una muchacha en traje de baño. Se le veían las piernas quemadas por el sol, pero a aquella distancia no distinguía su rostro.

¡Bajo la luna! Aunque subieran de día, habría sido lo mismo, ¿no? El profesor B. era viejo y había vivido siempre en la ciudad: de ninguna manera podía tener ni el aguante ni la fuerza que tenía él, Tita Piaz. Y tener que andar tirando de él de noche, por aquellos caminos helados, y con el tiempo tan inseguro... ¿no era una imprudencia? Nada, era mejor subir de día. Pero ¿era

el profesor el que le preocupaba realmente? ¿O era una especie de miedo lo que sentía?

Se detuvo de nuevo. Contempló su propia sombra sobre las rocas blancas. Siempre la misma, sí. ¿No era, a fin de cuentas, la misma silueta de treinta o cuarenta años atrás? Del bosque, ya cercano, llegó un sonido: un silbido quedo, en sordina, como una señal. Miró a su alrededor, pero todo estaba en calma.

¿Miedo, él? Ni del demonio. Pero mejor ir con sol, porque es mucho más animado. Pasan lentamente, hacia el sur, las nubes altas y blancas, solitarias: nubes de buen tiempo. Un golpe de viento produce un ruido especial en el canalón, como un suspiro.

Desde ese punto la Torre Winkler se ve de perfil, bellísima. ¿Cuántas veces la habrá escalado? ¿Quinientas, seiscientas? No hay nada en el mundo que sea más «suyo», ni siquiera sus hijos, ni siquiera su casa.

Se sacude, reanuda el descenso, ha llegado ya a las primeras praderas, donde acaba el bosque. Y entonces, otro silbido: breve, sordo, como de advertencia. No, las marmotas no silban así; además, por ese lado no hay marmotas. De pronto le parece que algo se mueve tras él, en lo alto, lo ve por el rabillo del ojo. Nada. Una ilusión óptica: al cambiar de posición las nubes parece que también las cimas se mueven. Por un momento le había parecido incluso que la Torre Winkler caminaba. ¡Qué colores tan curiosos tiene! Se ha vuelto clara, casi lívida. Pero qué raro: le había parecido que se movía.

¿Y por qué continúa pensándolo? Sería capaz de escalarla con los ojos cerrados. Aunque lleva dos años sin hacerlo, tiene en mente la ruta piedra a piedra. No podría olvidarla ni aunque quisiera.

Silencio. ¿Y cómo es que reina un silencio como ese? Piaz se sienta sobre una piedra. ¿Y si en el tristemente célebre paso de Winkler la mano derecha no encontrara asidero? ¿Y si alguien lo hubiera cortado? Hay superhombres de esos muertos de envidia que a golpe de martillo destruyen los buenos asideros para que nadie pueda pasar después de ellos. ¿Y poner un anclaje de seguridad antes de lanzarse? Pero ¡si no hay sitio para poner clavos en esas paredes! Toda la roca está lisa.

Habrá recorrido ese paso al menos quinientas veces. Podría hacerlo con los ojos vendados: basta con avanzar despacio. Claro que, a su edad, no podrá volar. ¿Y qué se le ha pasado por la cabeza a ese viejo loco, para aceptar la propuesta? Ya podía quedarse tranquilo el profesor, y no volver aquí a buscar problemas. Ahora seguro que no se echa atrás, de ninguna manera. Y toda la

culpa es suya, de Tita, con esa manía que tiene de desconcertar al mundo a toda costa.

Pero ¿culpa? ¿Por qué? ¿Culpa de qué? ¿Qué podría sucederle? Ya verán los jovencitos lo que se puede hacer a los setenta años cuando uno es Su Majestad Piaz.

Otra vez el silbido de antes. Esta vez, prolongado, quejumbroso, con un toque burlón. Y ya no venía del bosque sino de lo alto, como si alguien le llamara desde muy lejos.

Y de golpe le cae encima un peso, siente una náusea, la pérdida. Por eso la Torre ha cambiado de cara de pronto, y se mueve. Las paredes ya no están inmóviles como murallas: ahora se diría que se mueven como un toldo. Y por el último pico asoma una cabeza encapuchada que se balancea y sube poco a poco. Ya no es «su» Torre, la que él ha poseído metro a metro, sino un extravagante pináculo nunca visto, oscilante y horrendo.

¿Se siente mal? Ahora recuerda haber visto el mismo espectáculo aterrador hace años, un día que intentaba escalar la cara norte del Campanile Toro. Se había quedado atrapado en una fisura en extraplomo y no conseguía avanzar. Había intentado dos o tres veces salir del atolladero, pero todas ellas sentía que algo tiraba de él hacia abajo y le hacía perder el equilibrio. Al mirar hacia abajo había visto, a increíble distancia, justo debajo de donde se encontraba, los taludes quietos bajo el sol; en medio, una figura que se movía lentamente: parecía un hombre envuelto en un gran abrigo gris, delgado y de altura desproporcionada. Y movía despacio la cabeza dirigiéndose a él, a Piaz, que estaba a punto de despeñarse. Se dio cuenta de que era la muerte. Con precaución infinita, sin decir nada a su compañero de cordada, había vuelto a bajar. Y en cuanto alcanzó el rellano la misteriosa figura desapareció.

—¡No, no! —comenzó a gritar.

No puede ser, pero hasta la Torre de la izquierda, que ya no es suya, continúa oscilando. Y él, el famoso salvaje Pavarin, es pequeño como un niño. Dios mío, ¿qué va a pasar mañana? Un leve zumbido de mosquitos es lo único que se oye en toda la montaña.

—¡Pavarin! ¡Pavarin! —oye que le llaman.

La voz se acerca. ¿Habrá llegado ya ese loco del profesor?

—¡Pavarin!

Siguen llamándole. Un chaval asoma la cabeza por el camino de herradura. Le reconoce. Es su nieto.

—¡Pavarin! —grita—. ¡Un telegrama!

¡Un telegrama! Tita se pone en pie de un salto, tira la podadera y empieza a subir por el talud. ¿Y qué razones tiene para ponerse tan contento?

—Espero que no sea del profesor —dice en voz alta aunque nadie le oye y ríe, ríe como un loco.

Se detiene, grita al muchacho:

—¿A qué esperas para ponerte en marcha? ¡Tráeme ese telegrama!

Lo lleva en la mano. Lo abre. Es del profesor: «Indisposición. Obligado a retrasar mi visita. Lo siento muchísimo». ¡Cómo resplandece al sol el papel amarillo!

Mira al muchacho e intenta averiguar lo que piensa. Pero el muchacho no respira.

—Mañana no hay Torre que valga —le explica—. El profesor no viene. Avisa tú al refugio, que yo bajo al pueblo: tengo que ver a los albañiles. Bueno, pues ya iremos nosotros uno de estos días: iremos a la Winkler. Irás tú de cabeza de cordada... y tendrás que subir a este demonio.

Ahora sí que no siente los años que tiene encima. Vuela por los prados. Qué sol. En el bosque cantan los pájaros. ¡Salvado! Se gira una vez más, un instante, para echar una ojeada a la Torre: ahora está quieta, indiferente, nada ha cambiado. ¡Salvado! Piensa en los días venideros, en las obras para ampliar la casa, en el nuevo libro que casi ha terminado de escribir. Y en las montañas, sí, naturalmente: también en las montañas. Pero no mañana: otro día, cuando no anden por ahí los espíritus saltando por las cumbres. ¿Cuántos años ya? ¿Doce? ¿Veinte? Mañana faltará a la cita con la muerte.

En la cabaña coge la bicicleta. Sigue bajando por la carretera. No hay nadie. En plena tarde, el aire le silba en las orejas con placentero susurro. No se ve un alma. ¿Es posible que con este día que hace no haya nadie por aquí?

Otro silbido más, como los de antes. No. Tiene que haberse equivocado. En una curva, entre las ramas, se ve la Torre. Se ha hecho pequeña, por la distancia: pero resplandece.

—¡Ah, qué viejo soy! —dice, satisfecho, en voz alta.

—¡Pavarin! ¡Pavarin! —una voz sutil, casi angustiosa, le llama—. ¡Pavarin! —otra vez. Viene del bosque. Él gira la cabeza, escrutando entre los árboles.

Pero la rueda delantera choca de costado contra un pedrusco desprendido de la orilla. Vuela. Ten cuidado con cómo caes, Pavarin.

Paz. Algo ha caído ante sus ojos. No consigue moverse. Es como si tuviera un peso enorme sobre la cabeza. Y un zumbido en lo más profundo de los oídos, como una rueda que gira con fatiga. Después lo ve: las montañas se

van precipitando una detrás de otra. Le rodean, solitarias e inmensas, con sus chimeneas negras y torcidas que se extienden formando un oscuro baldaquín, las columnatas en punta, los extraplomos rojos por los que discurre el agua, las crestas deshechas, las aristas curvadas con perfiles inquietantes que recuerdan cabezas con nariz y boca, casi humanas. Las reconoce, una a una: son sus criaturas. ¿Por qué han llegado así hasta allí, tan de repente? Estas ceremonias se usan con el que está a punto de morir, pero él tiene todavía tantos años por delante... Las paredes se van hundiendo poco a poco, como si él estuviera emprendiendo el vuelo sin tocarlas. Después queda solo la paz del bosque, aquellos susurros. Pero ¿qué sucede? ¿Por qué no viene nadie a ayudarlo? ¿Por qué el silencio?

L'Europeo,
23 de agosto de 1948.

Emilio Comici

Una emboscada miserable destruye el arte prodigioso de Comici

El 19 de octubre de 1940, en Selva di Val Gardena, aquel que —después de Preuss— ha sido probablemente el escalador más grande y genial que haya existido, fue a dar un paseo con tres amigos y una señorita. Los tres amigos querían ejercitarse en roca y él les condujo a una pequeña pared en el fondo de un vallecillo donde se podía practicar discretamente: una roca de unos cincuenta metros, sobre la cual se extendían bosques y prados. Los tres amigos formaron cordada y comenzaron a subir. Al quedarse a solas con el gran escalador, la señorita dijo que ella también quería probar. No había otra cuerda, así que él buscó en la mochila del amigo: encontró tres cuerdas pequeñas, viejas, de las que se utilizan para los descensos con cuerda doble. Las juntó y así pudo asegurar de la mejor manera a la muchacha. Naturalmente, con aquel cordel no se atrevió a llevarla a lugares difíciles.

Aparecieron en un rellano herboso, casi en la cima del peñasco. Sobre el rellano había un desnivel de roca no muy pronunciado, pero vertical. El hombre lo superó sin esfuerzo, casi sin pensarlo. Pero cuando estuvo arriba se dio cuenta de que era inútil hacer subir a la joven inexperta y con una

protección un poco... «a la garibaldina». Le dijo que podía soltarse, que estaba asegurada. Y con las cuerdas él emprendería el descenso para regresar al rellano.

Y eso hicieron. Cuando tuvo agarradas las cuerdas rodeó con una de ellas un pequeño saliente y se colgó para probar su resistencia. La cuerdecilla resistía. Entonces se abandonó al vacío para descender, y el cordel se partió.

El hombre cayó al vacío. Cuentan que, durante sus entrenamientos, solía ejercitarse también en la caída o, mejor dicho, en los vuelos que con demasiada frecuencia sufren los cabezas de cuerda del sexto grado. Lo importante era despegarse de las rocas para caer de pie cuando la cuerda, sujeta por un clavo o por un compañero, quedara en tensión. Lo malo era quedarse pegado a la pared, porque así uno podía golpearse contra cualquier saliente.

En fin: dicen que mientras bajaba volando —esta vez sin esperanza alguna de que lo sujetara un compañero—, con la presencia de ánimo y la perfección de movimientos que hubiera podido exhibir en un gimnasio sin riesgo alguno, iba haciendo alternativamente con brazos y piernas el gesto de apartar de sí la roca. Era consciente de que su única salvación era tratar de caer en un prado o sobre una pendiente de grava. Un golpe directo con la roca habría tenido consecuencias fatales.

Al fin cayó sobre la hierba. Pero había sido un vuelo de cuarenta metros, y el golpe le causó la muerte.

Hay en este final de Emilio Comici una conjura tal de circunstancias adversas, un juego tan mezquino de la fatalidad que aún hoy, cuando uno piensa en ello, siente una punzada de rebelión. Hay que tener en cuenta una cosa: por mucho que se atreviera a hacer acrobacias que ningún otro había intentado antes, Emilio Comici era un alpinista muy prudente que no se avergonzaba en absoluto de plantar un clavo de seguridad en un tercer grado si la roca no le inspiraba confianza. Precisamente el exceso de control era una característica de su técnica, además de uno de sus grandes secretos. Y la primera vez que fue no imprudente, porque no puede llamarse así, pero sí menos cauto de lo habitual —y parecía en todo caso una imprudencia de nada, casi ridícula, en aquella pequeña pared de entrenamiento que hubiera podido ascender con los ojos vendados— la muerte le esperaba presta. Así fue como esta innoble trampa destruyó a una de las personalidades más fuertes, originales y fascinantes que hayan pisado jamás el escenario de los Alpes. Hace apenas diecisiete años de su muerte y Comici se ha convertido ya en una leyenda.

No era un montañero de cuna. Natural de Trieste, Comici trabajaba en los Almacenes del Puerto cuando empezó a pensar en la montaña. La montaña no tardó en atraparlo por completo. Delgado y no muy alto, era un atleta perfecto. Pero lo importante no eran sus músculos. En poco tiempo se convirtió en un fenómeno. Además fue pionero y maestro de sexto grado y elevó la técnica de la llamada escalada artificial a cotas que parecían irreales. Nunca se había visto a un hombre superar un techo horizontal de la misma manera que lo hacen las moscas. Cuando el *Domenica del Corriere* publicó una serie de fotografías de una de sus maniobras, hubo un coro de protestas: no era de recibo —escribió un buen número de lectores— maltratar así la buena fe del público con un truco fotográfico. Y desde luego, razón no les faltaba: la hazaña era casi inverosímil.

Comici hacía las maniobras más complicadas y aparentemente más sofisticadas —y esto era lo verdaderamente maravilloso— con una elegancia, una ligereza y una armonía de movimientos que resultaban fascinantes. Él mismo, un alma sensible que tocaba bien el piano y al que se podría definir como un intelectual de la montaña, consideraba la escalada como un auténtico arte, un arte propiamente dicho. Y como tal la practicó, en cualquier caso. Tras haberle visto trepar por los extraplomos con la levedad de un gracioso insecto, todos los demás escaladores, por osados que fueran, parecían armatostes pesados y sin gracia en comparación con él.

De tan sorprendente osadía nacieron sus grandes hazañas, maravillosas no tanto por su audacia sino por la rigurosa belleza de su concepción (la línea vertical absoluta que va de la base a la cima corresponde, en alpinismo, a la perfección estética). Basta citar la cara norte de la Grande di Lavaredo, la famosa arista amarilla de la Pequeña, o la arista noroeste de la Pequeña: tres obras de arte que, en cierto sentido, serán inmortales.

Pero este arte se ha ido con él. Nos quedan los datos técnicos de sus innumerables «primeras veces»; se conservan, en fotografías y con una línea trazada, sus itinerarios alucinantes; nos queda algún cortometraje rodado por un amigo en las paredes de Val Rosandra. Y a pesar de todo, nada de esto es suficiente para recordarle dignamente.

Severino Casara, alpinista, escritor, director de cine y gran amigo suyo, que iba en la cordada con la que Comici realizó su último gran logro —el Campanile del Sassolungo, que ahora lleva su nombre—, llevado casi por una especie de rebelión contra la crueldad del destino, ha consultado con gran paciencia y tenacidad a todos los amigos y compañeros del desaparecido en un intento de llevar a cabo un empeño en el que nunca se embarcó un

alpinista ni, probablemente, ningún otro hombre: reconstruir, a base de fotografías, el prodigio que fue Emilio Comici sobre la roca; darle, dentro de los confines avaros de la página, una especie de segunda vida. Y ha salido un libro magnífico desde el punto de vista editorial (*L'arte di arrampicare di Emilio Comici*^[4], de Hoepli Editore), pero sobre todo un libro singular e impresionante.

Hay una parte de texto, relativamente breve, llena de noticias interesantes y de áspera nostalgia; pero el resto son fotografías de gran formato que muestran la belleza de páginas ilustradas, todas sobre el mismo tema: Comici. Un tupido martilleo, minucioso y casi obsesivo, de imágenes, meticulosas descripciones y pasajes, acrobacias, maniobras, virtuosismo practicado sobre precipicios altamente disuasorios, imágenes que en determinado momento consiguen provocar una sensación verdaderamente extraña. Hay un punto en el que parece que Comici está ante nosotros, aún vivo, y escala, irresistible, un extraplomo tras otro sin mostrar la más mínima fatiga, con su estilo fluido, inspirado, musical. Es posible que ni siquiera una película pudiera provocar un efecto como ese, pues aquí interviene nuestra fantasía. Y nos parece oír aún su curiosa voz en falsete, percibir el halo de misteriosa y romántica melancolía que le acompañaba siempre. En ese monumento iconográfico, entre tantas imágenes que narran la desafortunada historia de un héroe, solo dos o tres resultan forzadas o poco convincentes vistas a la luz del recuerdo: aquellas en las que se ve a Comici reír con la despreocupación de un muchacho.

No era despreocupado. Evidentemente, algunos días se habrá reído Comici, habrá gastado bromas, habrá cantado. También le sucedía a Hamlet. Pero su verdadero retrato es justamente el opuesto: puede que no hayamos tenido suerte, pero a Comici desde luego no le hemos visto nunca reír con despreocupación. Hasta en eso se alejaba del cliché al que nos tienen acostumbrados los montañeros. Y es más: Comici era uno de los hombres más profundamente melancólicos que se pueda uno encontrar en la faz de la tierra.

Corriere della Sera,
5 de julio de 1957.

Attilio Tissi

El primer italiano que venció el «complejo del sexto grado»

No solo en los círculos de los Dolomitas: en todo el mundo del alpinismo internacional ha causado una enorme y dolorosísima impresión el trágico fin de Attilio Tissi, que durante un descenso con cuerda doble cayó de la Torre de Lavaredo.

Los jóvenes campeones del modernísimo supersexto grado probablemente no distinguirán el nombre de Tissi entre los de tantos otros pioneros, tan lejanos ya, de lo «extremadamente difícil». Pero lo cierto es que en la historia del alpinismo dolomítico a Tissi le espera un puesto destacado y decididamente glorioso.

Hemos de remontarnos a los comienzos del sexto grado, es decir, al período comprendido entre 1925 y 1930, cuando la escuela bávara hacía alarde de una supremacía incuestionable incluso en nuestros Dolomitas. Recordemos aquella célebre directísima por la cara noroeste de la Civetta, que trazó en 1925 el guía Solleder, en cordada con Lettenbauer. Este ascenso se convirtió enseguida en legendario entre los escaladores, en sinónimo de audacia inigualable y de técnica casi esotérica.

Puede afirmarse que todo el mundo sabe qué es la pared de la Civetta: una muralla de mil doscientos metros de altura en el punto máximo que se extiende durante varios kilómetros con una arquitectura que deja sin respiración a quien la contempla desde los taludes de la base. Su belleza es tal que ya a principios de siglo los principales escaladores habían intentado conquistarla, y hasta se habían trazado algunas vías en aquella época intrépida; pero eran vías que resolvían el problema solo en parte, pues no llegaban directamente a la cumbre: la vía de los ingleses, la de los alemanes, la de los italianos. Todos habían superado la barrera en su punto débil, a la derecha de la cima, que es donde la pared está más quebrada y es menos pendiente, con prolongados recovecos en torno al pequeño glaciar colgante.

Solleder atacó la pared por la vertical teórica, según cae desde la cima, y mantuvo la línea recta hasta llegar a la cumbre con una precisión casi geométrica. Bastaba con mirar aquella ciclópea tajada de rocas para comprender que lo que había logrado era una hazaña sin precedentes.

No sería exagerado afirmar que la hazaña de Solleder en la Civetta provocó, entre las filas de alpinistas italianos, una especie de complejo de inferioridad. ¿Quién de nosotros sería capaz de repetir la gesta? El sexto

grado, del que ya se empezaba a hablar entre los clanes de iniciados y que en las columnas de los periódicos aún no llevaba nombre propio, se convirtió en una especie de obsesión, un hechizo que había que romper para que nuestro alpinismo adquiriera los niveles deseados. Y de pronto, lo personificaba Solleder. Pero ¿quién se atrevería? ¿Quién iba a tener las fuerzas necesarias?

Fueron dos los que rompieron el hechizo: Emilio Comici —que siempre será considerado uno de los mayores alpinistas y, como fundador de una escuela de alpinismo, uno de los más geniales— y Attilio Tissi. Pero en cierto modo, aunque Comici fue superior en términos de osadía técnica y de elegancia en la escalada, Tissi fue el que mejor representó el fenómeno. Comici había llevado a cabo una preparación prolongada y tenaz en las paredes de Val Rosandra y los Alpes Julianos, pero Tissi fue la súbita revelación del «genio». No había hecho apenas nada de alpinismo, y eso que rondaba ya los treinta años. Pero la pasión estalló en su interior y se encontró con algunos elementos extraordinariamente favorables: resistencia física, una voluntad de hierro y una solidez moral de las que rara vez se dan. Tissi se reveló como un as de la escalada, pero no hubo nadie menos proclive que él a la actuación impulsiva, a la temeridad insensata, al afán de vencer a toda costa.

Su primer éxito notable fue la escalada de la Cima María José, en las agrestes Pale di San Lucano, por encima de Agordo, cumbres hasta entonces olvidadas porque la enorme dificultad de las aproximaciones y la complicada escarpadura de las paredes finales siempre disuadían a los escaladores. Pero lo que causó sensación fue la noticia de que, en cordada con Giovanni Andrich, Tissi había repetido —sin vivac— algo que en otros tiempos había sido excepcional: la célebre vía Solleder de la Civetta.

Para él esta fue su graduación, la hazaña que le puso de golpe en primer plano. Desde entonces, y durante algunos años, él fue probablemente el máximo exponente de nuestra actividad (las grandes empresas de Comici y de los otros «canónicos» vendrían más tarde), pero no fue el único. Su ejemplo inició una carrera de imitadores en la zona de Belluno, donde se creó un vivero de alpinistas, todos ellos fuera de serie, inspirados por el señor Terrible, entonces presidente del Club Alpino Italiano de aquella ciudad. Y durante varios años, hasta los mismísimos austríacos y alemanes quedaron eclipsados.

Hoy en día las conquistas de Tissi, si se comparan con las empresas casi insensatas de las nuevas generaciones, pueden parecer cosa de segundo orden. Pero hay que remontarse a aquella época: en cierto modo, la audacia necesaria

para acometer y conquistar la cara sur de la Torre Venecia (con su célebre travesía de cuarenta metros), la arista oeste de la desmesurada Torre Trieste, la cara noroeste del Pan de Azúcar —todas ellas en el grupo de la Civetta— era tal vez superior, aunque seguramente parecida, a la que hace falta hoy para desafiar los extraplomos de la cara norte de la Oeste de Lavaredo, de la que tanto han hablado los periódicos en los últimos tiempos.

No procede aquí recordar todas las vías de sexto grado, bellísimas, abiertas por Attilio Tissi. Una pequeña obra maestra que el tiempo no ha conseguido borrar fue, entre otras, el primer ascenso del Campanile di Brabante: en cordada con Tissi iba Leopoldo, el príncipe heredero de Bélgica. Se trata de un torreón de forma extremadamente rara, más estrecho por la base que por arriba. En definitiva, un extraplomo en toda regla. Para escalarlo Tissi tomó uno de los pasos más osados y elegantes que se recuerdan en las crónicas de los Dolomitas. Por la pared lisa que se inclina hacia afuera, casi carente de asideros, y con un único clavo de seguridad al comienzo, hizo la travesía en diagonal aprovechándose de las mínimas rugosidades de la roca; los compañeros, desde abajo, lo seguían con el corazón en la boca, casi sin creer lo que veían. No habían llegado aún los tiempos del uso sistemático de clavos cuando los asideros naturales no sirven. Todo se dejaba en manos de la valentía, de la inteligencia, del sentido del equilibrio y de la intuición. Aquella hazaña ha permanecido como uno de los más admirables ejemplos del «sexto en libre», como se dice en la jerga de los alpinistas.

No daba la impresión de volar, ni de estar sostenido por las alas de un ángel custodio invisible, como sucedía con Comici. Attilio Tissi avanzaba despacio, cauteloso, y a primera vista podía incluso dar la impresión de estar pasando dificultades. Luego se le veía aparecer sobre algún extraplomo tremendo sin jadear, calmado, dominando por completo la situación. No era un tipo de esos que dan lecciones de acrobacia a la multitud congregada al pie de los riscos. Él hablaba poco y no esperaba que los periódicos hablaran de él, iba a lo suyo y con sus logros enarboló nuestro prestigio como un pabellón en el mundo del alpinismo, dejándolo bien alto.

De su seriedad, como hombre y como alpinista —no vamos a hablar aquí de sus méritos heroicos como partisano ni de sus actividades en el mundo de la política— nos queda una brillante prueba. Mientras la mayoría de los alpinistas de sexto grado abandonan la montaña cuando ya no están en la flor de la juventud, cuando ya no les es posible mantenerse al máximo nivel — como si su pasión se hubiera alimentado casi exclusivamente de la ambición —, Tissi continuó escalando todos los veranos. Ciertamente que ya no se dedicaba

al sexto grado: se conformaba con el quinto o con el cuarto, y no desdeñaba el tercero. Más que la gloria y el goce de las clamorosas conquistas —ese es el hecho— él amaba, sobre todo, la montaña.

En los últimos tiempos, como no se dedicaba ya a lo extremadamente difícil, llevaba en cordada a su mujer, apasionada ella también de la roca y excelente esquiadora. Precisamente a ella le correspondió el cruel destino de verle precipitarse a causa de un incidente de lo más banal. Ironías de la fortuna: casi siempre es una cáscara de plátano la que lleva a la muerte a los grandes de la montaña.

Corriere d'Informazione,
24-25 de agosto de 1959.

Piero Ghiglione

El incombustible Ghiglione perece en un accidente automovilístico

¿Hasta cuándo?, se preguntaban todos desde hace ya varios años, cada vez que Piero Ghiglione nos enviaba desde los países más extraños y remotos del Himalaya, de los Andes, del África Central, del Sáhara o de Groenlandia, noticias de sus nuevas conquistas. ¿Cuánto durará esto? ¿Es posible que los años pasen por él como un leve soplo de aire sobre el granito?

Los sesenta años suelen ser una marca cruel para un alpinista. A esa edad la inmensa mayoría —incluidos los campeones— ya han vuelto a envainar la espada y, aunque la pasión no ceda, el corazón sí lo hace y poco a poco se van conformando con menos: del sexto al quinto grado, del quinto al cuarto y así sucesivamente, hasta que les basta con un nostálgico paseo a pie por los grandes picos que escalaron en sus buenos tiempos. El que llega a los setenta años sin ir cada vez menos a la montaña es una rarísima excepción; incluso en estos casos la actividad ha de reducirse a la mínima expresión. Pero Ghiglione, no: Ghiglione llegó a los setenta años sin que su energía explosiva, tanto la física como la moral, sufriera menoscabo alguno. Setenta y uno, setenta y dos, setenta y cinco, setenta y siete. Ya era un anciano en el registro civil, y en la realidad en cambio seguía siendo un hombre en plena forma al

que parecía impulsar sin descanso un misterioso hechizo de juventud que lo enviaba de un continente a otro, sin límite de tiempo.

Todos los que siendo aún muy jóvenes habían ido con él en cordada, considerándolo ya veterano, en ese tiempo se habían casado, habían tenido hijos que ya estaban en el instituto y lucían el cabello blanco en las sienes; se habían resignado a dejar en el trastero la cuerda y el piolet y se contentaban con admirar las paredes desde las profundidades del valle. Ghiglione, sin embargo, continuaba impertérrito. Los que siendo aún muy jóvenes habían recibido de él las primeras lecciones de esquí, considerándolo ya un abuelete, habían renunciado hacía tiempo a la Tofana o la Parsenn y se consolaban llevando al Sestriere a los nietecitos. Pero Ghiglione no desistía. En los breves períodos que pasaba inactivo en Italia, entre una y otra expedición, todos los sábados cogía los esquís y se montaba en el tren. Y no se conformaba ya con que le subieran en el teleférico o en el telesilla: él se iba con sus pieles de foca y acometía larguísimos ascensos a tres o cuatro mil metros. Y si no había ningún amigo que lo acompañara se aventuraba completamente solo.

A veces le asaltaba a uno la duda de si no habría hecho un pacto secreto con el Tiempo, que le habría dicho: «Ghiglione, prometo mantenerte siempre joven con una única condición: que nunca te pares». Y de hecho Ghiglione no se concedía ni un minuto de reposo. La misma tarde de su regreso a Milán, al volver de la expedición del Ama Dablam, en el Himalaya, recuerdo que su preocupación era no perder el tren que iba a Briga, donde al día siguiente iba a hacer una excursión esquiando. En su casa se amontonaban los trofeos, pero no perdía mucho tiempo en contemplarlos. No había apenas regresado de Asia cuando ya se embarcaba en un nuevo proyecto para ir a los Andes; no había vuelto casi de los Andes cuando empezaba a telefonar a diestro y siniestro para organizar una escapada a las Ruwenzori. Poco a poco, la excepción se había convertido en fenómeno y el fenómeno se transformaba en leyenda, en una especie de mito faustiano.

Cuando se volvió a casar, hace ahora dos años, con una agradable y simpática criatura que, basándonos en la cuenta de años, podía perfectamente ser su nieta, todos pensaron: hale, por fin ha llegado Ghiglione a puerto. El matrimonio, que en muchos treintañeros apaga las grandes veleidades y los impulsos aventureros, para él, con más de setenta, tendría que haber supuesto un sereno acomodo, una especie de conclusión. Pero no: su luna de miel fue una galopada en avión a Sudamérica, donde le esperaba no sé qué «nevado» virgen.

Y los amigos comenzaron a preguntarse: ¿hasta cuándo? La naturaleza tiene algunas leyes ineludibles cuya elasticidad no puede forzarse más allá de cierto límite. ¿Cuándo pensará parar? ¿Llegará un triste día en que ese misterioso empuje vaya a menos o se detenga de pronto? ¿Ese corazón infatigable dejará un día, de pronto, de latir, en medio de una pendiente helada? ¿O será él quien tire la toalla de una vez y se quede en casa viviendo un amargo ocaso, rodeado de recuerdos felices? También se barajaba la hipótesis insensata de que Ghiglione fuera el primer y único depositario de un prodigioso secreto, y que no se pararía nunca. Generaciones y más generaciones nacerán y morirán, pensábamos, mientras él continúa impertérrito, de cumbre en cumbre, símbolo material del antiguo sueño del hombre, que es el de no abandonar nunca la juventud.

El destino, con su cruel imprevisibilidad, nos ha dado ahora la respuesta. Ghiglione no se ha parado en medio de un glaciar, no ha quedado paralizado por la enfermedad, no ha sido derrotado por los años. Y lo que nadie hubiera sido nunca capaz de predecir es lo que ha ocurrido: un simple, pero fatal, accidente de coche.

Es difícil decir esto, puede incluso considerarse cínico, pero en medio del dolor por la pérdida de un hombre excepcional como él, que entre otras cosas era nuestro querido y leal colega, se insinúa instintivamente una idea de consolación. Para un hombre como él, el insulto supremo habría sido vivir sus últimos años inmóvil en la cárcel de la enfermedad y de la decadencia física, y eso se le ha evitado. Ghiglione no tendrá que sufrir tampoco la nefasta humillación de la vejez, encerrado en su casa entre melancólicos recuerdos. Esa especie de mito fantástico que había llegado a encarnar, la fábula de la eterna juventud, no ha sido destruido. No se va un combatiente vencido al fin por un enemigo siempre alerta: se va un hombre victorioso. Ha muerto un joven de setenta y siete años.

Corriere della Sera,
11 de octubre de 1960.

Andrea Oggioni

Andrea Oggioni, un drama conmovedor

Recuerdo que hace unos años conocí en el despacho de mi colega Vincenzo Gibelli, aquí en el *Corriere*, a un muchacho que había venido a verle. Estaba hablando de escaladas y de montañismo y comprendí enseguida que, a pesar de ser extremadamente joven, había llegado ya al sexto grado como cabeza de cordada.

Entonces le observé mejor: era un tipo curioso, en lo físico. Pequeño, robusto pero bien proporcionado, con el rostro típico de un pueblerino, grande y achatado, con matices mongoloides. Era el rostro de un geniecillo de las cavernas. No he visto nunca a nadie que concentrara tanta energía física en tan reducidas dimensiones. Para describirlo con precisión solo encuentro un adjetivo: *stagno*, que en dialecto significa fuerte, duro, resistente, firme, compacto, inquebrantable.

Lo que Andrea Oggioni estaba contando correspondía a lo que uno podía imaginarse a primera vista: un episodio que hacía contener la respiración. Había ido con su amigo Aiazzi, que durante muchos años seguiría siendo su más asiduo compañero de cordada, a repetir la famosa vía Cassin, en la cara norte de la Cima Oeste de Lavaredo. La hazaña corresponde a una subida de antes de la guerra, pero aún hoy su prestigio se mantiene intacto. Como la pared tiene una gran protuberancia que forma una especie de panza, en aquellos tiempos parecía imposible superarla, aunque también aquella sería conquistada. La clave del ascenso está en realizar una travesía horizontal de unos ochenta metros por el extraplomo. El primero que osó aventurarse más allá sin saber si lograría pasar y con escasísimas, o nulas, probabilidades de regresar si el intento fallaba, había de tener un hígado de hierro: no en vano se llamaba Riccardo Cassin.

En un punto determinado de esta terrible travesía, que naturalmente se hace a base de clavos, el compañero Aiazzi «voló». Por fortuna los clavos resistieron, pero Aiazzi se encontró de pronto colgando, suspendido en el vacío, precisamente porque en ese punto la pared es un riguroso extraplomo.

Intenten ahora imaginar la escena. El cabeza de cordada colgado de un clavo, con los pies no ya apoyados, sino aferrados —por así decirlo— a las minúsculas protuberancias de la roca huidiza que tenía debajo, en una posición extremadamente comprometida. Y el compañero girando en el vacío.

Si aplicamos la lógica tendríamos que decir que aquella era una situación trágica. Alzar el peso de un hombre, aunque uno se haya logrado estabilizar en una terracita de la roca, suele ser una empresa que requiere algo más que las fuerzas de un alpinista, por robusto que sea. Figúrense cómo fue rescatarlo

en aquella posición tan precaria en la que se encontraba Oggioni, que parecía una araña.

Pues bien: solo con su energía, sin perder el ánimo y con esfuerzos sobrehumanos, bloqueando con astutas maniobras la cuerda centímetro a centímetro para no retroceder ni uno de los que lograba ganar, Oggioni consiguió alzar a su compañero hasta que Aiazzi logró aferrarse de nuevo a la roca y alcanzar una posición segura. A continuación ambos siguieron avanzando y coronaron felizmente la cima.

Era evidente que un muchacho como ese llegaría lejos, como así sucedió. En los círculos alpinistas —y enseguida fuera de ellos también, porque cada vez hablaban más de él los periódicos— empezó a sonar el nombre de Oggioni. Hasta que de pared en pared entró a formar parte de los elegidos y se encontró entre los máximos exponentes del alpinismo mundial.

Pero la excepcional bravura de Oggioni no es lo que convierte su muerte en el Mont Blanc en una circunstancia tan triste: para entender la amarga crueldad de este acontecimiento es preciso saber qué tipo de hombre era.

No solo por sus orígenes: también por su naturaleza era Oggioni la quintaesencia de la humildad. Cuando lo conocí no era más que un peón en una fábrica de Monza. Luego, con los años, mejoró su condición, aunque no pasó de simple operario. No era guapo, no era brillante, no era culto, no era un «figurín» que encandilara a la chicas... no poseía ninguna de esas cualidades que a menudo suelen compensar la modestia de la extracción social. Sus ambiciones en los demás aspectos de la vida eran pequeñas, en comparación. Uno de sus grandes sueños se había cumplido pocos días antes: tener una moto nueva. Con eso era feliz. Había venido a vernos al periódico, como hacía siempre tras sus victorias en el alpinismo, y había insistido en que Gibelli, al que tenía gran afecto, bajara a admirar la obra maestra: como si aquella fuera la primera vez que aparecía una motocicleta en el mundo.

La fuerza física era el único capital que le había tocado en el reparto. Pero resulta sintomático que Oggioni lo invirtiera en su totalidad en una de las actividades más peligrosas y peor remuneradas que hay en el mundo: el alpinismo. ¿No es esto, en un muchacho de pueblo, señal de una excepcional nobleza de gusto y de alma? Buscó en el alpinismo una forma de evadirse de la vida. Todos los jóvenes que no nacen favorecidos por la fortuna buscan una vía de fuga: unos en las aventuras amorosas, otros en el deporte, otros en las juergas, otros en el dinero, los peores dándose a la mala vida, los mejores entregándose al arte o a los estudios. Oggioni la encontró en las rocas más agrestes y terribles, mucho más grandes que él.

Y la montaña, poco a poco, lo transformó. No solo había empezado a vestir mejor, cosa que por sí sola no tendría la menor importancia, sino que se mostraba más desenvuelto, hablaba con mayor cortesía y, cuando le invitaban a los círculos de alpinistas para que contara al público sus hazañas, se apañaba de maravilla, mucho mejor que otros más cultos: quizá con algún gazapo aquí y allá, pero con un brío y un espíritu que en otros tiempos nadie hubiera esperado de él.

Y este refinamiento le sobrevino de manera automática, sin que él se diera cuenta. Oggioni no traicionó nunca su naturaleza sólida, áspera, seria y humilde. Había llegado a la fama en el ámbito de los montañeros, pero no se olvidaba de que no era más que el obrero Oggioni, Andrea. En cierto sentido era un personaje de *Corazón*.

¿Entienden ahora por qué decía que fue triste su fin? Durante la desastrosa retirada del Gran Pilastro, en medio del fragor de la tormenta, él se multiplicaba para ayudar a los compañeros que estaban en situación difícil. Era tan natural, por lo demás, tener esperanzas en él... ¿Verdad que sus energías eran inagotables? ¿Qué podría haber agotado al toro? Hasta Bonatti, el gran Bonatti que en el K2 pernoctó impunemente a ocho mil metros de altura sin saco de vivac, se habría dicho que era más vulnerable que él. Y sin embargo «el Mulo», como lo llamaban los compañeros a causa de su diabólica resistencia, ha sido abatido a traición por la montaña, su único e inmenso amor, el lugar donde él parecía invencible.

La muerte de Andrea Oggioni ha sido la de un héroe, aunque en cierto modo humilde y discreta, como le correspondía: una muerte de soldado desconocido y no de generalísimo, una muerte sin el fulgor de la batalla. No ha sido el alocado vuelo de Preuss, embriagado por una escalada en solitario; no ha sido el campeón fortísimo que ha caído por sorpresa en el abismo, como Gervasutti; no ha sido el artista romántico engullido misteriosamente por el glaciar una noche de luna, como Zapparoli; no ha sido el esgrimista más valiente del mundo traspasado por la espalda por un estilete en presencia de los amigos, como Emilio Comici. Él, que fuera peón en Monza, él, que había sabido elevarse a las cumbres, ha sido, ante la sorpresa de todos, demolido a fuerza de tormenta y de hielo, hasta que se ha detenido. «No puedo más. De aquí no me muevo». Qué venganza tan ruin la de la montaña, que ha querido humillarlo hasta lo último. La montaña, a la que él había humillado tantas veces.

Ya no vendrá más a vernos a la redacción; el geniecillo de las cavernas no nos contará ya su última victoria con ese brillo feliz en los ojos diminutos de

mongol. El domingo fui al cementerio de Courmayeur para hacerle una última visita. En la puerta había un policía que tenía orden de no dejar pasar a nadie. «Soy amigo suyo», dije. «Han venido ya decenas de ellos», respondió el policía. «Hoy todos se han convertido en amigos suyos».

Y volvió a cerrar la verja.

Corriere della Sera,
18 de julio de 1961.

Capítulo II

Hazañas

En el antiquísimo castillo, encima de la soberbia torre, existía aún una habitación donde nadie había estado jamás. Pero al final se ha abierto la puerta. El hombre ha entrado, y ha visto: ya no queda misterio.

El Everest

La ardua lucha por la conquista de la pared más complicada de los Dolomitas

«Para que el prestigio del alpinismo italiano brille ante el mundo con la misma luz que en otros campos ilumina el valor y la tenacidad de los italianos de Mussolini, en estos días 12, 13 y 14 de agosto de 1933 hemos abierto la vía de subida por la cara norte de la Cima Grande de Lavaredo. Angelo Dimai, Giuseppe Dimai, Emilio Comici».

Estas son las palabras que, desde las páginas del libro de visitantes del refugio Príncipe Umberto, nos recuerdan la hazaña más maravillosa del alpinismo dolomítico. La cara norte de la Cima Grande de Lavaredo representaba, sin duda alguna, el enigma más fascinante del mundo de las *crode*, del mismo modo que en el de las montañas heladas es la cara norte de las Grandes Jorasses, aún virgen.

Es una muralla de quinientos cincuenta metros: una roca que no tiene parangón en toda la zona de los Monti Pallidi. Con extraplomo perfecto en su primera mitad y vertical luego, se alza desde el pedestal de gravilla de la base, que forma el talud de un tirón hasta la cima, como si fuera la fachada de una ciclópea catedral gótica.

Hasta los grandísimos Dülfer y Preuss la habían considerado imposible de escalar. Más recientemente el famoso Solleder, cuando fue a los Dolomitas a resolver los más bellos enigmas (Civetta, Furchetta, Sass Maor) dijo: «Quién sabe. Puede que dentro de unos años pueda intentarlo algún joven insensato». El primero en probar fue Steger, que subió unos setenta metros; pero luego desistió, declarando que era imposible seguir.

La crónica de las posteriores tentativas nos trae a la memoria los nombres de Carlesso, Tissi, algún escalador de roca alemán y —el año pasado— el guía Emilio Comici, que consiguió junto a Zanutti atravesar una fisura de unos quince metros desde el punto al que llegó Steger, y así logró subir treinta metros más. Según cuenta el propio Comici, aquel día se conformó con ello.

A partir de entonces las miradas de los principales escaladores italianos y extranjeros se fijaron en aquella fantástica roca. A primeros del mes corriente una cordada de extraordinarios escaladores de roca alemanes comenzó a hacer guardia esperando, durante días de intenso entrenamiento, que llegara la hora, la inspiración, el estado de gracia necesario para atreverse a tanto. Stösser también se ejercitaba en el grupo de la Marmolada, guardando en su corazón la misma gran esperanza.

Ya hemos informado, en los últimos días, del memorable ascenso. Durante el intento del día 12 del corriente, en el que tomaron parte Emilio Comici, los guías Giuseppe y Angelo Dimai, De Cortina, el joven Dibona y el fotógrafo Ghedina, se desencadenó un temporal. Llovía a cántaros, pero los alpinistas no se mojaban: hasta ese punto llegaba el extraplomo de la pared. Veían caer en el vacío, a solo unos metros de distancia, la cortina de agua que bajaba, mezclada con guijarros de los techos circundantes.

Al día siguiente se lanzaron al ataque victorioso Comici y los dos Dimai. En cuatro horas alcanzaron el punto al que habían llegado la tarde anterior. Y aquí comenzó la gesta heroica, una lucha cada vez más terrible. Al menos hasta ese momento se ayudaban ascendiendo por las fisuras del extraplomo. Ahora, sin embargo, la pared se alzaba compacta, con techos y tejados, sin posibilidad de colocar un clavo seguro.

Comici hubo de recurrir a la técnica más refinada y peligrosa. Hicieron falta otras cinco horas para avanzar treinta metros más. El cabeza de cordada

ascendía milímetro a milímetro, apoyándose en los clavos con infinita cautela, como si fueran de cristal: no resultaban seguros y él, instintivamente, contenía la respiración con la ilusión de volverse así un poco más ligero. Al final llegaron a una terraza diminuta, donde a Comici se le unió Giuseppe Dimai que, como estaba más fresco, asumió el puesto de cabeza. Este, tras una travesía, superó otro extraplomo.

Los tres se encontraban a unos doscientos cincuenta metros del ataque, pero la victoria ya era suya. Más arriba se aplacaba el furor de la *croda*. Empezaba a caer la noche. Desde el talud, allá abajo, subían las voces de sus compañeros, inciertas y sutiles como el piar de los pajarillos. Agotados por aquel esfuerzo indecible, pero enormemente felices, los tres guías se preparaban para el vivac: el más bello, sin duda, de su bella existencia.

Por la mañana, cargadas hasta arriba sus mochilas con un larguísimo cordón, los tres reanudaron más ligeros la tarea. Los obstáculos que les quedaban, aunque bien podían calificarse de quinto grado, parecían cosa de broma en comparación con las terribles dificultades que habían vencido el día anterior. En tres horas y media los escaladores superaron los últimos doscientos metros de pared. A las nueve y media el sol les saludaba en la cumbre.

Esta gran victoria fue acogida con especial entusiasmo por el grupo alpinista de escaladores de roca y esquiadores (GARS) de la Sociedad Alpina de los Alpes Julianos: Emilio Comici es uno de los fundadores y, precisamente durante estos días, el GARS celebraba su tercer congreso estival en las Cimas de Lavaredo.

Ya es célebre en los círculos del alpinismo la característica formación de los «garsinos». El congreso del Montasio, con cincuenta alpinistas que llegan a la cumbre por diversas —y difíciles— vías, y el del año siguiente, que tuvo lugar en el Jôf Fuart, con setenta personas que llegaron a la cima por doce vías de roca pura, han sido superados tanto en entusiasmo como en dificultad y variedad de técnicas de escalada por el que se celebró entre el 12 y el 15 de agosto en las Cimas de Lavaredo. Para hacerse una idea bastará simplemente con enumerar las cumbres: la más pequeña, llamada Cima Piccolissima, coronada por la vía Preuss con descenso por vía Dülfer; travesía de la Cima Piccolissima y Punta di Frida; Cima Piccola por vía normal (cuatro cordadas), vía Hervelsen por la cara este y vía Fehrmann; Cima Grande, por vía Dülfer, cara este, arista Dibona, Chimenea Mosca y vía normal (cuatro cordadas); Cima Oeste, vía Dülfer (primer ascenso para los italianos, tercero absoluto) y

vía normal (dos cordadas); Croda del Refugio, vía Casara-Granzotto; Torre Toblin y Cima del Monte Paterno.

Corriere della Sera,
20 de agosto de 1933.

Montañas vencidas

Estamos en esa estación en la que la cuerda todavía se está secando al sol pero ya se empiezan a engrasar las botas de esquí. Metamorfosis de los escaparates de las tiendas de deporte y mucho trabajo para las de fotografía, que reciben el encargo de aumentar casi a tamaño natural, partiendo de una película del tamaño de un sello de correos, los negativos de cimas y paredes vírgenes que han sido conquistadas en el último año.

Son fundamentalmente fotografías de peñascos blancos y abrasados por el sol: hay pocas imágenes de hielo. El balance estival ha hecho resaltar una vez más la diferencia sustancial que existe entre el alpinismo de hielo y el de roca, el occidental y el oriental.

En los Dolomitas, donde las cimas no sufren la menor mutación a lo largo de los siglos, donde el mal tiempo rara vez asume un poder mortífero, el elemento humano tiene mucha más cancha. El éxito de un intento solo depende, salvo casos excepcionales, de la habilidad del escalador. Aunque muy complicadas, son montañas muertas y pasivas.

En las grandes cumbres heladas, incluso con los progresos de la técnica hay que tener en cuenta en todo momento los caprichos de las circunstancias y rogar a Dios que no haya tormenta: sobre todo, que no caigan piedras o que, si caen, caigan unos metros más allá. Son montañas inquietas, hipócritas, de las que no puede uno fiarse ni siquiera después de años y años de relaciones cordiales. Cuando las rocas yacen en silencioso letargo se pueden contemplar con tranquilidad hasta los más aviesos extraplomos. Pero ¿quién resistirá el horrible estruendo que golpean los gélidos canales de cristal?

Por este motivo el mal tiempo veraniego ha obstaculizado bastante más a los «occidentalistas». Por este motivo los progresos del alpinismo han encontrado una forma de manifestarse, más clamorosa, en los ascensos de roca. Por este motivo los viejos patriarcas blindados de hielo, que suelen mostrarse eclipsados por la súbita fama de sus pálidas hermanas del este, conservan siempre intacto el tradicional prestigio, mientras quedan

humillados Dolomitas famosos en el breve correr de las estaciones. No hay nada más absurdo que discutir si es mejor un alpinismo u otro, pero tenemos la vaga impresión de que a los occidentales, en un futuro, les afectará menos el riesgo de envejecer.

Tampoco acerca de los occidentales ha querido el mal tiempo decir nada malo. En el breve tramo que hay entre una tempestad y la siguiente los alpinistas se lanzan al ataque tras reprimir el impulso largamente, en las interminables esperas tras los cristales perlados de lluvia o de nieve. En aquellos avaros oasis de sol muchos canalones y precipicios que desde la creación habían gozado de una soledad total, han visto por primera vez un ser humano. Lo saben, por ejemplo, las negras rocas de la vertiente noroeste del Pic d'Olan, en el Delfinato, conquistada por Giusto Gervasutti con Lucien Devies. Esta ha sido una de las mayores victorias de este año, notable no solo por las dificultades intrínsecas a la constitución de la pared —una muralla de mil cien metros de altura clasificada sin titubear como de sexto grado—, sino porque se ha cobrado en tierra extranjera, sobre una pared que ya habían estudiado durante mucho tiempo los escaladores franceses y que estaba considerada como uno de los enigmas más fascinantes de los Alpes occidentales. Gervasutti se ha reafirmado de este modo en primerísima línea en el ámbito internacional, y probablemente no se equivocan quienes le consideran el alpinista más completo de Italia en la actualidad, capaz de hacer de cabeza de cordada tanto en los glaciares más difíciles como en cualquier sexto grado de los Dolomitas.

Recordemos, entre otras muchas bellas hazañas, las audaces pistas que dejaron Chabod y el propio Gervasutti en el canalón nordeste del Mont Blanc de Tacul (directísima) y en el canal oeste de la Tour Ronde; la tercera escalada de la cresta sur de la Aiguille Noire de Peuterey, obra de Boccalatte y de la señorita Ninì Pietrasanta; la vía directa trazada por A. Lucchetti con el guía G. Schenatti por el norte del Disgrazia. Sería muy largo recordar aquí todas las hazañas que lo merecen.

Magnífico el boletín de los Dolomitas: la tradicional supremacía de los escaladores alemanes ha quedado definitivamente superada. Hoy son los nuestros los que tienen la última palabra.

Numerosas son también las nuevas vías, de dificultad extrema. De año en año se va ampliando el grupo de privilegiados que se permiten el lujo de llegar al sexto grado. Así, las *crode* que han recibido el gran bautismo son las siguientes: cara sur de Torre Trieste (R. Carlesso y B. Sandri); cara noroeste de Punta Civetta (Alvise Andrich y E. Faè); pared sur de la Torre Grande de

Averau (G. Dimai, A. Verzi, C. de Gasper y G. Ghedina); cara este de Cima Canali y norte del Focobon, y arista sur del Sass Maor (E. Castiglioni y B. Detassis); cara noroeste de Punta de Gasperi (G. Benedetti y R. Zanutti); cara sudeste de la Piccolissima de Lavaredo (G. Cassin, G. Vitali y L. Pozzi); arista suroeste de Torre Venezia (A. Andrich, B. Zancristoforo y E. Faè); cara este de Brenta Alta (B. Detassis, U. Battistata y E. Giordani); directa por la cara suroeste de Cimon della Pala (A. Andrich, Mary Varale y F. Bianchet); cara nordeste del Dente di Sassolungo (G. Soldà y F. Bertoldi) y cara oeste de Torre Bindel (M. Noggler y F. Peroso).

Algunos detalles de la crónica: Tissi ha tenido que pasar todo el verano en reposo a causa de un grave accidente de moto que sufrió en otoño del año pasado. Comici ha catado la terrible cara norte de la Cima Oeste de Lavaredo, una de las poquísimas grandes murallas dolomíticas que quedaba todavía virgen; había superado ya un buen trecho y se preparaba para el ataque decisivo cuando vino el mal tiempo; se rehizo, en parte, con unos cuantos quintos grados nuevos y con la arista oeste del Jalouz, en los Alpes Julianos, extremadamente difícil. Pero hay dos afirmaciones que no se pueden obviar. Una es la bellísima gesta de los jóvenes fascistas de Lecco, que en la última estación se han colocado en las primeras filas entre los escaladores italianos con vías de sexto grado en los Dolomitas y en las paredes lombardas; la otra, la aparición en la escena dolomítica de una figura verdaderamente excepcional: Alvisè Andrich, de diecinueve años, que en primavera ponía las botas, por primera vez en su vida, sobre macizos de pocos metros y en septiembre tenía ya en su haber tres ascensos nuevos tremendamente difíciles. Tanto aquellos como este son elocuentes ejemplos del relevo generacional de esta Italia nueva.

También han sido espectaculares los avances que ha experimentado la escalada en este último año, y que no pueden atribuirse solo al perfeccionamiento técnico, como se dice a menudo. Lo que se ha visto recientemente en las principales paredes de los Dolomitas demuestra que el progreso es, sobre todo, de naturaleza espiritual. No es que los atletas sean más ágiles o más fuertes: es que su ánimo se ha templado sometiéndose a pruebas cada vez más duras.

Basta observar las vías trazadas antes de la guerra por Preuss sin emplear clavos —vías maravillosas, aunque ya superadas—, para convencerse de que la intuición acrobática del cuerpo humano a la hora de superar extraplomos, chimeneas o fisuras, había llegado ya a su culmen. Ciertamente que el uso generalizado de clavos ha abierto nuevas posibilidades, y esto se encuadra en

el perfeccionamiento técnico. Pero clavos, estribos, cuerdas dobles o triples, no bastan para justificar las conquistas de los últimos tiempos.

¿Cómo explicar si no que la cara norte de la Grande de Lavaredo, que hace dos años aún se consideraba inexpugnable, haya sido coronada una docena de veces? ¿O que vías que se consideraban extremas, como la Preuss de la Piccolissima, se escojan ya como destino de excursiones turísticas? ¿O que algunos guías hayan conseguido el sexto grado con cincuenta años?

¿Poseen los escaladores de hoy una pericia acrobática superior? No creo. Es su mentalidad lo que ha cambiado. A modo de ejemplo: la idea de atravesar una calle haciendo equilibrio sobre una cuerda tensada, a diez metros de altura, daría miedo a cualquiera, salvo a unos cuantos saltimbanquis especializados. Pero si viéramos a familiares y amigos ir de un lado a otro con toda su flema, tampoco nosotros tendríamos miedo, y seguramente pasaríamos la prueba sin esfuerzo. Salvando las debidas distancias, lo mismo sucede en la montaña. No pretendo hacer una paradoja pero, dentro de ciertos límites, basta convencerse de que un ascenso es fácil para que se convierta en algo realmente fácil.

En alpinismo, más quizá que en cualquier otro deporte, es el espíritu lo que cuenta. Por ello, en cuestión de hazañas alpinas, Italia ha podido dar en los últimos años un gran paso adelante. Los músculos por sí solos no son garantía de éxito. No queremos decir que se pueda prescindir de ellos, pero casi: es el ánimo el que lo controla todo. Naturalmente, los alpinistas muchas veces no se dan cuenta, y si les hablamos de estas cuestiones dirán que todo es retórica.

Corriere della Sera,
7 de noviembre de 1934.

El Cervino... ¿perdido por un trago de grappa?

Comenzaron los sinsabores cuando, siendo niños, de la fábula pasamos a la historia real: ya no había ni hadas ni magos que llegaran en el momento preciso a ponerlo todo en su sitio. Los héroes estaban abandonados a su suerte y, lamentablemente, no pocas veces terminaban mal.

Esas amargas sorpresas viven aún en nuestro recuerdo y afloran de cuando en cuando. La muerte de Héctor, por ejemplo, ¿no nos arruinó algunas horas de aquellos años felices? ¿No nos atormentábamos pensando en cómo acabó

Julio César? ¿No le llamábamos estúpido al recordar aquellos signos infaustos que le aconsejaban que no fuera al Senado? Y la fatalidad de la famosa carretera encajonada de Waterloo que engulló a la caballería francesa y, con ella, la última oportunidad de Napoleón, ¿no nos pareció una injusticia? ¿Y la muerte de Sigfrido? ¿Y la masacre de los paladines en Roncesvalles? ¿Y la batalla de Lissa, incluso? ¿No fueron para nosotros motivos de ira? Luego, con los años, cambiamos de parecer respecto a muchos de estos acontecimientos, pues aprendimos a ver las cosas de un modo menos ingenuo. Tal vez Napoleón, que nos fascinó de niños, se nos había vuelto odioso. Y probablemente Sigfrido también: tras las experiencias más recientes dejó de parecernos tan simpático como antaño. Pero entre tantas decepciones había una que no podíamos quitarnos de la cabeza: que fuera Whympers, y no nuestro Carrel, quien conquistara el Cervino. No era una cuestión de nacionalismo: si había un hombre que mereciera, en justicia, ser el primero en poner el pie en aquella noble cumbre, aquel hombre era Jean Antoine Carrel, guía de Valtournenche, al que llamaban «*Il Bersagliere*»^[5], que había dado al Cervino tantas esperanzas, proyectos, tentativas, fatigas y osadías sin precedentes.

Esta es ya una vieja historia que se ha leído o se ha oído contar infinidad de veces y es, quizá, la página más célebre de los anales del alpinismo. Y todas las veces salimos malparados. ¿Recordáis? Tras un sinnúmero de exploraciones, ansias e intentos Carrel allanó la vía hasta la cumbre más bella y terrible de los Alpes. Cuando ya no le queda por conquistar más que el último saliente, por una conjunción de circunstancias desgraciadas, el 14 de julio de 1865 le arrebató la victoria el inglés Whympers. La escena es de vieja estampa popular: sobre el pico más alto aparecen de pronto dos esbeltas figurillas (son Whympers y el guía de Zermatt, Michele Croz), y luego otras cinco; los «¡hurra!» del triunfo se expanden en el silencio y retumban contra las potentes murallas; los vencedores coronan la cima mirando a Italia y vislumbran, doscientos cincuenta metros más abajo, a una distancia que el precipicio hace enorme, a Carrel y a sus tres compañeros de cordada. «*Ah, les coquins*», grita Croz, «*ils sont bien en bas!*»^[6]. Y los italianos, vencidos, regresan lentamente sobre sus pasos.

¿Por qué —nos preguntamos entonces y nos seguimos preguntando ahora— aquella mañana el «*Bersagliere*» no se despertó antes, para poder adelantar a su rival? ¿Por qué al divisar a los ingleses en la cima se dio la vuelta? ¿Por qué no quiso insistir y llegar también él, ese mismo día y por otra vertiente también complicada, a la roca más disputada de los Alpes, si aquel era su

máximo sueño? ¿No habría sido ese un triunfo también formidable, para él y para nuestro alpinismo? ¿Es posible que bastara la desilusión para apagar la voluntad de lograrlo? Tampoco fueron las dificultades técnicas las que le cerraron el paso, si apenas tres días después se pudo tomar la revancha. La cuestión se ha estado debatiendo durante más de ochenta años.

Antes de todo tenemos que dejar clara una cosa: ¿podían Jean Antoine Carrel y sus compañeros, César Carrel, Carlo Gorret y Jean Joseph Maquignaz haber adelantado a los ingleses si hubieran partido más temprano? Uno de los mejores y más competentes conocedores del debate, Francesco Cavazzani, en su reciente obra *Uomini del Cervino*^[7] y en otro breve ensayo publicado en la revista mensual del Club Alpino Italiano responde decididamente que no, y justifica detalladamente su respuesta.

En primer lugar: ¿cuál fue el verdadero motivo que indujo a Carrel y a sus compañeros a dar marcha atrás? ¿Fue que los ingleses aparecieran de pronto allá en la cumbre? Esta tesis, que se presenta como la más obvia, es la que defiende Guido Rey en su *Monte Cervino*, que sigue siendo uno de los clásicos de nuestra literatura del alpinismo. Ahora Cavazzani demuestra que es infundada. Cuando Whymper apareció sobre la cima los cuatro italianos habían emprendido ya el camino de regreso: se lo contó al victorioso rival el propio Carrel, y lo confirma un diario manuscrito del abad Aimé Gorret, que participó en el primer ascenso italiano. Este diario lo descubrió hace unos años Adolfo Balliano.

Surge entonces otro enigma: ¿por qué decidieron regresar antes de que aparecieran los extranjeros en la cumbre? Parece que Carrel explicó después a Whymper los hechos de la siguiente manera: en un determinado momento se desató una discusión entre los cuatro montañeros; él y Maquignaz tenían la intención de seguir adelante, mientras que los otros dos querían bajar, aduciendo que se había hecho muy tarde. Carrel corta por lo sano: «O todos o ninguno». Y dan la espalda a la cumbre, donde resuenan los gritos de los vencedores: Carrel levanta los ojos y reconoce allá arriba los pantalones blancos característicos de Whymper.

El historiador, sin embargo, mueve la cabeza: ¿se puede concebir que un hombre autoritario y con autoridad, como Carrel, cediera a la voluntad de dos simples porteadores? «*Ici je suis le maître*»^[8], suele decir cuando surge alguna confrontación en la montaña. Los demás siempre bajan la cabeza. Y allí confrontación hubo, pero el motivo no fue el que se ha dicho. Los cuatro se llevaron el secreto a la tumba, aunque en una ocasión Carrel, muchos años

más tarde, comentó fugazmente: «Habríamos llegado los primeros si hubiera habido un poco más de consenso».

Algo más nos cuenta el diario inédito del abad Gorret. En él se habla de una riña que estalló entre Carrel y los otros «*pour des questions de personnalité et d'amour propre que je devrait peut-être un jour découvrir*»^[9]. Gorret no se decidió nunca a revelarlo, pero el tono cauteloso de sus palabras hace suponer que hay algo que los demás nunca hubieran contado de buen grado.

Y en este punto —como suele suceder cuando se pone uno a excavar a fondo en la historia— el halo de leyenda se disuelve para dejar entrever las pequeñas debilidades de los hombres. En este punto Cavazzani llama la atención sobre aquellas cantimploras de piel de cabra que llevaban los guías de entonces con excesivo entusiasmo, con capacidad para cinco litros de vino. Recuerda que en aquellos días la simpamina recibía la rústica denominación de «*grappa*». En resumen: ¿es demasiado irrespetuoso para la gloriosa memoria del «*Bersagliere*» suponer que él y sus compañeros habían bebido un poco más de la cuenta? ¿O que aquel alcohol hubiera transformado en disputa una simple diferencia de opinión? ¿O, incluso, que el vino o el aguardiente hayan estado en el origen del altercado? Todo esto resultará quizá muy triste, pero no parece que haya explicación más verosímil. El Cervino, perdido por un trago de *grappa*.

Cuando Carrel apareció en lo alto de la cumbre tres días después, en Valtournenche no se sabía todavía nada de la catástrofe que había tomado por sorpresa, en el camino de vuelta, a la comitiva de Whymper. Pero al mirar hacia abajo por casualidad el «*Bersagliere*» advirtió con estupor que a los pies de la terrible muralla septentrional, sobre el blanco del glaciar (desde donde partieron los montañeros de Zermatt en busca de los cuerpos de las cuatro víctimas), había muchas pistas sutiles que se cortaban unas a otras, sin regularidad alguna. Fatal simetría de situaciones: desde la cima Whymper había avistado en la vertiente opuesta a los desdichados contrincantes vencidos; desde la cima también, pero tres días después, Carrel divisaba los signos de la desventura ajena. Entre los cuatro muertos se encontraba precisamente Cruz, el que le había dejado en ridículo. Pero el «*Bersagliere*» no podía saber nada entonces: «¿Quién habrá ido a parar allá abajo, por esos extraños glaciares, bajo el bombardeo de las piedras?», se preguntaría. «¿Qué habrá ido a hacer allí?» Una duda funesta cruzó entonces su pensamiento, pero no dijo ni palabra para no impresionar a los compañeros. Les esperaba el descenso, un duro camino, seguramente peor que el que ya habían cubierto:

todavía haría falta sangre fría. Las huellas inquietantes en la nieve, en el fondo del abismo, parecían una oscura advertencia.

Corriere d'Informazione,
23-24 de abril de 1948.

Tenían que morir, pero la montaña no quiso

Desde niños vamos cargando con un sinfín de lugares comunes que consideramos el evangelio y que nunca sometemos a comprobación para ver si son precisos: luego llega un día en que uno se decide a mirar las cosas de cerca, y descubre que nada es verdad.

«La montaña homicida» es un ejemplo de esto. Desde que se practica el alpinismo nos hemos habituado a ver en los hielos y en las rocas una fuerza hostil que persigue nuestra destrucción. ¿Cae un escalador? La montaña se ha vengado, dicen. El Lyskamm es un «devorador de hombres». Y los nombres: Disgrazia, Mont Chetif, Becca della Tribolazione, Mont Maudit^[10], «Chimenea de la muerte injusta» y así sucesivamente.

Y hete aquí que un alpinista francés que se hace llamar Saint-Loup se aventuró sin pensarlo mucho a hacer una travesía que todos consideraban facilísima y se encontró de pronto en una situación complicada. Era una de esas montañas que los franceses llaman «de vacas» y los grandes escaladores desprecian, pero con sus glaciares, sus grietas, e incluso con peñones verticales. Saint-Loup no llevaba cuerda ni crampones. Su compañera de expedición no lleva calzado adecuado. Tienen un solo piolet para los dos, y no conocen el camino. Todos estos errores sumados convierten una excursión elemental en un calvario lleno de angustias y sobresaltos.

Finalmente, tras dos días de lucha y de miedo, se ponen a salvo. Saint-Loup se pregunta: ¿qué mérito tiene esto, si no nos hemos dejado la piel? ¿No es un milagro? ¿Será cierto que la montaña es nuestra enemiga? Y le vienen a la mente tantos otros casos de alpinistas que, atrapados en una situación sin salida, han vuelto a casa sanos y salvos. Como cuando uno es condenado a muerte y, mientras el verdugo levanta el hacha, llega el mensajero con la gracia.

Al continuar por la misma vía realizan un descubrimiento sorprendente — que bien pensado resulta de lo más simple, obvio incluso— y que hasta desmiente la opinión generalizada. El descubrimiento es este: no es verdad

que la montaña sea mala. Si quisiéramos atribuirle un sentimiento nos veríamos obligados, en todo caso, a calificarla de buena, de extremadamente tolerante, capaz de una misericordia conmovedora. Consideremos los miles de personas que van a la montaña cada verano: ¿cuál es su preparación, su equipamiento, la técnica que han aprendido, su punto de partida, las condiciones físicas en que se encuentran? Si lo pensamos bien, no podremos explicarnos cómo diablos no sucede una hecatombe cada verano. En las temporadas más negras las víctimas han sido, como mucho, unas cuantas decenas. Y en rigor tendrían que contarse por centenares.

«Hay un Dios incluso para los borrachos». Para demostrar que el proverbio se aplica perfectamente a la montaña, Saint-Loup ha escrito un libro singular, con el título de *La montagna non ha voluto*^[11], que ha publicado la editorial Eroica muy bien traducido por Ettore Cozzani. El autor no pierde el tiempo con razonamientos, pero cita ocho casos decisivos: ocho caídas que no podían tener un desenlace que no fuese la muerte, y de las cuales los hombres han salido ilesos. Ocho milagros incomprensibles. Modelos perfectos y novelescos de una serie infinita de incidentes y situaciones en los que la montaña ha querido «perdonar». Y es estupendo que de tanto escalofrío salga una oleada de optimismo.

No sabemos quién era Saint-Loup. Ni siquiera su editor quiso revelar su verdadero nombre (¿un nuevo caso Traven de la literatura alpina?). Pero se entiende que ama inmensamente la montaña, que en la montaña se siente como en casa. En esta ocasión mira las cosas desde fuera, sin parcialidad alguna, analizando los hechos con una precisión casi policíaca. Es, además, un auténtico escritor: en sus manos las ocho aventuras alcanzan una tensión comparable a la violencia de las mejores películas de policías y de gánsteres.

Dos de los ocho casos citados son ya conocidos para los seguidores de la literatura de montaña. Se trata de la historia de Lammer, famoso escalador en solitario, fundador del alpinismo moderno. Alemanísimo, nietzscheano, lleno hasta los topes de «voluntad de poder». Conquistador de cumbres, por así decirlo, con acompañamiento de Wagner. En su *Fontana di giovinezza*^[12] hay páginas impresionantes dedicadas a dos experiencias terribles y casi increíbles: una, el vuelo desde el canalón Penhall, en el Cervino, de doscientos y pico metros, en cordada con Lorria; la otra, la caída en una grieta del glaciar inferior del Ortlès, al regresar de la cara norte del Thurwieser. Es extraordinario que saliera vivo. Pero quizá asombrará más su fortaleza de ánimo: la primera vez, por arrastrarse —literalmente— en un estado de semiinconsciencia como una lombriz por toda la morrena, apoyándose en los

codos, hasta llegar a un refugio de pastores; la segunda, por salir vivo de un pozo de hielo que se lo había tragado a traición.

Era bien conocida, al menos en su aspecto de crónica, la historia del tremendo resbalón de Whymper en la Testa del Leone, en el Cervino, tras una de sus exploraciones en solitario. Los protagonistas de los otros milagros no son tan ilustres, pero su *exploit* es aún más sorprendente, en cuanto a gravedad de las circunstancias.

Durante una excursión primaveral al paso de Muande-Bellonne (Oisans) en 1942, el guía Fernand Bellin y el comandante Rouillon se inclinaron sobre el borde de una cresta que se había hecho más profunda al ceder la cornisa, y se precipitaron al vacío por la empinada pared entre cúmulos de nieve. Nada podía pararles. Fueron quinientos metros de agonía. Luego, de pronto, la velocidad disminuye y Rouillon se encuentra de repente de pie e ileso sobre la plancha de hielo de un glaciar. A sesenta metros de distancia cae su compañero, también sin un rasguño.

En un paseo en grupo por la facilísima Cima di Roghè, en noviembre de 1945, M. Moricet baja en trineo por una cresta nevada. Se le traba un pie y sale despedido, se inclina hacia un lado y se precipita de cabeza por un empinado canalón en forma de embudo; lanzado a velocidad vertiginosa hace tres saltos mortales y consigue detenerse quinientos metros más abajo.

En la cara norte de la Aiguille Verte una avalancha empuja hacia el canalón de Couturier a la cordada formada por Gréloz y Valluet, y la arrastra hasta el fondo. Un vuelo récord de setecientos metros. De las profundidades resurgen ambos magullados como dos malhechores, lacerados, hechos polvo: pero vivos.

En el Gran Canalón de Peigne, sobre Chamonix, amenaza un temporal: una tromba de agua provoca una tremenda avalancha de piedras, algunas tan grandes como un vagón de tren. En aquel momento, sobre el canal, a distintas alturas, están escalando en seis cordadas veintiséis alumnos de la Escuela Militar de alta montaña. No tienen salvación. Pero entre el movimiento de la cascada de piedras y el de los hombres se produce una sincronía prodigiosa: pasa el cataclismo y los veintiséis salen ilesos.

En el glaciar de Nantillons, en 1934, el ingeniero parisino Guy Labour se precipita al interior de una grieta, como Lammer. Ha perdido el piolet y trata inútilmente de volver a subir al borde, como hizo Lammer. Pasan por allí otros alpinistas: él oye sus voces y les llama desde el fondo. No le oyen. Un día, dos, tres, cuatro, cinco. Guy Labour está tumbado ya sin fuerzas en el

fondo del glaciar, haciendo acopio de todo el espíritu vital que le queda para durar el mayor tiempo posible. Al sexto día le pescan dos guías.

Persona inteligente, Saint-Loup ha concentrado su curiosidad en lo que experimentaron aquellos «salvados» en los instantes eternos del vuelo. Su reconstrucción psicológica de tan rápida agonía es fascinante. ¿Quién, estando en la montaña, mirando al fondo del precipicio, no ha pensado que podía caerse? Entonces, más que la muerte en sí, lo que da miedo es el vuelo, la vista de las rocas del fondo a cuyo encuentro va corriendo uno, la espera angustiosa del golpe, el estar vivo y saber que dentro de poco uno será una masa informe y sanguinolenta. Siempre se piensa en una angustia extrema, en un dolor brutal. Por suerte, no es así. Ninguno de los supervivientes recuerda haber sufrido mientras iba cayendo: el sufrimiento comenzó después. Whympfer sintió una enorme paz, «como si le fueran a operar bajo los efectos del cloroformo». Lammer cuenta que, mientras se precipitaba por el canalón, lo único que le molestaba era la luz del sol en los ojos, aunque confiesa que tuvo también un pensamiento fulminante: «El profesor Schulz (adversario suyo en las polémicas alpinísticas) escribirá, triunfal: sí, ¡así es como acaban estas cosas!». Rouillon, tras la resignación inicial, sintió unas enormes ansias de vivir. Moricet pensó en el inevitable fin, pero solo desde un punto de vista teórico, resistiendo con profunda convicción: «No es posible que ahora esté vivo y que dentro de un momento esté muerto». En la Verte, Valluet pensó: «Ahora me toca a mí. No puedo hacer nada».[...] Y Greloz: «Curioso, nunca me hubiera imaginado que pudiera matarme de un modo tan brutal contra esta pared».

No parece tener cabida —al contrario de lo que siempre se dijo— la idea de que los moribundos, en los últimos momentos de vida, ven pasar en apresurada síntesis los principales episodios de su existencia. «Los documentos que se recogen en este libro», escribe Saint-Loup, «demuestran que el alpinista no se interesa por su pasado más que de un modo ordinario [...]. La misma observación a propósito del problema de la fe [...]. En el caso de Lammer, de Rouillon, de Valluet, de Labour, no hay ni un solo segundo en el que el alpinista, en medio del peligro, ponga su destino en manos de Dios».

Los ochos salvamentos «milagrosos» se llevaron a cabo en el hielo. Se diría que la roca no es lugar para estas gracias *in extremis*. La roca es dura. En una nota dice Saint-Loup brevemente: «En los Dolomitas un escalador en solitario habría hecho, sin el menor problema, una caída en vuelo de alrededor de cuarenta metros sobre la roca desnuda». Parece un poco exagerado. Tal vez se refiere al caso de Alvisè Andrich, que se precipitó por la vía Carlesso

de la Torre Trieste, en pleno sexto grado. El episodio es, sin duda, extraordinario. Desde el primer rellano que corta la terrible muralla, Andrich subió en escalada libre la siguiente pared: más de treinta metros. Empeñado en escalar un extraplomo complicadísimo, cuando intentaba colocar un clavo perdió el apoyo y cayó al vacío. Mientras volaba, consiguió enderezarse: cayó, pero no sobre la roca, sino sobre las suaves ramas de un pino que había en el rellano, y no se hizo nada. Recuerdo haberle preguntado, también yo: «Y mientras caías, ¿qué se te pasaba por la mente?». «Pensaba en esa foto que llevo siempre en el bolsillo por superchería». «¿Y qué fotografía es esa?» Me la enseñó: era de alguien que había muerto en la montaña, horroroso, como un fantoche sin esqueleto, tendido de cualquier manera sobre las rocas.

Corriere della Sera,
25 de octubre de 1950.

El Everest

¿Tenemos que estar contentos porque han conquistado el Everest? ¿Es realmente el 29 de mayo de 1953 un día de dicha para la humanidad? ¿Debemos sentirnos orgullosos?

Pues claro. ¿Hace falta preguntarlo?, dicen quienes tienen sentido común. No se trata solo del acontecimiento más importante que se haya registrado jamás en los anales del alpinismo, que no tendrá parangón en el futuro: es también, para aquellos a quienes nos interesa el alpinismo, un hecho histórico, un día de gloria que nuestros descendientes recordarán por los siglos de los siglos, una fecha destinada a figurar de ahora en adelante en todas las enciclopedias, por muy pequeñas y básicas que sean, fecha que la maestra de escuela hará aprender de memoria a los pequeños. Algo comparable a la conquista del Polo Norte, al primer vuelo, a la explosión de la bomba atómica. Un alto en el camino, una gran meta, un punto de inflexión, un confín extremo para llegar al cual ha sido necesaria una serie interminable de proyectos, tentativas, estudios, atrevimientos, heroísmos, tragedias y esfuerzos casi sobrehumanos.

Y ahora, por fin, se ha conseguido: dos hombres en pie sobre un pináculo de hielo de 8.888 metros de altura. Por encima, nada: nadie ha llegado ni llegará nunca más alto. Porque esa es la cima del mundo, el máximo anhelo de la corteza terrestre, la rugosidad más acentuada de cuantas recubren esta

manzana ajada en la que habitamos, suspendida en el espacio sideral. Y al mismo tiempo —y esto no es retórica— es la Cumbre Suprema, el Culmen, el símbolo mismo del Ideal y del Ascenso.

¿No valía la pena soportar tantas fatigas, tanto gasto, tantos sacrificios? Sí: y aunque el coste hubiera sido cien veces superior, era nuestro deber sufragarlo. Por ejemplo, a ustedes les pregunto: si la suerte les hubiera dado la oportunidad y las energías necesarias para acompañar al coronel Hunt, ¿no hubieran ido? Claro que sí. ¿Quién se hubiera resistido a una tentación como esa? Habría que ser una lombriz, una larva, un piojo, para no sentirse fascinado por la empresa. A fin de cuentas era la última fortaleza de la Naturaleza que aún permanecía virgen. Océanos, desiertos, junglas, glaciares del Polo... todo está ya explorado. Solo quedaba la cúspide, la cúpula suma, la torre del campanario de esta pequeña barriada de pendencieros que llamamos Tierra. Allá arriba no había estado nadie. ¿Se imaginan ustedes lo que sucedería en el corazón de esos dos hombres en el instante en el que tocaron la cima y, al levantar la mirada, no vieron ya más hielo ni más crestas, ni rocas, ni murallones imposibles, sino la nada, el cielo abierto, la vorágine azul del universo?

Al volver los dos la vista y mirar a su alrededor para ver cuán lejos habían llegado, incluso más allá del último confín todo parecía bajo e insignificante. ¿Pueden imaginar la aterradora felicidad que sintieron? Como un río inmenso de gozo que se derramara a borbotones en su espíritu. Sin pensamientos tristes, sin remordimientos, ni vanidad, ni escoria. Aunque boquearan, aunque estuvieran a punto de desmayarse, aunque no consiguieran tenerse en pie. Como Napoleón en las Pirámides. Dispuestos incluso a morir sin pesar. Perdidos en suprema beatitud.

Gloria, por tanto, al neozelandés Hillary, al nepalí Tenzing, al coronel Hunt, jefe de la expedición, a todos sus compañeros. Les envidiamos. Es justo que sus caras honestas aparezcan en los periódicos de todo el mundo, en primera plana, bajando de su pedestal a divos y divas, deportistas y políticos. Cualquier honor estará justificado.

Y nosotros aquí, lejos, exiliados en el polvo y el ruido de la ciudad, sobre el fondo plano de una llanura banal, nos repetimos la pregunta: ¿tenemos que estar contentos? ¿No habría sido mejor que el Everest se mantuviera intacto?

Miren la soberbia montaña, la solemne catedral que hasta el 29 de mayo se podía considerar un espejismo, una apariencia, un mito. ¿No es hoy más pequeña que ayer? ¿No es, en cierto modo, menos bella? Y esa huella infinitesimal que han dejado los cuatro piolets y los crampones sobre las

cornisas de la cresta definitiva, esas huellas de hormiga sobre la cabeza vítrea del gigante, ¿no son, en el fondo, tristes de contemplar?

Era el último reducto de nuestra fantasía, la roca sobreviviente de lo desconocido, el fragmento residual de lo imposible que conservaba la Tierra. Aunque se había fotografiado desde todos los ángulos, medido metro a metro con instrumental topográfico, registrado meticulosamente en los mapas, el Everest era de una inmensidad sin límite, precisamente porque no se había conquistado. Hoy se ha roto el hechizo: estamos seguros de que esa cima fabulosa está constituida como tantas otras, y no viven en ella los dioses de la montaña. Hoy el Everest entra en el primer puesto del elenco de cimas conocidas, con nombres y apellidos de alpinistas, descripciones de itinerarios, etc. Hoy es, en suma, cuando comienza su historia, aunque haya terminado para siempre su leyenda.

¿Y ahora? ¿Qué queda por hacer? ¿No parece que la Tierra se ha vuelto de repente más estrecha y ridícula? En el antiquísimo castillo, encima de la soberbia torre, existía aún una habitación donde nadie había estado jamás. Pero al final se ha abierto la puerta. El hombre ha entrado, y ha visto: ya no queda misterio.

Nos queda la Luna —dice alguno—, nos quedan los planetas, el espacio sideral. No hay límite para la sed de misterio y de aventura. Agotada la Tierra, exploraremos el Universo. Pero ¿cuándo? Aunque no resulte prudente hacer profecías, tengo la impresión de que la espera será larga. Ni nosotros, ni probablemente nuestros hijos llegarán a tiempo de partir, en un cohete, rumbo a la Luna. Harán falta decenios, tal vez siglos, y eso si el viaje es posible.

Entretanto nos quedamos aquí, prisioneros en la superficie del planeta que gira eternamente, globo que ayer parecía infinito y que hoy se ha hecho pequeño, una pelota apenas de la que conocemos todos los secretos, removida y recorrida de punta a punta. No queda ni un solo rincón virgen, ni una joroba, ni un cúmulo de nieve. Allí se había refugiado la poesía con los sueños, las esperanzas, las ilusiones, las bellísimas cosas inútiles y sin embargo indispensables para la vida. A partir del 29 de mayo pasado, la poesía se ha marchado también de allí. Ahora, ¿dónde iremos a buscarla?

Corriere d'Informazione,
3-4 de junio de 1953.

¡Vuelve, pequeña Lea!

Una tarde, por casualidad, Giuseppe Pirovano empezó a hablar de Lea, una *pointer* del alpinismo con una historia bastante poco común.

Pirovano, guía célebre por sus hazañas en hielo, es uno de los hombres más puros, buenos y cándidos que se pueda uno encontrar en este mundo. En verano dirige una escuela de esquí en el refugio de Nagler, sobre el Paso del Stelvio. A ella asisten, sobre todo, alumnos de muy corta edad.

A diez minutos del refugio, sobre un flanco del glaciar, está el telesquí. Una cabaña de madera con un motor de automóvil en el interior que pasa barbotando cinco o seis horas al día. Una rueda gira, haciendo correr una cuerda metálica, y la cuerda tira hacia arriba de los esquiadores, que van agarrados a una especie de ganchos, y los sube por la pendiente hasta lo más alto de la Cima Nagler.

Luego se pone el sol, los glaciares adoptan un color amoratado y enemigo, el motor se para, los esquiadores bajan al refugio y se hace ese silencio típico de la noche en la montaña; hasta la pista del eslalon, tan doméstica y acogedora, parece ahora elevarse lentamente, gélida y torcida como una pared del Himalaya.

El último en bajar es Pirovano. Se gira un momento porque desde la cabaña, ya cerrada, llega un suave ruido: quizá es el ratón, que se ha instalado allá dentro nadie sabe cómo, ni tampoco de qué vive. Luego también él se quita los esquís y se dirige al refugio. Mientras camina, va contando una historia:

«Ya lo sé, ya sé que estas historias son difíciles de creer.

»¿Veis aquella especie de planicie a la derecha del refugio Livrio?

(Se ve perfectamente. Está a un tiro de piedra, detrás de una plácida cuenca de hielo del glaciar.)

»Yo estos sitios los conozco ya mejor que mi propia casa, después de tantos años...

(Tiene casi cuarenta y cuatro, y sigue siendo el de siempre. Hay que verle, tan joven y tan lleno de fe en sus semejantes, con esa cara intacta y lisa.)

»Pues a pesar de todo una noche me perdí. Había niebla y no se veía ni a diez metros. Y yo venga a dar vueltas, y no entendía nada. “Vas a ver como te toca vivaquear”, me digo. Me daba risa solo pensarlo.

»No había luna. Más oscuro estaba todo que la boca del lobo. Llamo. No contesta nadie. Me va a tocar vivaquear ¡a dos pasos del refugio! Regresaba de un ascenso, empezaba a sentir cansancio y hacía un frío del demonio.

»Y entonces veo pasar una sombra por ahí abajo. Una cosa negra que va y viene por la nieve.

»Yo no creo en los espíritus, sobre todo aquí en la montaña. Aquí seguro que no hay espíritus. Pero en aquel momento, te lo juro, me quedé pensando. ¿Qué era aquello?, me preguntaba. Luego me pasó muy cerca, intenté tocarla: aquella sombra seguía corriendo sin hacer el menor ruido.

»La toco. El pelo. “Que sea Lea”, pienso, la perra del refugio Livrio. Grito: “¡Lea, Lea!”.

»Se me echó encima. Estaba como loca. Iba moviendo la cola y corriendo de un lado a otro, luego volvía y echaba a correr otra vez, siempre en la misma dirección. Me había sentido, puedo jurarlo, a cuatrocientos metros de distancia, y había venido a recogerme, me estaba enseñando el camino... De todos los que estaban en el refugio ninguno me había oído.

»Vamos a girar un poco aquí —me dice—. ¿Has visto la pared del Cristal?o?

Una breve desviación y apareció ante mí la pared septentrional del Cristal, que no es ni grande ni complicada, pero sí siniestra. Se veía negra a la luz del crepúsculo, con esas pendientes que forman un embudo y las cornisas de hielo verde oscilantes como ménsulas, que quién sabe cómo se sostienen sobre el abismo. A la luz del atardecer se veía bellísima.

«¿La ves? Pues una mañana estaba yo ya en el cruce, mejor dicho, había pasado ya la última grieta y me encuentro con el perro, que estaba tras de mí. No sé cómo había logrado encontrarme.

»“¡Lea! ¡*Marsch!* ¡Vuelve al refugio! ¡*Marsch!*”, grito. Pero ella, nada.

»“¡Vamos!”, continuó gritando. Se cansará, pienso yo, ahora que la pared se vuelve más empinada. Pero ¡qué va! Seguía tras de mí; se aferraba a los peldaños que iba yo marcando. Pero temblaba: a cada paso se volvía a mirar, veía el vacío, y el miedo iba en aumento.

»“Va a salir volando”, me digo. Acabará en el fondo de la grieta. ¿Y quién va a bajar a pescarla?

»Por otra parte, yo tampoco podía regresar. ¿Qué diría mi cliente? Bajé tres o cuatro metros, agarré a la perra por la nuca, y la até a la cuerda. Sería la segunda de la cordada.

»Seguí avanzando unos tramos de cuerda, pero era imposible. Lea no esperaba que tirase de ella: lo que quería era ir tras de mí. Se volvía continuamente. Entretanto, el vacío se había hecho más profundo, y estaba claro que sentía un miedo cerval. Y yo, por aquella pendiente, la verdad, estaba seguro solo hasta cierto punto.

»“Verás como esta bestia nos hace volar a los dos”, me digo. Mientras, en el refugio alguien se había dado cuenta y estaba mirando con los prismáticos,

como diciendo: “Pero ¿cómo es que hay tres en la cordada si esta mañana salieron solo dos?”.

»Así que, ¿sabes lo que hice? Me até a la perra con un cordel y subí cargado con ella. Apenas podía soportar el peso. A cada escalón que subía, ella daba otro paso y para equilibrarse se encastraba entre mis rodillas y la pared, para no soltarse. Pero qué miedo pasaba: temblaba tanto que le castañeteaban los dientes.

—¿Y el cliente? —le pregunto.

—Ay, el cliente. ¿Qué iba a hacer? Cierto que de buen grado no habría aceptado algo así... Pero también él lo entendía...

—¿Y qué hiciste?

—Esperé. Pero si hubieras visto... No hicimos más que llegar a la cima... Hay una cresta hermosísima, toda llena de protuberancias, que desciende hasta el glaciar. Fácil. Pues apenas la solté, ¡allá que fue la perra! Galopaba como el viento. La veía ya como un puntito... un puntito lejanísimo. Apenas tuve tiempo de subir al cliente a la cresta y la bestia estaba ya en el refugio.

En la cúpula del Ortler se ocultó por fin lo último que quedaba del sol. El gélido aire de la noche se desencadenó de golpe sobre los tres mil: fue como un libro que se cierra. Viento, frío, soledad. Una lejanía inverosímil de los hombres, de las casas, de las músicas, del calor, de la vida cotidiana... aunque es cierto que tras aquella joroba, lo sabíamos muy bien, estaba el refugio Nagler. Pero no bastaba.

—Después, una tarde —cuenta Pirovano—, al volver al Livrio tras una larga excursión, veo a todos con caras raras. “¿Qué ha pasado?”, pregunto. “La Lea”, me dicen, “que se debe de haber caído en una grieta: no sabemos nada de ella desde ayer”. ¿Dónde habría ido? “Quién sabe, si iba subiendo por el glaciar, hacia la Tuckett”...

»Yo lo entendí enseguida. Lo sabía todo. Era casi de noche. Dejé la mochila y salí corriendo con la cuerda y el piolet. Sabía dónde encontrarla. Los otros, detrás.

»“Debe de haber caído en una de las grietas que hay en la parte de debajo de la pared de la Tuckett”, pensé yo. Tenía que haber imaginado que un día u otro...

»Cuando llegamos ya se había hecho de noche. Me di cuenta de que iba aún en mangas de camisa, pero ya no podía volver atrás, ¿verdad? Encendimos las linternas. Aquello es una selva de grietas. ¿Dónde estaría? La llamé: “¡Lea, Lea!”. Y entonces la oímos ladrar, con una voz que me dio escalofríos. Y pensé: “Se está muriendo”.

»Volví a llamarla. No respondió. Entonces me dejé llevar por el instinto. Les dije a los otros: “Tiene que estar en esta grieta, así que bajo yo”.

»La bajada no era lisa: había muchos salientes. “Vamos, date prisa, más abajo”, gritaba yo. Diez, quince, veinte metros. La cuerda tenía cuarenta de largo. Llevaba la linterna sujeta al cinturón.

»Y, de repente, miro hacia abajo y veo cómo me observan dos botones amarillos. Eran sus ojos. Pero no tenía ya fuerzas para ladrar.

»“¡Suelta, suelta!”, grité. La cuerda tocaba a su fin cuando llegué abajo del todo. Pobre animal. No se movía. Me desaté, la até a ella, y grité que me subieran.

»También los de arriba sentían angustia: tanta, que estuvieron a punto de matarla. Y es que la cuerda, ¿sabes?, al deslizarse, había cortado el hielo y cuando llegó arriba la perra se encontró encajada bajo un techo. Cuanto más tiraban ellos, más se ahogaba.

»Por suerte, poco a poco el techo acabó cediendo y Lea fue liberada al fin. Yo, sin embargo, me las vi negras: todo aquel hielo me cayó encima, una especie de pequeño alud que me apagó la linterna y me dejó sepultado hasta el cuello.

»“¡La cuerda, la cuerda!”, grité. Ellos, una vez que liberaron a la perra, soltaron la cuerda. Pero por las irregularidades de la quiebra la cuerda no deslizaba bien... Yo, mientras, ya no podía más de frío.

»Al final me decidí. Me digo: “No me queda otra que subir sin cuerda”. Así que subí escalando diez, once metros... Luego las paredes empezaban a tomar forma de extraplomo, con hielo vivo... Los crampones no se sujetaban, y pensé: “Ay, madre. Aquí vuelo”.

»Y me hubiera precipitado al vacío, seguro. Pero en un último tirón, al pasar las manos por encima del hielo en busca de apoyo, ¿pues no me topo con la cuerda?

»Iba a volar ya, pero la mano me sostuvo y...

—Y la Lea, ¿se salvó? —le pregunto.

—Apenas llegó al refugio no fue capaz ni de beber ni de comer nada. Se echó en un rincón y allí estuvo durmiendo dos días enteros.

—Entonces, ¿no murió?

—No, no. Dos días después, cuando volvió a verme, comenzó a saltarme encima otra vez, a besarme, qué te parece, si lloraba de alegría...

—¿Y todavía vive?

Pirovano se detiene. Saca un cigarrillo, pero no hace nada.

—No, no. Ya hace muchos años de eso —dice—. Era ya vieja... No he visto nunca un animal como ella...

Corriere della Sera,
20 de agosto de 1953.

Montes despiadados

Una insignificante expedición que parecía condenada a quedar perdida entre las crónicas de las grandes empresas del Himalaya —una breve alusión, quizá, en medio de la narración de los más grandiosos ascensos— ha adquirido de repente la magnitud de una tragedia. La desproporción entre lo exiguo de la patrulla —apenas cuatro hombres— y la enorme potencia de las fuerzas adversas que se desencadenaron ante ellos, se impone con la elocuencia cruel que tienen las hazañas de los principales exploradores caídos en itinerarios desolados en el Polo o el desierto.

No hay piedad para los hombres en los picos blancos del Himalaya. Esto ya se sabía. Allá arriba basta con bajar la guardia un instante, basta una distracción momentánea, una sombra de cansancio, para que la montaña, siempre emboscada, se aproveche de la debilidad y mate. Allá arriba las tempestades llevan aún el nombre de tempestades, pero solo porque hasta ahora no hay en el diccionario un término adecuado; los temporales adquieren una fuerza inimaginable, capaz de destrozar hasta las fibras más resistentes. Baste pensar en el espantoso final de las primeras expediciones alemanas al Nanga Parbat, en las que se encontraban los alpinistas más formidables de la época. Baste leer las páginas más recientes del ascenso al Everest, donde hombres curtidos en las más duras pruebas confiesan que, a partir de una cierta altura, hasta la mente se intoxica: personas angelicales se vuelven malvadas y una tarea insignificante, como levantar la tienda o preparar la mochila, representa un esfuerzo de voluntad sobrehumano. Esto se sabía, y sin embargo sorprende el empeño del destino contra aquellos cuatro hombres, hormigas microscópicas e inofensivas en medio de una selva de glaciares.

Habían salido de Italia casi en sordina, sin decir qué cumbre querían probar. Naturalmente, no un ochomil, porque para escalar estos supercolosos es indispensable contar con una expedición de envergadura y un ejército de porteadores. «Vayamos al Garhwal a echar un vistazo», dijo el viejo pero siempre joven Ghiglione, «y luego ya veremos».

Partieron. Durante bastante tiempo no se supo nada. Luego empezaron las campanas a tocar a muerto: por Bignami. Una desgracia extrañamente cruel, casi desleal, porque hay algo injusto en la muerte de un joven que va a desafiar a las cumbres supremas y, por una estupidez, se precipita al vacío desde un puentecillo: el torrente se lo llevó consigo para siempre. Al dolor por la grave pérdida —una desgracia casi idéntica cayó sobre uno de los alpinistas franceses que iban a escalar el Fitz Roy, en la Patagonia— se añadía un sentimiento difícil de explicar, como un golpe a traición, que las reglas del juego no admitían.

Pero también según las reglas clásicas e inexorables de su tremendo juego, un juego hecho de vientos gélidos, de frío asolador, de fatiga destructiva, el Himalaya ha asestado el segundo y el tercer golpe. Barenghi y Rosenkrantz, en cordada con un valeroso *sherpa*, conseguían finalmente coronar la cima, que había costado tantas duras tentativas. Les parecía haber vencido, en cierto modo, vengando así al compañero perdido injustamente. Cierto que allá arriba, en la cima, por grande que fuese el cansancio, se sintieron felices por un instante.

Ahora, ¿qué queda? La nieve de las últimas tormentas ha sepultado en silencio los cuerpos de dos valientes, ha borrado las hondas pisadas, ha rellenado los huecos que los piolets tallaron en el hielo. De tanto blanco emerge solo el borde rojo de una tienda vacía a la que el viento bate una y otra vez: dentro de poco también será arrancada, y todo volverá a ser como antes. El rostro impassible de la montaña, idéntico a hace millones de años: como si no hubiera sucedido nada.

¿Y quién regresa? Lentamente, en pequeñas etapas, porque la fatiga lo ha consumido y el dolor le ha socavado un vacío inmenso en su interior, regresa el viejo Ghiglione. Solo. El hombre que impunemente ha escalado centenares, millares de cumbres de todos los continentes, que parecía invulnerable, protegido por una fortuna que nunca le iba a abandonar. Durante más de cincuenta años le ha esperado la suerte con diabólica paciencia para terminar echándole encima la desventura. El pobre Ghiglione: no es difícil imaginar lo que le roe el ánimo en estos días trágicos. «Me tocaba a mí, si es que le tocaba a alguien. A mí y no a ellos. A mí, que podría ser su abuelo». Así maldice la energía estupefaciente que aún fluye por su interior: preferiría haberse quedado allá arriba durmiendo, junto a sus jóvenes amigos, en la gloria.

Corriere della Sera,
29 de junio de 1954.

«Corta, corta, que al menos tú te salvas»

(Trece horas colgado de una cuerda en el vacío)

Esta es la historia de una de las aventuras más aterradoras que recuerda el alpinismo dolomítico. Sucedió este verano en Campanile Basso di Brenta, un pico famosísimo por la maravillosa esbeltez de su arquitectura y por la dificultad de sus numerosas vías de ascenso. Bellísimo desde cualquier vertiente, también desde cualquier vertiente se ha atacado y vencido. Ya no queda pared, arista, fisura ni extraplomo por los que no haya pasado el ser humano. La vía normal, de cuarto grado, es ya una escalada respetable. Todas las demás son más complicadas. Algunas alcanzan el límite máximo de lo posible, es decir, el sexto grado.

De sexto grado precisamente es el vertiginoso itinerario trazado por Marco Franceschini y Stenico por la arista noroeste del llamado Spallone del Campanille. Es un impresionante pilar amarillo que se alza desde el talud a trescientos setenta metros y sobresale como un baldaquín formando tremendos extraplomos. Por allí quiso repetir la escalada hace dos meses el guía Cesare Maestri con su amigo Luciano Eccher, de veintiséis años. Aunque de extrema dificultad, la empresa no resultaba preocupante para Maestri, que había hecho otras peores él solo, por añadidura, con prodigios de valor y refinada acrobacia. En cuanto a Eccher, era un compañero digno de él, y estaban muy compenetrados.

De hecho, habiéndose desviado de la vía original y tras encontrar obstáculos importantes, los dos superaron con brillantez los primeros ciento setenta metros, que son los más duros. Al caer la tarde Maestri, tras una delicadísima travesía por el borde de un imponente extraplomo, llegó a una terracita pequeña pero segura. Les quedaban aún doscientos metros de pared, pero bastante menos exigentes. Tenían la victoria, como quien dice, en el bolsillo. Y menos mal, porque se avecinaba la noche y había empezado a nevar. Maestri plantó tres clavos para asegurar la cuerda y luego dijo al compañero que fuese hacia él.

Eccher cubrió la distancia que les separaba y llegó casi hasta la terracita. Maestri, que poco a poco iba retirando la cuerda, vio aparecer su cabeza y calculó que ya estaba seguro. Fue entonces cuando ocurrió todo, de manera fulminante. «Luciano me miraba sonriendo», cuenta Maestri, «pero de repente hizo una mueca curiosa, como si se hubiera apagado, y desapareció».

En los puntos más difíciles, allá donde faltan los apoyos, y sobre todo en los extraplomos, cuando la roca sobresale, los alpinistas no solo ponen clavos para poder seguir avanzando: a veces estos clavos les permiten también fijar los estribos para apoyar los pies. Eccher estaba apoyado en precario sobre un estribo con todo el peso de su cuerpo cuando se soltó el clavo. Las manos no estaban suficientemente afianzadas, y voló.

Abajo no había más que el vacío. La terracita era, en realidad, el borde de un «techo» que sobresalía unos metros. Eccher no es que sea panzudo, pero sus setenta kilos no los levanta nadie. El tirón fue de tal calibre que hizo saltar un segundo clavo, que estaba un poco por encima del estribo, y luego un tercero, precisamente el que estaba «asegurando» Maestri. Perdidos los tres clavos (quedaban otros dos por encima de la terracita, pero solo estaba asegurado el del cabo opuesto de la cuerda, el de la parte de Maestri) el peso del cuerpo, proyectado sobre el vacío, cayó todo sobre los hombros y la espalda del guía. Fue un tremendo tirón: Maestri quedó literalmente doblado en dos, y fue a dar con la cara contra la roca. A pesar del dolor, continuó sujetando con todas sus fuerzas.

Doblado, cabeza abajo sobre la terraza suspendida, casi cegado por la sangre que se le había bajado a la cabeza y con los brazos tensos de sostener la cuerda, Maestri se sintió perdido por un momento. Luego, poco a poco, se recompuso.

—Luciano, Luciano, ¿cómo estás?

—Bien, bien —respondió desde abajo el compañero invisible con extraordinaria presencia de ánimo.

—¿Estás muy abajo?

—Pues estaré a unos cinco metros.

—¿Y puedes tocar la roca?

—Imposible. Está demasiado lejos.

—Entonces intenta subir a pulso. ¿Crees que podrás?

—Voy a intentarlo.

Y Eccher lo intentó. Pero era una empresa inverosímil con una cuerda tan fina y después de tan tremendo golpe. Consiguió levantarse un par de metros, pero luego las manos se le aflojaron. Otra vez abajo, a plomo. Maestri, en la posición tan absurda en que se encontraba, hizo todo lo que pudo por resistir al segundo tirón. Pero se le escapó de las manos un buen tramo de cuerda.

—¡Luciano! ¡Luciano!

—No te asustes. Es que no consigo subir a pulso.

—Pero ¿a cuántos metros estás ahora?

—Ahora estaré a diez metros.

Un largo silencio, entre los gemidos alternos del viento. La nieve caía cada vez más espesa. Luego, la voz de Maestri:

—Luciano, tengo miedo de no aguantar más.

—Cesare: corta la cuerda, que al menos tú te salvas —fue la respuesta.

«Eso jamás», pensó Maestri. Y con un esfuerzo supremo consiguió elevarse un poco, lo suficiente para ponerse de rodillas.

—¡Cesare, Cesare!

—¿Qué pasa?

—Intenta bajarme todo el tramo de cuerda: así a lo mejor consigo tocar la roca.

Aquello no era más que una ilusión.

—Espera, voy a probar.

¿Fue porque Maestri movió un pie, el pie bajo el que se había enganchado la cuerda? ¿Fue porque sus manos ya no aguantaban más? El hecho es que de pronto no pudo seguir sujetando: oyó cómo silbaba la maroma al deslizarse a velocidad de vértigo por el borde de la terraza. Una fuerza irresistible le succionaba, le atraía hacia el abismo. Miró los dos clavos sobrevivientes con sus correspondientes mosquetones, a los que estaba enganchada la cuerda con una presilla. ¿Aguantarían?

Luego, el golpe. La cuerda se tensó angustiosamente. Los dos clavos se curvaron como si fueran de mantequilla, y por una fracción de segundo pareció que iban a salir de la hendidura donde estaban insertos. «Ahora vuelo yo también», pensó Maestri. Pero milagrosamente los clavos resistieron.

Abajo, Eccher había llevado a cabo ya su tercer vuelo. Esta vez, hasta el límite de la cuerda. Una zambullida de otros veinte metros bien a gusto. Mientras caía, miraba hacia arriba. Se sintió atrozmente enterrado en vida. Con el rebote subió al menos tres metros. «Es imposible que los clavos aguanten», pensó. «Ahora veo que vuela también Maestri, así que nos chafaremos juntos». Luego vino una quietud inverosímil y, lentamente, Eccher comenzó a girar sobre sí mismo.

Se llamaron, intentando hablarse. Pero a aquella distancia —más de treinta metros— era difícil. Entretanto había oscurecido. Maestri, sobre el que no recaía ya el peso del compañero y al que únicamente sostenían los clavos, se puso finalmente en pie y ponderó la situación. Ni pensar en subir a Eccher a pulso. Lo único que podía hacer era intentar seguir solo hasta la cima, bajar por la vertiente más fácil e ir a buscar ayuda. Pero ¿llegaría a tiempo?

¿Resistiría Eccher, colgado de una cuerda por la cintura? En una situación similar, más de un alpinista había muerto por sofocación.

Por fortuna Eccher era un chaval con una sangre fría y un optimismo extraordinarios. En lugar de dejarse vencer por el pánico se propuso hacer menos tormentoso su estado. Se pasó un estribo por el torso para poder apoyar la espalda. Luego fijó a la cuerda otros dos estribos para poder introducir las piernas: así quedó casi sentado. Luego se dijo: «Si Maestri va a buscar ayuda, puedo quedarme tranquilo».

Mientras continuaba nevando. Maestri se había soltado y gritó a Eccher: «¡Hasta luego!» y reanudó el ascenso. Cómo consiguió, si estaba todo más oscuro que la boca del lobo, superar los doscientos metros de quinto grado que le quedaban por delante, es algo que sigue siendo un misterio para nosotros.

Llegado al Spallone rodeó el Campanile Basso por el gran rellano que han bautizado, con gran ironía, «carretera provincial». Estaba a punto de bajar por la vía común cuando, frente a la pared sur, vio una luz que avanzaba por el caminillo que lleva hasta el ataque. Llamó. Era su hermano Carlo que, preocupado por su retraso, había salido a buscarle desde el refugio Tosa.

—Corre al refugio —le gritó Maestri—. Trae a todos los que puedas con todas las cuerdas que haya. Pero antes baja donde aquella arista y avisa a Luciano: dile que la ayuda está en camino, que resista.

De hecho, lo que más temía era que su amigo se dejara vencer por el cansancio y por el desaliento: en ese caso, estaba perdido.

Ya solo quedaba esperar. Maestri consiguió cavar en el rellano un agujero bastante apañado —maravilloso ejemplo de equilibrio— y echó una buena siesta, que era lo más adecuado después de todo el esfuerzo que había hecho y en vista del que aún le quedaba por hacer.

A las dos y media de la madrugada los guías Bruno y Catullo Detassis y Giulio della Giacoma, con tres bravos escaladores de roca —Mario Fabbri de Trento, Dado Morandi y otro de Roma—, estaban ya en la «carretera provincial». Desde la cumbre del Spallone y a la luz incierta de las linternas eléctricas Maestri, Catullo Detassis y Morandi descendieron ciento diez metros. Maestri y Detassis descendieron por su cuenta, en cuerda doble, hasta situarse sobre la famosa terracita. Colocaron allí una buena cantidad de clavos y enseguida tiraron dos cuerdas a Eccher. Alternando sus fuerzas, comenzaron a tirar de él hacia arriba valiéndose de las cuerdas. Con cada tirón ganaban una veintena de centímetros.

El alzamiento duró tres horas y media. A las nueve de la mañana, por fin, Eccher tocó la terraza. Estaba pálido como la muerte, pero en buenas condiciones. «Se hace raro», comentó, «volver a poner los pies en la tierra». Había permanecido colgado en el vacío, en mangas de camisa y con un tiempo de perros, trece horas justas.

Corriere della Sera,
17 de octubre de 1954.

Bonatti y Mauri conquistan la cima del Gasherbrum IV

En su segundo intento han conseguido los alpinistas italianos alcanzar la cima del Gasherbrum IV (8.080 metros), en el macizo del Karakórum.

En un mensaje que ha llegado hoy a Rawalpindi el jefe de la expedición italiana, Riccardo Cassin, anunciaba que Walter Bonatti y Carlo Mauri efectuaron la escalada el pasado 6 de agosto.

El mensaje revela que el primer intento de conquistar la cima de la vertiente nordeste no tuvo éxito debido al mal tiempo. El segundo asalto se inició el 24 de julio justo después de mediodía, y el 6 de agosto Walter Bonatti y Carlo Mauri llegaron a la cumbre.

Con el éxito de la expedición italiana son ya tres las cumbres hasta ahora vírgenes que se han conquistado este año. Una expedición americana ha escalado el Gasherbrum I (8.068 metros) y una japonesa el Chogolisa (7.282 metros).

Según datos recibidos en Rawalpindi parece que Walter Bonatti y Carlo Mauri, tras conquistar la cumbre del Gasherbrum, se han tenido que enfrentar a un descenso especialmente complicado debido al fuerte monzón que soplaba en aquel momento.

Los dos alpinistas han podido, no obstante, llegar sanos y salvos al campo base.

Esta es una de las más notables victorias del alpinismo en los últimos años, y una excelente noticia para todos los italianos. La escalada del Gasherbrum IV, sin embargo, no tendrá la resonancia nacional e internacional que encontró hace ahora cuatro años la conquista del K2. El K2 es la segunda cima del mundo y, hasta ese momento, de los catorce ochomiles, solo otros tres —el Annapurna, el Everest y el Nanga Parbat— habían sucumbido a los

asaltos del hombre. Pero en estos cuatro años el mundo se ha habituado a estas pruebas excepcionales. En este paréntesis se han multiplicado los intentos de conquistar el Himalaya, y se han cobrado otros seis ochomiles. De victoria en victoria, las noticias de esta índole han perdido relieve, por desgracia, hasta el punto de que la escalada del llamado Hidden Peak —el Gasherbrum I—, último ochomil que quedaba por conquistar en el Karakórum y que escaló el 14 de julio pasado la expedición americana Clinch, ha pasado casi inadvertida.

Pero haber llegado a la cima del Gasherbrum IV es siempre un enorme logro, digno de compararse, por las virtudes morales y técnicas que requería, prácticamente a cualquier otra victoria registrada en el Himalaya. Hasta ahora no se creía que el Gasherbrum IV perteneciera a la aristocracia suprema de los ochomiles: se consideraba más bien un «casi ochomil». Las mediciones arrojaban datos distintos sobre su altura: unas, 7.925; otras, 7.980 metros. ¿Significa tal vez esa cota de 8.080 —a la que se hace referencia en el despacho del Ansa— que los alpinistas italianos, dotados de altímetros perfectos, han encontrado el modo de rectificar al alza la altura que hasta ahora se conocía? Seguramente. Y en este caso, la familia de los ochomiles se enriquecerá con el decimoquinto coloso.

Pero aunque esa cota de 8.080 se debiera a un error en la transmisión por radio, se trata en todo caso de una de las montañas más altas de la Tierra. Una montaña cuya problemática, conocida en el ámbito internacional antes de que los italianos la conquistaran, se mostraba difícil de resolver. Solo su aspecto, la imponente escarpadura de sus paredes salvajes y cubiertas de hielo y de las empinadas crestas, ya sugería que era un hueso duro de roer. No bastaban, como para algunos ochomiles, una óptima preparación logística, un hígado sano, una gran resistencia física y la siempre indispensable dosis de suerte: aquí había que resolver otros problemas, puramente de escalada, que si ya eran considerables en la altura de nuestras cumbres alpinas, figúrense con cotas superiores a los siete mil metros. Riccardo Cassin, jefe de la expedición del Club Alpino Italiano, enemigo por temperamento de la exageración, ha escrito que el Gasherbrum IV es «la cima más soberbia y tal vez la más difícil del Baltoro», y ha considerado de cuarto y quinto grado —desde el punto de vista puramente técnico— las dificultades que se encontraron en la cresta nordeste durante la primera fase de sus intentos. Ahora ya basta con la imaginación para trasladar nuestro quinto grado patrio a las alturas del Himalaya, tan sutiles y glaciales, y sentir que se nos pone la piel de gallina. Evidentemente, estamos al límite absoluto de las posibilidades humanas. Y no

es temerario asegurar que bien pocos alpinistas del mundo están en condiciones, ya sea por capacidad técnica o por osadía, de superar una prueba así.

No somos tan ingenuos como para pensar que el ascenso del Gasherbrum IV suscitará ni la mitad de entusiasmo con que el hincha medio acoge la victoria dominical de su equipo. Este tipo de entusiasmo, en el fondo, es mejor que no tenga nada que ver con la montaña. Confiamos no obstante en que la empresa del Himalaya provoque en todos un sentimiento de complacencia y de orgullo. No hay duda de que Cassin y sus compañeros han situado a Italia en una excelente posición, en este ámbito y a escala mundial.

No sorprende que hayan sido Bonatti y Mauri los que han conquistado la cima: de ellos se sabía que habían abandonado el primer intento por la cresta nordeste, que hubieron de interrumpir a causa del mal tiempo.

Como ya se sabe, entre el 10 y el 14 de julio salieron del campo v, establecido sobre el paso este-nordeste, a unos 7.200 metros de altura. Atacaron la cresta que ofrecía la vía más lógica y, tras una durísima lucha, una vez vencidas las terribles dificultades que encontraron, llegaron hasta los 7.750 metros. Después se vieron obligados a suspender la escalada, debido al mal tiempo.

Como seguía el temporal, el 19 de julio regresaron todos —incluidos los porteadores de la máxima cota— al campamento base para recuperar fuerzas con un descanso de varios días. El 22 de julio el cielo comenzó a serenarse, y Cassin decidió partir de nuevo para acometer el intento final.

De hecho, según una carta enviada por Fosco Maraini desde el campo base el 31 de julio —la última que se recibió en la sede del Club Alpino Italiano—, el 24 se acometió un nuevo ataque, estudiado hasta el mínimo detalle. Primero enviaron a la cumbre a los porteadores, con raciones de comida y material de escalada. Luego, a partir del día 25, fueron saliendo los alpinistas. De avanzadilla, Oberto con el doctor Zeni; luego Gobbi, que salió el 26, y detrás De Francesch y Cassin, el 27. Los últimos en partir fueron Bonatti y Mauri, que salieron el 29. «El tiempo», escribía Maraini, «se ha recuperado un poco (seguimos en época de monzón), pero todas las mañanas hay entre cuatro y seis horas de buen tiempo y con ellas contamos para un asalto que nos dé cierto impulso, por así decirlo. Si todo va bien los días decisivos serán el 2 y el 3 de agosto. Si falla también esta segunda tentativa regresaremos de nuevo al campo base y, si tenemos fuerzas, lo intentaremos una tercera vez».

Según el plan, Gobbi se tenía que parar en el campo III; Cassin y Mauri^[13] en el IV (a 7.050 metros) esperarían a Bonatti y Mauri en la zona de serac del glaciar para subir juntos y terminar de «preparar» la cresta.

Hasta una distancia de doscientos metros de la cima la vía estaba dotada de cuerdas fijas, al menos en los tramos más difíciles. Pero entretanto había caído mucha nieve, y la tarea de volver a trazar las pistas hubo de resultar ímproba. A esa altura la nieve cae muy pulverizada y es inestable, y avanzar unos cuantos metros supone un esfuerzo extenuante. Quedaba, por tanto, la incógnita del último tramo, que no se presentaba peor, pero tampoco más accesible que la cresta de arriba: también esto, puede imaginarse, debió de resultar duro.

Es lógico que en esta última fase Bonatti y Mauri decidieran ir delante. En primer lugar porque, habiendo ya escalado casi tres cuartas partes de la cresta, conocían mejor que sus compañeros la configuración, las dificultades y los peligros. En segundo lugar, porque Bonatti y Mauri constituían la pareja en quien más se confiaba, dada su extrema juventud. Tanto uno como otro, sextogradistas de primerísimo orden, podían presumir de una hoja de servicios absolutamente extraordinaria, pero también de una nutrida experiencia en el alpinismo glaciar. Baste recordar, en el caso de Bonatti, sus extraordinarios logros durante la expedición del K2, el primer ascenso del Piliér d'Angle, en el Mont Blanc —con Toni Gobbi— y la primera hazaña italiana en la complicadísima vía de La Poire, también en el Mont Blanc, y en el caso de Mauri el primer ascenso del Monte Sarmiento, en la Tierra del Fuego (expedición del padre De Agostini). Que ambos hayan logrado colocar la tricolor en la última cúspide suscita admiración, pero no sorpresa.

Naturalmente, el mérito de haber conquistado el gigante del Himalaya no corresponde únicamente a estos dos fuera de serie que han llegado hasta arriba. En estas empresas la victoria individual no es posible: para que uno, o dos, lleguen a la meta, tiene que haber tras ellos una serie de esfuerzos y sacrificios por parte de sus compañeros. Y es necesario además proceder al ataque, desde el punto de vista del alpinismo o de la logística, con inteligencia, competencia y sangre fría, que ha de aportar el jefe de la expedición. Por ello no podemos dejar de citar aquí, junto a Bonatti y Mauri, al jefe de la hazaña, Riccardo Cassin —figura casi legendaria entre los alpinistas— y a sus compañeros de aventura: Giuseppe de Francesch, de Val di Fassa; Toni Gobbi, de Courmayeur; Giuseppe Oberto, de Macugnana; el explorador y fotógrafo Fosco Maraini, encargado de la documentación, y el doctor Zeni, médico de la expedición. Y es justo también destacar la seriedad

y la eficiencia de las bases de la organización, que se llevaron a cabo en la sede del Club Alpino Italiano, obra por cierto justamente recompensada con una nueva página para su ya gloriosa historia.

Corriere della Sera,
23 de agosto de 1958.

Pero ¿no es una locura?

A propósito de la tragedia del Mont Blanc, se me ha ocurrido resaltar algo que está en impresionante contraste con ella.

Precisamente ayer me encontraba en Courmayeur, mientras con un siniestro zumbido el helicóptero francés iba y venía entre el pueblo y los murallones lúgubres, inmensos, donde había sucedido la tragedia. Hasta la tarde de antes, aunque el tiempo había estado inestable y las cimas siempre cubiertas de nubes, en Courmayeur se mantenía la esperanza. Pero ahora van de boca en boca las voces funestas: «Acaba de descender el helicóptero: ha descargado un saco que han llevado al cementerio... Dos de los franceses están todavía clavados a la pared, muertos... Oggioni ha llegado un momento en el que no aguantaba más, se ha lanzado sobre la nieve y ha dicho: “Vosotros seguid adelante; yo de aquí no me muevo”. De los cuatro franceses solo se ha salvado uno, pero dicen que tienen que amputarle un pie... Bonatti ha llegado en estado de *shock*, no era capaz de hablar...».

En todas partes, en los albergues, en los bares, en las tiendas, por la calle, en las estaciones del funicular, entre los esquiadores que subían renqueando en medio de la tormenta y la niebla hasta el Paso del Gigante, no se hablaba de otra cosa. Las noticias tristes se propagan a toda velocidad de boca en boca, a un ritmo increíble: no es retórica afirmar que una capa de melancolía empezó a descender por todo el valle.

Naturalmente, como suele suceder en estos casos, cada uno decía lo que le parecía basándose en datos inciertos y a menudo equivocados. Había quien ponía por las nubes a Bonatti por haberse entregado por completo al único objetivo de salvar al cliente, algo que para un guía alpino supone la ley suprema. Había quien decía que Oggioni se había sacrificado para ayudar a los franceses y los había devuelto a la vida, o quien contaba que los franceses no tenían el equipamiento adecuado para hacer frente a una serie de vivacs nocturnos, uno tras otro, a cuatro mil metros bajo una tormenta. ¿Era esto

verdad? ¿O no eran más que habladurías? Fuera como fuese, ninguno allá en Courmayeur recriminaba la hazaña en sí. A todos, a los guías, profesores de esquí, hosteleros, propietarios de comercios, aprendices y obreros les parecía la cosa más lógica y natural del mundo que siete jóvenes en el culmen de su fuerza fueran a jugarse la piel a una roca terrible a la que nadie había llegado antes. No es que los montañeros sean, todos, apasionados del alpinismo: la mayor parte de ellos no sabe nada de él. Pero las montañas están, por así decirlo, vírgenes, y a todo el mundo le parece normal que por la montaña valga la pena sacrificar hasta la juventud. La tragedia había impresionado a todos y a todos había llenado de dolor, pero se consideraba una triste fatalidad, como un accidente grave de trabajo.

Más tarde, ese mismo día, yo regresé a Milán. También en Milán la gente hablaba de la tragedia del Mont Blanc. Pero el tono era otro.

En Milán el comentario predominante era de conmiseración por los jóvenes que se habían salvado, aunque también —si bien no era la nota principal— de recriminación y de rabia. Hemos oído decir a más de uno: «¿Pero cuándo van a parar? ¿Por qué no prohíben de una vez este tipo de iniciativas? ¿Qué sacan de esta locura de la escalada? ¿Qué ventaja proporcionan a la colectividad? ¿Es posible que todos los veranos tengamos que estar con el corazón en un puño por algún loco que va a desafiar a la muerte por esos extraplomos? ¿Es admisible que el capricho insensato de una, dos o tres personas tenga que dar lugar a tantas susceptibilidades y movilizar a tantos equipos de socorro, helicópteros, médicos y enfermeros?».

Y ha habido alguno aún más malévolo: «No me vengan a hablar de la pasión por la montaña. Esto no es más que vanidad, deseo de que hablen de uno, afán de ver el propio nombre en el periódico. El resto es palabrería».

Y más aún. Una de las consideraciones más habituales es esta: «La vida humana es sagrada. Incluida la propia. Nadie tiene derecho a ponerla en juego por un simple capricho. Sobre todo cuando compromete, además, la de otros. No se puede involucrar además a los equipos de socorro, a los pilotos de los aviones o de los helicópteros que tienen que ir en su auxilio. Llega un punto en que el alpinismo amenaza con convertirse en una absoluta locura. Habría que promulgar una ley que prohibiera este tipo de actuaciones».

Luego también está el cínico que se encoge de hombros: «¿Quieren jugarse la vida? ¿Quieren jugar a ser superhombres? ¿Quieren hacer aquello que a ningún hombre en su sano juicio se le pasaría por la antecámara del cerebro? Pues que se las apañen solitos. Si luego les pasa algo, peor para ellos. Se lo han buscado. Que no pidan ni compasión ni ayuda».

Quién sabe: puede que el alpinismo haya pasado de moda; incluso aquí, en Milán, que siempre ha sido una de las capitales del alpinismo. En un mundo utilitario como el nuestro las osadías de la montaña dan la impresión, a veces, de ser algo de otra época: estériles, absurdas, inútilmente arriesgadas. A propósito de esto hay un sentimiento muy extendido, la verdad, que cuando menos resulta cruel. Un viejo dicho napolitano lo ha definido de manera magistral: «*Hai voluto la sciabolella? E mo'ti fotti*». Si has querido subir a la montaña, si has querido hacerte el valiente, mostrarte superior a la mayoría de tus semejantes, ahora te fastidias. Y si te ocurre cualquier cosa, no te hagas la víctima y déjanos en paz.

¿Tienen razón o no estos ciudadanos que protestan? ¿Se les puede acusar de no tener corazón? ¿Es condenable esta sabiduría suya, esta prudencia? Su razonada cautela, ¿no tiene un vago tufo a indiferencia?

No. Si en algunos casos la gente pierde un poco los estribos y se muestra más cínica de lo que es en realidad, es algo humano. Sobre todo aquí que, en general, tenemos los nervios muy débiles ante una tragedia. Es siempre la misma historia, no lo olvidemos. Siempre la misma retahíla cada vez que ocurre una desgracia un poco llamativa en la montaña: que si no valía la pena, que si era absurdo, que si tendrían que prohibirlo, etcétera, etcétera. Se trata, casi siempre, de una reacción nerviosa que en la mayor parte de los casos dura lo que un bostezo: una hora después, ya nadie se acuerda.

En cuanto a aquellos que sostienen con ponderación y sin histerismos lo absurdas que son estas grandes empresas del alpinismo y las consideran excesivamente peligrosas o, desde el punto de vista práctico, de inútiles y exhibicionistas, se trata de una polémica que siempre ha existido y que durará seguramente lo mismo que el género humano. Podemos estar seguros de que cuando partieron los argonautas, cuando Ulises tocó las columnas de Hércules, cuando Ícaro intentó su famoso vuelo, los comentarios que se oían en la plaza eran punto por punto los mismos que se oyen hoy en relación con la tragedia del Mont Blanc, y con idénticas palabras.

¿Carece el alpinismo de utilidad práctica? ¿Es peligroso el alpinismo? ¿Tiene algo de irracional? Sí, de acuerdo. Pero con este rasero se reduce al ser humano a una simple máquina pensante. Aplicando este rasero nunca habría nacido la aviación, nunca hubiera intentado el hombre ir al espacio y la mitad de la Tierra estaría aún sin explorar.

No pretendo afirmar que las grandes exploraciones, la aviación y los satélites artificiales hayan representado y representen un gran beneficio para la humanidad. Puede que alguien, con perfectos argumentos, pueda sostener

lo contrario. Lo que digo es que sin estos impulsos temerarios, desinteresados y aparentemente insensatos, al ser humano le faltaría la famosa llamita.

¿Y pueden existir sin lágrimas? Pues tengamos paciencia: muchas, muchas lágrimas las han causado cosas más absurdas que el alpinismo, como el placer de superar a toda costa al automóvil que va delante de nosotros. Esa bravuconada, tienen que admitirlo, es mil veces más tonta que encaramarse al pico del Mont Blanc.

No. En este mundo, admitámoslo con franqueza, hacen falta también los Bonatti y los Oggioni con su afán de buscar siempre el más difícil todavía; con su valentía y su arrogante ambición. Pobres de nosotros, si no existieran.

Por lo demás, miremos a nuestro alrededor. A fin de cuentas, no hay tantos como ellos... ¿No sería mejor que hubiera algunos más?

Corriere d'Informazione,
17-18 de julio de 1961.

«No me perdonan que volviera con vida»

Ha venido a vernos a la redacción Walter Bonatti, para pedirnos consejo y ayuda. Parecía un chiquillo asustado, él que tiene valor suficiente para repartir entre un regimiento entero. Y su cara seca y curtida por el sol, con las mejillas un poco hundidas, resultaba más infantil que de costumbre, con su corona de cabellos negros endemoniados.

Salido hace nada —milagrosamente indemne— de ese infierno que ha sido la aventura del Mont Blanc, de vuelta a la sociedad civil con la cabeza y el ánimo todavía trastornados, se ha encontrado con el abrazo fraternal y afectuoso de los amigos, pero también se ha dado cuenta de que a su alrededor, aquí y allá, se producía algún signo de frialdad, una sombra de recelo y de crítica. Como si salir sano y salvo de una aventura fuese una especie de culpa. Como si de la tragedia que ha costado la vida a Oggioni y a los tres franceses fuera responsable él, al menos en parte.

Pero lo peor fue en Monza. Del encuentro con los familiares de Andrea Oggioni, a los que fue a ver anteayer, salió casi descompuesto. No es que se lo dijeran a la cara, con palabras explícitas, pero por el tono del saludo, por ciertas miradas y determinadas frases, había intuido una vaga y dolorosa hostilidad: era como si él tuviera la culpa de que Oggioni no hubiera vuelto. «El Mont Blanc siempre fue la perdición de Andrea», dijo la hermana de

Oggioni, y él tuvo la impresión de que dijo el Mont Blanc por no decir Walter Bonatti.

Yo, personalmente, estoy convencido de que entre los familiares de Oggioni no había sombra de rencor, y mucho menos de acusación. Pero cuando se ha perdido a un hijo o a un hermano en una tragedia es humano mirar con una especie de resentida envidia al compañero que se encontraba con él y que, sin embargo, ha vuelto sano y salvo. Bonatti quedó golpeado y dolorido y hasta se sintió, en cierto modo, perdido.

Es cierto que en algunos periódicos y revistas han aparecido insinuaciones más o menos explícitas que podían lanzar una sombra sobre el comportamiento de Bonatti.

Son tres, sobre todo, los puntos que han dejado la puerta abierta a interpretaciones inciertas e incluso malévolas.

Muchos han preguntado: «¿Por qué cuando se vieron atrapados por la tormenta en plena pared los alpinistas tardaron tres días en decidirse a regresar?».

La respuesta es sencillísima: porque solo faltaban noventa metros para terminar la pared y, si la lluvia hubiera aclarado un poco, habría sido más rápido para los escaladores subir a la cima y luego bajar por la vía fácil que emprender una larguísima y complicada retirada que seguramente iba a durar, como poco, un par de días. Y digo complicada porque hacían falta al menos cincuenta maniobras de cuerda doble para llegar abajo, al glaciar de Fresnay. Y cuando hay tormenta, con ese frío tremendo, el simple hecho de colocar un clavo, un cordón y una cuerda para hacer un descenso puede llevar horas.

Y luego hay otra consideración importante: es cierto que el cabeza de la cordada italiana era Bonatti, y que hasta los franceses le reconocían una especie de superioridad. Pero desde el primer momento, cuando los dos grupos se encontraron en el vivac de la Fourche, las relaciones entre ambos fueron extremadamente cordiales, leales y basadas en la más absoluta paridad. Tanto que durante el ascenso no siempre era Bonatti el que iba a la cabeza. Bonatti abrió el camino, porque era el que mejor conocía la zona, hasta el Colle de Pétéret, pero después de eso y hasta el primer vivac, en una pared, los que iban delante fueron los franceses. «No se ha producido ninguna competición», no se cansa de repetir Bonatti, «como sucedió, por ejemplo, en la cara norte de la Cima Oeste de Lavaredo. El entendimiento era perfecto. Si hubiéramos llegado a la cima, la victoria no habría sido ni de Mazeaud ni mía, sino de todos nosotros, de los siete juntos».

El descenso se decidió cuando, al perdurar el temporal, seguir esperando podía significar para los siete un final seguro. «Y tampoco en esta decisión prevaleció una opinión sobre otra. Todos estábamos perfectamente de acuerdo», insiste Bonatti. De modo que la esperanza —de lo más razonable, por otra parte— de que en pleno verano una tormenta así no se prolongara más de dos o tres días, se vio menoscabada.

Segundo motivo de polémica: la famosa mochila que le dieron a Oggioni para que la llevara él. Bonatti nos ha explicado cómo fueron las cosas: los tres italianos llevaban dos mochilas normales y una grande, especial para los materiales de escalada y para el vivac. Ya en la salida la mochila iba bastante llena, pero se terminó de cargar en el Colle de Pétéret, donde Bonatti había dejado el material algún tiempo antes. De este modo había llegado a pesar casi treinta kilos: algo realmente preocupante. Desde el Colle de Pétéret en adelante, cuando los franceses se colocaron en cabeza, Bonatti se hizo cargo de la tremenda carga, y se la volvió a pasar a Oggioni cuando tuvo que ponerse de nuevo de cabeza de cordada: es decir, al día siguiente.

En cuanto al descenso, a Bonatti le tocó, por decisión unánime de los siete, la tarea de abrir el camino: un trabajo agotador vista la cantidad de nieve que se estaba acumulando ya. Pero durante la retirada abandonaron gran cantidad de material, que ya no les era indispensable, de manera que la maldita mochila, que en ese momento iba a espaldas de Oggioni, había llegado a pesar casi la mitad. No puede asegurarse, por tanto, que fuera el exceso de peso de la mochila el motivo por el que cayó el valeroso alpinista.

Por lo demás, el derrumbamiento físico de Oggioni se produjo casi de repente, en medio de la sorpresa general, cuando los seis supervivientes se reunieron en el glaciar de Fresnay. Dadas las condiciones en que se encontraba Oggioni, se hizo cargo de la mochila Gallieni, que no llevaba nada: había abandonado la suya junto al cuerpo exánime de Vieille. A partir de aquel momento Oggioni no cargó ya con peso alguno y, de todos modos —afirma Bonatti—, a esas alturas de la expedición todas las mochilas pesaban más o menos lo mismo.

En tercer lugar está el hecho —y tal vez el argumento más espinoso para habladurías e interpretaciones malévolas— de que Bonatti llegó al refugio Gamba con Gallieni, su cliente, «dejando atrás al resto». Bonatti había percibido enseguida esta acusación.

«Tuve la impresión de que todos interpretaron el que yo me adelantase como una desertión, como si yo hubiera dicho: “Yo me voy al refugio y vosotros os las apañáis”. ¿No se daban cuenta de que yo tenía que ir abriendo

el camino? Estaba cayendo la noche y otro vivac suponía la muerte para todos: era absolutamente indispensable llegar, a toda costa, al Colle della Innominata, detrás del cual estaba el refugio. Y para llegar al Colle hay un pequeño canal de unos noventa metros que, en condiciones normales, se puede considerar de tercer o cuarto grado. Pero ahora, lleno de nieve y de hielo como estaba, era más que de cuarto grado. No sé ni siquiera cómo conseguí llegar a la cumbre.

»Hasta aquí estuvimos todos unidos. Pero cuando yo llegué al Colle Oggioni no logró soltarse del clavo al que estaba fijado. Yo sujetaba la cuerda por los hombros e intentaba darme prisa para que pudieran subir, pero no sé qué ocurrió. Gallieni había bajado con las cuerdas para ayudar a Oggioni, pero fue inútil. Oggioni ya no se movía: había perdido toda posibilidad de recuperación.

»Así que dejamos a Oggioni a seguro y nosotros bajamos. En el último momento... pero esta historia ya la han contado todos... en el último momento, en el Colle della Innominata, nos alcanzó Kohlman. Estaba fuera de sí. Se había soltado y, llevado por una especie de furor, había subido, adelantando a los compañeros: ahora lo teníamos en nuestra cordada.

»Después tuvo lugar la terrible escena de la locura: Kohlman se lanzó contra Gallieni. Se le había metido en la cabeza que Gallieni quería abandonarle. Otra complicación, otra parada, otra pérdida de tiempo. Tendríamos que habernos desatado, asegurado a Kohlman, y seguir hacia el refugio Gamba, donde no tenían puesta ni una sola luz por fuera: nunca hubiera dado con él si no conociera aquellos parajes como la palma de mi mano.

»Dejaré claro que yo no podía, en modo alguno, quedarme en el Colle della Innominata y mandar a Mazeaud y a Gallieni que siguieran adelante. En primer lugar, como guía no podía abandonar a mi cliente en una situación tan complicada, pero sobre todo era impensable que Mazeaud y Gallieni encontraran el refugio con aquella oscuridad. No hubieran conseguido llegar en la vida, y no porque no valgan, sino porque no conocen bien la zona.

»¿Cómo encontraron a Oggioni los equipos de rescate? Confieso que no lo sé. Alguien me ha dicho que continuaba asegurado al clavo. Otra persona, que el clavo se había soltado y Oggioni se había resbalado y había caído en brazos de Mazeaud, que estaba abajo.

Otra recriminación injustificada, según Bonatti, y que no tiene nada que ver con él, es la que se refiere al guía: ¿por qué no subieron hasta el Colle de Pétéret? ¿Por qué esperaron en el refugio? «Quien dice todo eso», explica

Bonatti, «demuestra que no conoce el Mont Blanc. Con el mal tiempo, allá arriba un equipo de salvamento no puede hacer absolutamente nada. Es inútil hacerse ilusiones. Pasada cierta cota, lo único que se puede hacer es recuperar los restos mortales cuando venga el buen tiempo».

Hay una frase de Bonatti, confirmada por él mismo, que ha dicho por televisión y que después ha dado lugar a malentendidos: «Oggioni ha sido muy grande. Se ha sacrificado por todos nosotros». Ahí es donde las malas lenguas aseguran que Oggioni ha dado su vida para ayudar a los demás, y que *el mismo Bonatti se ha visto obligado a reconocer que, si él ha logrado regresar sano y salvo, el mérito es de Oggioni.*

Puede que ahora no parezca muy elegante entrar en este mezquino tira y afloja, pero hay que hacerlo en algún momento si uno quiere aclarar las cosas. Bonatti tiene palabras de admiración para Oggioni, que se prodigó de todas las formas posibles mientras le acompañaron las fuerzas. Pero nunca quiso decir aquello que ciertas personas quisieron entender. Esta ha sido la peor mezquindad de todas.

Por lo demás, si se quiere criticar el suceso *a posteriori* —algo que siempre resulta sencillo y cómodo cuando uno está sentado en su propia casa, en una butaca confortable, y no colgando sobre un terrible precipicio a treinta grados bajo cero y golpeado por una tormenta implacable, con las manos doloridas por el hielo—, uno se pregunta: ¿qué otra cosa podría haber hecho Bonatti? Lo que habría que preguntarse es cómo logró hacer todo lo que hizo.

Por otra parte, cuando suceden tragedias como esta, los supervivientes —quién sabe por qué— tienen que soportar siempre que les miren mal, casi con decepción. Como si haber salido con vida fuese una especie de abuso por su parte. Y no hablemos ya de jefes de expedición o cabezas de cordada: se convierten, por absurdo que parezca, en chivos expiatorios. El canibalismo no es una práctica que haya caído del todo en desuso. Y sobran los ejemplos.

Para retirar la menor sombra de duda sobre el relato de Bonatti bastan, por suerte, las leales y entusiastas declaraciones de Mazeaud. Eso sin contar lo que ha escrito en *Le Monde* el famoso guía Gaston Rébuffat, que participó en el salvamento. Los franceses, ya se sabe, tienden a ser terriblemente chauvinistas. ¿Se imaginan lo que habría ocurrido si esto que sucedió pudiera someterse al debate, teniendo en cuenta que murieron tres franceses y solo un italiano?

No cabe suponer que las afirmaciones públicas de Mazeaud, la personalidad más destacada de la cordada francesa, se hayan hecho *pro bono pacis*. Y que en su corazón él pueda sentir las de otro modo. En caso contrario,

la condecoración al mérito deportivo se la hubiera dado la propia Francia a Bonatti.

Bonatti, por cierto, haría muy bien en no escuchar ni siquiera ciertos murmullos y poner su alma en paz, como cualquiera que tenga la conciencia perfectamente tranquila. A ojos de una persona imparcial, me da la impresión, su figura ha de salir fortalecida de esta terrible experiencia.

Corriere della Sera,
21 de julio de 1961.

Pirovano narra la escalada del Cervino de Tierra del Fuego

En un vuelo procedente de Santiago de Chile regresaron ayer a Milán, supervivientes de la victoriosa escalada del Monte Buckland —el Cervino de la Tierra del Fuego—, los guías Giuseppe Pirovano y Guido Machetto. Los demás componentes de la expedición «Città di Lecco», es decir, Carlo Mauri —que es el jefe—, Gigi Alippi, Cesare Giudici y Casimiro Ferrari, de Santiago han continuado hacia el Aconcagua, que domina los Andes con sus 7.021 metros de altura: una subida muy exigente porque resulta agotadora, pero que no presenta ningún problema alpinístico.

Pirovano ha tenido la satisfacción de tomar parte, a sus cincuenta y ocho años, en la conquista de uno de los picos más audaces de Sudamérica y que se había resistido a varios intentos, incluido el del célebre escalador británico Shipton. Ha dicho que se trata de una subida muy difícil y peligrosa por las condiciones climáticas. Allí soplan, casi de continuo, vientos feroces que alcanzan fácilmente los ciento cincuenta kilómetros por hora. La silueta del Buckland infunde verdadero miedo.

Pero dejémosle a él el relato de tan bella hazaña:

«El 5 de febrero decidimos subir desde el campo base, que está a orillas del mar, al campo avanzado, que se encuentra a una cota de quinientos metros aproximadamente. Llegamos a las seis y media. Confieso que, en un principio, cargado como iba, sentí cierta fatiga. Aquel día no me encontraba en forma, pero lo cierto es que a medida que iba subiendo me sentía más sereno.

»El despertar, al día siguiente, estaba previsto para las tres y media de la madrugada. Pero a esa hora soplaba un viento tremendo. Tuvimos que esperar

hasta las cinco. Nos colocamos los crampones, nos pusimos los monos amarillos cortaviento y emprendimos el camino. Al principio me sentía un poco intruso entre aquellos muchachos, mucho más jóvenes que yo, pero enseguida recuperé mi espíritu de los buenos tiempos, que me dio la energía necesaria.

»Como casi siempre sucede allá —continúa Pirovano— el cielo estaba cubierto, el viento silbaba y la visibilidad era mala. Primero los taludes y después un largo canal de hielo que se va empinando gradualmente y luego se estrecha, volviéndose cada vez más escarpado, más profundo y salvaje. Me recordaba a ese canal tan empinado que hay en la cara nordeste del Eiger.

»Por fortuna, en los últimos trescientos metros de este tremendo canal Alippi, Ferrari y Giudici, que pasaron tres días antes, habían preparado la vía con una cuerda fija. Estábamos distribuidos en tres cordadas: la primera, con los más jóvenes, es decir, Giudici y Ferrari; luego iba Alippi con Mauri, infatigable fotógrafo; y detrás, Machetto y yo.

»Al cabo de cuatro horas llegamos a un coladero entre la cúspide del Buckland y otro pico más bajo. El aire se volvió más fosco. Ya no éramos más que sombras. Después del coladero, la montaña se empina formando una serie de séracs que parecen gibas y que nos llevan hasta una grieta. Sobre nosotros, una altura de hielo insuperable.

»Pero a la derecha vimos una salida: Giudici, con gran ímpetu, colocó el primer clavo. Se trata de un pasaje-llave, muy duro. Para superarlo hacen falta otros cuatro clavos. Y como Giudici ya había subido, se encontraba sobre nosotros en una especie de cresta.

»A partir de ahí, una serie de pendientes de hielo muy pronunciadas pero relativamente asequibles. Éramos estatuas de hielo que seguían moviéndose a pesar de todo. Ya eran las dos de la tarde. En un determinado momento nos encontramos ante otra fisura. ¿Estábamos ya cerca de la cumbre? Alippi y Mauri ya habían atacado la pared escarpadísima. En medio de la tormenta esperamos noticias de ellos y yo, mientras tanto, abrí con el piolet una pequeña cueva natural. Nunca se sabe, pensé: en el peor de los casos, aquí podemos vivaquear.

»Ferrari y Giudici, cansados de esperar, desaparecen también ellos en la niebla. Pero enseguida los veo reaparecer. Dicen que Alippi ha ido a parar bajo un techo aterrador, imposible de superar. Me pregunto si no será pertinente intentarlo más a la derecha, subiendo por una pendiente. Voy tras ellos con Machetto. Son dos tramos muy escarpados, de unos cuarenta

metros, que nos llevan bajo el baldaquín de la cornisa del final. Aquí encuentro un clavo colocado por Giudici.

»Forzar directamente la cornisa hubiera sido absurdo: cruzamos a la derecha por debajo del techo, que sobresalía unos veinte metros, hasta donde se atenúa el extraplomo. Machetto va ahora delante de mí. Detrás, Alippi y Mauri, agarrados al clavo, me gritan: “Más abajo, más arriba”, indicándome el lugar donde debo poner los pies.

»Al final supero yo también la cornisa y aparezco por la cara sur. Machetto me sujeta la cuerda. Subo tan rápido como si tuviera alas en los pies. ¡Estamos en la cima!

»Habíamos empeñado casi doce horas en subir. Nos hicieron falta cuatro para descender. Los tramos más escarpados los resolvimos con cuerda doble. El viento y el hielo no se separaron de nosotros en ningún momento. A las nueve, con los últimos centelleos del largo crepúsculo, llegamos al campo avanzado. Nos quitamos los crampones. Nos abrazamos. El Señor ha sido bueno con nosotros».

Al día siguiente, regreso al campo base; recogió a los alpinistas el *cutter* que vino de Punta Arenas con la radio y los víveres y que les llevó, por una ensenada no lejos de la bahía De Agostini, al campo de la expedición japonesa. Son unos jóvenes extraordinarios, algunos de los cuales han escalado el Chogolisa, en el Himalaya. Están bastante abatidos. Debido a la pésima visibilidad, no consiguieron encontrar el Monte Buckland, y eso que habían llegado veinte días antes que los italianos. Para consolarse han escalado dos cumbres que creían vírgenes: sobre la cima encontraron, sin embargo, los restos de una expedición norteamericana que les llevaba algunos días de adelanto y que subió por la vertiente opuesta.

Corriere della Sera,
19 de febrero de 1966.

Capítulo III

K2

[...] dentro de mil o dos mil años nosotras, las montañas, seguiremos siendo tal y como nos veis ahora; dentro de miles de años, conquistadores del K2, también quedará un pedazo de vuestra justa gloria.

Se reencuentran en Courmayeur los valerosos conquistadores del K2

También los italianos atacarán el Himalaya

En su última sesión, el Consejo General del Club Alpino Accademico Italiano —hijo del noble Club Alpino que acoge, tras una dura selección, a la flor y nata del alpinismo no profesional— ha decidido poner en marcha inmediatamente los estudios preliminares necesarios para una expedición al Himalaya.

La noticia causará un enorme placer no solo a quien ama la montaña, sino a todos los italianos. En los años anteriores a la guerra, debido a una serie de memorables victorias en los Alpes, nuestro alpinismo había conocido una enorme preeminencia en el campo internacional. No hará falta recordar las paredes de las Grandes Jorasses, del Badile, de las Cimas Oeste o de la Grande de Lavaredo, por citar las más célebres, o los nombres de Cassin, de Comici, de Gervasutti, de Tissi (y sería justo incluir muchos más en la lista). Fue un período en el que estuvimos realmente a la cabeza.

Después de la guerra, el cetro —que había estado durante mucho tiempo en manos de alemanes e italianos— pasó a los franceses (Lachenal, Rebuffat, Terray, Herzog, Magnone, etc.), a quienes corresponden los dos logros más notables de este año: la conquista del Annapurna, en Nepal (primera cumbre de más de ocho mil metros jamás escalada por el hombre), y la del terrible Fitz Roy, en la Patagonia, definido por algunos como el pico más soberbio de la Tierra.

Ahora, abandonadas las viejas peñas del Cervino, del Eiger y de la Civetta, la lucha sale de Europa. En la lista están hoy los gigantes solitarios e inexplorados de Asia y América del Sur. Los intentos de escalar la cumbre más alta del globo, es decir, el Everest (8.888 m), se vuelven cada vez más frecuentes y obstinados. Y seamos sinceros: sería bastante triste que Italia estuviese ausente en esta fase nueva y grandiosa del alpinismo. La única excepción son las hazañas que llevó a cabo en los Andes el indomable Piero Ghiglione, que recientemente ha hecho algunas cosas merecedoras del máximo respeto.

¿Será posible que a nuestra generación de grandes alpinistas se le haya pasado su momento sin dejar dignos sucesores? No, este no es el motivo. El hecho es que hoy, para hacer un buen papel, no bastan la técnica, el valor y una mochila con cuerda, clavos y un poco de azúcar. Hoy hacen falta millones y millones para llegar y resistir en los ocho mil: esos lejanos mastodontes que, con su coraza de hielo, asoman la cabeza por encima de los siete mil. Y el Club Alpino es cualquier cosa menos rico. Y el gobierno, al menos hasta ahora, no se ha movido. Y puede que también aquí se haya experimentado una recaída de la depresión que dejó la guerra, por lo que falta la iniciativa necesaria.

En los Alpes no quedan ya glorias que alcanzar. Escaladas todas las cumbres, incluso las menores, los pináculos y hasta las agujas de veinte metros de altura, superadas todas las grandes paredes por la vía más directa, se puede decir que no queda nada realmente nuevo. Aunque todavía queda un problema por resolver, que es la pared este del Petit Dru, en el Mont Blanc, su importancia es secundaria.

Fuera de Europa, sin embargo, nos esperan todavía esos fantásticos colosos con su alucinante caos de crestas y de abismos ante los que el Mont Blanc es un enano. Sobre todo, el Himalaya. Como escribió Marcel Kurz, la formación indefinida de montañas garantiza a los alpinistas trabajo para muchos siglos. Se repite allí la misma situación que teníamos a principios del siglo XIX en los Alpes: cimas altísimas, de las cuales quedan pocas sin

conquistar. Luego quedará por abordar una selva infinita de picos que, aun siendo inferiores a los ochomiles en altura, superan por su magnificencia y por la audacia de su arquitectura a todos los antiguos gigantes de los Alpes. Y después se iniciará el asalto a las paredes, en una vertiginosa multiplicación de problemas que se pierde en la noche de los tiempos futuros.

Pero aparte del aspecto «alpinístico» de la cuestión, ¿cómo negar que la conquista de las montañas más altas sea la última gran empresa que nos ofrece esta vieja Tierra? Los dos Polos se han vuelto casi de la familia, los desiertos africanos y el Mato Grosso se atraviesan impunemente en automóvil... ¿Qué queda por explorar en este mundo? ¿Dónde se ha atrincherado el último reducto de la aventura, de lo desconocido? Allá arriba, entre las murallas ciclópeas del Asia central. El día que se plante una banderita nuestra en una de aquellas cimas supremas, el gozo de los italianos debería ser cien veces mayor que el que nos procuraría una victoria en el Tour o en las Olimpiadas.

Pero ahora hemos de hacernos ante todo una pregunta: ¿cuál será nuestra meta? La elección no es libre, como lo es en los Alpes. La expedición que está estudiando el CAAI tiene fines alpinísticos y no científicos. Se aspira a conquistar un «ochomil». Solo se conocen catorce cumbres que superen esa cota, que por orden de altura son el Everest (8.888 metros), el K2 (8.611, el Kanchenjunga) (8.579), el Lhotse (8.501), el Makalu (8.470), el Cho Oyu (8.189), el Dhaulagiri (8.167), el Manaslu (8.125), el Nanga Parbat (8.120), el Annapurna (8.075), el Gasherbrum I o Hidden Peak (8.068), el Broad Peak (8.047), el Gasherbrum II (8.035) y el Goisanthan (8.018).

Dos de estos quedan excluidos, pues se encuentran en el Tíbet o en el Sikkim, que están bajo la influencia de la China comunista; son el Kanchenjunga y el Goisanthan. El Lhotse, el Makalu y el Cho Oyu no son aconsejables porque están en las fronteras del Tíbet. Incluso el Everest, para el que el gobierno de Nepal ha decidido conceder solo un permiso al año, está fuera de juego: en 1952 fueron los suizos, y este año lo intentarán los ingleses; 1954 lo tienen ya reservado los franceses, y luego le tocará el turno a Japón.

El Annapurna ya se ha escalado. El Nanga Parbat corresponde a los alemanes por acuerdo tácito: se considera lo justo, pues Alemania perdió allí a diez de sus mejores escaladores en 1934. Quedan «disponibles», por tanto, el Dhaulagiri, para el que se están preparando los franceses; el Manaslu en Nepal, y las cumbres más altas del Karakórum, en Cachemira; incluso aquí

las dificultades no son pocas porque hay que pasar por Pakistán y es complicado obtener los permisos.

El presidente del CAAI, el abogado Carlo Chersi, nos ha informado de que todavía no se ha decidido nada respecto a la zona o la cumbre que podemos intentar, y que hoy por hoy cualquier anticipación resultaría prematura. En líneas generales parece que si las circunstancias nos son favorables, las esperanzas se concentrarán en un posible intento del K2.

Menor que el Everest pero bastante más audaz en su estructura, este tremendo pico ya lo intentó conquistar en 1909 el duque de los Abruzos, como es bien sabido. Después se intentó un nuevo ataque, en 1938: un grupo americano que llegó a la cota 7.725. Desde el punto de vista del alpinismo se trata sin duda de una tarea de dureza excepcional y no se puede emprender de cualquier manera: se precisa una preparación muy definida que no se puede improvisar en unas semanas, y ello siempre y cuando se disponga de los medios necesarios.

Se planea, por tanto, organizar una pequeña expedición «ligera» de avanzadilla, con pocos integrantes, para iniciarse en la técnica específica que exigen tan altas cotas y la conformación de esos montes (uso de los respiradores de oxígeno, tiendas, sistemas de campos base, ensayos de los equipos y del calzado, que se hace con fieltro y piel de reno y sustituye a las clásicas botas, etc.). Este grupito, que se está organizando en Milán, llegará el próximo septiembre a la provincia de Garhwal, al oeste de Nepal, llena de magníficas posibilidades aunque no tenga ningún «ochomil» a la vista. Entre otras cosas se habla del Kardeol (7.120 m), estupenda cima —aunque tenga nombre de medicamento— que ya intentaron escalar los ingleses hace ahora dos años.

Después, es decir, en la primavera de 1954, se organizaría la gran expedición, de la que formarían parte cinco o seis alpinistas, un médico y posiblemente algunos científicos. Y en el período que va desde finales de mayo a finales de junio, es decir, durante la pausa de los monzones, apuntaríamos a algunas cimas —siempre que lo permitan las autoridades políticas, los medios disponibles y el tiempo— como el K2, de interés mundial.

No es cuestión ahora de dar nombres, pero hay hombres perfectamente capacitados en materia de rendimiento físico, técnico y moral. Hay que recordar que la experiencia ha demostrado cómo los picos de más de siete mil metros van mejor a los alpinistas de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco

años: aunque les cuesta aclimatarse más que a los jóvenes, después resisten mejor.

Y queda, claro está, el gran problema: los medios. Para una expedición «ligera» de entrenamiento y de exploración como la prevista para el próximo otoño el gasto va a ser moderadísimo: algo así como un millón, viaje incluido.

Muy superior será el esfuerzo necesario para costear la expedición propiamente dicha. Aunque no se ha realizado aún una estimación, en opinión de los entendidos hará falta una suma comprendida entre los cincuenta y los setenta millones de liras. Setenta han gastado los suizos en su último gran intento en el Everest, que abordaron en dos fases. Una cifra respetable, pero que no parecerá tan elevada cuando pensemos en lo que se pone en juego o cuando se compare con el gasto tan absurdo que representan competiciones y espectáculos que al día siguiente ya se han olvidado.

Por ahora, este fondo no existe. ¿Lo aportará el Estado? ¿Contribuirán los gobiernos regionales, provinciales u otros entes públicos? ¿Intervendrá algún particular? ¿Será preciso convocar una suscripción popular? El que financie el intento del Himalaya —téngase esto muy en cuenta— no solo adquiriría un mérito indiscutible, también podría hacer un buen negocio, como ha sucedido con las expediciones francesas al Annapurna y al Fitz Roy: servicios periodísticos, fotografías y películas, de obvio interés internacional, pueden perfectamente servir para recuperar la inversión. Pero incluso sin mecenas nos resistimos a creer que en un país donde se pagan cien millones a un jugador de fútbol no se puedan recabar cincuenta para una empresa que puede proporcionar la gloria a la nación.

Corriere della Sera,
6 de febrero de 1953.

Una investidura moral para el asalto al Himalaya

Todo el que lleve un tiempo practicando el alpinismo se habrá percatado de un fenómeno cuando menos curioso y, a primera vista, decididamente absurdo: aunque a cierta edad la energía se agota y el arrojo entra en declive, con el paso de los años consigue uno realizar ascensos cada vez más difíciles.

Hay hombres de cincuenta años que realizan escaladas que no hubieran osado ni siquiera planear cuando estaban en la flor de la vida. ¿Es que se han

vuelto más valientes? ¿Han adquirido con el tiempo astucias técnicas que antes desconocían? ¿Su capacidad acrobática ha aumentado gracias a algún nuevo truco? Nada de eso. El motivo ha de ser otro.

En alpinismo, como en tantos otros ámbitos, gran parte de la dificultad es puramente psicológica. Digamos que basta con considerar imposible una pared, para que esa pared se vuelva imposible. Muchas veces basta incluso con creer que uno puede pasar para, con ello, encontrar el paso.

Pero no solo eso: además del progreso técnico se ha conseguido, con el correr del tiempo, un progreso también psicológico, que tal vez es el más importante. Y poco a poco, persuadida por el ejemplo de otros, la mente se ha ido habituando a considerar posible —incluso fácil— la cima que hace diez años uno no era capaz ni de mirar siquiera, y vías consideradas de quinto grado hoy se encuadran en el tercero superior, y gracias. Basta con que el ánimo esté despojado del miedo para superar con rapidez y elegancia trances que hasta ayer nos superaban a nosotros.

Este fenómeno de las dificultades menguantes es uno de los aspectos más bellos, singulares y alentadores del alpinismo. Y este, en consecuencia, se nos muestra en un plano muy distinto del deporte propiamente dicho, donde los avances son fruto exclusivamente del perfeccionamiento técnico.

Un ejemplo: ¿cabe pensar que en cuestión de agilidad, destreza, osadía, fuerza moral, Preuss fue en su tiempo (antes de la otra guerra) inferior a los grandes cabezas de cordada actuales? Esta es una hipótesis que hay que excluir. Si pudiera resucitar, no hay duda de que Preuss se pondría en menos de quince días (el tiempo mínimo requerido para mirar a su alrededor y orientarse) al mismo nivel que los máximos escaladores de hoy. Además, sus hazañas más difíciles (asombrosas para aquellos tiempos ya tan lejanos) las repiten sistemáticamente elementos mediocres, muy inferiores a él en lo que a capacidades acrobáticas se refiere. Lo que le restó importancia fue el «avance psicológico».

Pero ahora que los Alpes están prácticamente agotados, porque no ofrecen ya problemas que haya que resolver; ahora que toda cima, aguja, pared, trozo de pared, ha sido conquistado y no se puede aspirar al «más difícil todavía» porque no existe, ¿no ha llegado el momento de preguntarse si se ha parado el avance? Si no hay más dificultades técnicas que superar, si falta la materia prima, en definitiva, ¿cómo podremos seguir perfeccionándonos? Establezcamos un paralelismo: ¿qué avances haría la medicina el día que consiguiera curar todas las enfermedades? ¿No se nota, por tanto, una estasis,

un cansancio, una relajación del espíritu, que ya no siente una punzada al ver las rocas o los hielos vírgenes?

Ya se advirtieron ciertos signos de estasis y agotamiento en los últimos años, cuando por un momento pareció que el alpinismo iba marcando el paso, igual que sucede cuando un hombre que llega al culmen de su carrera se da cuenta de que ya no puede ascender más.

Pero la crisis —si se puede hablar de crisis— se ha superado enseguida. Los equipos de vanguardia, los campeones destinados a abrir nuevos caminos, siguen avanzando, reanudando la marcha hacia el «más difícil todavía», puede que más allá incluso del sexto grado. La meta es lo único que ha variado: los espejismos que les atraen ya no se encuentran en casa sino muy lejos, encerrados en la soledad inexplorada de Asia y de América.

La mirada de los pioneros, una vez abandonadas las cumbres domésticas, se vuelve hacia los colosos gigantescos, arduos e inhóspitos, donde todo está por hacer: igual que ocurría en los Alpes a principios del siglo XIX. El Himalaya, sobre todo, ofrece un campo de batalla sin límites, abierto a las aventuras más altivas.

Se abre una nueva era del alpinismo, una gran era que a pesar de estar aún en sus comienzos se muestra ya perfectamente delineada. Hoy las grandes victorias no se llaman Civetta, Grandes Jorasses o Eiger. Hoy son los franceses del Annapurna y del Fitz Roy, los ingleses del Everest y los alemanes del Nanga Parbat los que dan que hablar al mundo.

Ahora nos toca a nosotros, los italianos. Aunque con cierto retraso con respecto a los demás países, estamos preparados para partir. Aparte de otras posibles expediciones menores, el Club Alpino está preparando —como ya se sabe— el asalto al K2, la segunda cumbre del mundo (8.611 metros), que intentó conquistar por primera vez el duque de los Abruzos en el ya lejano año 1909, y que en los últimos meses atacó sin éxito un grupo americano. Entretanto Ardito Desio, que guiará la expedición, y Riccardo Cassin, considerado todavía como el más fuerte y más completo de nuestros escaladores, están ya allí para cerrar los acuerdos necesarios con el gobierno paquistaní, estudiar el plan de operaciones y preparar lo indispensable para la organización.

Así que también para nosotros los Alpes han dejado de representar la meta máxima. En el aspecto «psicológico» se está produciendo una «apertura hacia el Himalaya». Tanto es así que ahora nuestras mejores cordadas, cuando afrontan un sexto grado occidental o dolomítico, ya no lo consideran como un fin en sí mismo, sino que lo interpretan —aunque sea de un modo ambiguo—

como un entrenamiento para la empresa de mañana, en montañas que tienen el doble o el triple de altura.

En este punto, y mientras a nuestro horizonte se asoman las fantásticas siluetas de los mastodontes del Himalaya, aparece oportunamente un volumen publicado bajo los auspicios del Comité Científico del Club Alpino Italiano, editado por el propio CAI y por el Touring Club. Se titula *Alpinismo italiano nel mondo*^[14] y es una edición magnífica, con bellas fotografías y buen papel, que ofrece un relato cumplido de lo que los nuestros han logrado en el Cáucaso y en los otros continentes.

La preparación, evidentemente laboriosa, de esta obra, se remonta a antes de la guerra. Pero el retraso no ha sido perjudicial; es más: el libro ha aparecido en el momento más propicio, desde el punto de vista psicológico. Casi se sobreentiende esta premisa: después de haber logrado todo lo que se narra en estas páginas, ¿cómo iba Italia a quedarse ahora fuera de la gran carrera por los «ochomiles»?

La magnífica obra, compilada por el profesor Ardito Desio, que preside el Comité Científico del CAI, no persigue un empeño narrativo ni novelesco. En lugar de eso pretende ser un documento lo más completo posible. Sin embargo, concede comparativamente más espacio a expediciones hasta ahora inéditas, o casi inéditas, que a empresas célebres cuya importancia es mucho mayor.

Del Cáucaso hasta Persia, desde el Himalaya hasta el Karakórum, desde Japón al archipiélago de la Sonda, desde el Ruvenzori al Kilimanjaro, de Alaska a la cordillera de los Andes se rememoran ascensos y exploraciones de valor excepcional. Por importancia histórica los mayores éxitos son, sin duda alguna, los del duque de los Abruzos en Sant'Elia (1897) y en Ruvenzori (1906), donde conquistó las cumbres más altas: catorce puntas superiores a los cuatro mil seiscientos metros de altura. Resulta maravilloso por su audacia otro intento del mismo príncipe en el K2, y sorprendente la cota que alcanzó en el Bride Peak (7.493 metros). Durante trece años nadie lograría superar esta hazaña: resulta maravilloso si pensamos que esto se consiguió hace la friolera de cuarenta y cuatro años.

No obstante son muchas las páginas que se leen con gran interés aunque narren hazañas menos conocidas. Por ejemplo, las aventuras del infatigable Ghiglione, la subida del Cáucaso de Gasparotto, Vallepiana, Lerco, Sella, Gallo, Ronchetti y Piacenza. El descenso de Maraini, esquiando, por el glaciar del Sikkim; las acrobacias de Comici sobre las cumbres del alto Egipto y del Sinaí; las escaladas del Himalaya del Punjab, en condiciones verdaderamente

heroicas, de Quirino Maffi y otros prisioneros de guerra; o la dramática fuga de tres prisioneros del campo 354 de Nanyuki para respirar una hora de libertad en lo alto de una de las cumbres del Kenia, a casi cinco mil metros. No acabaría nunca de dar ejemplos.

En general resulta muy difícil encontrar un libro que, contando acontecimientos pasados, haga pensar tanto en el porvenir. En el mismo capítulo introductorio Ardito Desio trata sobre una cuestión fundamental: y ahora, ¿adónde vamos?

Quedan por conquistar once «ochomiles». Decenas y decenas de cumbres superiores a los siete mil quinientos metros. Innumerables murallas vírgenes que caen a plomo a lo largo de tres mil o tres mil quinientos metros. Y esto solo en la cordillera del Himalaya. Un mundo terrible y salvaje donde hay gloria para todos, y quién sabe para cuántas generaciones de alpinistas. Nosotros, los aquí presentes, no seremos ya más que polvo cuando los periódicos sigan publicando: «Del refugio Italia, en el Alto Baltoro, llegan noticias de la nueva hazaña de una audaz cordada nuestra por la cara norte del...».

Corriere della Sera,
6 de octubre de 1953.

Los italianos preparan la vía para el ataque al K2

Ayer regresó del Karakórum el profesor Ardito Desio, ilustre geólogo y alpinista que ha estado realizando una inspección de cara a la inminente tentativa italiana de atacar el K2, de 8.611 metros de altura: es la segunda cumbre del mundo y nadie ha subido nunca a ella. Le acompañaba Riccardo Cassin, nuestro mejor alpinista, célebre sobre todo por las escaladas de la pared norte de la Cima Oeste de Lavaredo. Él será uno de los protagonistas de la empresa.

Este viaje preparatorio que ha durado dos meses en total constituía realmente la primera fase de la expedición al K2, en la que el gobierno de Pakistán ha concedido a Italia el permiso obligatorio. De hecho, en el curso de este viaje de reconocimiento Desio y Cassin han dejado por el camino varios depósitos de víveres, de material y de equipamiento, confiándoselos a los jefes de las aldeas o colocándolos en algún lugar al aire libre; son bienes que

en la primavera próxima resultarán muy valiosos al nutrido grupo de alpinistas que van a participar en el intento. En esta ocasión, al igual que en el pasado, el gobierno paquistaní se ha mostrado muy generoso con el profesor Desio, tanto en atenciones como en ayuda, de modo que «la pequeña expedición» ha sido un éxito.

Desio y Cassin salieron de Italia el 20 de agosto. Tras llegar a Karachi, donde les habían precedido numerosas cajas de materiales enviadas por mar, se trasladaron enseguida a Rawalpindi: allí se encontraron con la expedición americana capitaneada por Houston, que acababa de intentar sin éxito la escalada del K2. Esta vez Houston no solo no ha llegado a la cota de los 8.300 metros, donde ya había llegado en 1939 otra expedición americana encabezada por Fritz Wiessner: tampoco ha llegado siquiera al punto que él mismo había alcanzado en 1938. Los americanos, todos ellos jóvenes de gran estatura, contaron a los italianos su aventura, que tuvo fases dramáticas (un muerto y dos congelados) con tormentas violentísimas, y les informaron del traslado de varios campamentos plantados a lo largo de la cresta de subida (se trata de siete campos, por lo menos, entre la cota 5.300 hasta un poco por debajo de la cota 8.000). Cabe destacar el hecho de que también en esta ocasión los alpinistas extranjeros han atacado el coloso siguiendo la vía descubierta en el ya lejano año 1909 por nuestro duque de los Abruzos. Ata Ullah, coronel médico del ejército paquistaní que acompañaba a los americanos, ha proporcionado a Desio una serie de datos de gran interés.

El 6 de septiembre los dos italianos volvieron a partir, rumbo al norte, a la zona de Skardu, capital del Baltistán, a bordo de un viejo Dakota que, como no podía subir a gran altura, les obligaba a remontar los valles describiendo muchas curvas y pasando a ras de los desfiladeros, uno tras otro. En la actualidad el avión es el único medio de conexión que existe con Skardu, que se abastece casi exclusivamente por vía aérea: lanzan los paquetes en paracaídas.

El 16 de septiembre, por fin, los dos italianos se pusieron en camino por la ruta del Baltoro con una decena de porteadores.

Subieron por el valle del río Shigar y luego por el del Braldu, que nace del glaciar de Baltoro. Aquí llegaron Dessio y Cassin el 21 de septiembre. Dos días después estaban en el campo base de Urdukas, el de la expedición del duque de Spoleto en 1929, de la que formó parte el propio Desio: quedaban aún huellas muy evidentes.

El 26 llegaron al campo base de la última expedición americana. Un campo desierto y completamente despojado de cualquier arreglo. El 27

hicieron una pequeña expedición de reconocimiento: llegaron hasta el ataque de la arista, que se alza, a lo largo de otros tres mil metros, hacia la fabulosa cumbre. En esta cota, aproximadamente a 5.300 metros, los americanos habían dejado una tienda con provisiones y ropa, probablemente con la esperanza de poder reanudar el ataque cuanto antes. Naturalmente, los nuestros no tocaron aquellas provisiones.

Ante los impresionantes colosos que circundan el inmenso río de hielo del Baltoro, con sus perspectivas casi increíbles de murallas y picos, los ojos de Riccardo Cassin —aun estando habituados al más tremendo vértigo— se abrieron de par en par, maravillados ante el espectáculo. Naturalmente, los ojos de los dos se fijaron sobre todo en los costados del K2, que parecían bastante empinados y duros, pero sin dificultades que pudieran hacerles pensar en abandonar. El propio Houston dijo a Dessio que tuviera en cuenta que la conquista de la cumbre no debería presentar obstáculos excepcionales, desde el punto de vista técnico. Claro que aún no se ha dicho la última palabra: el tramo final, el que hay después de lo que llaman «los hombros», donde nadie ha puesto nunca el pie, siempre puede esconder alguna incógnita que no se pueda prever desde abajo.

El 28 de septiembre se complicó el tiempo con abundantes nevadas. Había llegado la hora de marcharse. El pequeño grupo se preparó rápidamente para regresar, y el 8 de octubre llegaba a Skardu. Allí Desio y Cassin acamparon en el aeródromo a la espera de que aterrizara el famoso Dakota, que aunque fue hasta allí en tres ocasiones, lo hizo solo para lanzar en paracaídas paquetes de víveres y de otras mercancías. Finalmente, el 12 de octubre pudieron coger el vuelo rumbo al sur. El 17 llegaban a Roma.

El viaje ha permitido, por tanto, cumplir todos los objetivos: tomar contacto con las autoridades paquistaníes, disponer en el itinerario de subida varios depósitos de materiales, recoger de los americanos datos del último intento y llevar a cabo un reconocimiento directo de la vía de subida.

Además de los porteadores y los *sherpas* se cree que la «gran expedición» estará compuesta por trece italianos, de los que seis serán alpinistas, por así decirlo, «de primer orden», y algunos alpinistas y técnicos de Pakistán. La partida, aunque aún no se ha establecido nada definitivo, tendría que ser en abril.

En cuanto a la autorización del gobierno paquistaní —que, como es costumbre, se concede por turnos, por orden de prioridad, a las distintas naciones candidatas—, ya dijimos que nuestra petición para 1954 fue bien acogida por Karachi. Los americanos, desilusionados por el fracaso de su

reciente expedición, removieron cielo y tierra para poder repetir la tentativa apenas terminara el mal tiempo: es decir, en el mismo período para el que estaba prevista la nuestra. Pero según parece el derecho italiano de opción preferente no corre peligro alguno.

Corriere della Sera,
20 de octubre de 1953.

Qué dificultades nos esperan en la ciclópea pared del K2

¿Qué dificultad presenta el K2, la segunda cumbre de la tierra, máximo gigante del Karakórum (8.611 metros), que los alpinistas italianos intentarán escalar el año próximo?

Goldwin Austen es su segundo nombre, el preferido por los ingleses; así se llamaba el jefe de los servicios geográficos de la India, primer europeo que en 1861 se acercó a la base del coloso. Pero el nombre de K2 —acrónimo casual que debe a la topografía— resulta sin duda más adecuado, ya sea porque es más simple o porque suena autoritario y misterioso. Los nombres tienen una fascinación ilógica: así como Everest, que es un apellido inglés, va muy bien —se diría que tiene algo de etéreo—, Goldwin Austen es insignificante y flojo.

Se trata de una formidable pirámide que se eleva de un golpe otros tres mil quinientos metros sobre una plataforma de hielo (son los glaciares más extensos del globo, si se exceptúan los cascos polares) y resulta impresionante vista desde cualquier lado por la escarpadura inexorable de sus costados, las vertiginosas corazas de hielo y los vítreos murallones que rodean la cumbre amenazando con calamitosos derrumbes. En la cima convergen, con extraordinaria regularidad arquitectónica, seis crestas dispuestas en forma de corona. La del sudeste, que es en la que se han centrado hasta el momento todas las tentativas, se extiende a su vez formando un abanico con seis nevaduras denominadas alfa, beta, gamma, delta, eta y cresta sudeste propiamente dicha. Para el contrafuerte «delta», sin embargo, se ha extendido en la actualidad la denominación de «cresta Abruzzi», porque a lo largo de su arista intentó por vez primera el duque de los Abruzos abrir vía hasta la cima. Y todo hace pensar que esta vía sea la buena.

La historia alpinística del K2 empieza en 1902: la expedición Guillaumod-Wesseley, de mayoría suiza, atacó la cresta este, pero no llegaron muy alto: la dificultad y las enfermedades les detuvieron por debajo de la cota 6.800.

En 1909 el duque de los Abruzos se aventuró, como ya se ha dicho, por la cresta «delta». Iban con él los guías Joseph Petigax y su hijo Lorenzo, Henry y Alessio Brocherel, los porteadores Emilio Brocherel, Alberto Savoie y Ernesto Barreux. El avance era lento: pronto se dieron cuenta de que no valía la pena insistir y decidieron regresar. Estaban a unos seis mil setecientos metros de altura.

Pasaron más de veintinueve años antes de que alguien volviera a intentar la empresa. En julio de 1938 llegó el turno a la expedición americana, con el doctor Charles Houston a la cabeza. Con siete campos sucesivos fueron avanzando según las directrices de la cresta Abruzzi, que tiene una pendiente media de cuarenta y seis grados, y llegaron hasta la parte llamada «los hombros», que es donde disminuye un poco la pendiente. A partir de este punto se extiende un largo dorso nevado que termina bajo la pared vertical que sostiene el último casquete. Esta barrera, de cuatrocientos o quinientos metros de altura, parte de hielo y parte de roca y con una pendiente de sesenta y cinco o setenta grados, es la llave del ascenso. La cota 7.925, justo al pie de esta muralla, fue el punto máximo alcanzado por la cordada que iba delante; luego tuvieron que regresar, pues los víveres comenzaban a escasear y amenazaba mal tiempo.

El problema más preocupante de la pared final —masas gigantescas y oscilantes de hielo que parecían hacer el pasaje aún más complicado— lo resolvió al año siguiente otro grupo americano capitaneado por Fritz Wiessner. Tras haber plantado una cadena de nueve campos, el último de ellos a 7.940 metros de altura, más allá de «los hombros» y sobre una plataforma rocosa, Wiessner y el *sherpa* Pasang Lama superaron el 19 de julio la terrible pendiente nevada que hay en la vertiente sudeste de la cúpula suma. A las siete de la tarde estaban ya en la cota 8.370. Bastaba con una travesía de unos veinte metros para llegar a una extensión de nieve de aspecto benigno que llevaba directamente a la cima. Ya tenían la victoria en la mano. Pero era tarde, estaban cansados, y parece que Pasang Lama se negaba a seguir por un terror supersticioso hacia la luna. Como se hizo de noche, empezaron a descender. En el tramo más duro tuvieron que hacer alguna «cuerda doble», y en uno de estos descensos con cuerda Lama perdió los crampones: los llevaba atados a la mochila y estos se soltaron y cayeron al abismo.

Llegaron al campo IX a las dos y media de la madrugada. Descansaron allí un día entero. El 21 de julio volvieron a intentarlo por un itinerario más directo, pero encontraron un coladero helado en el que hubiera resultado muy tortuoso cortar peldaños. Y Pasang Lama no tenía crampones. Vuelta atrás por segunda vez.

La tragedia continuaba: para reabastecerse de comida bajaron ambos hasta el campo VIII, donde les esperaba, solo, el compañero Wolfe, que poco antes se había sentido mal. Bajaron juntos al campo VII, donde habían dejado a los porteadores con las provisiones. Pero lo encontraron desierto y vacío. ¿Cómo podía ser? Mientras Wolfe, cansado, se detenía a esperarles en el campo VII, Wiessner y Lama bajaron al VI. Vacío también. Y así el V, el IV, el III, el II... parecía una fuga generalizada. Tuvieron que descender hasta el campo base donde, por fin, descubrieron el misterio: uno de los porteadores, llamado Tendrup, había sido enviado con otro a reabastecer el campo VIII mientras Wiessner estaba aún bajo la cima; había llegado hasta donde estaban las tiendas, no había visto señales de vida (Wolfe, indispuerto, estaba echado en el saco de dormir) y pensó que los dos «señores» y Passang Lama habían perecido. Así que se apresuró a bajar, llevándose consigo cuanto pudo.

Por culpa de este malentendido Wiessner se vio obligado a descender hasta la base de la pared. Entretanto Wolfe se había quedado, enfermo y solo, en el terrible aislamiento del campo VII. Se organizaron enseguida patrullas de socorro, pero todos los campos estaban vacíos y sin provisiones, y el ascenso se convirtió en un penoso ir y venir de sherpas y porteadores, complicado además por las malas condiciones climatológicas. Así pasaron diez días.

El 29 de julio vieron con los prismáticos desde el campo base a tres hombres que subían lentamente desde el campo VI al VII: eran los porteadores Pasang Kikuli, Pasang Kitar y Pinsoo. Luego cayó la noche, y en la oscuridad no se vio señal alguna. El día siguiente amaneció nublado. Pronto se dejaron de tener noticias hasta que el 2 de agosto, el porteador Tserign regresó al campo base y contó la historia: había esperado dos días en el campo VI a los tres compañeros que habían subido a recoger a Wolfe; como no regresaban, había deducido que los cuatro estaban muertos.

Se hizo otro intento de rescate, pero los hombres estaban extenuados y se acercaba una tormenta. No pasaron del campo VI. Así que aquellos cuatro se quedaron allí para siempre, encerrados en la soledad y en el misterio.

Ya en 1953, aún volvió a desafiar al K2 Charles Houston con otros seis americanos, un inglés, un médico paquistaní y, naturalmente, varios *sherpas* y porteadores. Plantaron siete campos y llegaron hasta el borde de «los

hombros», justo bajo el punto que habían tocado en 1938. Pero el tiempo, infernal, les obligó a retroceder. Houston disponía de máscaras de oxígeno — de circuito interno, como las que usaban los ingleses en el Everest—, pero no se sabe si las utilizaron.

Esta expedición también sufrió una experiencia trágica. En la vía de regreso, el 10 de agosto, nueve hombres bajaban del campo VII en una sola cordada: no se sabe por qué, pues desde el punto de vista del alpinismo esto es una auténtica herejía. Iban soltando peso poco a poco, pero llevaban en un saco de dormir, tendido en una rudimentaria camilla, al geólogo Arthur Gilkey, de veintiséis años, que aquejado de una tromboflebitis no podía bajar por sus propios medios. En un momento dado uno de los nueve resbaló y arrastró consigo a los otros (me viene a la mente la famosa catástrofe de la comitiva Whymper en el Cervino). Se precipitaron unos cuarenta metros hasta que el último consiguió, milagrosamente, parar y sostener a sus compañeros cuando la pendiente fue menos pronunciada; pero la caída resultó fatal para Gilkey, que perdió la vida.

Resumiendo: la vía hasta la cima del K2 ya no es una incógnita. Las dificultades mayores ya fueron superadas por Wiessner hace catorce años. Pero la experiencia más reciente, la de Houston, demuestra que el problema «técnico» de los pasajes se queda en segundo plano frente al de los obstáculos, que es mucho más grave: es la propia inmensidad del pico, el hecho de que las dificultades mayores se encuentren en el último tramo, que es donde los hombres ya están más cansados y se impone un esfuerzo físico mayor debido a la rarefacción del aire, la incomodidad, el sufrimiento y, en ocasiones, los males físicos ocasionados por la altura; y la fatiga que a tan extraordinaria altura provoca cualquier movimiento, convirtiéndolo en agotador (en los ochomiles es inconcebible tallar peldaños a lo largo de toda una pared de hielo, cosa que sí se hace en los Alpes); o el cuidado extremo con el que hay que escoger el equipamiento y la necesidad de organizar a la perfección toda una serie de campos sucesivos y su abastecimiento, de tal modo que el fallo de un solo eslabón de la cadena puede ocasionar una catástrofe; además, la excepcional tensión a la que están sometidos los recursos morales, en un ambiente tan hostil, favorece la quiebra física, la agitación e incluso las alucinaciones; sin olvidar el terrible frío de las noches y, en definitiva, el peligro mortal que representa el mal tiempo, aunque dure poco... Todo ello supone una concepción muy distinta de escalada, donde las capacidades acrobáticas pierden casi por completo el interés mientras que lo adquieren la resistencia, la salud de hierro, el temple y la fortaleza de ánimo.

Pero el profesor Ardito Desio, que está organizando nuestra expedición, es un optimista irredento.

Corriere della Sera,
17 de noviembre de 1953.

La expedición al Himalaya, protegida por la Virgen

¿Queremos que la tricolor italiana ondee en la cima del K2, a 8.611 metros, en plena cordillera del Himalaya? Los detalles de la empresa se han expuesto ya cumplidamente. Todo está preparado, y si deseamos lograrlo no hay tiempo que perder. Un solo día de retraso sobre el plan trazado podría comprometer el éxito. Todo está listo menos los fondos, prometidos pero todavía sin entregar porque la maquinaria burocrática, que ya es lenta en tiempos de normalidad, se vuelve lentísima —si es que no llega incluso a pararse— en momentos de complicaciones ministeriales.

La expedición tiene carácter nacional, pero partirá de Milán porque allí es donde se encuentra la sede del Club Alpino Italiano, que la patrocina. Allí reside además el profesor Ardito Desio, director del Instituto de Geología de nuestra Universidad, que será el jefe de dicha expedición. El gobierno municipal y provincial, la Caja de Ahorros y otras entidades han aportado o anunciado ya su contribución, pero es preciso que esos y otros benefactores —particulares y empresas— se unan en un gesto de generosidad que permita conjurar el peligro de que se produzcan renunciaciones, algo que nos pondría en ridículo ante los demás países y dejaría en entredicho el honor nacional. La suma que hay que adelantar —hay que adelantarla porque la financiación gubernamental llegará, pero llegará tarde— es irrisoria para Milán: sesenta o setenta millones. Hace poco, para que a nuestra ciudad le fuera asignado un acelerador de partículas, los milaneses ofrecieron quinientos millones. Seguramente no permanecerán insensibles a este nuevo requerimiento, que partirá de la gloriosa Caja de Ahorros a la que el nuevo presidente, el profesor Giordano dell'Amore, ha sabido inyectar un nuevo impulso con sus iniciativas. Se trata, en definitiva, de poner tan audaz empresa bajo el manto protector de la Virgen.

Cuando hace ahora seis meses se empezó a hablar de una posible expedición italiana al Himalaya para escalar la segunda cumbre del mundo —

es decir, el K2—, parecía lógico esperar las diversas dificultades que iba a presentar una empresa de esas características. Aparte del problema técnico y alpinístico de la ascensión, que siempre es la mayor incógnita de todas, cabía hacerse algunas preguntas: ¿concedería Pakistán a Italia la autorización prometida, que habían solicitado otros cinco países? ¿Se encontraría al hombre adecuado para encabezar una expedición tan complicada? Tendría que ser un hombre que a su indiscutible prestigio uniera una amplia experiencia en alta montaña, conocimiento de la cordillera del Himalaya, preferiblemente del Karakórum en concreto, que tuviera dotes organizativas, temple moral probado en ambientes remotos e inhóspitos y, en definitiva, todo lo que caracteriza a un verdadero comandante, pues para encabezar al que es probablemente el grupo más exiguo de alpinistas que se haya aventurado en los hielos del Baltoro será indispensable una disciplina de corte militar, dado que podrán registrarse momentos duros o terriblemente inciertos en los que el jefe tendrá que ejercer con mano de hierro toda su autoridad o tomar decisiones importantes —asumiendo su total responsabilidad sobre ellas— de las que puede depender la salvación o la catástrofe. Y no solo eso: ¿cómo y dónde se encontrarán los hombres que le van a acompañar en este intento, hombres que ofrezcan las mayores garantías de éxito? ¿Sabremos los italianos, después de estar tantos años ausentes de la gran carrera del Himalaya, proveernos de los medios técnicos más adecuados, como por ejemplo las máscaras de oxígeno?

En fin. Ya tenemos la autorización del gobierno paquistaní: llegó justamente el 24 de octubre, y puede decirse que en los ambientes alpinísticos internacionales ha pillado por sorpresa a todos: como suele suceder en estos casos, todas las demás naciones candidatas esperaban ser preseleccionadas.

En cuanto al jefe de la expedición el convencimiento es unánime. Todos, en nuestros círculos de alpinistas, están convencidos de que desde cualquier punto de vista no hay nadie más indicado que el profesor Ardito Desio, académico del CAI y explorador de gran renombre. Ya en varias expediciones, incluso en el grupo del Karakórum, ha demostrado el profesor su excepcional resistencia física, pero también algo más importante: su capacidad directiva y su imperturbable serenidad en circunstancias fundamentalmente adversas. Y *last, but not least*, seguramente se debe a su personal y agudísima obra diplomática, a su notoriedad como alpinista y como científico, que el gobierno de Karachi haya preferido este año a nuestro país.

Hombres y medios: la organización se ha confiado, además de a Desio, a una comisión nombrada por el Consejo Central del Club Alpino, y no ha perdido el tiempo ni en lo relativo a la laboriosa y delicada selección de candidatos —en principio, veintidós guías y académicos de los que se escogerán después los mejor dotados—, ni en cuanto a la preparación del vestuario, las tiendas, los aparatos de respiración y, en suma, todo el equipamiento necesario. Desde el primer contacto del profesor Desio con los candidatos ha quedado claro que no ha estado mano sobre mano, que tenía las ideas claras y que sabía exactamente a dónde dirigirse para obtener la materia prima más eficaz y avanzada.

Pero queda otra pregunta por responder: ¿cuánto costará la expedición? ¿Quién correrá con los gastos? Ese es el problema básico, aunque a muchos, tal vez ingenuos, les haya parecido un asunto secundario: da la impresión de que la cantidad necesaria no tendría que ser difícil de reunir. De hecho, si uno piensa en las decenas y decenas de millones que se requieren, por ejemplo, para que nuestros atletas participen en competiciones internacionales —entiéndase, en todo caso, que no consideramos en absoluto que dichos gastos no sean legítimos— o si pensamos en las cantidades desorbitadas que se pagan a una figura del fútbol, o los astronómicos presupuestos destinados a los Juegos Olímpicos de invierno de 1956, si se tiene en cuenta el imponente flujo de dinero descontrolado que inunda el campo de tantos otros deportes, podría parecer absurdo que existiera alguna duda respecto a la financiación de la expedición al K2. Hasta aquellos que no han visto en su vida una montaña admitirán la importancia excepcional de esta empresa: es más que una victoria en el Tour o en los estadios de fútbol internacionales. Sin sombra de retórica, un éxito italiano en el Karakórum con la conquista de la segunda cumbre del mundo, después del Everest, tendría una enorme repercusión en todo el mundo y a nosotros nos haría mucho bien en estos tiempos tan grises.

Para su tentativa del Everest los suizos, con menos hombres y durante un período más breve que nosotros, en una zona menos alejada del mar y sin un programa científico propiamente dicho (la expedición italiana al Karakórum, sin embargo, se ha propuesto también objetivos científicos a pesar de ser fundamentalmente alpinística) han gastado alrededor de ochenta y cinco millones de liras (entiéndase no obstante que estas cifras no pueden darse con total seguridad). Cabe destacar el hecho de que más de sesenta y cinco millones los aportó una sola persona. Y hay que preguntarse otra cosa: tal vez en Italia faltan personas que dispongan de recursos tan elevados, o que tengan tan buena voluntad.

Alrededor de cincuenta y cinco millones —según se ha sabido, aunque el dato es incierto— habría costado la expedición victoriosa austro-alemana al Nanga Parbat, en la que tomó parte un pequeño núcleo de alpinistas, y que ni fue muy larga ni se ocupó mucho de la ciencia, además de centrarse en una zona menos alejada del K2.

Por el momento no contamos con datos precisos de la expedición inglesa que ha conquistado el Everest. Se habla, sin embargo, de unos trescientos millones de libras. Nuestra empresa, según el presupuesto —que, naturalmente, puede sufrir algún cambio en algún epígrafe— no debería costar mucho más de cien millones: ciento siete, para ser exactos. Pero una parte de esta suma ya se ha aportado; ahora falta la financiación estatal, que no se sabe cuándo llegará. Ahora es el turno de los milaneses.

Corriere della Sera,
9 de enero de 1954.

La preocupación por el grupo de Desio no tiene fundamentos reales

La alarma que se ha disparado en torno a la suerte de la expedición italiana del K2, y de la que se han hecho eco diversos periódicos y agencias de noticias, resulta —al menos por el momento— totalmente infundada: parece derivarse, más que de la realidad, de un nerviosismo gratuito y de una total ignorancia de los aspectos geográficos y técnicos y el itinerario que lleva al campo base, así como de una extraña ligereza a la hora de difundir noticias que no tienen fundamento. Si alguien se hubiera sentido, de antemano, excesivamente pesimista respecto a las posibilidades de éxito de la empresa, parece que ha dilapidado ese pesimismo prematuramente.

¿Por qué se ha difundido la alarma e incluso se ha anunciado —cosa fundamentalmente ridícula— que el profesor Desio, jefe de la expedición, estaba «desaparecido»? Pues sencillamente porque la última noticia contrastada que llegó a Italia se remonta al 17 de mayo. Esto se basa en un motivo también muy sencillo: después de esa fecha *no podía llegar* ninguna noticia directa.

Veamos antes que nada cuáles son las noticias ciertas de que disponemos.

El 11 de mayo, es decir, con más de catorce días de adelanto sobre el plan, el profesor Ardito Desio salió junto a tres alpinistas y trescientos cincuenta

porteadores de Urdukas, en la cota 4.800, donde los italianos se habían detenido para experimentar un primer período de aclimatación y adiestramiento. De ahí partieron rumbo al campo base que plantarían a los pies del K2, en la cota 5.200. En lugar de tres días, como estaba previsto, Desio y los compañeros lograron cubrir el trayecto en apenas dos jornadas. El 13 de mayo se encontraban ya en el lugar elegido, donde el profesor Desio había estado ya en dos ocasiones: una, en 1929; la otra, el año pasado, junto a Riccardo Cassin.

Primera deducción lógica: es una total insensatez pensar que Desio y sus tres compañeros se hayan encontrado con alguna dificultad—incluso siendo el tiempo extremadamente desfavorable— debido a deficiencias del equipamiento o escasez de víveres. Es de esperar que trescientos cincuenta porteadores hayan transportado materiales suficientes para abastecer a cuatro hombres y que puedan pasar sin preocupaciones no ya unas semanas, sino varios meses.

Confirmó la llegada sin novedad de Desio y sus compañeros al campo base una carta enviada el 15 de mayo por el académico Ugo Angelino a un hermano suyo. Angelino escribía desde Urdukas que los portadores que habían acompañado a Desio hasta el campo base habían vuelto diciendo que la nieve tenía casi un metro de altura, pero que no era cosa preocupante porque en aquellas cotas se trataba de un fenómeno normal. Al día siguiente Angelino y otros alpinistas y porteadores saldrían, ellos también, del campo base. Estaban todos bien.

Se supo también que el día 17 de mayo (es decir, con catorce días de adelanto sobre las previsiones de avance) toda la expedición había salido ya con destino al campo base donde, a pesar de avanzar más despacio que el profesor Desio, llegaría seguramente el 20 de mayo.

Y entonces, ¿cómo podían llegar del campo base más noticias? Desde luego por radio no, porque el aparato del que dispone Desio no tiene capacidad para sortear los gigantescos macizos montañosos que se interponen entre el campo base y Skardu. El único medio de transmisión son las piernas de los mensajeros.

Ahora no queda ya más que un cálculo sencillo: de Skardu a Askole son seis jornadas de marcha; de Askole a Urdukas, dos jornadas; de Urdukas al campo base, tres: en total, once jornadas. Supongamos que uno o dos mensajeros aislados, aprovechando que la ruta es descendente, hayan podido ganar tiempo. Aun así es prácticamente imposible que hayan empleado menos de nueve días.

De esto se desprende que, aun si todo sigue adelante en las condiciones más favorables posibles, las primeras noticias de la llegada de la expedición al campo base no podrían llegar a Skardu antes del 29 de mayo.

Y desde Skardu, último lugar habitado que tiene cierta importancia, ¿cuánto tiempo necesitan las noticias para llegar hasta Italia? De siete a trece días, como ha demostrado la experiencia. Y esto porque el correo depende de un avión que hace el servicio de Rawalpindi de manera discontinua y solo cuando las condiciones atmosféricas son buenas. Como la altura máxima a la que puede subir es muy limitada, el avión no puede sobrevolar la montaña y tiene que seguir la ruta del valle. Es, por tanto, evidente, que basta una borrasca en las inmediaciones para que los vuelos queden suspendidos.

Así, el hecho de que hasta ayer 7 de junio por la tarde no hubiera nuevas noticias del campo base, estaba dentro de lo normal y lo previsible. Y es totalmente arbitrario hacer conjeturas negativas o catastrofistas de un retraso que no es tal.

Alguno podrá preguntarse: ¿pero por qué el profesor Desio no ha mandado telegrafiar? Esta es la única objeción que puede considerarse sensata. Pero a cualquiera que conozca al profesor, hombre por naturaleza contrario a dramatizar, no le sorprenderá que haya olvidado hacer que se envíe un mensaje por radio desde Skardu. Si todo se había desarrollado con normalidad, como en efecto había sucedido, no existían motivos para utilizar un medio de comunicación al que solo conviene recurrir en caso de especial urgencia, habrá pensado.

Pero para demostrar lo infundado de la alarma bastará con hacer el razonamiento opuesto: supongamos, en el plano puramente teórico, que la expedición se haya visto atrapada en la peor situación que se pueda imaginar. Climatología horrible, frío polar, cansancio de los porteadores, malestar de alguno de los alpinistas, y cosas por el estilo. Y peor aún: llegados a una hipótesis imaginaria extrema, pensemos que un cataclismo sin precedentes haya sorprendido a la comitiva: qué sé yo... que el K2 se haya quebrado provocando un inmenso derrumbe y sepultando el campo base o algo así, puramente novelesco. Pues también en este caso cabe preguntarse: ¿es posible que de trescientos setenta hombres que componen la expedición no se haya salvado ni siquiera uno para dar la noticia?

Que las familias de los alpinistas puedan albergar alguna vaga aprensión es más que comprensible. Los padres, las esposas y otros parientes, naturalmente, quisieran que llegaran del Karakórum noticias de sus seres queridos no una vez a la semana, sino diariamente. Los razonamientos más

sensatos no bastan a veces para acallar la inquietud y disipar los malos pensamientos. Pero al menos en esta fase de la expedición toda alarma carece de fundamento. Hay que tener en cuenta que el itinerario desde Urdukas al campo base no ofrece ninguna dificultad desde el punto de vista del alpinismo: no hay paredes que escalar, no hay ningún serac que salvar mediante puentes o maniobras de cuerda, ni ríos impetuosos que vadear. Desde el punto de vista técnico la zona no pasa del primer grado. Consideremos, además, que el profesor Desio conoce el camino y los puestos como muy pocos en el mundo, que la altura (entre 4.800 y 5.100 metros) no es preocupante en esas latitudes ni exige al escalador un gran esfuerzo físico (como sí que sucederá más tarde, sin embargo, a siete mil metros, durante el ataque decisivo) y que la expedición *va con considerable adelanto respecto al programa*, y no con retraso como han informado varios periódicos. El plan de marcha preveía que el último grupo de alpinistas saldría de Urdukas el primer día de junio, y sin embargo lo hizo el pasado 17 de mayo.

En conclusión: aunque las noticias tardaran varios días más en llegar no hay razón alguna para impacientarse. Y es previsible que cuando Desio y sus compañeros se enteren de todos esos cuentos catastróficos se echen a reír de buena gana.

Según el programa tendrían que hacer ahora otra parada de aclimatación, y en la segunda quincena de junio acometer el asalto propiamente dicho a la segunda cumbre del mundo. Y sería en ese momento, en todo caso, cuando estaría justificado que empezase la angustia.

Ayer por la tarde, una comunicación de la Associated Press procedente de Karachi nos hacía saber que según un despacho recibido de Rawalpindi, «el profesor Desio había sido abandonado por los porteadores locales, quedando solo», aunque «no se conocían las razones del abandono». La noticia, por lo que se ha podido deducir, no puede ser más exacta: como se ha dicho, una vez que acompañaron a Desio y a los otros tres al campo base, los porteadores regresaron a Urdukas por la sencilla razón de que *tenían que volver* para recoger el resto de los materiales. Eso fue lo que hicieron. La conjetura de una especie de rebelión por parte de los porteadores, que es lo que parece insinuar la noticia de la AP, no parece verosímil, aunque solo sea porque en la expedición se encuentra el coronel médico Ata Ullah, que representa oficialmente al gobierno paquistaní y que, al haber formado parte también de la expedición americana de Houston el año pasado, goza entre los habitantes de aquellos valles de una gran autoridad moral.

Corriere della Sera,

No se descarta que alguien, en Italia, pueda escuchar la radio de Desio

La dificultad para recibir, procedentes del campo base, noticias de los alpinistas italianos que van a escalar el K2 —segunda cumbre del mundo, en el Karakórum— ha hecho surgir en el público una duda: ¿cómo es que una expedición de esa magnitud, organizada dentro de una delimitación temporal un tanto angosta, pero con notable amplitud de medios, no contaba con una radio capaz de transmitir noticias desde el campo base que tuvieran la garantía de llegar al mundo o, al menos, a Skardu, último núcleo habitado de cierta importancia?

Antes que nada hay que destacar que, a la hora de dotar a la expedición de equipos se ha pensado prioritariamente y con todo rigor en *aquello que podía servir para llegar a la cima*. El resto ha pasado a segundo plano. Ahora mismo la transmisión de noticias desde el campo base no tiene utilidad alguna para el éxito de la empresa: puede que para nosotros, ansiosos de noticias frescas, sea un mundo, pero a efectos de la escalada no tiene la menor importancia.

Este criterio ha hecho que en cuestiones de aparatos de radio, todas las preocupaciones se concentren en los que resultan útiles para la empresa, especialmente los que permitan establecer contacto radiofónico entre el campo base y el resto de campamentos, o bien entre estos últimos. En segundo lugar se ha intentado establecer conexión entre los campos base más avanzados y los grupos de la vanguardia, los que ya se hayan adelantado en dirección a la cumbre. Solo en tercera instancia se interesa uno por los aparatos que permiten la comunicación con algún núcleo habitado.

La expedición dispone, por tanto, de tres tipos de aparatos.

El primero —destinado a la comunicación entre dos campos— se puede considerar un instrumento en general muy moderno, preferible al que utilizó la expedición inglesa al Everest el año pasado. Sus datos característicos son: una potencia de dos vatios de salida de telefonía por onda media; frecuencia: ciento cuatro megaciclos de onda (alrededor de tres metros de longitud de onda), predeterminada por cuarzo; peso: cuatro kilos; alimentación por corriente continua con baterías de óxido de plata que pesan dos kilos; peso

total, por lo tanto, seis kilos (los de los ingleses pesaban seis kilos y trescientos cincuenta gramos). Se puede llevar al hombro o en la mano, y funciona incluso a cuarenta grados bajo cero, es decir, al aire libre e incluso en las horas más frías. La antena está montada en el aparato, pero es extraíble. Totalmente hermético, no teme a los agentes atmosféricos. Su alcance en línea recta es de diez kilómetros, por lo que tiene capacidad de sobra para el uso al que está destinado.

Hay un aparato aún más pequeño, fabricado en Italia, que supone una novedad absoluta y que las cordadas de vanguardia podrán llevar consigo hasta la cresta suprema para estar continuamente en contacto con los campos más altos. Características: medio vatio de potencia; frecuencia: ciento cuatro megaciclos (alrededor de tres metros) en onda media; peso total, incluidos los accesorios y las pilas: un kilo y ochocientos gramos. Las pilas secas de alimentación tendrán que llevarse cerca del cuerpo, pues con el frío pierden potencia. La pequeña antena sobresale por encima de la bombona de oxígeno, de modo que el alpinista puede hablar en marcha, sin levantarse el pasamontañas ni quitarse los guantes ni ninguna otra prenda de vestir: lo único que tiene que hacer es pulsar con la mano una tecla que lleva en la correa. El micrófono ha sido sustituido por un laringófono. Alcance: unos mil quinientos metros.

La emisora de radio que debería, en resumen, poder comunicarse con los centros habitados, a ciento y pico kilómetros de distancia (entre Skardu y el campo base, en línea recta, hay cien kilómetros justos) tiene las características siguientes: veinte vatios de potencia, telefonía por onda media; cuatro ondas predeterminadas mediante cuarzo, dos a noventa y cinco metros (tres mil cien kilociclos) y dos a cincuenta y cuatro metros (cinco mil quinientos kilociclos). Se había previsto la posibilidad de transmitir con ondas de superficie hasta unos treinta kilómetros y con ondas directas hasta los ciento cincuenta o doscientos kilómetros. Varias ondas indirectas sucesivas pueden alcanzar incluso distancias superiores, pero no está garantizado. La alimentación se realiza por baterías con acumuladores de óxido de plata y, en algunos casos, a través de un pequeño grupo electrógeno fabricado para este fin. El peso total —sin contar el grupo electrógeno— es de diecinueve kilos.

Esta emisora —lo subrayo— es un plus. Desio la ha querido llevar al Baltoro *con la esperanza, aunque no con la seguridad* de hacernos llegar noticias continuas e inmediatas. De hecho, desde un principio se sabía que las excepcionales condiciones meteorológicas y la presencia de tan inmensas cadenas montañosas podían frustrar cualquier intento de comunicación directa

con Skardu y hacer más inseguras las transmisiones a las ciudades de la llanura, relativamente más sencillas. La falta de comunicación no constituye, por tanto, sorpresa alguna. Por lo demás, no se descarta que en los próximos días los mensajes radiofónicos de Desio se puedan oír en Skardu (donde hay una emisora instalada por la ONU que está en funcionamiento) o incluso mucho más lejos, porque hay veces que a mayor distancia la recepción es mejor que cuando se está cerca. En teoría no es absurdo imaginar que algún radioaficionado con suerte consiga, en momentos excepcionalmente favorables, interceptarlos aquí en Italia. Con una potencia de veinte vatios los radioaficionados han superado a veces distancias superiores en sus transmisiones. Yo, sin embargo, debo decir que no contamos con la *seguridad técnica* absoluta de poder comunicar el campo base con el mundo civilizado.

Aunque la cuestión pueda parecer superficial, hay que recordar que la victoriosa expedición de Hunt al Everest, además de un aparato normal para recibir los boletines meteorológicos (algo que la emisora de Desio soporta perfectamente) disponía únicamente de aparatos tipo *walkie-talkie* (los que en la última guerra utilizaba el ejército americano para transmitir y recibir incluso en marcha) a los que se había hecho alguna modificación. Las comunicaciones con el mundo se confiaban exclusivamente a la estafeta de Correos. Y leyendo el libro de Hunt uno tiene la impresión de que incluso los aparatos de transmisión entre los campos unas veces funcionaban y otras no. La prueba está en que la noticia de la victoria llegó al campo IV, que era la base avanzada, solo mediante señal visible.

Corriere della Sera,
13 de junio de 1954.

Una gran noticia

¡Lo han conseguido! Hace muchos años que los italianos no recibían una noticia tan hermosa. Incluso quien no tenga interés por el alpinismo, incluso quien no haya visto nunca una montaña, hasta los que hayan olvidado qué era el amor a la patria, todos hemos sentido ante tan feliz anuncio algo que ya habíamos perdido la costumbre de sentir: una conmoción, un palpito, un contento desinteresado y puro. Y hemos tratado de ver con la imaginación a los dos victoriosos encima del último pináculo del coloso, diez mil veces más grande que ellos, y a los compañeros encaramados a la explanada de la

ciclópea pared, símbolo minúsculo de un ejército formado en su totalidad para la batalla decisiva: todos bravísimos, todos dignos de ser citados en la lista de personalidades de nuestro país. «Gloria», «triunfo», son palabras que los ingleses —para quienes la ley nacional es contraria a la retórica— utilizaron sin menoscabo cuando el año pasado conquistaron el Everest. ¿Por qué, entonces, no íbamos a emplearlas hoy nosotros?

Y luego, una envidia inmensa: ese es el sentimiento que más hemos experimentado ante la idea de que aquellos dos hombres hayan subido hasta la segunda cumbre de la Tierra; la misma envidia que nos inspiraban de niños los héroes que en los cuentos vencían a dragones y ogros. «Sublime» es un vocablo arriesgado, al que solo debemos recurrir en ocasiones excepcionales. Y ya solo nos queda definir lo que seguramente ha sucedido en el ánimo de los alpinistas en ese momento memorable.

Mírenlos: derrotados por un cansancio sobrehumano, aprisionado el rostro por la máscara de oxígeno que da vida, pero también tormento, envueltos en esas chaquetas típicas del Himalaya rellenas de plumas, infladas, parecen dos fantoches hinchados a los que se les ha terminado la carga y se mueven a cámara lenta, presa ya seguramente de las misteriosas alucinaciones de los ochomiles, reducidos casi a un pálido recuerdo de sí mismos, obligados a evitar incluso el mínimo movimiento pues, allá arriba, solo levantar un brazo ya cuesta un esfuerzo ímprobo que te lleva al último confín de la resistencia física y, una vez sobrepasado este, está la muerte. Pero piensen también en la tremenda felicidad que se habrá apoderado de sus corazones: esa soledad suprema, una vez desaparecida la figura obsesiva que desde hace meses se cernía sobre ellos; nada sobre sus cabezas, entre ellos y el cielo. Y a su alrededor, hasta que se pierde la vista, el archipiélago interminable del Karakórum, los glaciares sin explorar, cadenas de montañas gigantescas, catedrales vítreas, picos aterradores... Todo, absolutamente todo, por debajo de ellos. Y esa súbita paz interior después de tanta tensión y tanta agitación, el recuerdo de su casa, tan lejana. Y atada al piolet, la banderita tricolor que ¡por fin! ondea allá arriba. Maravilloso éxtasis que no proviene sin embargo de la ambición personal colmada, ni de la fama alcanzada, ni de un amor desenfrenado hacia sí mismos, sino de la conciencia de haber realizado una gesta espléndida y noble en sí misma, de haber sido merecedores de la patria.

Para ellos esto es una felicidad rarísima que las palabras no logran describir, pero también es para nosotros, para todos los italianos, una alegría inmensa y verdadera. Y motivos hay en abundancia. Recordemos ciertas explosiones de exultación colectiva provocadas porque uno de los nuestros

había llegado el primero en el Tour o porque la *azzurra* había vencido en un importante partido internacional. No es que pretenda despreciar estas gestas, pero, en comparación con todo eso... ¿qué merece la hazaña de los hombres de Desio?

Tras la conquista del Everest esta era la roca más soberbia y complicada que quedaba por ganar. Era la máxima de entre las pocas posibilidades supervivientes que la Tierra nos ofrecía para medir nuestras fuerzas, nuestra presencia de ánimo: el desafío más temerario del hombre insignificante frente a la inmensidad de la naturaleza salvaje, hostil y desconocida. Era el resultado más perseguido por los alpinistas de todo el mundo, el examen más exigente no solo para las energías físicas y las habilidades técnicas —algo que no hubiera tenido gran importancia—, sino también para la tenacidad, para la inteligencia, la seriedad, el desinterés, y sobre todo para las cualidades morales. Saber encontrar una última partícula de voluntad cuando todo alrededor de uno parece decir: «Ya has hecho mucho, ¿no ves que ya no puedes más? ¡Ríndete!»; resistir firmemente entre sufrimientos no unas horas, sino largas semanas, larguísimos meses: soportar la soledad que en aquellos extensos glaciares destroza los nervios y oprime los temperamentos más orgullosos; obedecer no ya a la voz, tan seductora, de la vanidad personal o de la recompensa, sino a la disciplina de un interés colectivo para el que tal vez aquel que más ha dado debe, en el último momento, ceder el paso a un compañero; aquel para quien la gloria, si la hubiere, es algo que habrá de repartir a partes iguales; alguien a quien toca pensar primero en los otros y luego en sí mismo y, llegado el caso, dar la vida por ellos.

Por todo esto una conquista así, que desde un punto de vista estrictamente material puede parecer incluso fútil —hay quien dice que todo esto «son locuras»—, luego será muy bien considerada por el pueblo, porque simbolizará una virtud elevada. Por eso el año pasado el ascenso del Everest pareció el regalo más espléndido que podía ofrecerse a la reina en su coronación, y la admiración unánime de todos los países rodeó a los escaladores del equipo británico. Por eso todo el mundo ha seguido los movimientos de la expedición italiana con un interés casi febril, con el que —seamos sinceros— se han mezclado a veces sombras de desconfianza y de celos. Por eso hoy podemos decir con agradecimiento: honor a aquel que tocó la cima, honor a Ardito Desio y a sus valientes compañeros. Y debemos felicitar a todos aquellos, dirigentes y socios del Club Alpino Italiano, que sin participar personalmente en la escalada han sabido crear las bases organizativas precisas. Así, también es de rigor apreciar la generosa ayuda

ofrecida por las autoridades de Pakistán, mientras tenemos un grato recuerdo para los componentes de las expediciones americanas, menos afortunados: las de Houston, en 1938 y 1953, y la de Wiessner en 1939, que se aventuraron a subir por los costados del gran gigante. Sus audaces tentativas, es justo admitirlo, han sido una de las principales premisas de nuestro éxito.

Y hay otro motivo más que dota de un significado especialmente emotivo y humano a la victoria sobre el K2. Es la cruz que se yergue a los pies del pico que hay junto al campo base, sobre un túmulo de piedras, y en la que se lee: «Mario Puchoz». Es el nombre del joven guía valdostano muerto de una pulmonía fulminante en la primera fase de la escalada. Hoy la noticia del éxito habrá removido recuerdos muy amargos en su casa de Courmayeur. «Era tan fuerte... Podía haber sido él quien tocara la cima». Este pensamiento asaltará y atormentará a los familiares del caído con la crueldad de una injusticia. Y aun así, seguramente la noticia les habrá reconfortado: las fuerzas para llegar hasta la cumbre las han sacado los otros, en parte, del recuerdo de tan valeroso compañero, del afán de honrar su memoria. Esto no es retórica. Puchoz no ha muerto inútilmente, y a él le espera una parte de la gloria.

Y ahora, ¿dónde estarán los hombres que han visto el mundo desde tal altura? ¿Habrán podido ya regresar a la base? ¿O estarán todavía bloqueados en mitad de la pared, encerrados en una angosta tienda agitada por las ráfagas de viento? El camino hasta la cima, además de áspero y tortuoso, ha sido largo; largo es el camino que les llevará hasta abajo, donde los dioses de la montaña ya no pueden meterles miedo. ¿Buscará ahora su venganza el coloso humillado, desencadenando una tormenta? El mal tiempo, ese mal tiempo infernal del Himalaya contra el que las fuerzas humanas son prácticamente nulas, ¿intentará cortar a los nuestros su vía de retorno? Demasiado tarde. Los más fuertes ya son ellos: la victoria les acompaña con su luz.

Corriere della Sera,
4 de agosto de 1954.

Se reencuentran en Courmayeur los valerosos conquistadores del K2

Las crónicas de celebración, ceremonias y similares nunca resultan muy atractivas para el gran público, pero la fiesta que ayer dedicó Courmayeur a

los conquistadores del K2 ha tenido gran resonancia y, con toda probabilidad, por motivos que diremos luego, merecerá al menos una mención en el último capítulo de la historia de esta gloriosa expedición.

Desde que salieron del Karakórum aquella era la primera vez que los hombres del K2 se iban a reunir todos en presencia de una gran montaña. Y esta cuestión, en su aspecto psicológico, tiene su importancia. Estos alpinistas victoriosos ya han tenido festejos suficientes, muchos y grandiosos: pensemos, por ejemplo, en las inolvidables jornadas milanesas. Pero en estas cuestiones la ciudad siempre representa un inconveniente: ¿han notado ustedes que los hombres de montaña, cuando bajan al llano, resultan en cierto modo algo aplanados, reducidos, incluso menos bellos? Esta sensación de desajuste, de imposibilidad de que coincidan dos mundos, se vio claramente aquella tarde en el Teatro de la Scala, cuando los guías de todos los valles se sentaron en la platea para ver el ballet. Por muchas razones fue algo bello y conmovedor a un tiempo: ya en el primer descanso pudimos ver a aquellas viejas glorias marcharse a escondidas con el aire de un chaval que se fuma las clases. Era una intolerancia instintiva, una incapacidad innata de respirar aquel aire, tan ajeno a ellos. En cuanto a los escaladores del K2, asediados sin tregua por la agitada multitud, estaban absolutamente fuera de lugar: felices, tal vez, de ser objeto de tales honores, pero incómodos y despistados.

Sin embargo ayer, en Courmayeur, se encontraron realmente por primera vez. Por mucho que sea un lugar muy celebrado para pasar el verano, por mucho que gracias a sus funiculares y sus soberbios albergues lleve camino de convertirse en uno de los mayores centros de deportes de invierno, Courmayeur aún conserva intacta, gracias a Dios, su atmósfera romántica y severa en la que los nombres de guías legendarios se entrelazan en confusión con los de Edmondo di Amicis, Giacosa o Carducci. Por lo demás, el potente bastión que la domina, el Mont Blanc, con sus formidables agujas, siempre garantiza el ambiente. Y ayer el valle, completamente blanco, resultaba más que adecuado para recrear —aunque fuese en proporciones reducidas— el clima del lejanísimo Himalaya.

Pero no era solo el escenario; todo estaba en perfecto acomodo: el recibimiento de la municipalidad con las palabras del viejo alcalde Glarey, la entrega a los héroes de los bellísimos piolets fabricados para la ocasión por la centenaria Société des Guides y, a los familiares de Puchoz, de una medalla de oro de la Junta Provincial de Milán; el desfile recorriendo el pueblo de todos los guías —entre los que se encontraban algunos muy famosos, de otras épocas, como Evaristo y Eliseo Croux, Adolfo y Henri Rey, Brocherel y

Barreux—; la misa solemne, cantada en honor de Mario Puchoz en la iglesia donde rezó antes de partir y donde el párroco, don Cirillo, ha bendecido los doce piolets, y, ¿por qué no?, también el almuerzo, con los discursos de Pareyson, presidente del Consejo del Valle, y del doctor Sincero, que es médico partidario en Courmayeur, y toda una institución allí. En este almuerzo los escaladores del Karakórum se mezclaron con los veteranos del Mont Blanc, con los miembros de la comisión del Club Alpino, con los más destacados académicos que tantas gestas han logrado en estas cimas, desde Renato Chabod a Guido Rivetti, desde el académico Piero Ghiglione hasta el famoso Riccardo Cassin, desde Ugo Vallepiana a Leonardo Bonzi. El conde Titta Gilberti, presidente de la Société des Guides, no solo fue un perfecto organizador y un amabilísimo anfitrión: también ha hecho que todos, pero especialmente los del K2, se sintieran en familia. Durante unas horas Desio y su esposa (era el vigesimotercer aniversario de su boda), Compagnoni, Lacedelli y todos los demás habrán tenido la sensación de retroceder en el tiempo y encontrarse de nuevo en el campo base.

Hay quien ha dicho que Courmayeur había logrado materializar la «reconciliación». Pero esta palabra está fuera de lugar: para que haya una reconciliación tiene que haber existido una contienda, y desde luego contienda no ha habido. Es cierto que daba la impresión de que el encuentro de ayer disipaba las posibles sombras, discordias o malentendidos. En varias publicaciones se ha insistido en los últimos meses en que había polémicas, roces o desavenencias que supuestamente habían dividido a Desio y al grupo de alpinistas. Se puede decir que ha sido un ejemplo típico de cómo los apasionados de las habladurías pueden perturbar, desde fuera, a una familia pacífica. En realidad, durante la expedición —ayer lo confirmó claramente Desio— no hubo ni el más mínimo desacuerdo. Toda la cháchara que ha venido después, hay que decirlo sin adornos, no tenía fundamento alguno, cuando no era pura y ridícula estupidez.

La expedición de Wiessner al K2 en 1939, o la de los alemanes al Nanga Parbat en 1953, sí que conocieron situaciones graves y delicadas. El propio Hunt, capitán del equipo inglés que escaló el Everest, pasó algunos días difíciles. Entre los nuestros no ha sucedido nada parecido. Que el trabajo impuesto por el esfuerzo físico y la altura pueda exacerbar los ánimos es algo que ha quedado demostrado en el relato del suizo Dittert, que desafió al Everest: compañeros de cordada que eran viejos amigos se empezaban a cubrir de insultos, pero apenas recuperaban el suministro de oxígeno volvían a ser de un golpe buenos y comprensivos. Que los soldados de las trincheras

de primera línea puedan hablar mal del comandante, que necesariamente está detrás de ellos, entra dentro de lo normal. Es el clásico derecho al pataleo, que resulta providencial para descargar la tensión nerviosa. Por lo demás, nadie en el mundo es perfecto y si se trabaja con mala intención se puede incluso hacer caer a un santo. Pero de esto a hablar de rupturas, de rencores y cosas por el estilo, hay un buen trecho.

Lo demás se ha visto ayer: al volver a estar entre montañas, precisamente en el lugar de donde salió el compañero que perdió la vida en la empresa, lejos de la llanura donde se alienan los que sugieren insidias y avivan las llamas, sin necesidad de mediadores ni de diplomacia, los del K2 se dieron la mano con lealtad. En la iglesia, ante el altar mayor, había una pequeña mesa cubierta con un paño negro. Encima, dos piolets y una cuerda enrollada, todo cubierto de claveles; un retrato de Puchoz con esa expresión cándida y honesta en el rostro, miraba sonriendo a los compañeros, vivos, que asistían a la misa. Parecía decirles: «Acordaos de mí alguna vez: me gustaría que siguiéramos siendo buenos amigos. Esta gran victoria que tanto envidia el mundo ha sido también, un poco, mérito mío: no me gustaría que se mancillara. Y los italianos, recordad esto: vosotros sois los héroes, y así me gustaría que fueran siempre las cosas». Eso decía. Tal vez haya servido de algo.

Luego, fuera de la iglesia, tal vez ha servido también el espectáculo de aquellos picos que colgaban, revestidos de hielo, y que a su vez transmitían su mensaje con esa voz solemne, sabia e irónica que les caracteriza, hecha de inmóvil silencio: «Hombres que habéis sido dignos de nosotras, las grandes montañas, tratad de no descender, de no querer demasiado por esta gesta, pues esa actitud siempre deja mal sabor de boca; pensad que dentro de mil o dos mil años nosotras las montañas estaremos tal y como nos veis hoy. Dentro de mil años, conquistadores del K2, quedará incluso un pedazo de vuestra gloria, pero vosotros... ¿y vosotros?».

Corriere d'Informazione,
31 de enero-1 de febrero de 1955.

Hace un año, en lo alto del K2

Hoy es sábado. Las tres de la tarde, por ejemplo. Abren ustedes el periódico, leen por casualidad estas líneas... A esta hora, hace exactamente un año,

palidecía el ocaso sobre la cúpula suprema del K2; sobre los misteriosos pináculos de hielo que no habían visto nunca a un hombre caían los velos pálidos del crepúsculo y comenzaba la tormentosa vigilia de dos hombres decididos a intentar al día siguiente la última hazaña, a jugarse la vida por plantar una banderita en la cumbre.

Celebrar un aniversario es como volver a pasar por el mismo sitio tras haber dado la vuelta al mundo, pero un poco más cansado: como sobrevolarlo, en lugar de pasar a pie. Y cada año ese paso se produce en una cota un poco más alta, y vemos a nuestros pies, intacto, aquel acontecimiento que tuvo lugar hace cinco, diez, quince años, pero cada vez más pequeño y lejano.

En el caso de la gesta del K2 solo han pasado doce meses y, aunque con el tiempo se ha apagado un poco, todavía distinguimos perfectamente a Compagnoni y Lacedelli arrebujados bajo la exigua tienda del campo IX, un puntito microscópico sobre una cresta, una de las miles y miles de crestas de ese gigante que cuelgan sobre la vertiente sudeste, precipitándose al borde de un abismo alucinante y, allá abajo, al fondo, al borde del glaciar que desciende con la majestuosidad de un río, podremos distinguir inmóvil la tienda del campo base desde donde Desio espera la noticia. Pero tal vez sea ya tarde: en el fondo del valle ya ha oscurecido.

Son las cuatro de la tarde aquí, hoy 30 de julio. En el K2 son ya las nueve porque el sol de allí nace y se pone con cinco horas de antelación respecto al nuestro. Allí se ve apenas gracias a la fosforescencia que deja el sol sobre las cumbres y cuyo recuerdo conserva uno durante mucho tiempo. Es suficiente, sin embargo, para vislumbrar a Compagnoni y Lacedelli saliendo de la tienda y mirando hacia abajo, hacia la vía empedrada por la que han subido. Aún se oyen las voces. Llaman. Gritan, aunque tienen la garganta ulcerada por la sequedad del aire. ¿A quién llaman? ¿Qué dicen?

Cien metros más abajo la oscuridad ha sorprendido a los dos compañeros, Bonatti y el *hunza* Mahdi, que junto a Abram han subido a llevar las bombonas de oxígeno. Abram ya ha regresado al campo VIII. Bonatti quería seguir y llegar a la tiendecita de Compagnoni y Lacedelli. El desnivel es de apenas cien metros. Pero ese centenar de metros, en tinieblas, podría significar una muerte segura, pues la pendiente es muy pronunciada e insidiosa y está cubierta de placas esmaltadas de nieve poco firme. Por eso Compagnoni y Lacedelli gritan al compañero que se detenga, que deje el oxígeno y regrese al campo VIII. También grita Bonatti desde abajo, pero no se entiende lo que dice: el viento despedaza la voz, y se la lleva.

Después desaparece también la última fosforescencia del hielo. Se hace profunda la noche y solo quedan las estrellas, que dan bien poca luz aunque hay millares de ellas: tantas solo las han visto unos pocos hombres desde la superficie de la Tierra y fue ahora hace exactamente un año, ahora que son aquí las cinco de la tarde. Luego se apagan las voces y se hace ese silencio aterrador de los ochomiles. Ya no se ve a Compagnoni y Lacedelli. Tendidos de costado en esa tienda mínima intentan darse algo de calor pegándose uno al otro. Solo sus pies sobresalen del minúsculo refugio. Creen estar completamente solos. Creen que Bonatti se ha dado la vuelta. No saben que su jovencísimo compañero y el *hunza* se han visto obligados a vivaquear sin refugio, a cielo descubierto, tras excavarse en la nieve un remedo de madriguera. Lentamente, las estrellas, con su eterno movimiento, pasan silenciosas sobre la cima que les espera.

Pero lo cierto es que ha pasado un año. Igual que hace un año, a esta hora aparece el crepúsculo con sus ráfagas de sombra por los costados inmensos de esa montaña que llaman el K2. Los hombres, sin embargo, ya no están. Ya no retumban las voces entre los abismos. Y las tiendas, que se han quedado allí abandonadas, ya no se ven: el viento y la nieve las han abatido. Tampoco se ven encastradas en el hielo las bombonas de oxígeno que dejaron tras de sí los conquistadores. Todo está muerto. Todo ha recuperado la soledad salvaje de los primeros tiempos.

Aunque... no, no todo. Al pie del gigante hay una pequeña cruz que hace de centinela. Es la tumba de Puchoz, una de las más tristes y solitarias sepulturas de la Tierra. Los otros volvieron a la Patria y, poco a poco, fatalmente, se han vuelto diferentes de los hombres que fueron en tan grandes jornadas, han perdido la luz pura que los iluminaba. Él, sin embargo, permanece. Y quién sabe (si es que esto no es un romanticismo demasiado retórico) si de noche, con la extrema ligereza de los espíritus, no saldrá de aquella cresta extrema al encuentro de otros que, como él, quedaron para siempre en la montaña tan amada —el americano Gilkey, el americano Wolfe, los *sherpas* Pasang Kikuli, Pasang Kitar y Pinsoo— y no hablarán entre ellos durante horas, serenamente, de sus patrias lejanas, de los recuerdos de su niñez, de las noticias que tal vez lleve el viento hasta allá arriba de eso que llaman «el mundo civilizado», y que allá arriba resultan casi incomprensibles. Y cuando por casualidad lleguen los ecos de que en Italia el K2 ha sembrado también pequeñas miserias, envidias, vanidades, mezquinos litigios, el buen Puchoz moverá su cabeza evanescente y se reirá.

Corriere d'Informazione,

Un «Libro Blanco» de Desio sobre la expedición al K2

«Seamos sinceros: ¿sabéis que es lo que más ha sorprendido a todos de esta hazaña vuestra?», se oyó preguntar a Ardito Desio cuando fue a América a presentar el documental sobre la conquista del K2. «Les ha sorprendido el hecho de que vosotros, los italianos, hayáis conseguido estar de acuerdo en todo momento».

Era una alusión a las desavenencias y confrontaciones que surgieron entre los miembros de otras expediciones al Himalaya, como la del Nanga Parbat. Pero nos puede provocar risa —si bien una risa un tanto amarga— si pensamos en las polémicas que han estado proyectando una sombra sobre la magnífica empresa desde que nuestros alpinistas regresaron a la Patria. Polémicas que, por el momento, no han terminado.

Empezaron con habladurías, y el afán de descubrir y acentuar todos los aspectos de cualquier acontecimiento que puedan resultar escandalosos — aparte de ser un deporte de moda— hizo el resto. Antes del relato oficial de Desio se publicó incluso un grueso volumen que no era más que un libelo tendencioso contra el jefe de la expedición. En torno al resto de los alpinistas, todos ellos muchachos valientes y sencillos, había personas interesadas — quién sabe por qué— en instigarles, azuzarles con posibles rencores sin importancia, fomentar su vanidad e instarles a la reivindicación. Y el magnífico resultado de este plan fue, como ya saben todos, la separación en dos bandos antagónicos de todos los que de un modo u otro habían participado o se habían ocupado de la expedición. Una mayoría numérica contra una minoría. ¿Y no era sintomático que la minoría estuviera compuesta solo por tres personas que eran precisamente quienes habían hecho, en su campo, más que todos los demás? Me refiero al profesor Desio, promotor, organizador y realizador de la empresa; Achille Compagnoni, que no solo dirigió por encargo expreso el ataque final a la cumbre, sino que fue realmente el alma de la expedición, y que llegó con Lacedelli a la cima, y Vittorio Lombardi, vicepresidente de la Comisión Ejecutiva del Club Alpino Italiano, tesorero de la expedición y brazo derecho de Desio en el aspecto financiero.

Luego se perfiló la acción de Achille Compagnoni, que reivindicaba su derecho a una parte de los beneficios del documental; así como le parecía justo no percibir ni un céntimo en el caso de que los beneficios de la película fuesen todos a parar al CAI como persona moral, no consideraba admisible que un particular que no había arriesgado absolutamente nada y que no había participado en la expedición sacara un beneficio económico de una película cuyo episodio central lo había protagonizado él, sacrificando por cierto algunos dedos de la mano, y ello sin contar el riesgo que corrió su vida debido a la espera, ya en la cumbre, cuando estaba a punto de oscurecer y llegaron casi a los cuarenta grados bajo cero.

En medio de tanta diatriba Desio, blanco principal de ataques e insinuaciones de todo tipo, no había abierto la boca: esperaba que su silencio desanimara a sus detractores. Pero callando se arriesgaba a que el público dijera que si no hablaba, era porque los otros llevaban razón. Y probablemente habría mantenido esa postura, sabia y loable, si en el número 9-10 de 1955 de la *Rivista Mensile* del CAI —en respuesta al comentario de los abogados Giovanni Bovio y Paolo Truosolo, representantes de Achille Compagnoni— no se hubiera publicado un larguísimo reportaje titulado «La expedición al K2 en actas y documentos del CAI. Recopilados, ordenados y presentados por Giovanni Bertoglio, Renato Chabod y Silvio Saglio^[15]. Aproximación introductoria, polémica o no».

Este reportaje, trufado de citas que son largos párrafos de las actas de las sesiones, cartas y documentos, pretendía demostrar sobre todo que Ardito Desio no era el hombre más adecuado, dadas «sus cualidades como alpinista, nada destacables», para encabezar la expedición, pero que debido a una serie de circunstancias los dirigentes del CAI se vieron prácticamente obligados a escogerle a él, sobre todo si querían obtener del Gobierno los fondos necesarios a través del Consejo Nacional de Investigaciones; que Desio figuró como único cabeza de la expedición porque se negó a compartir su capacidad de mando con un verdadero alpinista (es decir, Riccardo Cassin); que la iniciativa de la expedición fue del CAI; que las confrontaciones con Desio se debieron a su despotismo, a su insubordinación y a su temperamento, que le hicieron tener roces con la mayor parte de los alpinistas; que la expedición científica del Karakórum en 1955 no constituía en absoluto un complemento de la de 1954 y, por tanto, que Desio no tenía ningún título con el que solicitar al Consejo Nacional de Investigaciones que financiara su expedición con una parte de los fondos aportados por el Estado el año anterior. Pretendía, en definitiva, mostrar que había sido el Club Alpino el que había concebido,

organizado y financiado la empresa y que Desio no era más que un mandado del Club. De todo ello debería desprenderse —y ese era el fin implícito de la publicación— que al CAI le pertenecían todos los beneficios materiales que salieran de la expedición, incluida la explotación de la película *Italia K2*, o similares.

En este punto Desio, contra el que iba fundamentalmente el reportaje, se vio obligado a romper el silencio y dar su versión. La publicación del CAI, motivada por la causa relativa a la película, se ha resuelto de hecho en un violento ataque contra Desio, que es ajeno a tal controversia judicial. Eso es lo que ha impulsado su *Libro bianco in margine alla conquista del K2*^[16], que publica hoy la editorial de Garzanti. «Callar durante más tiempo significaría aceptar todo lo que han dicho y escrito contra la expedición, sin ser cierto, mis más cercanos colaboradores, poniéndolo en mi boca», ha dicho el autor.

Sería muy prolijo comenzar aquí con el mérito de esa circunstancia llamada «legítima defensa», examinando todos los documentos y los argumentos expuestos por Desio y a los que sigue un breve texto de Vittorio Lombardi. Tampoco se espera que nosotros, los lectores, digamos quién tiene razón y quién no. Pensemos que al lector de aquel número de la revista se han dado ya elementos suficientes para emitir un juicio desapasionado. Pero vale la pena hacer alguna otra observación que aclare el estado de las cosas.

Sería comprensible, aunque no justo, que se desencadenara tal tormenta contra Desio si la expedición hubiera regresado con las manos vacías. Pero ha habido victoria. Y qué victoria. Y sin embargo, respecto a ella no solo la mayor parte del público, sino algunos miembros de la Comisión Ejecutiva, mostraron el más profundo escepticismo. Un éxito de repercusión mundial que ha suscitado una reacción de legítimo orgullo en todos los italianos. Pero sobre el responsable de este triunfo se vierte una tromba de acusaciones y maldades de toda índole. Tanto, que se pregunta uno: ¿qué le habría caído a Desio si, por circunstancias adversas y no imputables al hombre, no hubieran llegado a la cima?

Se ha dicho que Desio, a diferencia de Hunt y de Houston, por ejemplo, no era un gran alpinista, aunque sí era un «hombre de campo base». Pero Desio nunca ha tenido la pretensión de llegar a la cima. Su posición técnica y moral a esos efectos quedó clarísima en el momento de la partida. Por otra parte, toda la responsabilidad se le adjudicó a él a título personal. Y pretender que él formara parte del grupo de ataque es, sencillamente, una insensatez.

Se ha dicho que Desio, a causa de su temperamento frío y autoritario, no ha sabido crear una atmósfera adecuada de calidez y camaradería, con lo que

se formó una barrera de hielo entre él y los alpinistas. Admitamos que Desio pudiera ser, más bien, un científico y no un *vecio alpin*, y entre él y los alpinistas no haya existido una comunión espiritual. ¿Y entonces? ¿Se ha visto alguna vez a un soldado formando consejo de guerra a un general que le ha llevado a la victoria, acusándole de no ser sociable?

Se ha dicho que Desio es un hombre ambicioso y que ha tratado de figurar como único artífice de la victoria, dejando en la sombra a los alpinistas que habían arriesgado su vida. Una ambición bien extraña la suya, por cierto: una vez conquistada la segunda cumbre de la Tierra, en lugar de regresar a la patria a disfrutar del merecido aplauso, se queda en los hielos del Karakórum durante meses y meses, inmerso en investigaciones científicas y apartado del mundo mientras sus compañeros son aclamados y llevados a hombros. Hay que admitir que para ser una persona con una sed desenfadada de honores, el suyo ha sido un modo de proceder muy peculiar.

En cuanto a la paternidad de la empresa y al mérito de la organización, negárselo a Desio me parece un asunto verdaderamente arduo, pues aquí se puede recurrir al texto de las actas y otros documentos. Y oír hablar de «la elección de Desio» por parte del Club Alpino causa un efecto bastante curioso.

Para Desio, que tiene un estrechísimo vínculo con el CAI y es consejero suyo, pedir el patrocinio de la gloriosa sociedad fue, más que lógico, instintivo. Pero en la absurda hipótesis de que el CAI no hubiera querido saber nada de la expedición al K2, no hay duda de que Desio la habría llevado a cabo igualmente: en cuanto a entes patrocinadores, ya estaba ahí el Consejo Nacional de Investigaciones y, si hubiera habido un segundo, o un tercero, habría que haberse decidido por uno o por otro. Sin Desio no habiéramos llegado a la cumbre: simplemente, habríamos iniciado un viaje a Pakistán.

Si pensamos en aquella tarde, ya lejana, sobre la cumbre suprema, en aquellos dos hombres transfigurados por un esfuerzo y una felicidad sobrehumanos, en la bandera tricolor ondeando encima del mundo, todas estas son, en comparación, miserias insignificantes. Y es triste verlas resurgir.

Corriere della Sera,
27 de marzo de 1956.

Cuaderno del verano de 1930

16 de junio

Llego a Calalzo a las 11.15; me espera Quinz. Hemos ido al restaurante de la Ferrovia a pedir la llave. De Carlo, el patrón, no la tenía. Ha llamado por teléfono a Da Riu, un viejo guardia forestal, que ha dicho que no podía dársela si no iba con nosotros al refugio (refugio Padova). Así que hemos ido a Domegge (762 m alt.); en el ayuntamiento no había ningún empleado. Hemos vuelto a llamar a Da Riu y hemos quedado en una tranquila taberna. Luego, hacia las cuatro de la tarde, nos hemos ido y hemos llegado al refugio (1.278 m alt.) a las 6.30, atravesando bosques deliciosos.

17 de junio

Llueve por la mañana igual que ha llovido por la noche. Nos levantamos y llegó Da Riu con dos frascas de vino; luego fue a coger setas, que cocinó Quinz. Da Riu «monstruo» «no se dice» salió a las 11.30 (no quiso acompañarles) y a las doce partimos nosotros hacia el Campanile Toro. Bosques, fangos, nieves, taludes infernales, y luego otra vez nieve hasta una pequeña terraza que no paraba de gotear, por donde hemos atacado. Así hemos llegado hasta el rellano, de donde sale un canal oblicuo: después hay una gran explanada y una chimenea amplia y fácil. En la horquilla, algún peñasco escarpado y en la cima a las 15.00.

18 de junio

El tiempo, así, así. Salimos hacia la horquilla Scodavacca para intentar la torre del mismo nombre. Al llegar, después de una hora y tres cuartos, no se oye nada, así que propongo tirar hasta la horquilla estrecha, cubierta de nieve. En efecto, aparece ante nosotros la bellísima Torre Berti, que tenemos pensado atacar. Dejamos las mochilas al comienzo de un rellano y continuamos en esa dirección plantando un clavo, porque los apoyos para los pies son todos inestables. Atravesamos por la izquierda por horribles rellanos

muy deteriorados y pasamos bajo una fisura central, que se muestra en extraplomo. Pasamos por tanto por la pared NE (nordeste), donde comenzamos el ascenso por rocas friables hasta que dejamos a la izquierda una especie de coladero y llegamos a una pequeña cresta, tras la cual se nos aparece un amplio canal en caída vertical pero con puntos de reposo. Tres saltos a pie y subimos en diagonal, hacia la derecha, hasta la cresta. También aquí la roca es horrible. Bajamos luego un poco más por la chimenea en extraplomo, y al llegar abajo yo voy pisando sobre la pared impulsándome con la mano derecha, cansadísima, que a duras penas puede sostener la cuerda doble. El clavo, plantado por Dios sabe quién en una fisura vertical, está sujeto por una pequeña pieza de madera en forma de cuña, y aguanta estupendamente. Descendemos en todo momento con cuerda doble y sin clavos por una pared de perfil impresionante. Llegamos hasta el rellano. Yo bajo más, para fotografiar la torre; voy luego, bajo el sol, a reunirme con Quinz, que se ha parado junto a un arroyuelo que baja por las rocas. En treinta y cinco minutos descendemos. Atacamos la torre a las doce (del mediodía) y coronamos el ascenso a las 14.30. Para el descenso hizo falta un cuarto de hora menos. Al llegar al refugio Quinz quiso marcharse, y a estas horas todavía no ha regresado.

19, *Corpus Domini*

Me he despertado, me he lavado los dientes y la cara, he dado grasa a las botas, me he arreglado la barba, me he ajustado las medias (previamente me había ajustado los puños de los pantalones y el borde de los escaarpines), he hecho el té y unas fotografías, he ido a coger agua. He puesto a secar los escaarpines. Luego ha empezado a llover. Después he preparado el almuerzo: jamón cocido, carne de membrillo, pan y vino; he tocado un poco la armónica y me he puesto a escribir tonadillas; por la parte del Cridola (un monte que está al nordeste del refugio Padova) se oyen truenos bajo los negros nubarrones. Caen algunas gotas. A las 17.50 llega Quinz. Cena excepcional. Salimos a las seis y media de la tarde rumbo a la horquilla de Scodavacca. Subimos por los taludes de la izquierda, por un canalón nevado hasta la horquilla de Torre della Tacca. Quinz planta un clavo.

Regreso a las 21. Dos horas hasta la base de la torre del refugio; el tiempo está amenazante: salgo el primero. Al regreso me encuentro al viejo Da Riu que ha venido a recibir a una comitiva de adelantados de Pieve. Llegan primero los jóvenes y luego los niños. Barullo toda la noche. Se perfila el regreso.

Recogemos nuestras cosas y pasamos a una habitación de dos camas junto a la nuestra. Vendrá Zacchi. A las diez llegan tres de Domegge que llevan una postal de la madre y dos cartas de la B. y de Dusi.

22 de junio

Partida por la mañana, con el sol. Cuatro adelantados se han quedado en el refugio y están sentados a una mesa, jugando a las cartas. Adiós refugio Padova y *croda* solitaria. En Domegge nos encontramos con Da Riu. Sol.

En el albergue De Carlo y otros cuantos están hablando de la guerra. Voy a picar el billete y suplico, piadoso, al jefe de estación un pasaje de primera línea en tercera clase. Me lo concede. Llega el tren de las 11.10, pero no viene Zacchi. Subimos al trenecillo de Cortina, donde me encuentro a Ceccato, que me da un discurso sobre el título de inspector forestal de Cortina y sobre las enfermedades de los abetos. En Cortina vamos a comer, modestamente, al albergue San Marco.

Luego conseguimos encontrar un coche que va a Misurina. Treinta liras. Dos alemanes señalan en un mapa todo lo que ven. Misurina. Quinz no tiene ganas de ir al refugio; yo me aburro. Los lugares de donde partimos el año pasado emanan la tristeza que yo les atribuía. Al final, después de un montón de historias, nos vamos. El último tramo, con lo que pesa la mochila, es agotador. Aparecen las impresionantes *crode*, que me dejan frío. Por la parte de la Croda dei Toni (2.297 m alt.) hay tormenta y nieve negra.

23 de junio

A las seis y media salimos para la Piccola di Lavaredo (una de las tres cimas). A las siete y media ya estamos al ataque. Estoy especialmente seguro. Hasta la chimenea todo me ha dado la impresión de una montaña domesticada; incluso el camino Zsigmondy es seguro. A las nueve coronamos, descenso, tras algunas cuerdas dobles bastante fatigosas parece fácil, dos horas de descenso, a medio día estamos en el ataque (base). Quinz, que esta mañana estaba de un humor de perros, ha recuperado la alegría. Comida en el refugio, Quinz va a Misurina. Me lavo, me arreglo la barba, etc. Luego bajo a escribir estas cosas. Viene una tormenta y nos rodea una niebla espesa, viento fortísimo, truenos y cuervos que juegan con el aire.

24 de junio

Tiempo inestable. Salimos para la Croda de Passaporto, cresta NO (noroeste).

Paso de Tre Lune, terraplén en las rocas y dos canales de hielo, fácil por la chimenea de la cresta; luego buscamos en vano puntos difíciles. Al regreso a

la galería parejas de italianos y alemanes. Por la tarde, sueño.

25 de junio

En el refugio Tre Lune. Tiempo inestable luego en la Torre de Tobin, vertiente que da a Tre Lune. Chimenea amplia y fácil, luego otra amplia también cuya pared izquierda intenta Quinz dos veces. A mí después me parece bast. fác. En la horquilla subimos por peligrosas escalas de madera. Regreso a Misurina. Dos simpáticas parejas de alemanes en moto.

26 de junio

Llueve. Me quedo en la cama. A las 9-10 salimos para Piz Sant'Angelo. Llegamos a la pared que mira hacia Misurina, que comienza a gotear. Atacamos un poco a la derecha de la vertical (según cae desde la horquilla) y de la cresta final, pulida y puntiaguda. Se sube en diagonal, hacia la izquierda, cubriendo un trecho de treinta metros sobre piedra cubierta de hierba, y luego por una cresta pequeña hasta una silleta donde se hace más profunda, en la vertiente opuesta, una gran chimenea. Se dobla a la derecha atravesando hasta los hombros del Piz, en la cresta. Se sube recto por la breve chimenea y, después, por una pared lisa y muy empinada que va hacia el borde derecho. Desde un pequeño agujijón se cruza, a la izquierda, a lo largo de cuatro metros, hasta llegar a una chimenea pequeña por la que se sale a la vertiente este. Por él se avanza subiendo un buen trecho por rocas cubiertas de hierba hasta llegar a una gruta característica. Aquí se empieza a subir la pared, en el último tramo muy empinada, hasta alcanzar la cresta. Se recorre esta hasta el bloque de la cima, que se supera con un breve salto de roca. Es la una y media. Al regreso, doble cuerda por la pared. Luego, entre los pinos, llegó la lluvia.

27 de junio

Salimos por la mañana en busca del Campanile de Pogolla. Nublado y húmedo hasta Col di Varda, donde llegamos en tres cuartos de hora. Allá arriba soplaban el viento, arrastrando la niebla del valle.

Tras una parada en una caseta de la guerra atravesamos los terribles taludes polvorientos bajo una roca medio desecha, a capas. Luego una subida también terrible por un montón de cascotes que se desmoronan, por dos canalones y por un tramo nevado hasta una gruta húmeda a la derecha del campanario; no hay huellas, pero sí un pináculo cuadrangular que sobresale como el brazo de un candelabro. Seguimos subiendo por el hielo y luego por la nieve hasta un punto de descanso, a la izquierda. Luego, más arriba, hasta

una bifurcación del canal que tomamos por el lado izquierdo. Seguimos subiendo hasta una horquilla ante la cual, entre la niebla ondulante, baja otro canalón.

Por encima, dos horquillas delgadas. Intento la derecha, muy empinada, siempre sobre la nieve; pero veo un salto. A la izquierda, una chimenea estrecha con una lengua de nieve: por ella va Quinz. «Eureka», oigo decir allá arriba, y subo yo también a contemplar todo el Cadin della Neve, iluminado por el sol, con sus agujas humeantes a la izquierda y, al fondo, la Torre del Diablo. Abajo, abajo por la nieve (cuatro horas y cuarto bien a gusto) para llegar hasta la horquilla de Pogolla. Hemos vuelto a ver el Piz Sant'Angelo, hemos vuelto a recorrer el pequeño sendero del año pasado bajo el mismo Piz y, luego, al agua, por un camino militar que habíamos descubierto el día anterior. Comemos un poco más tarde porque se pone a llover con fuerza.

28 de junio, sábado

Última escalada. Salimos a las seis y media y en tres cuartos de hora estamos en la horquilla del Coston Popena, desde donde se ve el Piz Popena, el Cristallino y, a la izquierda, la Torre de Popena. Descendemos atravesando placas de hielo y prados, y volvemos a subir por la vertiente opuesta; entramos en el círculo final y (al cabo de dos horas y media) llegamos a la pequeña horquilla que hay entre Croda di Pausa Marsa y Torre So di Popena. A la izquierda, por un rellano: luego nos quitamos las botas en una Rosenplatz óptima. A la izquierda otra vez, aún por el rellano, y luego como dice Berti (25 m). Magnífico, en vertical bajo la cima. En el ataque Quinz me cuenta sus divertidas historias de los hospitales de guerra.

Descendemos por el mismo lado hasta el prado; luego volvemos a ascender hasta la horquilla bajo la cima del Angelo, hacia Tre Croci. Avanzamos por un talud mullido que tiene dentro palos militares, bajamos por los prados, o mejor, por un vallecillo. Llueve. Bajo un abeto. Quinz cuenta cómo capturó tres pequeños cernícalos y cómo los vendió diciendo que eran pollos. Regreso, flores, desolación, sol.

Ahora los cuatro clavos, el mosquetón y el cuchillo, atados juntos, yacen inertes sobre el suelo de mi habitación. Llueve a cántaros.

Del cuaderno personal de Dino Buzzati (junio de 1930).

Capítulo IV

Cimas

[...] para aquel que contempla el fondo de los valles, ¿cuál es el color que adquiere todo? ¿Es blanco? ¿Amarillo? ¿Gris? ¿Es madreperla? ¿Color ceniza? ¿Un reflejo de plata? ¿La palidez de los muertos? ¿El encarnado de la rosa? ¿Son piedras, o son nubes? ¿Son de verdad, o solo un sueño?

Pero ¿qué son los Dolomitas?

Pero ¿qué son los Dolomitas?

Algunos días claros de otoño, incluso desde los tejados más altos de Venecia y sin necesidad de prismáticos, se pueden distinguir los Dolomitas. Y no solo su confuso perfil de cordillera, esa misteriosa barrera de montañas que cierra el Norte (¿y qué hay más allá del Norte?, ¿qué mundos se extienden tras cruzar la muralla?). También se reconocen sus colores. Desde las once de la mañana hasta bien entrada la tarde resplandece en el horizonte una pequeña mancha luminosa. Es la cara sur del Schiara: de las grandes paredes dolomíticas, una de las pocas que miran directamente a la llanura.

¿Y de qué color son? ¿Se puede encontrar un adjetivo exacto para definir ese tono, tan diferente del de todas las demás montañas, que provoca al que suscribe un sobresalto interno cada vez que las contempla y suscita en él recuerdos nostálgicos? No, no existe un adjetivo tan preciso, porque más que un color preciso es una esencia, una materia evanescente que desde el alba al

ocaso asume los reflejos más extraños: grises, argénteos, rosas, amarillos, púrpuras, violetas, azules, sepia... Y sin embargo es siempre la misma, igual que es la misma una cara humana tanto si la piel está pálida como si está bronceada.

Para demostrar cuán inasible es el color de los Dolomitas tenemos un fenómeno singular: que nosotros sepamos, representan el único espectáculo de la naturaleza con el que no han podido los pintores, ni siquiera los mejores. Decir nombres sería una falta de generosidad, porque cuando algún artista ha conseguido plasmar en la tela la verdadera luz que emanaba de la montaña — algo que rara vez ha sucedido—, ha fracasado en todo lo demás: la estructura, los rasgos... el parecido, en definitiva; y el resultado se reducía a un apunte de color, un boceto insuficiente. Sin embargo, cuando el artista ha conseguido «captar» el parecido —como ocurrió con el inglés Compton, que fue uno de los pocos que lo lograron— y definir su forma de un modo persuasivo, el matiz de color se le ha escapado.

Vayan, se lo ruego, y contemplen con atención este espectáculo al que nosotros los italianos ya no hacemos caso. Se ha convertido en algo habitual, y eso que es sin duda una de las vistas más bellas, poderosas y extraordinarias que nos ofrece este planeta. Solo para verlo de pasada ya valdría la pena venir ex profeso desde Australia. Y cuando nos muestran en el cine o en alguna fotografía en color los riscos de los parques de Zion o de Yosemite, en Estados Unidos, tan celebrados en todo el mundo, a nosotros —discúlpenme — nos entra la risa.

Si no les importa, subiremos de nuevo el valle del Piave que, aparte de los Dolomitas, es otro lugar fascinante y lleno de encanto veneciano. En lo alto ha permanecido intacta una atmósfera de romanticismo propia de siglos pasados. Pasamos los prolegómenos del Grappa o Colli Euganei y enseguida aparece ante nosotros un relieve más marcado: la garganta de Fener. Ya estamos entre montañas propiamente dichas, aunque sean verdes. Aquí y allá se ve algún despeñadero, breves paredes que caen a plomo. Pero nada especial: paredes de roca como las que se ven en cualquier parte de los Prealpes.

Pero de pronto, en la parte baja de Feltre, hacia la izquierda, surge el primero de los Dolomitas. Es el Sass de Mura, y bien pocos lo conocen. Ávidos de los picos más famosos, los viajeros siguen ruta sin aflojar el paso. Y eso que esta ya es una montaña perfecta, con todas las características de la gran raza de los Dolomitas, con sus cumbres rosas y amarillas, sus rellanos espolvoreados de blanco, sus conos de hielo y la desnudez de las crestas rotas.

Mírenla un momento y fijen bien esa tonalidad en su mente: la volverán a encontrar, tal cual, en el Cielo.

Desaparece el Sass de Mura, escondido por los valles. Luego, más a la izquierda, aparecerá otra roca: es la pared oeste del Pizzocco, un pico ambiguo que poco después, al rodearlo, pierde toda su prestancia dolomítica. Y desde Feltre a Belluno, una cadena ininterrumpida de perfiles accidentados y extraños. Montes en forma de pirámide o redondeados y chatos entreverados de extraplomos, prados apacibles, tenebrosos precipicios. Pero de Dolomitas, nada.

El segundo de los montes Dolomitas que es realmente grande y tiene su colorido y estructura característicos es el Schiara, por encima de Belluno. A la izquierda, el Schiara lleva sobre sus hombros un objeto preciosísimo: un monolito de cuarenta metros de altura que se llama Gusella del Vescovà, es decir, «aguja del obispo».

Pero aún no hemos entrado en Cadore. Todo esto son los muros del perímetro. La puerta de acceso se abre, estrecha y profunda, un poco más arriba de Belluno, rodeada de montes que de Dolomitas tienen bien poco, aunque sean salvajes: la hierba los recubre hasta la cima, pero son escarpados y de formas extrañas, con paredes inclinadas, oblicuas, hendiduras, protuberancias y precipicios, picos, salientes. Para defender el reino están los soldados de otras razas con sus caras selváticas y chatas, adustos, hoscos, de músculos macizos y pesados. Los caballeros, los nobles, los príncipes y el soberano están detrás, aún invisibles: los veremos dentro de poco.

Dentro de poco comenzará el espectáculo. Desde el camino encajonado en el que siempre acechan los costados, tétricos e inhóspitos, de estos montes (que tienen un nombre propio y una cumbre abierta a los vientos, que tal vez están habitados por espíritus y conocerán, seguramente, historias de espectros, bandoleros y eremitas, pero a los que nadie ama) las miradas se elevan inevitablemente a lo más alto, buscando el principio de la gran saga de esos que llaman «montes pálidos». Pero no se ven más que cañones profundos y siniestros, barbacanas cubiertas de matorrales, precipicios sin esperanza, barrancos, coronillas y varias gibosidades de su fisonomía soberbia.

El telón se abre después de pasar Perarolo, una vez superada la subida de la Cavallera; allí la senda sale de esa cueva húmeda que es el valle y el escenario natural cambia de repente con prados, abetos y alerces: ¡Cadore!

Y entonces, al cabo de unos cuantos kilómetros, es cuando de verdad relucen los Dolomitas tiñendo de blanco los dorsos verdes que les rodean y, si

brilla el sol, surgirán ante nosotros como una imagen de felicidad plena y solemne.

Son tantos que uno renuncia a mirarlos todos: el Duranno solitario, los fantásticos bastiones de Vedorcia y Toro, Ciastellin al fondo, a la derecha los gigantes de las grandes familias nobles y, en primera fila, las Marmarole alineadas en primera fila. En italiano hay una expresión («*Care al Vecellio?* [17] ¿Y por qué?»), muy afortunada sin duda, que nos acompañará toda la vida. Pero en tiempos de Tiziano las montañas, incluidos los Dolomitas, no interesaban, puede decirse incluso que no existían: no eran más que unas cosas inmensas e incómodas, generalmente hostiles. Fueron los románticos quienes los descubrieron. Prueba de que Tiziano no se había fijado en ellos ni les daba la menor importancia —hecho absolutamente cierto— es la total ausencia de los Dolomitas en sus cuadros. Y sostener, como hacen muchos, que son las Marmarole las rocas que sirven de fondo a la *Presentación en el templo* es no tener ni idea de qué son los Dolomitas y, sobre todo, dudar del Maestro: esas montañas genéricas no tienen ni la forma ni el color ni el espíritu —que es lo principal— de las auténticas Marmarole.

Carecemos aquí del espacio necesario para poder hacer una presentación en toda regla. Después de las Marmarole viene Su Majestad el Antelao, escoltado por la Torre dei Sabbioni, la Cima Scotter y la Croda Marcora; a la izquierda, pasados los prolegómenos del Buconero, comienza a levantarse el Pelmo, sentado en su trono como un Dios. El espectáculo tiene algo de teatral: la tensión, por así decirlo, es progresiva. De hecho los Dolomitas externos, los primeros que nos encontramos, por espléndidos que sean no tienen esa cualidad terrible y potente de los que nos esperan más allá. El mismo Antelao, que es precisamente la cumbre más alta del Cadore, o el Pelmo, que se encuentra entre los principales colosos, tienen poco de inquietante o de amenazador. Pero el siguiente pico, el de Croda Marcora, que por la mañana flamea formidable suspendido sobre Borca, ya presenta un rostro distinto, con arrugas siniestras y marcadas. En la majestuosidad de la fanfarria triunfal comienzan a mezclarse sonidos profundos y oscuros, y este motivo impresionante no tardará en subir de tono, de cima en cima, hasta atronar con implacable potencia entre las murallas en extraplomo de las Cimas de Lavaredo, bajo las ciclópeas columnas de la Tofana di Rozes o entre la tortuosa grandiosidad entreverada de hielo de la Croda dei Toni.

De modo que aquí estamos. De Calalzo a Cortina, de Cortina a Misurina, por ejemplo, subiendo cada vez más alto, siempre en coche, hasta el pedestal de los picos más célebres, cuyo retrato se ha vuelto banal gracias a las

postales, al igual que ha ocurrido con la Torre de Pisa o el Puente de Rialto. Aquí estamos: a los pies de las Cimas de Lavaredo, en el refugio Caldart, hasta donde se puede llegar en coche. Desde aquí, poco más que un paseíto hasta la horquilla de Lavaredo. Poca cosa. Pero a partir de aquí se abren las perspectivas de un santuario alucinante. Las palabras quedan empobrecidas ante la terrible rigidez de aquellos muros inmensos, torcidos y solitarios.

Hasta aquí hemos visto solo lo que reproducen las fotografías de millares de guías turísticas. Para entender de verdad a los Dolomitas hace falta algo más. Y no me refiero a una escalada propiamente dicha: basta recorrer los senderos. Entrar, aventurarse un poco entre los picos, tocarlos, escuchar el silencio, sentir su vida misteriosa.

Cuando uno se ve entre sus paredes —y no hace falta que sean de sexto grado: hay algunas por las que pasan cómodos rellanos sobre los que discurren caminos muy seguros— es cuando empieza a descifrar esas rocas, a distinguir su personalidad y su voz. De lejos parecían lisas y compactas, fortalezas menores de una sola pieza. De cerca ya no las reconocemos: han perdido la forma, se han despedazado y han dado lugar a un laberinto de pináculos, grietas y macizos oscilantes, de recesos secretos que rebosan intimidad, de arquivadas que vacilan, de baldaquines alarmantes, de altares en precipicio, de barrancos impetuosos, de pilastras en equilibrio inverosímil.

Ahora es cuando se empiezan a entrever los ingredientes que forman ese color indescriptible. Son los hielos blancos, esparcidos por balconadas y terrazas, por las más pequeñas protuberancias. Al golpearlos el sol resplandecen y reverberan, proyectando una luz difusa. Precisamente a estos hielos cándidos se debe en gran medida la magnificencia de los riscos, su serenidad suntuosa, hasta tal punto que en invierno, cuando están cubiertos de nieve, los picos parecen bastante más pobres.

Luego están los colores de las rocas, esas grises claras donde las paredes muestran alguna escarpadura. O esas otras blancas, pulidas por el hielo de milenios. O las negras y mucilaginosas, cubiertas de líquenes, en el interior de las grietas tenebrosas. Las grises oscuras, pulidas, sólidas, perfectas, salpicadas aquí y allá de pequeños agujeros redondos como órbitas, sin una sola piedra en los intersticios, y con esa rigurosa verticalidad de su estructura, son la máxima delicia de los escaladores. Las rocas amarillas son generalmente inestables y pérfidas, siempre al abrigo de la lluvia porque están bajo un extraplomo o tienen su refugio bajo algún techo que sobresale. Siniestro color el amarillo, que para los escaladores de roca es sinónimo de paso maldito. Y por último las rocas rojas, que son todavía peores, aún más

irregulares e implacables... Y tantas otras bellezas extraordinarias: minúsculas cavernas, nidos de gnomos tal vez, excavadas en los picos; lúgubres surcos de un goteo milenario; cicatrices de un candor casi obscuro que ha dejado algún derrumbamiento nocturno; púlpitos de predicador suspendidos sobre un barranco, fisuras que cortan las paredes en diagonal, como enigmáticas inscripciones; piedras ciclópeas en precario equilibrio que sobresalen, proyectando sobre el abismo prolongadas sombras; negras cuencas de ojos que transforman los pináculos en calaveras devastadas; caras de perro, monjes encapuchados, vírgenes hurañas, guerreros del siglo XIII, curas, céreas estatuas que confabulan entre las crestas, vítreos fantasmas de caliza erosionados por el viento, que se asoman a mirar y miran, fijamente.

Y de todo esto, para aquel que contempla el fondo de los valles, ¿cuál es el color que adquiere todo? ¿Es blanco? ¿Amarillo? ¿Gris? ¿Es madreperla? ¿Color ceniza? ¿Un reflejo de plata? ¿La palidez de los muertos? ¿El encarnado de la rosa? ¿Son piedras, o son nubes? ¿Son de verdad, o solo un sueño?

Introducción a *Olimpiade nelle Dolomiti*
(VV. AA., Aliroma, Milán, 1956).

El amigo Schiara

Salgo de casa, atravieso el prado que hay delante y me giro: todos los veranos, cuando regreso a nuestra casa de campo, a dos pasos de Belluno, salgo por la mañana atravesando el prado que hay delante y me giro cuando llego al final. Y entonces veo el Schiara.

Hace un día bonito; el cielo está casi del todo sereno, y sé bien que más tarde llegarán las nubes. Pero por el momento no hay, y aunque fuese un día encapotado es difícil que el Schiara quede oculto por las nubes. Esto antes me molestaba, como si fuera señal de que el Schiara no es una gran montaña. Las montañas verdaderamente grandes, basta con que haya un remoto síntoma de mal tiempo para que se cubran por completo de una masa de nubes fastidiosísimas y no se vea nada. Y yo lo mismo escribo *el* Schiara que *la* Schiara, lo siento mucho si está mal; Piero Rossi me ha demostrado hace unos días que el nombre es femenino, pero yo toda la vida he dicho el Schiara y ahora ya es demasiado tarde para cambiar.

Cuando era un crío el Schiara me inspiraba una especie de ternura, lástima incluso: tal vez porque yo hubiera querido estar aún más orgulloso de él, y el mundo no me lo permitía.

A mí me interesaba muchísimo que el Schiara fuese un auténtico Dolomita. Me parecía que el hecho de que el lugar donde yo había nacido se encontrara a los pies de un auténtico Dolomita aumentaba enormemente su valor en todos los sentidos, pero en determinadas cosas el mundo es cretino y no hay manera de alejarlo de los lugares comunes. Para la gente los Dolomitas son Cortina d'Ampezzo, Val Gardena, Madonna di Campiglio y se acabó. Ya es un triunfo que los más competentes admitan que también en Val Pusteria, Cadore y el Agordino hay auténticos Dolomitas. Y figúrense en Belluno. Si uno dice Belluno, enseguida le contestan Friùli, con el acento mal puesto en la «i». Y de Belluno en general no se sabe nada de nada, es inútil hacerse ilusiones. Las cosas son un poco diferentes tras el desastre del Vajont, pero tampoco tanto.

Ahora nadie o casi nadie sabe que a Belluno se asoma un auténtico Dolomita con un sinfín de paredes y una altura de más de ochocientos metros. Los que suben hasta Cortina, que suelen pasar por Belluno a tal velocidad que apenas paran a tomar un café, levantan un momento la vista para mirar al Schiara con su Gusella inmortal. Pero ni el Schiara ni la Gusella figuran como Dolomitas en los registros mundanos, y aunque los vean... ¡imagínense si van a pensar que el Schiara es un Dolomita en toda regla, como las Cimas de Lavaredo o el Sassolungo!

Recuerdo que de niño, tendría yo cinco o seis años, intenté dibujar las montañas que se ven desde nuestra casa, a dos pasos de Belluno. Todas las demás montañas consiguieron, en mi dibujo, tener jorobas más o menos redondeadas o acentuadas, pero donde está el Schiara salió, en cambio, un mazo de puntas afiladísimas, una selva enloquecida de pináculos inverosímiles que no se parecía en nada al Schiara. Se ve que en mis fantasías infantiles el Schiara encarnaba la personalidad de los Dolomitas grandes y terribles, castillos inaccesibles y salvajes. Luego, pensando en aquel dibujo, me di cuenta de por qué los antiguos cuadros y grabados ofrecían retratos absurdos de las montañas, imágenes sin ninguna semejanza con la realidad. Los antiguos, para quienes las montañas no tenían el menor interés, no sabían «verlas», no se fijaban en ellas, y en su presencia se sentían exactamente como yo a la edad de cinco o seis años.

Más tarde, naturalmente, la idea de subir a la cima del Schiara se convirtió en una maravillosa obsesión. Y allá fuimos un día mi hermano Augusto,

nuestro amigo Emilio Zacchi, yo mismo y un cazador bellunés de nombre Nane Min, que tenía que hacernos de guía. Sin embargo, para todo el que hacía la vía normal por Val Vescovà, el Schiara no se presentaba como un tipo soberbio que se ve desde Belluno, sino más bien como un bastión agazapado, grueso, flojo y cansado. De acuerdo: desde la cima se veía Belluno allá abajo, rodeado por todo lo demás. Yo siempre pensaba que, en aquel momento, allá en Belluno había alguien levantando los ojos y mirando hacia donde estábamos nosotros y diciendo: «¡Por Dios, qué montaña tan bella!». Justo sobre la cima estábamos nosotros en carne y hueso, y aquello me daba mucha satisfacción. Pero el Schiara que acababa de subir no era el Schiara que yo había amado y soñado desde que era un crío muy pequeño. Para mí subir al Schiara significaba algo inmenso, es decir, escalar la pared grande que se ve desde Belluno. El resto eran bobadas.

Luego vino el día de la pared. Primero, un intento con mi amigo Emilio Zacchi, pariente del primer escalador Luigi Zacchi, magnífico oficial de los alpinos al que llamaron, quién sabe por qué, «Corneja». Este intento se vio interrumpido por la lluvia cuando ya estábamos a la grupa del costillar herboso que todos conocen. Bajamos en medio de la niebla con una cuerda doble colgando de un clavo que se movía de un lado a otro en cuanto soplabas. Luego hicimos la escalada entera, incluso con una nueva variante sobre el rellano de arriba, en cordada con Silvio Sperti, hermano de Gianangelo, muchacho extraordinario y genial que se fue para siempre al año siguiente. Aquel día fui muy feliz. Pero como suele suceder en los Dolomitas, la montaña se vuelve irreconocible cuando uno está dentro, totalmente distinta de como aparece desde el valle: se ve toda quebrada, complicada, a punto de derrumbarse, con hierba aquí y allá, con trozos de roca, gravilla... Se ve fea, incluso, en comparación con las estupendas murallas lisas, compactas y pulidas que se ven desde el valle. En definitiva, aquel no era el Schiara que yo había imaginado. Y aun así, ¿cómo negar que el Schiara es, en el fondo, la montaña de mi vida? Seguramente habría preferido que la montaña de mi vida hubiera sido más ilustre y famosa, uno de los gigantes de la tierra, por ejemplo, o qué se yo: la Civetta, las Grandes Jorasses, el Gaurishankar... El Cervino no: hubiera sido demasiado chabacano. Y el Schiara, la verdad sea dicha, quedaba un poco provinciano. En sociedad no provocaba ningún efecto. «He hecho la pared del Schiara». «¿El qué? ¿Cómo? ¿Dónde?» Nadie había oído hablar de él.

Sin embargo, es un logro respetable. Al llegar las diez o diez y media de la mañana empieza a proyectar colores extraordinarios, empieza a ser la

auténtica pared dolomítica enorme, clásica y poderosa gracias a esa tonalidad, mejor dicho, esas tonalidades que nadie ha conseguido jamás describir bien —y yo, mucho menos—, y de nada sirve hablar de rosa, de madreperla, de plata, de transparencias, de esmalte, de palidez, de violeta, de polvo antiguo. Entonces pienso que es imposible expresar el sentido de esos colores y de esa fisonomía, esa expresión absorta, intensa y misteriosa que a mí siempre me ha provocado una emoción directa y precisa, como un sonido profundo y sensual.

Sentado en un peldaño de la pequeña escalera de piedra, mientras el sol se mueve lentamente, contemplo la montaña de mi vida. Pero ella no me mira: ella está encerrada en sus pensamientos impenetrables, y en las concavidades de su regazo impetuoso las sombras se extienden y se agazapan entre los picos, devolviéndome extraños encantamientos de la juventud perdida.

Introducción a *La S'ciara de oro*, Piero Rossi,
Tamari, Bolonia, 1964.

Extraplomos

Quien se conforma con mirar las montañas desde abajo no conoce los extraplomos, no sabe ni siquiera lo que son. Prueba de ello es que con bastante frecuencia se oye hablar de paredes «que forman un extraplomo de cientos y cientos de metros».

Tales paredes no existen, al menos hasta el momento. Un extraplomo de cien metros ya es cosa rara, digna de la máxima consideración. Incluso la cara norte de la Cima Grande de Lavaredo, que es tal vez la más osada de todos los Dolomitas, presenta un extraplomo puro solo en la base, como una especie de panza. Luego se endereza, como ocurre con algunos abetos que en su base están doblados o torcidos y derechos como velas en las alturas.

Los extraplomos, muy bellos por cierto, se pueden ver incluso en carreteras de montaña, sobre todo en gargantas angostas en las que los automovilistas, al contemplar esos amenazadores baldaquinos de roca que lloran agua colgando sobre sus cabezas, con buen juicio pisan el acelerador. Pero son extraplomos secundarios, diríase falsos, casi: su único objetivo es añadir un toque pintoresco a los llamados «despeñaderos» alpinos.

Los extraplomos de los que aquí damos cuenta los encuentran los alpinistas en el ascenso cuando escalan una *croda*. Ahí es donde muestran

toda su personalidad, generalmente con actitud irónica y guasona. Pero en otros tiempos se daban muchos más aires, la verdad. Se creían que eran la expresión material del «por aquí no pasa nadie». Y lo cierto es que hasta no hace mucho, los escaladores evitaron enfrentarse a ellos salvo que se tratara de extraplomos modestos —que sería más adecuado llamar protuberancias— o de las llamadas chimeneas (es decir, grietas en las que el escalador entra con todo el cuerpo, apoyando la espalda en una de sus paredes y las rodillas y los pies en la opuesta), o incluso fisuras en las que uno podía lucirse, como la renombrada Pichliss de la Torre Delago, en el Vajolet.

Ahora que se ha perfeccionado la técnica del alpinismo y que ha aumentado la audacia de los proyectos, también los extraplomos más venerables y soberbios, que creían que su fama era inexpugnable, han tenido que capitular. No quiere decirse que por ellos pasen caravanas enteras de excursionistas; es más, los extraplomos siguen siendo plato reservado a unos pocos *gourmets*. Pero su virginidad ha pasado a la historia.

En la jerga de los alpinistas los extraplomos más desarrollados se llaman techos. Han dejado de ser una joroba, una panza, una excrescencia, pero sobre todo un tejadillo que protege del sol y de la lluvia a las rocas que tienen debajo. Familiarmente también se les llama sombrillas o toldos.

La técnica para vencer estos obstáculos ha sido perfeccionada en los últimos años, entre otros, por el guía Emilio Comici, que como tiene una constitución espigada pero muy fuerte y ligera, además de un valor impresionante, se ha podido permitir nuevos lujos. «Basta con que haya espacio para plantar clavos: con eso se puede seguir adelante», afirma.

Con este sistema cualquiera es bueno, parece que se oye decir a los criticones de costumbre. Hasta un albañil sería capaz. No. Un albañil, incluso uno muy hábil, incluso el albañil más valiente del globo, no conseguiría hacer ni lo más mínimo. Sobre todo si el extraplomo tuviera por debajo cuatrocientos o quinientos metros de caída.

Sería muy largo de explicar, si queremos hacernos entender, el sistema con el que Comici consigue llegar cada vez más allá y sobrepasar el borde de aquel mastodóntico umbral. Baste decir que va atado a tres cuerdas, dos de las cuales —que va fijando poco a poco a los clavos y que sostiene el compañero que está por debajo de él— se alternan para sujetar al escalador en el vacío. Para superar el borde extremo, que es quizá la maniobra más delicada, Comici forma una especie de anillo de cuerda, al que llama «estribo», en el que se puede meter el pie para apoyarse al dar el impulso final. No hace falta añadir que para todo esto se necesita cierta habilidad.

Si el último clavo plantado se suelta, se suelta también el escalador, quedando suspendido, colgando del penúltimo clavo... si es que no se suelta también este, a causa del tirón. Precisamente por esta posibilidad Comici se ata una tercera cuerda. Si cayera, se encontraría ante la imposibilidad de agarrarse a algo: incluso si el segundo de cordada lo dejara caer poco a poco, es posible que Comici no llegara a tocar roca, dada la protuberancia del extraplomo. Es entonces cuando entra en acción la tercera cuerda, con la que el alpinista es proyectado hacia la pared como un péndulo, y así se puede recuperar.

Para bajar un extraplomo, sin embargo, no hace falta ninguna habilidad especial. La bajada con cuerda doble, por muy emocionante que sea, no requiere ni una destreza particular ni tampoco fuerza, y resulta perfectamente segura. Entra en el abecé del escalador de los Dolomitas. Emilio Comici se divierte a veces, bienaventurado sea, bajando cabeza abajo y contemplando las nubes, mirando cómo se alejan bajo sus pies. Pero este método, en general, no se usa mucho.

La primera vez que uno desciende con cuerda doble siente casi siempre una cierta impresión. Si uno se queda colgando, comienza a dar vueltas sobre sí mismo. El rellano al que se llega, allá abajo, por mucha cuerda que vaya soltando uno siempre parece extremadamente alejado. Si luego, a causa del peso, la soga se empieza a estirar como si fuera de goma, comenzaremos a maravillarnos al recordar con tanto lujo de detalles algunos desastres del alpinismo ocurridos muchos años antes y que se creían olvidados. Esas fibras de cáñamo asumen en estos momentos un interés excepcional, se convierten en algo mucho más serio y más importante que la crisis económica por ejemplo, o el problema de las compensaciones.

Apenas vuelven los pies a tocar la roca, la cuerda reposa oscilando, floja, con los golpes de viento. Ha vuelto a ser una humilde cuerda sin importancia, una cuerda de tres liras (o de tres con cincuenta) el metro.

La Lectura.
Agosto de 1933.

Tribulaciones de los Dolomitas

Gran pérdida sufrieron los Dolomitas, no cabe duda, con la desaparición de los gnomos. Tres teorías al respecto se disputan el protagonismo.

La primera sostiene que no han existido nunca y los identifica con leyendas vagas de origen medieval, opinión que contradicen los testimonios de antiguos autores montaraces con testimonios que han llegado hasta nosotros a través de los siglos, pasando de padres a hijos.

Otros pretenden fijar una fecha precisa para la desaparición de estos personajes, que varía en función de las distintas interpretaciones, aunque la opinión es unánime a la hora de afirmar que ya en los albores del Renacimiento no quedaba ni rastro de los verdaderos gnomos.

Según, en fin, la tercera opinión, la raza de los gnomos no se ha extinguido aún: quedan seguramente algunos ejemplares de carácter algo selvático en ciertos cañones escarpados del Cridola, del Sassopiatto y (esto es increíble, porque se trata de una zona muy castigada por la última guerra) en la vertiente oriental del Monte Paterno. Esta teoría, sin embargo, no ofrece documentación suficiente.

Es cierto que la presencia de los gnomos —cuyos orígenes se ignoran desde el punto de vista científico, así como sus costumbres, leyes e incluso su altura exacta— mantenía a las montañas a salvo de los indiscretos. Al no dejar acercarse a los curiosos, garantizaban a las cumbres la soledad y la quietud. Eran unos guardianes perfectos.

Desaparecidos los gnomos y extinguido su recuerdo, los hombres hicieron acopio de valor. Cuando se despeñaba algo de la cumbre y bajaba, por las paredes altísimas, hasta el fondo del valle, las mujeres y los viejos miraban hacia arriba, moviendo la cabeza y haciéndose la señal de la cruz, pero cualquier cazador de gamos se atrevía a aventurarse más allá del límite del bosque, por los glaciares, las rocas, los canalones y las aéreas horquillas.

Luego empezaron los alpinistas. Las soberbias montañas no lograban entender qué querían aquellas cositas que durante horas y horas subían a duras penas por las rocas, jadeando. Era extraño: no tenían escopetas, por lo que no podían ser cazadores; también quedaba descartado que fueran en busca de algún tesoro, desprovistos como iban de picos y martillos. Ascendían concienzudamente hasta la cima más alta y cuando se encontraban de pie sobre el risco más extremo se ponían a gritar de repente, agitando los brazos sin motivo aparente, sacaban de la mochila una botella de vino espumoso y bañaban con él las rocas. A veces, en señal de celebración por el feliz ascenso, en el fondo del valle disparaban triquitraques y salvas de espingarda.

Aquel asunto del vino espumoso se contó luego a los cuatro vientos, y les gustó mucho a los Dolomitas. Todas las cimas vírgenes, debido a su infantil glotonería, estaban deseando que llegaran los alpinistas con sus botellas.

Después se dieron cuenta de que el vino bautismal no se vertía más de una vez en la misma cima, y se hicieron seriamente una pregunta: ¿qué venían a hacer aquellos hombres?

Tardaron demasiado los Dolomitas en entender que lo único que se proponían los alpinistas era humillarles. Organizar la defensa ya no era posible: las *crode* habían adquirido su fisonomía definitiva hacía decenas y decenas de siglos; habían escogido su «tipo» para siempre. No sabían, por lo tanto, como sus hermanas occidentales, controlar los aludes, preparar una emboscada en una quiebra ni organizar nutridas descargas de piedras o enérgicas tormentas. Los hombres, sin embargo, llegaban cada año más afanosos y dispuestos.

En un período comparativamente breve las más famosas —y ya temidas— fortalezas hubieron de capitular. Uno a uno se fueron conquistando los torreones, las murallas, las torres maestras, los contrafuertes. Agotadas las cimas, los hombres intentaron una ruta nueva por las paredes más absurdas, por las aristas, por las crestas, marcando sobre la misma montaña decenas de itinerarios.

Este año el prestigio de los Dolomitas ha sufrido el más clamoroso golpe. Con la escalada de la cara norte de la Cima Grande de Lavaredo ha quedado demostrado que cuando de *crode* se trata, para los alpinistas no existe lo imposible: ni siquiera allí donde las rocas sobresalen como una marquesina. Los hombres son ahora los amos.

También los valores singulares de las cimas han decaído, en consecuencia. Se puede decir que hasta después de la guerra los Dolomitas habían mantenido intacta su aureola. Solo su nombre causaba impresión entre el gran público. Enseguida venían a la mente ideas de manicomios y de óleo santo. Al que había escalado, por ejemplo, la Croda del Lago o la Cima Piccola de Lavaredo (tercer grado apenas) le señalaban con el dedo en los lugares públicos, y las damas más selectas se lo disputaban con afán.

Hoy, sin embargo, el que baja a Cortina después de un ascenso de menos de quinto grado (extraordinariamente difícil) no solo ha de responder con evasivas a quien le interroga sobre la hazaña: con frecuencia se avergüenza de que lo vean por ahí y se encierra bajo doble llave en la habitación del albergue. Nunca se sabe: si se enterasen, los veraneantes y hasta los porteros de los hoteles serían capaces de burlarse de él, de reírse y silbarle.

Entretanto, los Dolomitas meditan con angustia sobre sus futuras mortificaciones, cada vez más degradantes. Para encontrar algo inédito los alpinistas acabarán por trazar sobre una misma pared diversas vías

obligatorias, según esquemas geométricos preestablecidos, en forma de «S» —por ejemplo— o en zigzag; sobre la misma vertiente se contarán varias vías en diagonal, una con un ángulo de 56°, otra de 58°, otra de 60° y así sucesivamente.

En fin: para renovar su currículum los escaladores se verán obligados a bombardear las paredes, demoliendo las chimeneas más famosas, los rellanos que han recorrido demasiadas veces, las aristas golpeadas en un centenar de ocasiones. En los escaparates de las tiendas de artículos de montaña veremos expuestos pequeños cañoncitos, culebrinas y morteros de tiro indirecto. El día anterior al ascenso cada cordada preparará la vía a su antojo, llenando los valles del eco formidable de los disparos.

Esto justifica el actual descontento de los Dolomitas. Nunca les habíamos visto en un estado tal de abatimiento. Si fuera posible, les daríamos una sentida palmadita en el hombro y les diríamos: «¡Valor, valor!».

También esta noche se oye, en los valles cubiertos de niebla, el rugido de Antelao, el rey. «Se puede decir», barbota lloriqueando, «se puede decir que paredes vertiginosas y tremendos extraplomos han quedado mermados, muy mermados con todo esto...». Y en este momento sacude al gigante un violento golpe de tos que retumba en todo el valle. Y los hombres, en los pueblos, creen que se avecina un temporal y corren a coger impermeables y paraguas.

Recuperado el hilo del discurso el monarca continúa lamentándose. Cuando sale un día bueno, dice, son tantos los alpinistas que tienen sobre los costados que les provocan un prurito insoportable. Da verdadera pena, pobre viejo.

Corriere della Sera,
5 de octubre de 1933.

«Directísimas» por la Civetta

Visita a la pared de la Civetta, la muralla de roca más bella de los Alpes (lo sentimos por tantas otras montañas dignas de la máxima consideración, pero es así).

Entre los excursionistas se encuentra un médico de unos cuarenta y cinco años, con esa figura clásica de excursionista que vemos reproducida en los catálogos de ropa deportiva, capa impermeable y tiras de muletón. Es el típico

veraneante, extraordinariamente sensible a las bellezas de la naturaleza (especialmente a las puestas de sol y a los despeñaderos). En el bolsillo derecho del pantalón de montaña lleva siempre un podómetro; en el izquierdo, un vial de suero antitóxico. Su mochila corresponde al tipo aprobado en el Congreso Internacional de Seguridad Alpina de 1912: el «tipo 36-7», llamado así porque tiene treinta y seis bolsillos, entre interiores y exteriores, y siete ganchos para colgar diversos instrumentos, entre ellos una navaja «record» para doce usos, no obstante lo cual el médico es una excelente persona y todos sentimos el mayor respeto hacia él.

El mal tiempo, la verdad sea dicha, se ha adelantado un poco. En compensación tenemos una atmósfera más limpia. El doctor nos ha hecho leer al respecto, ayer por la tarde, un manual de turismo que en la página 283 dice así: «Manténgase alerta el excursionista avisado: aprenda a husmear el viento, pues no son raros los años en los que el otoño no se acomoda al turismo alpino». Siempre es una tranquilidad enorme constatar que los libros nos dan la razón.

Desde el refugio Coldai vamos bordeando el macizo por la vertiente del Cordevole. Por encima de nosotros la célebre cara noroeste, la que Stoppani —si la memoria no me falla— comparó con un órgano inmenso con ciclópeos tubos de roca. Solo desde este sendero se puede admirar en toda su plenitud la fantástica muralla. Desde Alleghe, es decir, desde lo más hondo del valle, solo se ve la parte superior; desde Caprile, el pueblo siguiente, esa pared parece ya muy lejana. Pero de momento no se ve nada de nada. En la base de la *croda* se extiende una franja de niebla con órdenes precisas de taparnos la vista.

Pero al doctor no le importa. Las nieblas se limitan a la pared. Por lo demás, la atmósfera está serena y el paisaje es magnífico. Ahora hay que decir que el sabio turista está ávido de paisajes: para él el alpinismo puede definirse como «el deporte gracias al cual se pueden ver grandes paisajes». Una cima aislada, aunque sea de espléndida estatura, no le dice nada; dos lo dejan indiferente; tres no son suficientes para hacerle reaccionar. Él quiere ver mil o dos mil juntas. Su ideal sería poder abarcar de un solo vistazo todos los Alpes, de los Marítimos a los Julianos, con algunas cimas anejas de los Apeninos, de los Pirineos y puede que también de los Cárpatos y el Cáucaso.

Ahora el sabio turista desenfunda un trípode metálico y se dispone a tomar fotografías (del paisaje, naturalmente). Vuelve la espalda a la pared y en pocos minutos las nieblas se diluyen y acaban disolviéndose: la muralla queda liberada y desnuda. Entonces el doctor se gira instintivamente: siente

una sensación muy nítida (o esto es lo que nos confesaré esa tarde) de que tiene tras de sí un ser amenazador. «¡Qué grande!», exclama.

Uno le explica que por la terrible roca, precisamente allí donde está más lisa, ya han pasado más hombres. «¡Ah, esto sí que no lo entiendo!», exclama. «¡Qué necesidad hay de ir a buscar el camino más difícil si por el otro lado se puede llegar a la cima con facilidad!» Nuestro consejo, cuando oímos a alguien expresar ese sentimiento, es que nadie inicie una discusión: sería completamente inútil.

No obstante la presencia del sabio turista, la pared se alza imponente. Hay en sus pliegues una expresión torva y maliciosa. De sus extraplomos penden largas coladas de tinta. Está rigurosamente inmóvil, pero se ve que está despierta. De cuando en cuando cae al suelo algún trozo de piedra y llega hasta nosotros su misterioso sonido. Incluso mirándola durante largo rato no advierte uno el menor signo de aburrimiento o cansancio. Los ojos no se habitúan nunca a una cosa así.

Vemos que el sabio turista no puede ya continuar sus operaciones fotográficas con la calma de antes. De cuando en cuando parece que algo le obliga a girarse y mirar.

Le mostramos por dónde pasan los senderos para peatones, pegados a la muralla, con ochenta y nueve o noventa grados de pendiente. A la derecha, donde la verticalidad de la roca se suaviza, están los itinerarios antiguos, que en tiempos parecían insensatos y hoy entran dentro de lo común. Hay que desviarse más a la izquierda para encontrarse con la gran obra. Ahí está la vía Solleder-Lettenbauer, directísima de la base a la cima, mil quinientos metros a plomo. Se abrió en 1925, año en que comenzó la era de los grandes «sextos grados» de los Dolomitas. El grado sexto significa que la subida es la más tremenda de todas, en el último confín de las posibilidades humanas.

La vía Solleder dotó a la Civetta de una gloria nueva e imponente que nunca ha disminuido. La subida de la Solleder basta para calificar a un cabeza de cordada sin posibilidad de error. Todavía hoy vienen escaladores de Alemania y de Austria únicamente para intentar esa subida: cuando consiguen terminarla, regresan, como si ya no hubiera nada más a que aspirar.

«Esto no está a la altura de vuestras posibilidades», decían los alpinistas alemanes a sus colegas italianos. Puede aceptarse que entonces la empresa pareciera excesiva para nuestras fuerzas. Pero se preparaba el desempate: y qué desempate. Eran la preparación y la escuela lo que fallaba, y no la materia prima. Se trataba de romper un maleficio.

Fue Attilio Tissi, junto a G. Andrich, en el verano de 1930. Tissi, que a los treinta años descubrió que tenía unas dotes instintivas y prodigiosas de escalador —aunque había iniciado su carrera de alpinista hacía solo unas cuantas semanas—, fue a intentarlo con cierta impaciencia. Lo consiguió, asombrándose incluso él mismo: lo consiguió de mejor manera que el resto porque, para empezar, supo evitar el vivac. Hemos de recordar que el año anterior los italianos se habían adjudicado un sexto grado en la Civetta, aunque algo inferior al de la Solleder: la vía Videsott-Rudatis-Rittler, en la arista suroeste de la Busazza.

Desde aquel día los nuestros se pusieron en cabeza de un salto. También esto era un extraordinario fruto del nuevo clima. Para dar una idea de este sorprendente progreso basta con las cifras actuales de la Civetta: doce vías de sexto grado, de las cuales diez son italianas y, de estas, al menos cinco son mucho más difíciles que la célebre Solleder: un sexto grado es el sumo privilegio para cualquier peña, algo así como la condecoración más anhelada. Pues de estas tiene doce la Civetta, más que cualquier otra montaña.

Decir sexto grado es decir una *croda* de aspecto terrible, es decir años de esperanza, meses de paciente entrenamiento, largas horas de lucha desesperada, interminable frío en los vivacs, dudas angustiosas de si más adelante podrá uno seguir, allá donde el retorno se ve irremediamente obstaculizado; es también decir miedo, auténtico miedo, que también al corazón de los más fuertes desciende desde techos en extraplomo, un miedo mucho más grande cuanto más grande es el valor. En cada una de esas vías algunos hombres han empeñado la mejor porción de sus vidas.

El sendero pasa bajo las puertas de aquellas doce carreteras insensatas trazadas en la vertical, como la directísima Tissi-G. Andrich-Rudatis sobre el Pan de Azúcar; la directísima sobre Punta Civetta, a lo largo de una fisura de ochocientos metros que continúa saliendo al exterior con terribles extraplomos, es obra reciente del jovencísimo A. Andrich, que este verano se ha adjudicado de pronto tres nuevos sextos grados, y del académico Faè, ambos pertenecientes a la 43 Legión de Belluno. Está también la directísima Comici en el centro de la pared, itinerario seguramente ilógico pero glorioso, trazado únicamente para demostrar, a pocas decenas de metros de la Solleder, que los italianos también pueden eclipsar las excelsas victorias ajenas. Y muy reciente, de este mismo año, es la directísima Benedetti-Zanutti sobre la Punta de Gasperi, que cierra a la derecha el escenario de la enorme pared.

El sabio turista ha guardado la cámara fotográfica en su mochila y ahora no hace más que mirar hacia arriba, a las rocas, caminando y arriesgándose a

dar un mal tropiezo. Se perfilan otras cumbres potentes, otros sextos grados que hoy, es cierto, están desiertos. Pero ya es tarde para aventurarse en estas batallas agotadoras: hace muchos días que el viento ha dado la vuelta al pie de las cumbres, soplando: «¡Se cierra! ¡Se cierra!».

Suben por la Torre Su Alto y el Campanile de Brabante, la torre más difícil de los Dolomitas cuya cima tocó por primera vez el actual rey de Bélgica, la elegantísima Aguja de la 43 Legión, conquistada por una cordada de Camisas Negras.

Qué extraño que el sabio turista no haya vuelto a echar ni una sola mirada al paisaje. Las paredes, poco a poco, han empezado a hipnotizarlo.

La clásica pared ya está terminada, pero hay otras rocas célebres que campean por el cielo. Donde empieza el Val dei Cantoni, acceso lateral del templo, hacen de centinelas las Torres Venezia y Trieste; entre las dos se asoma el baluarte de la Busazza con una altura de 1.100 metros, con dos vías de sexto grado. Al costado se hunde en el valle el impresionante muro meridional de la Trieste, sobre el que durante años se han detenido deslumbrados los ojos de los escaladores de rocas de toda Europa; pero hoy esos ojos pueden mirar hacia arriba, a la derecha de la mancha amarilla, a lo largo de ese camino de aspecto disuasorio bajo un techo grávido de sombras y ver la carretera por la que han pasado dos valientes: Carlesso y Sandri, italianos también.

Nuestro sabio compañero lleva callado un rato, y se conforma con mirar. Contempla las formidables rocas con una mirada oscura y preocupada, como si alguien le hubiera hecho algo malo, como si le hubieran reprendido duramente.

Cuando descendemos está anocheciendo. La pared de la Torre Trieste domina el cielo y comienzan a levantarse inexorables las sombras de la noche. Nos marchamos, y los dos centinelas gigantes se quedan allí custodiando el castillo desierto.

A lo largo del camino de herradura el turista, como por casualidad, se acerca a nosotros y un poco cohibido nos pregunta:

—Pensaba yo... solo por curiosidad. Lo digo por decir... a mi edad, ¿qué les parece?

Señalaba con un dedo las paredes de arriba.

—Lo que usted quiere —le decimos— es subir allá arriba cuando haya una carretera cómoda ya construida por el otro lado, ¿no? ¿Es eso lo que quiere?

El turista se detiene, mirando al suelo y atormentando con la punta metálica del bastón a las piedras del camino.

—Ya —responde—. Es la vía habitual. Para mí no puede haber otra más que esa...

Y dicho esto, mueve la cabeza con pesar.

Corriere della Sera,
22 de octubre de 1934.

La Marmolada, nada más

Tomemos un trineo (basta con un solo tiro) que se adentre por un valle cada vez más estrecho y tenebroso. Supongamos, por ejemplo, que sea la carretera que va de Canazei al Pian Trevisan, junto a Fedaia, en el alto Val di Fassa.

Ni se me pasa por la cabeza coger un coche; iríamos más rápido, es cierto, pero con mucho menos deleite. Ya hemos dicho que basta con un solo caballo porque la subida no es muy fuerte. Recomendamos, eso sí, abundancia de sonajas: ir en trineo por esos lugares solitarios sin el tintineo de los cascabeles es cosa de notable impropiedad, contraria a toda tradición. Y varias mantas, no lo olviden, porque hará un frío del demonio.

El momento más conveniente es a media tarde. Búsquense —esto es asunto suyo— una tarde clara y apacible, con una de esas puestas de sol suntuosas que solo se dan en los Dolomitas o en el Gran Canal de Venecia. Que las luces rojizas que hay sobre la montaña gigantesca que tenemos ahí mismo (y que no descartamos que sea la Marmolada) se vayan apagando poco a poco, al tiempo que nos adentramos en el valle. Hasta que no queden para iluminar nuestro camino más luces que las fosforescencias de la nieve y los minúsculos faros de las estrellas.

Comenzamos apenas a sentir una pizca de aburrimiento cuando el trineo se detiene. Habrá transcurrido una hora desde nuestra partida, y a su izquierda, en la oscuridad, han de descubrir —si no nos equivocamos— la silueta de una casa cerrada a cal y canto. Se girarán e intentarán encontrar —no será difícil— un ventanuco iluminado y una puerta que dé acceso a un albergue acogedor, caldeado hasta alcanzar al menos los veinticinco grados.

Descartan firmemente cualquier tentación de aprovechar para pasar una noche de cálida hospitalidad y, después de un traguito de aguardiente, emprenden de nuevo la marcha: esta vez a pie, con los esquís y la mochila a la

espalda, a menos que —como es preferible, por varias razones— consigan que se la lleve otro.

Se inicia entonces la subida en dirección a una luz diminuta que brilla en la parte alta del valle, parecida a esa «luz muy, muy lejana» de los cuentos. Pero no se alarmen: mientras para llegar a la luz de esos relatos, según los cálculos más acreditados, hacen falta de media ocho o nueve horas de camino (y a veces ni con eso es suficiente), nosotros les pedimos solo una horita caminando a paso tranquilo, a la luz de una linterna (pero que sea un modelo antiguo, por favor, una de esas cuya candela cuesta encender, y no una linterna eléctrica).

Si han seguido hasta aquí nuestros consejos, es posible que lleguen a la hora de cenar a una especie de meseta: se tratará seguramente del desfiladero de Fedaia, con sus fantásticos refugios para pasar la noche. Estaría muy bien que en el refugio elegido por ustedes pudieran gozar de la compañía de algún guía de viejo cuño; cabe predecir que, si hay alguno por allí, responda al nombre de Micheluzzi, De Zulian, Demetz, Rizzi, etc., todos ellos nombres clásicos en esa zona, en los que resuenan ecos de Juegos Olímpicos de invierno, de audaces salvamentos, de paredes de sexto grado. Y mientras ustedes se afanan en poner pieles de foca en las botas de esquí, los guías se pondrán a charlar entre ellos: se verán de pronto inmersos en sus conversaciones y en las ondas de sonidos incipientes; oirán historias que nunca olvidarán, llenas de avalanchas, de cumbres, de zorros y de escopetazos.

Hacia las diez, cuando ya estén en la cama, no se alarmen si por la ventana de su habitación, a través de los cristales empañados, entra algún rayo de luna. No nos parece que esto sea un deshonor. La luna de la montaña, sobre todo con la nieve, huye de cualquier manifestación romántica. Ni Marinetti consiguió odiarla. Es más: un poco de luz de luna en la habitación del refugio es una compañía muy especial (aunque esta es una apreciación del todo personal) que se disfruta a un precio irrisorio.

Así llega la mañana, que es cuando comienza el plato fuerte de nuestro plan. Prepárense con ligereza para el ascenso: un desnivel de mil doscientos metros sobre hielo, pendiente media, ningún peligro y descenso divino; el nombre: Marmolada. No ya la Marmolada épica de la guerra, sino una montaña silenciosa y serena, convertida en pocos años en una de los más célebres centros de esquí. Para recordarnos los ecos de las gloriosas batallas no quedan ya allá arriba más que fragmentos de antiguas casetas de madera y algunos restos podridos de escaleras, también de madera, fijados a la roca.

Supongamos que una comisión de técnicos dotados de poderes sobrenaturales, además de buen gusto y competencias deportivas, recibiera el encargo de construir una montaña perfecta para la práctica del esquí. No una pista, entendámonos, sino un coloso de grandes dimensiones, ideado desde el punto de vista racional y artístico para un ascenso de libro.

No creemos que a estos técnicos les costara ponerse de acuerdo: una cota absoluta lo bastante alta para que nunca faltara la nieve, pero con el desnivel justo, no excesivo, desde la base a la cima; una pendiente inmensa y ondulada, con glaciar, que bajara desde la cima hasta los pies ininterrumpidamente y que estuviera orientada al norte, para que el sol no la destruyera. La vertiente sur, sin embargo, la construirían en vertical, con el doble objetivo de aumentar el decoro personal del gigante y de ofrecer a los escaladores algo de material para el verano. Alrededor y en medio de la inmensa extensión de nieve se alzarían las mastodónticas rocas que, sin obstaculizar el desplazamiento de los escaladores, les ofrecieran un motivo para el goce estético. Un técnico —por lo demás, persona refinada— propondría sin duda dejar abierta en el glaciar, durante los meses de invierno, alguna grieta de buen tamaño: algo que, sin representar un peligro, contribuyera a aumentar la fascinación del entorno.

Una vez cumplida la mayor parte del plan los técnicos se pondrían seguramente a discutir. ¿Poner, o no poner, un teleférico o un funicular que llevara a la gente hasta la cima? Creemos que esta idea sería desestimada: tratándose de una montaña sería no estaría bien someterla a tal afrenta. Y lo justo —y lo bonito— es lograr el descenso con las propias piernas. Sin embargo sí que pensarían en construir en la cumbre, o un poco más abajo, algún rincón protegido del viento, un pequeño refugio: una cabañita modesta, se entiende, para no perturbar la austeridad del monte, pero sí ofrecer refugio a los escaladores que llegaran a la cima con viento o tormenta.

Una vez llevada a término la ciclópea construcción, los técnicos se sacudirían de encima la nieve que hubiera caído sobre sus trajes y, con una sonrisa de satisfacción, presentarían al mundo su obra maestra. Y por mucho que no tengamos posibilidad de entrar en el cerebro de hipotéticos progresistas, estamos seguros de que de sus esfuerzos tendría que salir alguna cosa más, pero en todo caso algo muy parecido a la Marmolada.

El gran «hallazgo» de la Marmolada, hay que decirlo, es el refugio que tan audazmente ha construido la Sociedad Alpinista de Trento prácticamente en la cima, porque se encuentra suspendido a pocos metros de la cresta de la cumbre de Punta di Rocca, de 3.259 metros de altura. A la cima más alta, la

de Punta Penia, de 3.342, no es posible llegar esquiando. No es gran cosa hacerse desde Fedaia ese kilómetro de gran desnivel, si se piensa que en la cima espera una habitación caldeada, un buen té, quizá una litera si a uno le apetece echar un sueñecito, y hasta tarjetas postales. Y tal vez hay que describir el placer de fumarse un cigarrillo en paz, en esa cabaña casi suspendida pesando que lo más bonito —es decir, el descenso— está aún por venir.

Cuando el esquiador sale de nuevo al exterior y se vuelve a poner los esquís, se siente inmensamente rico; mil doscientos metros de descenso de un tirón, libres de obstáculos. Y qué descenso: por delante, a la derecha, a la izquierda, durante cientos y cientos de metros, la perfección hecha nieve. Ni una cuneta, ni una piedra, ni un canalón complicado, ni un solo tramo problemático... Tampoco se piensa en uno de esos tramos perfectos para descender en familia donde cada pocos metros uno encalla y tiene que impulsarse con los esquís. No hay ni diez metros seguidos en llano. A poco que se lo proponga uno en pocos segundos se encontrará bajando lanzado, a una velocidad como la de una autopista.

Hemos encontrado la Marmolada totalmente helada, es decir, casi en las peores condiciones en las que uno se la pueda imaginar. Hacía mucho tiempo que no nevaba, y los esquís no se hundían ni un milímetro. Esta bendita montaña tiene tal cantidad de recursos que ni siquiera ese día se hubiera podido hacer una reclamación.

El itinerario más utilizado baja casi directo desde la cabaña del refugio de Fedaia; aquí es donde tiene lugar el campeonato internacional de descensos. Hay otro, que podríamos llamar «itinerario bellunés», que es considerablemente más largo y que solo puede recorrerse si hay mucha nieve; este dobla a la derecha a la altura de Pian di Serauta y, pasando por el costado oriental del Sasso delle Dodici, acaba en el Pian di Lobbia, sobre la vertiente de Agordo. A propósito del Pian de Lobbia, hemos de decir que las secciones del Club Alpino Italiano de Belluno y Agordo han empeñado sus fuerzas para que se indique con carteles el peligro de avalanchas en el tramo donde recientemente perecieron cuatro esquiadores alemanes.

Con una cristianía a la derecha y otra a la izquierda, esa riqueza (1.200 metros) acumulada en tres o cuatro horas de camino de subida desaparece vertiginosamente a nuestras espaldas. Algunos la saborean a sorbos cortos, deteniéndose a tomar fotografías, a fumar un cigarrillo, a descansar las piernas. Otros se la beben de un solo trago, emborrachándose literalmente con el descenso. Para ser admitido en el Club de Esquí Marmolada —que ya tiene

muchos socios— hay que haber cubierto ese recorrido clásico en menos de trece minutos. Pero tres minutos, o poco más, bastan a los más excelsos campeones que se lanzan desde la cumbre y resisten sin flaquear hasta el final. A noventa o cien kilómetros por hora.

Un descenso maestro, abierto desde finales de octubre a principios de junio. En la cumbre casi todos los días aparecen de repente pequeños bosquecillos de esquís que disfrutan del sol mientras sus dueños almuerzan en el refugio. Desde los pueblos más lejanos llegan esquiadores que en muchas ocasiones han emprendido largos viajes en tren solo para ir hasta la Marmolada. Los extranjeros son numerosísimos, sobre todo alemanes; el porcentaje de italianos que suben hasta allí es demasiado bajo, si consideramos que estamos en nuestra casa. Hemos incluso oído decir que vienen ex profeso desde Escandinavia y el Extremo Oriente... esto parece una buena exageración, pero en el fondo no habría de qué sorprenderse.

Corriere della Sera,
8 de febrero de 1935.

La Croda Rossa sigue esperando

Sobre la cima de la Croda Rossa di Sesto, en medio de las solitarias rocas, se yergue una absurda villa deshabitada: una villa de guerra —si la expresión no fuera paradójica— donde tenía su cuartel general el comando de los *Rotwandler*, que asediaba la cumbre. Más allá, sobre las crestas escalonadas de la Cima Undici, en el Passo della Sentinella, a lo largo de las murallas verticales de roca y hasta las horquillas de la cresta, suspendidas en el aire, se ven todavía las cabañas de madera de nuestros alpinos, documentos de audacia casi increíble. Pero tal vez en ningún otro punto de estas montañas épicas han provocado el tiempo, el viento y la nieve tal destrucción como la del Circo Oeste de Croda Rossa. Nadie diría que los soldados salieron de allí hace diecinueve años, sino hace apenas unos meses.

Nosotros no hemos hecho la guerra: no estábamos allí en aquel momento ni sabemos quién comandaba a los enemigos que asediaban la Croda Rossa, aunque tenía que ser un hombre de una pieza para imaginar un desafío tan descarado hacia la montaña como es la cabaña del comando. Nos gusta imaginar que fue un mayor de sangre azul, militar de tradición familiar pero

con debilidades sentimentales. Tal vez fue una fuerte nostalgia del hogar lo que le impulsó a esbozar en las rocas esa inaudita flor arquitectónica.

Él mismo, el *Herr Major* que nos imaginamos, fue el que diseñó la villa tratando de reproducir en pequeño su pabellón de caza. Cuatro ajimeces en la planta baja, de sabor gótico-tirolés, con elegantes perfilados y tallas. Una pequeña galería saliente en el primer piso, con cuatro columnas y el antepecho perforado para sentarse, en las tardes tranquilas, a contemplar los verdes valles austríacos del norte. Y naturalmente, un tejado con caída muy pronunciada, con biseles, tragaluces y otros adornos nórdicos. Si estuviera en un bosque bien podría parecer la casita de un hada, pero allá arriba el aire es demasiado recio para que puedan sobrevivir las hadas. Hoy en día el palacete resulta conmovedor, pero en los días de la guerra tuvo que parecer una especie de caballero con monóculo y frac en el infierno de una trinchera.

La extraña villa se encuentra ahora vacía. Por las ventanas entran el viento y la niebla, y por el techo gotea la lluvia. Podría perfectamente servir de vivac alpino de emergencia. En aquellos días heroicos debió de ser un paraíso lleno de envidiables comodidades.

Toc, toc, toc. El asistente subía la escalera de madera para servir el té al comandante (suponiendo que le gustara el té). «*Melde gehorsamst, Herr Major...*» El oficial se daría la vuelta en la cama, le costaba convencerse de que estaba en lo alto de una montaña. ¿No estaban clavados a una pared los cuernos del corzo que él mismo abatió hace ocho meses en una cacería memorable? ¿No estaban sobre el cabezal, igual que en su casa, la imagen sacra y las fotografías de los niños? En el torpor del amanecer también las ametralladoras estaban silentes, y la cercana estación del teleférico no había comenzado aún a chirriar. Todas las mañanas —no hay duda de eso— al Señor Mayor le tocaba mentalizarse de nuevo de su condición de guerrero.

La generosa estufa, la cachimba, seguramente también algunas botellas de cerveza en los meses de calor, las largas noches invernales... La pequeña villa habría conocido seguramente buenos tiempos, ignorante de las batallas que tenían lugar más allá de la cresta. Pero toda la Croda Rossa era entonces un hervidero de vida: de noche, en los rincones más apartados, se encendían luces misteriosas en los lugares más insólitos. Todos los soldados se habían construido su refugio, ya fuera de madera o de piedra, seguramente menos elegante que el del Señor Mayor, pero no menos propicio para el sueño, la conversación, los juegos de cartas y las canciones típicas de su tierra.

La cara este, la que da a Monte Croce, seguía siendo la pared solitaria, típica de los Dolomitas, que había visto apenas unos cuantos hombres en toda

su existencia, hombres que aparecían atados a una cuerda durante los plácidos veranos, tan lejanos ya. Por la otra parte, por la pared oeste y la norte, la Croda Rossa había renunciado a representar el papel de montaña silenciosa, deshabitada y solemne. Los hombres, con sus complicadas instalaciones, habían conseguido cambiarle la cara, y ya se había habituado a soportar sin excesivo fastidio hasta los rudos golpes de las granadas más potentes.

Pero un día de otoño la Croda Rossa esperó inútilmente que el enorme silencio quedara roto por el primer fusilazo de la jornada. El sol ya estaba en lo alto y no se oían disparos. Pasó la tarde y comenzaron a salir puntualmente del Comelico y de Val Fiscalina las acostumbradas sombras de la noche, pero las armas seguían calladas. Al día siguiente, lo mismo. La tensión plomiza de la espera parecía paralizar al mundo. Con todo, el teleférico continuaba chirriando, el eco no dejaba de trabajar, repitiendo como un papagayo seis o siete veces, en diversos tonos, las voces de los centinelas; se oía constantemente aquí y allá, por los canalones, el sonido de la grava removida por la gente que pasaba por el camino. Fusilazos, ni uno. Solo de cuando en cuando se oían vagos cañonazos que se volvían cada vez más lejanos.

Luego los soldados comenzaron a marcharse. Empaquetaron sus cosas, abandonaron sus cabañas. En las paredes de madera quedó solo alguna postal ilustrada con un saludo femenino, monótono repertorio de iconografía galante popular. Hombres, fusiles, ametralladoras, municiones, teléfonos, provisiones y víveres, cualquier objeto que tuviera algún uso (incluidos los cuernos del corzo del mayor) volvieron a bajar de uno en uno al Valle di Sesto. Hasta el teleférico se desmontó en un día. La montaña se quedó de nuevo desierta, igual que nos la encontramos ahora.

Y sin embargo la pequeña población de barracones, suspendida en la altísima cresta, no parece muerta. Es lo mismo que sucede con las moradas habituales de los hombres: una casa nueva, no ocupada, no proyecta la menor sensación de desolación. Pero una casa que ha estado habitada mucho tiempo emana un nimbo de tristeza si se deja en el abandono. Hacen falta muchos años para que se habitúe a la soledad y adquiera la austera serenidad de las ruinas.

Las cabañas de Croda Rossa y de Cima Undici, ya sean nuestras o del enemigo, no se han resignado aún a convertirse en ruinas. No es preciso ser un agudo psicólogo para vislumbrar en ellas una intensa expresión de melancólica espera. No es que esperen que vuelva la guerra, no creemos que sean tan crueles... pero tampoco las sorprendería. Sin embargo, es un hecho que día y noche, sobre todo cuando viene la primavera y la nieve comienza a

derretirse, esperan con impaciencia el retorno de los hombres, la recuperación de su anterior vida.

Uno, dos, tres, diez, quince, diecinueve años han pasado ya y la montaña sigue esperando. La nieve y los desprendimientos arrastran allá abajo los restos de esa vida anterior: los cartuchos de los proyectiles, las cantimploras, las escaleras de madera, las granadas, hayan explotado o no, los cascos, las cajas de municiones, a lo largo de cientos de metros, hasta los taludes muertos. Pero las cabañas resisten bien, las tablas se empeñan valerosamente en canalizar el goteo y descomponerse lo menos posible.

Así, esta *croda* lleva una vida insatisfecha y en las casetas medio derruidas reina, soberana, la tristeza. Cuando en verano llega de los bosques el eco de un golpe de fusil, las cabañas se preguntan unas a otras: «¿Ya empezamos otra vez?», animadas por una esperanza renovada. Tras el primer disparo, un segundo y luego un tercero. Debe de ser la guerra, que vuelve, piensan las aéreas casetas. Una repentina ráfaga de viento silba entre las rocas con gozoso desenfreno; se producen pequeños desprendimientos de piedras aquí y allá y la montaña se reanima para comenzar de cero. Pero todas las veces es la misma desilusión. Más allá del tercero, el cuarto o el quinto, ya no se oyen disparos. Son cazadores. El intenso silencio de las cimas se vuelve a extender por entre las paredes. Alguna que otra tabla movida por el viento cae abajo, al precipicio.

Hasta que llegue el día en el que también las pequeñas barracas desaparezcan y la Croda Rossa vuelva a ser la antigua Croda Rossa de las guías turísticas, recuperando su rostro impenetrable e inhumano. Mientras *Herr Major* envejece —se lo deseamos de corazón— entre una plétora de nietecitos en una casa cálida y suntuosa, lejos de allí, su épica villa terminará por derrumbarse, tabla por tabla. Vigas, hierros, alambres de espino, sacos de arena... todo se verá arrastrado al suelo. Y lavada por el tiempo de cualquier desecho, la Croda Rossa comenzará por fin a olvidar.

Un día, dentro de decenas y decenas de años —no quiera Dios que se pongan a construir hoteles y refugios en aquellas cimas—, dos hombres encontrarán, en mitad de un canalón, la armadura podrida de los ajimeces del antiguo comando. «¿Pero quién puede haber llevado hasta allá arriba algo así?», se preguntarán. «Me parece que en esta zona ha habido una guerra», dirá después uno de esos dos, reuniendo recuerdos vagos que tiene en el fondo de su memoria, «y que combatieron en la cima». Y el otro responderá, incrédulo: «Hubo un tiempo en que aquí también había hechiceros». «¿A

quién pretendes hacer creer eso?» «A mí me lo contaron de niño», dirá el primero, «pero no sé si es verdad».

Corriere della Sera,
8 de octubre de 1936.

Sueños de guerra

Todas las santas noches, desde hace ya veinte años, soñaba con las montañas. Naturalmente, esas montañas no me procuraban grandes satisfacciones, como sucede siempre que en el sueño encontramos las cosas que amamos. O en lo alto de la pared había una casa, o el nevero estaba hecho de tela blanca, o había algún obstáculo a la hora de la partida, o cualquier otra cosa triste. Aun así, había una ventaja: por mucho que las viera disminuidas, todas las noches volvía a ver aquellas montañas pálidas, mi gran amor, nunca me alejaba de ellas, daba igual que me encontrara en una ciudad infinita o en un desierto, y todas las noches sin excepción hacía un largo viaje para contemplarlas de nuevo, aunque aparecieran mermadas por el sueño. Y cuando digo todas las noches lo digo de verdad: lunes, martes, miércoles, todas las noches, cuando iba a quedarme dormido, partía rumbo a las rocas calcáreas corroídas por los siglos, misteriosas. Y resulta que hace un par de meses sucedió algo: desde hace un par de meses más o menos sueño con barcos. Al principio fue una especie de lucha. Me encontraba por ejemplo en la cofa de un barco de guerra que, en lugar de surcar las aguas, avanzaba por el borde de una cresta de rocas. A su alrededor se abría un precipicio. La montaña no se daba por vencida. Hasta que desapareció.

Dicen que no es de buena educación contar un sueño que uno ha tenido, porque incomoda al interlocutor. Pero tendrán que admitir la importancia del fenómeno que he narrado antes. Durante veinte años consecutivos —palabra — soñar todas las noches con las montañas... hasta hace dos meses, y luego ya no... Luego ya, barcos de guerra. ¿Qué significa esto?

Son extrañas misiones para mares extraños: el barco zarpa sin que yo haya logrado embarcar, o zarpan todos los barcos menos el mío. Los deseos, generalmente extraños e inquietantes, rara vez se hacen realidad. Con frecuencia llegan aviones enemigos. Esta noche, por ejemplo, había uno en vuelo rasante sobre el agua y no se sabía si era inglés o italiano, por lo que

nadie disparaba. Luego hay historias que se confunden y que sería imposible reproducir.

Ahora estos sueños navales ya no me molestan, porque entre otras cosas significan que la vida que llevo desde hace un año se me ha metido un poco en la sangre. Y lo que esto demuestra, sobre todo ante mí mismo —si es que hace falta—, es la honestidad con la que escribo. Desde hace más de un año vivo en barcos de guerra y por la noche sueño con ellos. Además, esto quiere decir también que una parte importante de mi existencia pasada se ha debilitado, se ha borrado gracias a la guerra.

En otras palabras, algo se ha roto: una especie de encantamiento que parecía ya durar demasiado. Y a mí me parece que he traicionado a esas fieles montañas en las que yo, evidentemente, depositaba una felicidad venidera, crestas golpeadas por el sol o cubiertas de hielo, maravillosas. No solo las he abandonado físicamente: sin quererlo, y aun añorándolas en mi corazón, me veo ahora caminando por los mares, metido en extraños barcos de pesadilla, de centenares de metros de altura.

¡Ah! ¡Qué fuertes han de ser estos barcos para haber expulsado de mis sueños a esas gigantescas montañas! Paredes de roca blanca, taludes... ¡qué raíces teníais que tener para permanecer con tal tesón dentro de mis confines! Viajes, enfermedades, bellas muchachas, dolores... nada bastó jamás para apartarme de vosotras. Y ahora llegan los barcos y desaparecéis. Barcos, barcos, mar salvaje, torpedos, excéntricas batallas, una minúscula roca que a veces resplandece en el fondo.

Todo esto podría parecer un asunto personal de escaso interés, pero no creo que lo sea. Al contrario: coincide con lo que sucede en el corazón de muchos hombres desde que comenzó la guerra. Los viejos sueños, quiero decir, caen rápidamente, se disuelven en la nada. Sueños que parecían eternos de tan asiduos y consistentes como eran. Y su lugar lo ocupan ahora nuevos fantasmas que emanan un olor a pólvora y a cañonazos. Para mí siempre han sido las montañas y los barcos; para otros, quién sabe qué ha sido. Pero lo cierto es que la guerra se ha infiltrado también en el celoso dominio del sueño, que se consideraba inviolable, y lo ha penetrado: corre por él y se ha hecho la dueña. A las imágenes que crea libremente el cerebro de cada uno ha impuesto la suya, que es igual para todos y muy potente: aviones, carros de combate, barcos, granadas, botas, ametralladoras, vendas purpúreas, escoltas... Siempre lo mismo: una sola idea, un pensamiento único, siempre el mismo para todos los hombres implicados en ella, altos o bajos,

importantes o no, con responsabilidad o ignorantes, humildes, que no poseen ni tan siquiera un diminuto galón rojo.

Y por la noche, ¿qué sucede? Apenas se cierran extenuados los párpados del ejército los viejos sueños, aquellos de los años tranquilos, salen de la ciudad de origen en busca de sus respectivos dueños. Son historias inocuas de asuntos varios, rostros de mujeres jóvenes, personajes de la familia o de la sociedad con un paisaje agradable de fondo. Y todas las noches, ¡menudo viaje! Se atraviesan continentes enteros y luego, golpeados por la tormenta, se agolpan en el umbral de las ventanas acorazadas de esas torres marinas, tiendas y trincheras. Hacen cola, sin duda, para poder entrar y llegar hasta sus respectivos propietarios. Pero todas las noches se oye decir: «¡Atrás! ¡Atrás! No hay sitio para vosotros. Volved en otro momento...». En la frente cansada de sus amos durmientes han penetrado ya otros sueños, sueños de guerra, nacidos allí mismo, que no tienen que recorrer un camino tan largo. Y bajo los cascos pululan silenciosos fantasmas de barcos, carros de combate, aviones y cosas por el estilo, transformados en extrañas figuras, inocuas para hacer hechizo alguno. De manera que a los otros, a los sueños del tiempo que fue, les toca preparar el regreso. Se desparraman bajo la luna, conspiran un poco entre ellos, tiemblan con el eco de las detonaciones lejanas y huyen hacia el precipicio, hacia sus ciudades natales, sin resignarse.

Todas las noches vuelven a intentarlo, y es siempre la misma historia. En medio de la noche vienen a mí desde el norte las montañas dilectas, sobrepasando los muros y eludiendo a los centinelas; chocan aquí y allá contra los catres de los marineros dormidos, hasta que encuentran la puerta de mi camarote Pero yo todavía estoy leyendo. Y ellas se quedan a esperar en un rincón oscuro (sus nieves se desprenden un poco, porque en el barco hace calor) y solo cuando apago la luz y me dispongo a dormir me rodean al fin y esperan haber llegado a tiempo por una vez, y que el campo esté libre. Pero no. Los barcos, esos grises barcos de guerra, ya están girando en mi interior y me harán compañía hasta el amanecer. Lo siento mucho, montañas. Parece una maldad por mi parte despacharos así todas las noches, pero no es culpa mía. Probad en otro momento; no digo hoy, ni mañana, porque sería una traición. Esperad tranquilas algún tiempo y luego probáis de nuevo. Llegará un día en que encontréis vía libre, estoy seguro. En mis sueños, quién sabe, volveréis a levantar vuestras murallas coronadas de sol y de nubes. Pero en lugar de la esperada felicidad, esta noche se formará en torno a mí —y quién sabe a cuántos hombres más— un sentimiento amargo, el mismo que cuando acaba algo importante. De hecho, tras las altísimas rocas quedará todavía un

pedazo de mar en el sueño, con un barco solitario que se aleja. Y yo, olvidándome de las montañas, me quedaré contemplándolo. Veré resplandecer de pronto banderas y más banderas y lo reconoceré, el corazón me latirá fuerte y le llamaré, gritándole que vuelva.

Corriere d'Informazione,
6 de octubre de 1941.

Los Dolomitas no son viejos

«¿No ha sido nuestra generación un poco egoísta con los Dolomitas?», decía un amigo mío. «A los que vengan después, ¿no se los dejamos un poco consumidos?» Y no le faltaba razón, a primera vista. También las montañas se consumen, como todas las cosas bellas de la vida. Como un cuadro, una pieza musical, una obra literaria... Si lo miramos, lo escuchamos o la leemos todos los santos días del año llegará un momento en que ya no nos dirá nada; llega un punto en que el conocimiento los destruye. Y pobres de nosotros si se agota lo maravilloso, si desaparece esa especie de sorpresa que es la base primigenia de lo bello. Así son las montañas: pensemos en una cima golpeada por todas sus vertientes, crestas, valles, estribaciones, una cima cuyas piedras hayan visto todas pasar al hombre y cuyos misterios hayan sido desvelados por completo. ¿A quién le importa ya una montaña así?

¿Y el Cervino?, diréis. Si hay una cumbre que haya sido recorrida en todas direcciones, escalada por millares de alpinistas, mujeres, viejos y niños, descrita hasta en sus mínimas piedras, es el Cervino. Sin embargo, se diría que los hombres no se han cansado. Es verdad. Pero al Cervino, como a las grandes montañas occidentales, es la naturaleza la que no le permite envejecer. Los Alpes del hielo eterno están protegidos frente a este tipo de decadencia. Renacen todos los días. No pasa hora, puede decirse, sin que sufran algún tipo de transformación. El canalón que esta mañana era fácil, por la tarde podrá resultar incluso absurdo, el mal tiempo se habrá emboscado y de un momento a otro puede desencadenarse una tormenta. ¿Y quién puede prever qué harán los invisibles artilleros apostados allá arriba, en la cima, dispuestos a echar abajo algún macizo, formando una avalancha? Las «vías» comunes y corrientes, elementales desde el punto de vista técnico, se transmutan en empresas diabólicas planeadas por insensatos; los escaladores famosos pueden quedarse atrapados durante días y noches en un itinerario

para novatos; y hay años en los que muchas paredes quedan rigurosamente prohibidas incluso a los más fuertes. De día en día se renueva la juventud de las grandes montañas occidentales: sobre ellas pueden pasar ejércitos enteros y al día siguiente se despiertan más salvajes que antes, quedando borrado cualquier rastro de pasos sobre los blancos canales.

En los Dolomitas es distinto. A excepción de las pocas paredes septentrionales, tan grandes y habitualmente cubiertas de hielo, con el agua goteando, golpeadas por continuas descargas de rocas y llenas de piedras descompuestas, los Dolomitas no cambian. En las épocas buenas es raro que se ponga a hacer mal tiempo así, de pronto; nieve y hielo son una excepción. Y cuando repetimos una escalada que hicimos hace diez años, encontramos todo intacto, igual que lo dejamos aquel día lejano. El minúsculo asidero de ese paso tan complicado no se ha deformado ni un milímetro; en medio del camino sigue estando en equilibrio aquel pedrusco que parecía que se iba a precipitar al vacío solo con soplarlo: continúa en el mismo sitio, sin dejar de balancearse; el rellano por donde se atraviesa está cubierto aún de gravilla traidora, y ni siquiera se ha desmoronado el hombrecillo que hace veinte años construimos, improvisándolo con cuatro piedras, para reconocer enseguida el camino de regreso.

Los Dolomitas permanecen idénticos año tras año. Pero mientras sus grandes misterios han ido cayendo uno a uno, las terribles paredes que quitaban la respiración solo con miraras aún resisten. Allá donde se dirija la vista todas las murallas verticales han sido doblegadas; y si pensar en quién ha cometido tal osadía despierta nuestra admiración, también es cierto que estas rocas no nos dan tanto miedo, y nos imponen menos que antaño. Levantamos los ojos, señalamos con el índice y vemos a los primeros escaladores que han pasado de allí, donde aquella marca roja. Además, ¿es que no los conocemos de memoria? ¿No podríamos dibujar con los ojos cerrados las famosas agujas, las Torres de Vajolet, las Cimas de Lavaredo, el Campanile de Val Montanaia, las Torres de Averau, Punta Fiammes, Croda da Lago, Campanil Basso? ¿Dónde está su antiguo orgullo? ¿No es un poco como si vivieran de las rentas, como si fueran nobles venidos a menos, sobre las glorias difuntas?

Así hablaba no hace mucho mi pesimista amigo. Sin darse cuenta de que para la mayor parte de los Dolomitas había sucedido justo lo contrario. Quiero decir que el alpinismo, llevado a sus últimas consecuencias, las escaladas de quinto o sexto grado, para entendernos, la derrota de las paredes más pérfidas, la tendencia a transformar las rocas en una especie de gimnasio para practicar

un deporte peligrosísimo, pero con todas las características del deporte, el interés exasperado por las mayores hazañas, el desinterés por las cimas más asequibles y, en general, toda esta concentración de esfuerzos contra las piedras más duras de conquistar, en vez de consumir los Dolomitas, les ha impedido envejecer.

Lo que ha sucedido ha sido que grandes —y no tan grandes— alpinistas se han lanzado a la conquista de las cimas difíciles y elegantes, cuyo nombre sonara bien en una conversación entre iniciados. Los grandes se quedaron atrapados durante días y días sobre extraplomos supérstites ovírgenes; los no tan grandes, es decir, los menos valientes, tomaron las vías más clásicas de los picos más clásicos. Las cumbres que están a dos pasos de la zona transitable, como las Cimas de Lavaredo o las Torres de Averau, no volverán a tener un momento de reposo; y las cordadas de sextogradistas, que por su habilidad tenían a su disposición la posibilidad de elegir, precisamente por su terror a lo mediocre se limitaron a las paredes que parecían perfectas y que, por ello, eran escasas.

De hecho, sin que nadie pensara en ello, las montañas patriarcales y solemnes que no contaban con grandes paredes verticales, que no tenían una caída a plomo de miles de metros ni agujas de trescientos, los antiquísimos cañones que pillan a trasmano y que no esperan que se hable de ellos en los periódicos, el mundo de las cimas de «segunda opción», invisibles desde el fondo del valle y por los que no pasan las carreteras ni los senderos ni reproducen las postales, este humilde y recóndito reino de la clase media dolomítica, ha quedado en el abandono. No eran elegantes, no estaban de moda ni figuraban en el Almanaque Gotha de los precipicios, no proporcionaban satisfacción suficiente, eran incluso incómodas, estaban manchadas de grava y alejadas de los refugios y apenas las citaban las guías turísticas. Los ojos siempre estaban fijos en los hipnotizadores picos por los que minúsculos hombres avanzaban con lentitud exasperante, metro a metro, agarrados a clavos inverosímiles. Y a su alrededor, en una sucesión de innumerables crestas llenas de matices que se hunden en la bruma del verano, estaban las cumbres salvajes que portan nombres humildes y desconocidos, cumbres que no representan «problemas sin resolver», rotas por rellanos y canales, llenas de gibas y crestas; allí todavía reinaban la soledad y la majestad del silencio con mucho más esplendor. Porque de las rocas melladas, todas las mañanas expulsaban los martillos de los escaladores a los espíritus fabulosos de las cumbres, que acababan por huir, uno a uno, desalojados de las fisuras suspendidas, tortuosas, sobre abismos en los que pensaban que

podrían vivir toda la eternidad sin que nada les perturbara; al bajar de las tinieblas nosotros mismos veremos a alguno escabullirse, saltando ágil de roca en roca o volando sin hacer ruido, atravesando la noche con sus miembros escarpados semejantes a franjas de niebla, o dando botes de cresta en cresta y dejando tras de sí una estela fosforescente. Iban a refugiarse en las ciudadelas apartadas, olvidadas por los hombres, donde no había estrépito de llamadas, ni roce de cuerdas por todas partes, ni linternas de vivac, ni cantos triunfales de yódel sobre las cumbres: lo único que se oía eran los ruidos aislados y discretos de una vida sin impaciencia, el chillido de alguna urraca en un canal, el desprenderse incomprensible de la grava, el chirriar de las rocas en un remoto precipicio, el eco, probablemente del torrente que el aire traía desde el fondo del valle, el melancólico balar de las ovejas de la cabaña verde a medio camino y, en algunas tardes imprevisibles, hasta el sutilísimo crujir del tiempo que se consume.

Ahora frecuente estos rincones menos gente que a principios de siglo: rincones casi prohibidos, que no están sin embargo a gran distancia en kilómetros de las carreteras que recorren los autobuses. Después de los primeros exploradores nadie ha vuelto a pasar por allí: lo sabemos porque los voluntariosos guías del Club Alpino registran nombres, fechas, recorridos y hazañas de archivo. ¿Quién se aventura por los meandros de las Marmarole? ¿Quién, al alba, se dispone a atacar alguna de las grandes paredes rústicas que tienen el supremo defecto de no ser verticales, desde el punto de vista geométrico? ¿A quién se le pasa por la cabeza acampar en el romántico Val dei Frati bajo el Duranno? ¿Quién intenta los mil senderos rupestres del Agordino, donde un montón de rocas se superponen formando un fantástico enredo, como cortado de un monstruoso laberinto? ¿Quién va a parar a los rellanos blancos de las cimas de Fanis? ¿Quién se afana en subir por los desechos que se amontonan formando un embudo sobre el Lago Nero, a los pies de la Croda dei Toni, o indaga en los secretos del alto Val Stallata? ¿Quién clava la pica sobre los hielos septentrionales del Antelao, o con el rumor de sus pasos espanta a los gamos de los cañones sin explorar del Feruc, menos frecuentados por el hombre que los últimos desiertos de África? Pues sobre todo el Cadore dolomítico dominan estos enormes encantos. Allá arriba no hay, es cierto, escaladas expuestas a cuyo ataque se llega en treinta minutos desde el refugio; allí normalmente hacen falta cuatro o cinco horas de marcha por grava traicionera antes de llegar a la roca. Y las rocas no siempre son el ideal para un escalador de roca del siglo xx; puede ocurrir que sean piedras viejas y machacadas, y basta la menor cosa para que se quiebren y se

produzcan espantosos derrumbes; puede que de repente la pared se suavice con una escalera de grava, algo que desde el punto de vista de la ortodoxia representa una mancha deplorable; puede que la vía no esté rigurosamente determinada por una fisura, sino que se pueda andar por un lado u otro sin complicaciones, lo que también constituye una falta. Pero aquí resurge con fuerza el goce olvidado de volver atrás en el tiempo, de tocar lugares que nadie ha tocado desde el principio del mundo, de sentirse inmerso en una aventura, de olvidar la ciudad, lo sucio, el dinero, las miserias cotidianas.

Pensad, decimos, en estos paraísos escondidos cuando estéis en los Dolomitas. El sendero bien cortado en la costa, con carteles indicadores y símbolos rojos y azules cada cincuenta metros, es probablemente el más cómodo. Pero una vez en el cruce, reunamos un poco de valor y tomemos la otra carretera: esta se encarama torpemente por llambrias inhóspitas, es muy escarpada y forma curvas muy peligrosas; parece que se pierde entre la grava hasta que, en un punto determinado miramos a nuestro alrededor y ya no divisamos el tejado tranquilizador del refugio, ni el camino blanco del fondo del valle, ni ningún signo de existencia humana, aparte de ese vago trazo de sendero que bien podría ser el resto de una antigua cornisa natural, o la huella de algún animal, o un signo equívoco trazado a propósito por los gnomos para arrastrarnos al precipicio. Si estando en ese erial, justo en el momento en el que surge en nuestro interior una repentina y vil añoranza por nuestra plácida casa, por el gris vaivén de la monotonía diaria, pensáis con rabia en nosotros, que tan mal os hemos aconsejado, en ese mismo instante conoceréis al fin la montaña como debe ser, desnuda y poderosa, cerrada en su sabiduría infinita. Sobre aquellas cumbres sin fama ni gloria, cuyo nombre no podrá arrancar loas ni sorpresas a vuestros amigos, sobre las viejas cumbres móviles que ninguna competición ha contaminado nunca, allá será probablemente donde seréis felices, incluso sin saberlo. Resistid por tanto a los consejos de los guías, que son grandes personas pero preferirán conducirnos a lo alto por la célebre pared que ya conocen como la palma de su mano, y no por complicadas cumbres donde no han estado nunca (y recuerdan solo que su abuelo les contaba que subió allá arriba con dos señores ingleses y les mostraba con el dedo por dónde habían pasado, ruta que correspondía con aquella tira negra). No os dejéis lisonjear por la brevedad de las subidas, por el deseo de igualar al amigo que las ha recorrido dándose tantos aires.

O mejor, nos preguntamos otra cosa: ¿todo este largo discurso significa que nos hemos hecho viejos, que las paredes derechas y atravesadas por itinerarios de primera nos dan miedo y, para evitarlo, nos justificamos ante

nosotros mismos con esta romántica añoranza de montañas menos pretenciosas? ¿Que ahora aquellos vagabundeos por valles sin sendero carecen en realidad de sentido y es como querer regresar a la fuerza a una época pasada?

También esto nos preguntamos. Pero entretanto, precisamente ahora, unas nubes blancas pasan lentamente sobre esas cimas sin héroes, depositando sus sombras violáceas por aquí, por allá, por los desfiladeros. Y mientras nosotros aquí, en la cálida ciudad, escribimos y el tranvía rechina con fatiga al doblar la esquina, allá arriba los pálidos gigantes misteriosos se quedan en silencio.

Le Vie d'Italia,
julio de 1948.

Nuestras montañas ya no bastan

Hace treinta años, cuando mirábamos desde nuestros altos valles las cimas más grandiosas y escarpadas, podíamos decir: «Sí, el hombre es fuerte y valiente, ha conseguido poner su bandera sobre todas las cimas; pero en el fondo las ha vencido por embaucamiento, atacando su lado débil». Pero las murallas, los baluartes, las terribles aristas que son el orgullo de aquellas cimas y también su máxima defensa, aquellas no las ha subido ningún hombre, ni las subirá jamás. Y al alzar la vista contemplábamos aquellas tremendas obras arquitectónicas con un vago temblor, como el que se siente ante las obras de arte más impresionantes: la fachada de una catedral inmensa, las enormes pilastras a plomada, las torres que se elevan en el aire, cuajadas de vítreos bloques de hielo verde.

Esta idea nos complacía. Porque si es bello que el hombre venza a la naturaleza, pobre de él si la naturaleza queda sometida del todo. En ese caso desaparece el misterio y, junto a él, el encanto. Saber que nadie había pasado por aquellas rocas ni pasaría nunca nos consolaba en cierto modo: nos garantizaba que la montaña nos intimidaría siempre.

Hoy en día, sin embargo, da igual qué tremenda pared contemplemos: ya no se puede decir que por ahí no pasará nadie. Se puede incluso jurar que ya habrá pasado alguien. En pocos años el alpinismo ha hecho tales progresos que, al menos en los Alpes, la palabra «imposible» carece de sentido.

La época de oro de este avance la constituyen los años que van de 1925 a 1935, la era del sexto grado, de las subidas hasta el límite de las posibilidades

humanas. No se trataba ya de que los alpinistas hubieran llegado a ser más ágiles, osados y acrobáticos. Un progreso muy notable fue el que se apreció en la técnica de los «medios artificiales»: con la base, naturalmente, de un buen hígado, si se utilizaban adecuadamente clavos, cuerdas, mosquetones, estribos, etc., se podían superar incluso extraplomos que sobresalían unos cuantos metros.

La consecuencia de esto es que en un plazo de quince años todas las grandes paredes vírgenes de los Alpes han sido conquistadas. En esta hazaña resuenan los nombres de la Civetta, de las Cimas de Lavaredo, del Cervino, del Badile, de la Marmolada, de la Aiguille Noire de Peuterey, de las Grandes Jorasses, etc. Una de las últimas en caer fue la del Eiger, famosísima, en el grupo de la llamada Jungfrau. Y los italianos están en los primeros puestos de esta valerosa competición.

Ahora salgamos desde cualquier valle de los Alpes y busquemos los picos más diabólicos, los extraplomos más disuasorios, las rocas más torcidas y absurdas. Examinémoslos con toda nuestra atención: por allí ya ha pasado alguien, podéis apostar.

Incluso si conseguimos descubrir un bastión o una arista supérstite, y admitiendo que tengamos un mínimo interés por el alpinismo, podemos estar seguros de que antes o después capitularán. Un día u otro los alpinistas se encaramarán a ellos como arañas, luchando metro a metro; y por aquellos silencios se expandirán los golpes metálicos de martillo con ese sonido suyo, que de tan excepcional manera evoca el vértigo.

¿Ha sufrido la montaña? Mucho menos de cuanto podamos creer, para ser sinceros. Sí, las paredes han sido conquistadas, pero... ¡son tan inmensas! Al mirirlas así es fácil olvidar que alguno las haya doblegado. Su majestuosidad no se ha visto mermada. El paso de dos o tres cordadas no ha cambiado nada. Todo ha permanecido idéntico a como estaba, y seguirá idéntico a como está. Y aunque parte de la indignación hacia el exceso de medios artificiales (en los últimos años, donde no había fisuritas en las que plantar clavos, se llegaban a excavar orificios con el puntero) se puede justificar, la nostalgia del estilo «puro» de otros tiempos es, en el fondo, algo exagerada si pensamos que los funámbulos extremos somos relativamente pocos, si recordamos con qué facilidad se pierde nuestro rastro en la inmensidad de las paredes, en lo grandes que son las montañas, o en lo fácil que sigue siendo encontrar, allá arriba, la soledad.

Es fácil encontrar aún la soledad en esas montañas patriarcales y solemnes sin paredes de las que caen a plomo durante miles de metros, en los

antiguísimos cañones de difícil acceso que la literatura turística ha ignorado y a los que no llegan las grandes carreteras, donde no se ven columnas de humo de motor, ni hoteles, ni refugios, o entre las cimas carentes de una elegante silueta con aristas que nos haga contener la respiración; montañas fatigosas, incómodas, que están lejos de los pueblos, llenas de hielo y maravillosamente tristes, donde en una sucesión de innumerables crestas llenas de matices que se hunden en la bruma, surgen las cumbres salvajes que portan nombres humildes y desconocidos, cumbres que no representan «problemas sin resolver», rotas por rellanos y canales, llenas de gibas y contrafuertes donde todavía reina la majestad del silencio, mucho más poderoso, donde se han refugiado los espíritus que las voces irreverentes de los escaladores de roca han expulsado ya de los riscos más famosos.

Por aquí pasan los pastores, algún cazador extraviado y los cuervos. Pero alpinistas pasan más bien pocos. Se diría incluso que de año en año estos paradisíacos rincones están cada vez más olvidados. Y pasan años, o decenios, sin que nadie toque esas cimas.

Pero aquí no hay cumbres de «sexto grado», ni conquistadas ni por conquistar: por eso de aquí no salen leyendas. El encanto de la soledad no basta: hacen falta vías que reporten algún beneficio desde el punto de vista deportivo. ¿De qué sirve hacer cuatro o cinco horas de camino devastador por estas crestas casi verticales, infestadas de pinos o graveras horrendas, para llegar al ataque de un segundo o tercer grado? ¿Por qué dormir en una cabaña alpina, sobre el heno cuajado de pulgas o bregar con la tienda, si luego habrá que combatir contra rocas viejas que se deshacen y no nos reportarán ninguna gloria?

Lo único que ven estos maravillosos retiros es algún excéntrico insensato que jamás enviará al Club Alpino una relación de escaladas llamativas. Estos rincones secretos no entran en el gran juego del alpinismo que en los Alpes, por cierto, se encuentra ya escaso de repertorio.

La crónica habla por sí sola. En los últimos diez años, agotado ya el principal repertorio disponible, se han registrado pocas empresas llamativas, precisamente por la falta de «materia prima». Los alpinistas han tenido que conformarse con repetir las vías más escabrosas, como las del Eiger, el Badile, la Marmolada o las Grandes Jorasses, o con buscar variantes o correcciones, o bien con asaltar las paredes marginales, los contrafuertes, las estribaciones menores. En realidad, poco o nada queda intacto. Este verano varias cordadas de gran reputación han asediado —y hasta ahora no parece que se haya conseguido nada— la cara norte del Dru, en el grupo del Mont

Blanc: uno de los poquísimos «problemas» que quedaban por resolver y que parece ser un obstáculo excepcional, aunque su grandeza no sea comparable al más insigne ejemplo de la Civetta, del Badile y del Eiger.

Se pueden también imaginar, para aplacar el ansia de novedades, empresas de estilo barroco, como aquella que consistía en recorrer una cordillera en travesía continua y rodearla entera, para así cerrar en horizontal todo el periplo a distintas cotas (Comici ofreció un brillante ejemplo de esto en los Alpes Julianos), o bien haciendo un recorrido en espiral desde la base a la cima. Y alguno pensará en los tiempos en los que el Club Alpino decida desmantelar con explosivos las paredes más clásicas, ya muy explotadas, para cambiar su estructura: esto sería una auténtica fábrica de virginidad artificial. Pero todo esto no son más que fantasías. Además, nos hace sentir con más intensidad el reclamo de las ciclópeas montañas inexploradas que nos esperan a lo lejos, en otros continentes. Como las cumbres del Himalaya —rodeadas aún de un aura de misterio—, archipiélago inagotado de picos ante los que el Cervino es un enano; y que por las dificultad de acceso, la longitud de las aproximaciones, la altura extrema, las siluetas audacísimas, las terribles tormentas que se forman de pronto... presentan dificultades que pueden abatir a cualquiera. Pensemos en la tragedia del Nanga Parbat, donde antes de la guerra perecieron los mejores alpinistas de hielo que había entonces en Europa. Pensemos en el cruel precio que han pagado por su reciente victoria los franceses en el grupo del Dhaulagiri, con la subida al Annapurna: la primera cumbre superior a los ocho mil metros que ha tocado el ser humano. En esa expedición participaban algunos de los más fuertes —si no los más fuertes— escaladores de hoy, y a dos de ellos, Herzog y Lachenal, tras una catastrófica tormenta de nieve, se les congelaron las manos y los pies y sufrieron graves amputaciones. Esto solo por no hablar de la enorme inversión que han supuesto los preparativos, el equipo, el entrenamiento, los gastos y el capital humano que requieren aquellas montañas. Por eso bien pocos, al menos por el momento, pueden proyectar su conquista.

Sin embargo, puede que todavía haya algo interesante que hacer en casa, mucho más cerca de lo que algunos suponen. A dos pasos. Dentro del Duomo, por ejemplo, sobre el altar mayor, se alza a plomo una pared espantosa por la implacable desnudez de sus líneas, que sobresale en la parte de arriba formando un extraplomo. Cuanto más se mira, sobre todo en el crepúsculo, cuando se pierde entre las tinieblas, más aumenta nuestra fascinación. Bellísima, imponente. ¿Osará alguno probar?

La Lettura,

Ahorremos al Cervino el escándalo de un teleférico

Quieren construir un teleférico que llegue hasta la cumbre del Cervino. Hasta hace unos meses parecía que se trataba solo de habladurías malintencionadas, pero después se ha confirmado la noticia. El promotor e incitador de la empresa es el ingeniero Lora Tutino, que ya ha instalado en los Alpes occidentales otros audaces teleféricos, como el del refugio Torino, bajo Dente del Gigante. El proyecto técnico está a punto de ponerse en marcha. Se trata de un teleférico gemelo del de la línea Plan Maison-Plateau Rosà, que partiendo desde el mismo Plan Maison llegará hasta casi el Colle della Forca (a 3.268 metros) y que tendría que estar terminado este verano. Pero el nuevo teleférico, de indiscutible interés por las magníficas pistas de esquí que atraviesan el glaciar de la Forca, no había provocado alarma ninguna: nadie se había parado a pensar en una maniobra táctica para poder acometer el asalto directo al «más noble escollo de Europa», como lo llamó Ruskin.

El Colle della Forca se encuentra justo bajo el gran contrafuerte que separa la cara sudeste (la que mira hacia Breuil) y la este. Desde allí, con un salto de alrededor de mil doscientos metros, la soga metálica podría engancharse a las rocas de la cima (en la cota 4.478).

Ya al principio se oyó un grito de indignación en todo el mundillo alpinístico internacional. La Union Internationale des Associations d'Alpinisme votó el pasado mes de septiembre un calendario de protestas, según propuesta de su presidente, D'Arcy. El pasado marzo el propio D'Arcy ha escrito personalmente, pidiendo garantías, al CAI y al Touring Club; lo mismo ha hecho el presidente del glorioso Alpine Club británico. Y el pasado mes de abril llegó otra manifestación: la del Consejo General del Club Alpino Italiano, que «lamenta que alguien pueda pensar en una actuación que ofendería a la tradición y al espíritu de los ideales del alpinismo, y declara que se opondrá por todos los medios a tan deplorable desdicha». Pero, que se sepa, todas estas voces han caído en saco roto.

La idea de llegar en media hora y sin riesgo ni esfuerzo hasta la cumbre del pico más famoso de los Alpes, rodeado por una aureola legendaria de terror y muerte, puede parecer a primera vista muy emocionante. Pero basta

pensarlo un momento para que nos provoque el rechazo. Y no es cuestión de retórica: consideremos cómo, poco a poco, la vida moderna acaba siempre por reducir el espacio de la fantasía, de la libertad, de la naturaleza; cómo la alta montaña es uno de los poquísimos rincones que sobreviven a esto y donde el hombre puede verdaderamente respirar. Pensemos lo valiosa que es esa reserva de belleza y de poesía —¿por qué tememos pronunciar esa palabra?— que encierra aquel maravilloso retiro. Y entre todas las montañas, el Cervino es el rey, el personaje principal, cargado de una gloria y una tragedia inconmensurables, la roca más salvaje y fascinante, el símbolo mismo del abismo. Lo han escalado miles de veces personas de todo tipo, niños incluso, ciegos, ancianos más que octogenarios... No queda ni una pared ni una arista que no haya sido conquistada, y a pesar de todo sigue siendo él, estupendo y misterioso, tal como lo vio Whymper la primera vez, hace noventa años, cuando le dejó embrujado.

¿Qué significaría ahora plantar sobre esa cima un mirador panorámico con servicio de bar para turistas con calzado de paseo? Es difícil decirlo con palabras: o se entiende de inmediato o es inútil preparar discursos. Si no se entiende, es que le falta a uno una parte del cerebro. Pero es verdad que sería una infamia escandalosa. Bastaría ese largo hilo, casi invisible en la distancia, para estropear sin remedio toda la cuenca de picos y glaciares. A un amigo de Nápoles al que le pareció una idea magnífica le preguntó el doctor Guido Bertarelli, consejero del CAI: «Entonces, ¿estaría usted a favor de que se construyera un puente de cemento armado que uniera Sorrento y Capri?». No supo responder.

En toda polémica es, sin embargo, una buena norma ponerse en el lugar de quien tiene una opinión contraria. En ese caso podemos contemplar desapasionadamente cuál sería la satisfacción que procura el que a uno le lleven así hasta la cumbre. Probemos a hacer este viaje con la imaginación. Bien, estamos convencidos de que el placer no compensaría el ultraje que se inflige a la montaña. ¿Contemplar de cerca, casi rozando, suspendido de un cuenco de metal, las perspectivas magníficas e impresionantes de los picos, las pendientes, los extraplomos, los precipicios reservados hasta ahora a unos pocos que se los ganaban arriesgando la piel? Por el hecho mismo de poder gozar de todo esto impunemente ya los estaríamos despojando de su belleza poética, de la misma manera que las tempestades del océano se transforman en indiferentes para quien las afronta desde un barco de cincuenta mil toneladas. ¿El panorama que se disfruta desde la cumbre? Pues ya se sabe de sobra que de todas las vistas que se disfrutaban en la montaña, las de la cumbre

son las más insulsas porque la montaña, una vez escalada, no se ve, porque los valles se aplanan, los macizos de alrededor se confunden y los escenarios acaban pareciendo más o menos iguales. De manera que la vista que se contempla desde la cumbre del Cervino no se diferencia mucho de la que se puede ver desde otros cientos de lugares panorámicos diversos, eso sin contar que raro es el día en que la punta del Cervino está libre de niebla. ¿La complacencia que da el poder decir: «Aquí estoy, he llegado sin cansarme al lugar donde antes, para llegar, había que sudar el alma»? Sí, este razonamiento es humano, pero en el fondo, ¿no demuestra una gran pobreza de espíritu?

Pero el ingeniero Lora Tutino, para acallar en un comienzo la previsible oposición, tuvo una idea magistral. Dijo al Ministerio del Aire: «Si pongo el teleférico del Cervino, buscaré la manera de instalar en la cima una estación para guiar la ruta de los aeroplanos que hacen la travesía de los Alpes donde, precisamente gracias al teleférico, el personal que trabaje allí podrá quedarse incluso en los meses más fríos, salvando así muchas vidas humanas». Así que con gran habilidad ha urdido una coartada moral para justificar lo que desde el punto de vista estético y del alpinismo se consideraba una ignominiosa inmoralidad. No se puede negar que un radiogoniómetro instalado en aquel solitario pico, junto a una pequeña emisora de radiotelefonía, aumentarían en gran medida la seguridad de los aviones que atraviesan los Alpes, sobre todo en pleno invierno.

El Ministerio del Aire, por su parte, no podía hacer prevalecer un interés sentimental y poético —que le es ajeno— al suyo propio. Nos consta que acogió favorablemente la propuesta, y seguramente ya se han estipulado las bases del acuerdo. Ahora se espera que se pronuncie el Consejo de Estado.

Este movimiento del ingeniero Tutino ha obligado a parar muchos dardos procedentes de aquellos que se oponen al proyecto. Nosotros, aquí, no tenemos las competencias necesarias para entrar en una discusión técnica. Solo recurriendo al sentido común cabe preguntarse: si una estación radiogoniométrica es realmente necesaria para la seguridad de las rutas aéreas transalpinas, ¿cómo es que no se había instalado hasta ahora, y quizá en otros puntos más accesibles que el Cervino? ¿No podían contribuir las grandes compañías aéreas italianas y extranjeras, dado su evidente beneficio? ¿Es cierto que desastres como los que han sucedido recientemente, el del cuatrimotor indio o el del canadiense, se hubieran podido evitar con un observatorio como el que pretenden instalar ahora? ¿Cómo van a pasar los aparatos de las líneas regulares en invierno a diario, por los Alpes, sin que

sucediera algún desastre? ¿No se puede encontrar un punto elevado o una cumbre que no sea la del Cervino y que no requiera muchos gastos para instalar allí el radiogoniómetro, teniendo en cuenta que en este caso la Società delle Funivie di Cervino no va a intervenir? Y una avería, aunque sea temporal, del aparato, ¿no podría provocar una situación insostenible para el personal que se quede atrapado en la cumbre? En fin, considerado el rapidísimo progreso técnico de la aviación, ¿cómo excluir que en un par de años, quizá cuando inauguren el teleférico, el radiogoniómetro no se habrá convertido en un cacharro inútil?

Aquí hemos de dar la palabra a los especialistas. Por su parte, todos los que buscan el bien de la montaña —y solo en Italia son millones— creen que el proyecto quedará en nada, que la presidencia de nuestro Club Alpino hará que se oiga su voz y, sobre todo, que el afán de que el Cervino prevalezca incólume cale en el corazón de De Gasperi, montañero y alpinista.

Personalmente yo confío en que los genios del Cervino intervengan con todos sus medios para obstaculizar las posibles obras: la niebla, la lluvia, las tormentas, el viento y alguna aparición aterradora que silbe y ulule.

Y al ingeniero Lora Tutino, sin ningún rencor, quisiéramos decirle que piense, antes de atar una cuerda a la cabeza del venerable gigante, que se lo piense cien veces. Le ponemos sobre aviso. Los grandes de la montaña son en general espíritus apacibles. Pero que no se sorprenda el ingeniero Tutino si alguno de estos espíritus llega a envenenar sus sueños, si a las dos de la madrugada las ánimas de Whymper, de Mummery, de Carrel, de Guido Rey, le agarran fuertemente por los pies.

Corriere de la Sera,
23 de junio de 1951.

Digna sepultura

«Para darles digna sepultura», se oye decir a menudo a propósito de los alpinos descubiertos en el Adamello, enterrados en el hielo, después de treinta y cinco años. Digna, ¿por qué? ¿Es indigna la que han tenido hasta el momento?

Qué mentalidad tan extraña. Apenas se conoció la noticia, el primer pensamiento —a juzgar por las crónicas— ha sido el de subir hasta allí,

romper el maravilloso féretro, sacar los cuerpos intactos y llevarles a enterrar en el llano, para que acaben convertidos en gusanos, polvo y fealdad.

Pero ¿por qué? Cuando se desea honrar a los santos, a los reyes, a los salvadores de la Patria... siempre se trata de conservar con complicadas manipulaciones aquellos despojos suyos susceptibles de corromperse. Los egipcios los momificaban, los comunistas embalsamaron a Lenin, los argentinos están haciendo lo mismo con Evita. Pero con los alpinos, esta vez, ha sido al contrario. La montaña los ha conservado de maravilla, les ha procurado un sueño puro y silencioso en medio de la máxima serenidad y belleza que la mente humana pueda concebir. Y no ha sido necesaria esa miserable manipulación mortuoria que pretende detener la descomposición alterando las facciones, transmutando el rostro amado en otro desconocido. Un prodigio que tiene pocos precedentes, que ha dicho al tiempo que se pare, le ha dejado inmóvil, suspendido al borde de un abismo por el que sin embargo se han ido precipitando, uno tras otro, treinta y cinco años.

Se puede decir más: hagamos una prueba; imaginemos para los alpinos muertos en la guerra el sepulcro más espléndido, más noble y genial, el más adecuado a su estilo, y sin límite de gastos. ¿Cuál ganaría? No hay arquitecto ni escultor, por original e inspirado que fuese, capaz de inventar una tumba mejor que esa que la naturaleza ha fabricado. Y es la tumba que sin duda ellos, los alpinos, hubieran elegido.

Pero no. En lugar de pensar, si acaso, en reforzar la vítrea coraza que encerraba los cinco cuerpos, en preservarla del sol, garantizar su conservación... nosotros pensamos inmediatamente en profanarla, en extraer a aquellos cinco alpinos, sacarlos de su exilio sublime y traerlos junto a nosotros, en medio de la común miseria del polvo, de la tierra, de la brea y de la mugre.

¿Por qué este afán de arruinar lo que es hermoso, justo y puro? ¿Para saber quiénes son los cinco muertos? ¡No me hagan reír, por favor! ¡Después de treinta y cinco años! ¿Para el consuelo de sus familiares? ¿Ahora? ¡Pero si no se saben ni sus nombres! Y además, admitamos que aún vivan sus madres y sus padres, y que sean aún capaces de llorar: ¿no dirían también ellos: «Dejadles allí, que les conserve la montaña»? ¿Tendrían que preferir que sus hijos, en lugar de magníficas estatuas de cristal, se conviertan en jirones putrefactos?

El hecho es otro. Por muy amargo que resulte decirlo, en tanto que los hombres son animales —aunque tengan muy buena intención—, lo cierto es que estos alpinos, mientras estuvieron encerrados en el hielo, no estaban

cómodos. No se podía decir que estuvieran propiamente muertos. Cómo explicarlo... seguían formando parte del mundo, estaban todavía «en activo» en su batallón, continuaban defendiendo a la Patria. Estaban vivos, y a nosotros, que estábamos aquí abajo, nos estaba prohibido olvidarles. A los seres humanos en general, y especialmente a los italianos, esto les provoca un gran desasosiego: cuando muere un héroe van enseguida a su funeral, lloran un poco, presentan sus respetos y tres días después ya no quieren oír hablar del tema. Están impacientes por olvidar a aquellos que han honrado a la Patria, porque recordar implica una deuda moral y las deudas es preferible no pagarlas. Mientras estuvieron allá arriba, en su garita de diamante, los cinco alpinos seguían mirándonos, y sus miradas tenían tal vez un destello de reproche.

Mejor sacarles de allí, ¿verdad? Esos valientes soldados muertos en combate en una extraña guerra, tan lejana que cuesta creer que haya sucedido. Mejor traerles aquí con nosotros, a nuestras cotas bajas, darles sepelio y, aunque sea entre trompetas y banderas, ponerles a dormir bajo tierra.

Y después ya nos estará permitido olvidarles rápidamente. Y nos iremos a dormir sin cargo de conciencia.

Corriere de la Sera,
13 de agosto de 1952.

Decadencia de los Alpes

El sentimiento montañoso tan típico de este siglo, aunque es hijo del Romanticismo, parece haber llegado a sus últimas consecuencias y enfrentarse por tanto a un lento declive. ¿Es esta una impresión personal mía? Pudiera ser. Se trata de un movimiento espiritual que escapa a cualquier estadística o medida. Y aún hay comentarios que son buen síntoma de ello.

Los Alpes, que han generado y alimentado este sentimiento, están agotados desde el punto de vista del «alpinismo». Es imposible encontrar no ya una cima o un pináculo virgen: no hay siquiera una cresta, una pared o un contrafuerte, un aguijón de segunda fila, que estén sin escalar. Ha disminuido por tanto la sensación de misterio, de sugestión y de temor que inspiraban los Alpes, y ha caído la fascinación que derivaba de ese temor y ese misterio.

Esto también se aplica a los que no son alpinistas y contemplan las cimas desde abajo. Un ejemplo clásico es el Cervino. En la sobrecogedora

admiración que su contemplación despertaba en el pasado se ocultaba también esta idea: «Sí, el ser humano se ha encaramado a la cumbre disfrutando del punto de “menor resistencia”, pero ¿quién conseguirá vencer ese escudo de terribles murallas? ¿La disuasoria cara norte, llena siempre de pálidos hielos? ¿El negro extraplomo giboso de la vertiente oriental? Esos no los ha superado nadie, y nadie conseguirá superarlos nunca». Ahora, sin embargo, se puede hacer todo el periplo del célebre pico bordeando el pedestal. Uno puede pararse en cualquier punto y alzar la vista, y tener la seguridad de que hay una vía de subida. Es lógico que el prestigio del gigante se haya visto disminuido. Y llegaré más lejos: cuando nadie había llegado aún a la cumbre, el Cervino «era más bello».

Hay otros hechos que resultan bastante sintomáticos:

—En las últimas décadas, a pesar del aumento de la población, no se ha experimentado en consonancia un aumento del número de alpinistas, es más: seguramente habrá incluso mermado.

—Mientras una maraña de turistas, con o sin motocicleta, se da cita en verano en los refugios alpinos, hasta donde llega —o por cuyas inmediaciones pasa— una carretera transitable con vehículo, en las cabañas que quedan apartadas de estas vías, que requieren varias horas de subida para llegar a ellas, transcurren horas enteras, en época de buen tiempo, sin que se vea ni un perro.

—Si bien ha aumentado el número de sextogradistas, es decir, de ases, nos da la impresión —aunque algunos sostengan lo contrario— de que las filas de alpinistas de medio rango, los que se conforman con un segundo o tercer grado, tienen menos componentes que antes. En general, hay lugares incómodos, aunque muy bellos, que se están dejando de frecuentar.

—En cuanto a la temporada de verano hay que decir que la montaña, en comparación con hace veinte años, ya no es un destino de moda: cada vez tiene más éxito el mar.

—La montaña está muy poblada en invierno, pero solo gracias al esquí. Y el esquí que prefiere practicar la gente es el del descenso en pista: de estas muy pocos se alejan para hacer travesías o ascensos. Ahora bien, el sentimiento montañero no tiene nada que ver con el deporte del descenso. El Sestriere, por ejemplo, que goza de una merecida fama internacional por el maravilloso complejo de pistas perfectas y llenas de artefactos para el ascenso de los esquiadores es, desde el punto de vista del paisaje, uno de los lugares menos interesantes de los Alpes.

—El oficio de guía alpino, salvo en algunos centros, está en neta decadencia. Pocos son hoy los que consiguen un beneficio suficiente para vivir de él. Hasta tal punto que muchos lo han abandonado por completo, y en algunos valles ya no quedan guías.

Otro síntoma, aunque de muy distinta naturaleza, que puede parecer a primera vista un argumento en contra, lo encontramos en un libro que ha aparecido en estos días: *Nel silenzio dei monti*^[18] (editado por Cappelli), del joven guía Gabriele Franceschini, que el año pasado ganó el premio literario del Circolo Artistico de Cortina.

Se trata de una obra autobiográfica, aunque el autor introduce personajes imaginarios: transposición, en el fondo, superflua. Ni los modos ni los argumentos se alejan del clásico filón de la literatura alpina: recuerdos de los ascensos, aventuras en alguna pared, salvamentos, figuras de guías, escaladores de roca, pastores, montaraces, y así sucesivamente. Lo único que es nuevo, hasta el punto de constituir un documento psicológico, es el espíritu que insufla aire a las páginas: parece el límite extremo al que se puede llegar amando a la montaña; después, solo queda darse la vuelta o perder la razón.

Así es como se pueden reconstruir las distintas fases del amor por los montes: el hombre descubre el encanto de la naturaleza virgen, el hombre encuentra en las montañas el ambiente más salvaje y puro, el hombre se siente tentado de dominar lo salvaje y primordial y, al contemplar esas grandes cumbres, siente el deseo de escalarlas. Luego, con una técnica primitiva, conquista las montañas más importantes desde el punto de vista altimétrico. Fascinado por lo desconocido y por la aventura, el hombre explora y escala también las cumbres menores y, como encuentra satisfacción al desafiar los peligros y vencer las dificultades, intenta llegar a la cima por las vías más directas y audaces. Al fin, saciado por la superación de las dificultades en sí mismas, desafía a las estructuras alpinas más vertiginosas precisamente porque parece que tras ellas se abre una vía. Ahora ya el paisaje que conoce de memoria ha perdido todo el interés.

El ser humano ha perfeccionado hasta tal punto el virtuosismo acrobático de la técnica en roca o en hielo que ya no existe «lo imposible».

En este punto toda posibilidad ulterior de progreso parecería agotada. Pero Franceschini nos demuestra que la evolución —al menos desde el punto de vista psicológico— todavía es posible. Y este es el resultado: lo único por lo que vale la pena vivir es la escalada en roca, no hay nada más importante que eso. Los numerosos atractivos de la montaña se resumen así en una roca que acaba por convertirse en una deidad: un ser poderoso y generoso, digno de

cualquier sacrificio, que atrae hacia sí a los elegidos y recompensa su amor con un placer sobrehumano. «He sentido que la roca me llama con fuerza inexorable... La roca es un ama severa: siento que hay que entregarse a ella por completo, o alejarse. Ella nos toma del todo, no hay término medio. Sobre la roca se apodera de mí un impulso único, definitivo, completo, de olvido, de muerte, de silencio ininterrumpido. Habría que ser completamente libre de vivir o morir llevando esa vida».

Todo esto, puedo asegurarlo, no es una pose literaria. Franceschini es realmente un fenómeno que seguramente no tiene parangón. Su familia no es de la montaña. Hijo de un médico de Mantua estudió Humanidades antes de acceder a la Universidad. De repente, siendo muy joven, fue «tocado por la gracia» y desde entonces se entregó por completo a la montaña, de manera tan perentoria que si pasaba un solo día alejado de las cumbres casi sentía remordimientos. Una noche, en el refugio, yo mismo le oí murmurar en sueños, casi desvariando, la siguiente invocación que reproduzco textualmente: «Roca, buena roca, patria breve, que yo pueda gozar hasta lo último tu ruda belleza».

Guía insuperable desde todos los puntos de vista, ha hecho más de noventa primeros ascensos, ha repetido él solo la famosa vía Solleder, de sexto grado, en la cara este del Sass Maor (justo donde recientemente se quedó atrapada una cordada durante tres días). Y sin embargo —y esto es muy hermoso— sigue encontrando un gozo absoluto en ascensos modestísimos. Es verdad que para él escalar es algo tan necesario como el aire, y que si le privaran de eso no sé si sobreviviría. Y en una pasión tan desenfrenada, difícilmente concebible hace treinta o cuarenta años, se puede vislumbrar el límite último al que puede llegar el amor por la montaña. Se llega, en suma, a la cumbre de la parábola: si uno continúa, en algún momento comienza a descender.

¿Es posible extraer una previsión de este ejemplo excepcional? ¿Significará esto que después de tantos logros habrá un movimiento en sentido inverso que, poco a poco, haga perder al ser humano todo interés por las cumbres? Pues tal vez eso sería exagerar. Pero los Alpes, desde el punto de vista histórico, han tenido su momento y su ciclo ha terminado. Ahora viven de las rentas.

No obstante puede suceder que se esté preparando un segundo ciclo, del que hasta ahora solo ha comenzado el prólogo. Me refiero al ciclo del Himalaya. Seguramente también el Himalaya vivirá fases sucesivas, similares a las que hemos registrado en los Alpes. Y el día que se acorten las distancias

y se facilite el acceso, que se organicen las bases de ese fantástico reino de gigantes, entonces el amor a las alturas vivirá una increíble recuperación y volveremos a comenzar casi desde cero. Y en las viejas sillas de nuestro Club Alpino, entre fotografías que amarillean de la reina Margarita en Gnifetti y de Comici en los extraplomos del norte de la Grande, un viento remoto llegará del K2 o del Everest, trayendo consigo un soplo de juventud nueva.

Corriere de la Sera,
8 de mayo de 1953.

Heroica hazaña de guerra celebrada en la Piccola Tofana

En el refugio Dibona, bajo los fabulosos picos de la Tofana di Rozes, don Pietro Hoffmann, un joven y elegante sacerdote de Cortina —que recita el *Pater Noster* sin asomo de acento alemán— ha celebrado una misa de campaña por los alpinistas caídos allí en la Primera Guerra Mundial.

Con esto se pretende sellar el cumplimiento de una singular empresa: la reparación, medio siglo después, de la célebre galería del Castelletto, excavada en 1916 durante seis meses de tremendo trabajo para hacer saltar una gigantesca mina bajo las posiciones de los austríacos, que ocupaban la cima.

El Castelletto es una prolongación de la Tofana que, formando una especie de torre, domina la carretera de Falzarego. Es fácil entender la importancia que tuvo, desde el punto de vista militar.

Si pensamos en ello, en la actualidad parece cosa de locos. Los encargados de hacer el terrible agujero fueron, a las órdenes del coronel Tarditi, los subtenientes Eugenio Tissi y Emilio Malvezzi. Tissi, herido de un disparo de escopeta, fue sustituido en la última fase de los trabajos por el subteniente Mario Cadorin. Era hermano de Attilio Tissi, el gran sextogradista italiano de los años treinta, muerto en un accidente absurdo hace algunos años cuando bajaba de la Cima Oeste de Lavaredo.

Después de la última guerra Attilio Tissi se empeñó en hacer accesible el vertiginoso túnel, y se colocaron en él escalas y cordones metálicos. Pero enseguida volvió el paso a ser impracticable, al menos para el turista medio.

Esta nueva reparación, que lo capacitará para su uso, ha sido posible desde el punto de vista económico gracias a la sección del Club Alpino de la

Banca Commerciale de Milán; en su aspecto práctico ha influido la pasión de los guías de Cortina, con Lino Lacedelli, escalador del K2, a la cabeza.

Anteayer me acompañó Lacedelli a visitar el histórico agujero, que causa una grandísima emoción por dos motivos.

El primero, resulta difícil creer que con los medios técnicos de hace medio siglo, en un entorno tan áspero y salvaje, bajo el fuego continuo del enemigo y entre mortales tormentas de nieve y horrendos desastres físicos de toda índole, consiguieran aquellos hombres llevar a término una tarea tan ambiciosa y complicada.

Uno se queda impresionado porque al recorrer el empinado túnel se experimenta durante algunos minutos la sensación de revivir aquellos tiempos, que hoy se consideran legendarios.

En este sentido la recuperación de la galería es un plan muy inteligente. Porque en los campos de batalla no suelen quedar trazas de la batalla. Pero aquí la guerra ha dejado una impronta indeleble.

La galería del Castelletto es por tanto una cosa viva, no un museo. Y aunque sea en condiciones de extrema seguridad, el visitante repite la experiencia de los alpinos en la guerra.

Se diría casi que aquí el tiempo no ha pasado y, cuando se sale de nuevo al exterior, el contraste con las rocas circundantes es violentísimo: allí la guerra ya no se ve, por mucho que Lacedelli me explique que hubo un tiempo en que aquí la cresta del Castelletto se unía con el macizo de la Tofana di Rozes, aunque ahora lo que vemos es una profunda silla excavada por la explosión.

Lino Lacedelli se ha vuelto más recio que cuando lo vimos regresar, victorioso, del Karakórum. A pesar de que ha perdido medio dedo pulgar a causa de la congelación, es raro encontrar una manifestación tan absoluta de energía física como la que él despliega, energía que está al servicio de un ánimo fuerte y de una cabeza que sigue en su sitio, como se comprueba al cabo de diez minutos de conversación.

Para estar seguro de que las cosas se hacían bien, Lacedelli no ha querido contar con la colaboración extranjera. Las obras han sido supervisadas personalmente por los guías. Y continuarán esta semana: se arreglará un rellano que conectará el Castelletto con la vertiente este de la Tofana di Rozes: será una de las más brillantes rutas de escalada de los Dolomitas.

Para visitar la galería del Castelletto no es necesario ser acróbata: solo se necesita un poco de confianza con la montaña. También es indispensable una

linterna o una antorcha eléctrica, o mejor aún: una de esas lámparas que se ponen en la cabeza, como las de los mineros.

El primer tramo es una pared que se supera con unos cordones metálicos y escaleras también metálicas. La escalera original, de madera, aún existe: está en un ángulo muy pronunciado, pero no conviene fiarse de ella.

La segunda escalera de hierro nos lleva hasta una estancia doble excavada en una cueva natural. Eran dos salas, una para el oficial y otra para los alpinos. No hay nada más. Nos imaginamos las literas de entonces, la mesita con la escribanía, la pequeña estufa, las fotografías de los seres queridos pegadas a las paredes, la intimidad de aquella absurda caseta.

Enseguida comienza la galería propiamente dicha, que sube en zigzag por el corazón de la roca a lo largo de un centenar de metros; el último tramo tiene un trazado helicoidal. El primer trecho recto tiene más de cien escalones de madera, casi todos nuevos; al lado derecho hay un pasamanos hecho de cordón metálico que ayuda a subir. Al coronar esta galería se gira a la izquierda y se llega a un ventanuco que da a un camino escarpado y que servía para descargar los materiales.

Varios carteles explican: sala de compresores Sullivan, sala de compresores Inghersoll, galería de la mina (tercera obstrucción), galería helicoidal de la tercera tronera. Y seguimos: poco a poco el camino se hace más pendiente y unas muescas en la roca sustituyen a los escalones; comenzamos a jactear.

Se dice que en los días ventosos el aire, al entrar en el túnel, hace sonar voces extrañas. Se oye llamar y blasfemar a los antiguos alpinos. Y también sus canciones, por la noche. ¿Será verdad?

Se sale por la pared, poco después de la silleta excavada por las explosiones. Naturalmente, la sala desde donde se produjo la voladura ya no existe. Se emplearon treinta y cinco toneladas de gelignita. La deflagración se produjo a las tres y media del once de julio de 1916. Fue el fin del mundo. En Cortina temblaron los cristales y alguno se hizo añicos. Veinticuatro *Kaiseriäger* austríacos quedaron sepultados por la avalancha de piedras, y otros cien fueron narcotizados por el gas de la explosión. Barracones, posiciones, *blockhaus*... todo al suelo.

El efecto inmediato no estuvo sin embargo a la altura de lo esperado. A la parte alta de la galería, invadida por el gas, no se podía acceder. El canalón que hay entre Castelletto y Tofana, desde el que se iba a lanzar el ataque, quedó tan dañado que todo lo que había a su alrededor se desmoronaba. Pero la hermosa obra de los alpinos, entre los que recordamos también al heroico

mayor Alberto Neri, superó todos los obstáculos con acrobacias y osadía casi increíbles. Las metralletas disparaban desde lo alto de una complicadísima chimenea que había escalado, junto al guía valdostano G. Gaspard, el subteniente Ugo de Vallepiana, es decir, el actual presidente del Club Alpino Accademico. Dos días después, el coronel Tarditi podía comunicar: «Tengo dos cañones sobre la cima del Castelletto».

Desde el Averau el rey y el general Cadorna habían asistido a la memorable acción gracias a unos binoculares.

Pero ahora reina allí un inmenso silencio. Desde la salida de la galería se pasa a un rellano y luego a un canal de roca y hielo. El novísimo sendero, siempre provisto de cordones metálicos, nos lleva de vuelta a la base del Castelletto, bajo la horquilla de Col dei Bos.

Aquí se ven los restos de una ciudadela destruida, que un día bullía de actividad llena de soldados y luego fue aniquilada, hace ya cincuenta inviernos. Hay restos de barracones, de caminos, de trincheras, de retículas, de cuarteles. Pero humano, nada. Solo en la horquilla de Col dei Bos, a los pies de un pequeño mojón, quedan cascos cubiertos de musgo, gábatas, cazuelas, cinturones, botas de hace medio siglo.

La misa de esta mañana no ha conseguido resultar solemne, de tanto como resplandecían el cielo y las paredes inmensas. Con Lino Lacedelli estaban De Lazzer, asesor del alcalde de Cortina; el mayor Aversa, director del curso de alpinismo del batallón Cadore, que está acampado en el Passo di Falzarego con un pelotón de alpinos; el presidente del Club Alpino de Cortina, Bepi De Gregorio; el teniente Nobili, de la policía y, junto a una cincuentena de socios, Angelo Cavallotti y Nino Sironi, dirigentes del Club Alpino de la Banca Commerciale de Milán, promotores de las obras del Castelletto.

Poca gente, porque con un día tan bueno casi todos estaban de excursión en la montaña. Sin embargo, ninguno estaba escalando las tres vías de sexto grado del Pilastro della Tofana. A las plegarias entonadas por don Pietro Hoffman respondían las rocas que envolvían los gritos de los cuervos.

Corriere de la Sera,
26 de septiembre de 1966.

Mi Belluno

Tengo que decidirme por fin a escribir algo de la tierra en la que nací. Hace ya cientos de años que tengo ganas de hacerlo, pero nunca consigo empezar. ¿Por qué se producirá este fenómeno tan curioso? Si un italiano cualquiera, de cualquier región, proclama que su tierra es fantástica, que hay en ella monumentos y paisajes maravillosos y todo eso, nadie encuentra motivo de contestación. Pero si lo digo yo de mi tierra, si digo que es uno de los lugares más bellos no ya de Italia, sino del globo terráqueo, todos se caen de la nube y me miran con divertida curiosidad. Mi patria, de hecho, se llama Belluno y aunque es capital de provincia, he constatado hace décadas que casi nadie — sobre todo los belluneses— saben dónde está y muchos incluso ignoran su existencia.

Entretanto, para empezar, los pocos que creen saber algo de Belluno se equivocan dos veces. «¡Ah, Belluno!», exclaman indefectiblemente. «¿Está en Friuli, no?» Pues no, en absoluto. En primer lugar, porque no se dice «Friuli». Se dice «Friùli», con el acento en la «u». Y sobre todo porque Belluno no está en Friùli, que corresponde al valle del Tagliamento. Belluno se encuentra en la orilla del Piave.

Y hay otra cosa que me mortifica. Mi tierra es famosa entre los italianos por ser un vivero de excelentes empleadas domésticas. Nodrizas, niñeras, camareras, doncellas, sirvientas: esa es la gloria del arrabal que me ha dado la cuna. A mucha distancia les siguen algunas celebridades: Girolamo Segato, petrificador de cadáveres; el doctor Pagello, amante de George Sand, y el papa Gregorio della Colomba. Pero son celebridades bastante exiguas, la verdad, cuyo conocimiento se restringe al ámbito de las personas que llamamos cultas. De manera que, en la mente del italiano medio, la palabra «Belluno» atrae solo dos pensamientos: Friuli, con el acento mal puesto, y las sirvientas. Por lo demás, nada de nada.

El fenómeno no se debe a la maldad de los italianos, sino al emplazamiento geográfico de la ciudad. Porque por Belluno pasa mucha gente, en invierno y en verano, pero muy pocos se quedan. La gran mayoría ni siquiera se para a echar un vistazo: son los Dolomitas los que les esperan allá arriba, y aquí no hay un minuto que perder.

Esto de los Dolomitas y de Cortina es lo que ha provocado el eclipse de Belluno. Imaginen —y voy a poner un ejemplo un poco forzado— que en la casa donde vive Marilyn Monroe habitase otra muchacha, magnífica pero no tan espectacular como Marilyn, aunque tuviera sus mismos méritos y que en determinados aspectos fuera más pura e incluso más interesante. ¿A quién iba

a importarle? ¿Quién la conoce? Para el gran público, aquella sería la casa de Marilyn, y se acabó.

Pues imaginen lo que ocurre si está uno —como el que suscribe— embrujado con los Dolomitas. Los Dolomitas son una de las cosas más bellas de la creación y Cortina d'Ampezzo, con diferencia, el centro de esquí más espléndido, divertido, alegre y *chic* de todo el continente, incluida Suiza. Pero ¿por eso hemos de olvidar por completo a Belluno, que está justo a la puerta de los Dolomitas?

Mientras, para poner los puntos sobre las íes, empecemos por decir que los Dolomitas también están en Belluno y que hay también otras montañas que no son Dolomitas y juegan al despiste. El Schiara, que está justo encima, tiene una pared perfecta con colores maravillosos y su altura es la misma que las cumbres más famosas. Y de su última cresta, graciosísima —la Gusella del Vescovà, o Aguja del Obispo—, sale un pináculo bellissimo y muy osado, un monolito de cuarenta metros. Si nos giramos y miramos al fondo del valle veremos el Duranno, con otra pared también muy grande. Y si echamos un vistazo a la zona de enfrente, en medio del escarpado escenario que constituyen los Prealpes, se entrevén las famosas Pale di San Martino. Pero basta por ahora con todos estos datos de Baedeker. Era solo para que se hicieran una idea.

Lo cierto es que por muchas cosas bellas que tenga, Belluno no son los Dolomitas, eso tengo que admitirlo. Belluno y su valle tienen todavía una personalidad especial, que les da un encanto extraordinario, pero que pocos aprecian. ¿Por qué? Porque en «Val Belluna» se produce una fusión maravillosa, casi increíble, entre el universo de Venecia (con su serenidad, la armonía clásica de las líneas, el refinamiento de lo antiguo, el marchamo de su inconfundible arquitectura) y el del Norte (con sus montañas misteriosas, los largos inviernos, los cuentos, los espíritus de las cavernas y de los bosques, aquella sensación intraducible de lejanía, de soledad y de leyenda).

Y ahora enumeraré aquí algunos de los rasgos que a mí me resultan más queridos:

LAS CASAS. En la ciudad, repito, tienen el aire clásico de Venecia, el que se encuentra en todos los centros urbanos que forman parte de la República. En pequeño, son imitaciones con ecos más o menos lejanos de los famosos *palazzi* que se asoman al Gran Canal. El balcón central con el ajimez, los dos leones en las esquinas de la balaustrada, los postigos que se doblan, el remate de piedra de las ventanas, esa expresión cordial y digna de los señores. Pero apenas salimos de la urbe y, aunque es cierto que cada año

hay menos, nos encontramos con grandes casas de campo con sus balconadas de madera, el cuerpo saliente de la gran chimenea cuadrada, en torno a la cual se sienta las noches de invierno la familia y esas extrañas superposiciones y añadidos que cuentan largas historias de muchas generaciones. Aquellas casas han venido del mar; estas otras, de la montaña. Conviven, con pocos metros de separación, dando al lugar un aspecto extraño e irreal.

LAS VILLAS. Aquí y allá, en el campo y en las colinas circundantes, surgen las antiguas villas. No importa que no sean de esa nobleza triunfante que tienen las del Terraglio. Como las famosas villas vénetas, emanan el orden y la serenidad de esa vida que aún se lleva en algunos lugares, aunque se haya reducido a la mínima expresión. Entre mis recuerdos de infancia tengo la visión, casi ingenua, de veranos felices en las moradas patriarcales rodeadas de jardines donde se reunían las grandes familias y se jugaba, se leía, incluso se estudiaba. Por la noche venían los amigos de las otras villas y aquel aire de despreocupación salía por las ventanas y los patios iluminados, en medio de la noche, entre el sonido lejano de algún piano. Una sociedad de gente afable y llena de dignidad, tan discreta y humana, que no inspiraba inquinas. ¿Y si esto no fuera más que una fantasía imaginada por un niño, un cuento, una construcción literaria? No, nada de eso. Incluso hoy se producen en verano esos encuentros de parientes y amigos en las villas que aún quedan en pie. Lo que ya no hay, se entiende, es el encanto de hace un siglo. Aunque quede alguna traza.

LOS VALLES. Existen en nuestra tierra valles que nunca se han visto en ningún otro lugar. Idénticos a los paisajes de algunas estampas antiguas del Romanticismo, que nos hacían pensar al verlas: «Esto es todo falso, no existen lugares así». Pues sí, existen: lugares igual de solitarios, con los mismos precipicios inverosímiles, medio escondidos entre los árboles, los matorrales colgando sobre el abismo, las cascadas de agua y, en el sendero, un caminante misterioso. Menos espléndidos, es cierto, que los altos valles triunfales de los Dolomitas, rodeados de blancas *crode*, pero más enigmáticos, íntimos, secretos. El valle del Mis, por ejemplo, con sus pequeños valles laterales que se adentran en un enredo de montes salvajes y sin gloria, por donde pasa si acaso un loco cada trescientos años. No son alegres, si me apuran: son algo hoscos, oscuros. Pero resultan conmovedores por las historias que cuentan, por su aire de otro siglo, por la soledad que transmiten, equiparable a la del desierto.

LAS CALLES. Pequeñas calles lisas, sin asfaltar, llenas de polvo blanco, rodean las faldas de las colinas, de los primeros montes herbosos, y penetran en los valles laterales formando armoniosas volutas. Calles similares, tan quietas, tan recónditas, tan familiares, llenas de romanticismo... no hay tantas en Italia. Recorrerlas en bicicleta o con un vehículo silencioso es un placer raro hoy en día. En las noches de luna resplandecen entre las sombras negras de los árboles y en los prados azules con una intensidad casi magnética. ¿Qué habrá allá al fondo, pasada la curva? Desde casas invisibles los perros se responden unos a otros con tristes ladridos, a kilómetros de distancia. Si seguimos andando, ¿adónde llegaremos? ¿A un pueblecito medio dormido? ¿A una villa donde celebran una fiesta? ¿A un castillo en ruinas? Tal vez allá abajo alguien nos espera.

EL MISTERIO. A dos pasos, se puede decir, de una ciudad animada y serena como Belluno, hay lugares excepcionalmente misteriosos. Miremos hacia el Mas, donde termina el valle de Agordo: ¿ven una barrera llena de despeñaderos, con formas extrañas, donde el verde de la hierba y de los matorrales se insinúa en las gargantas y en los llanos, y hasta en las crestas? Son los montes del Feruc, seguramente los más agrestes de Italia, y también los menos conocidos. Existen en ese laberinto rupestre vagas trazas de antiguos senderos que se encaraman por pendientes muy pronunciadas y que la vegetación ha ocultado casi por completo. Sobre los contrafuertes más bajos se ve de cuando en cuando un cazador insensato o un campesino buscando leña. Solo se han hecho dos exploraciones: la de Arturo Andreoletti, antes de la otra guerra, y la de Ettore Castiglioni, antes de esta última. Hay allá arriba paredes bellísimas y picos aún vírgenes. ¿Pero, a quién le apetece verlos? Solo para llegar a la base hacen falta varias horas de devastador esfuerzo subiendo llambrias muy pronunciadas, luchando contra la pendiente, los matorrales, las hierbas. Así que pasan los años sin que nadie ponga el pie allí.

Los Feruc son el extremo, pero a su alrededor, a lo largo de las primeras formaciones de los Prealpes, hay muchos otros rincones escondidos que conservan intactos los encantos agrestes de la naturaleza primitiva. Y aunque nadie piensa en ello, desde allá arriba bajan, y caen sobre el valle del Piave, muchos cuentos de espíritus y magos.

LAS NUBES. Por la tarde, sobre todo en otoño, se forman sobre el Col Visentin nubes de excepcional belleza. No se ven nubes así de espléndidas ni

siquiera sobre los grandes desiertos de África, tan célebres por este tipo de fenómenos. Se agolpan dando lugar a inmensas estructuras arquitectónicas y resplandecen un buen rato cuando ya ha caído la oscuridad sobre el valle, enviando reflejos mágicos. No sería extraño que desde Australia o Brasil vinieran turistas solo para verlas. La materia de la que están hechas no es esa tan basta de las nubes oceánicas: es fina, densa, casi carnal. Sus formas pálidas y violáceas repiten, magnificándolas, las fantásticas perspectivas de las montañas que se alzan por los alrededores. En la cumbre los blancos pináculos se tuercen lentamente, en continua metamorfosis, narrando largas epopeyas de caballos, de banderas, de palacios, de obispos, elefantes, bailarinas, dragones, amores y batallas. A veces, por jugar, fingen que son los propios Dolomitas, y durante algunos minutos se quedan inmóviles como si fueran de piedra. Selvas de torres enormes, salientes, con paredes de miles y miles de metros con extraplomos como no hay en el mundo. La ilusión es tan perfecta que durante algunos instantes nos preguntamos si habrán surgido de la tierra, milagrosamente, unos picos tan altos como el Himalaya. Y el ojo empieza a buscar en esos terribles precipicios una posible vía de subida cuando de pronto las rocas se repliegan hacia un lado, disolviéndose grotescamente, destruyéndose en silencio.

EL TIEMPO. No es que Belluno y los belluneses se hayan quedado atrasados. Los signos de nuestro tiempo, los buenos y los malos (como alguna desafortunada demolición en la bellísima plaza de los Mártires para dejar sitio a los edificios modernos), también se ven aquí. Y la gente, sobre todo los que viven en la ciudad, son cualquier cosa menos retrógrados. Pero en algunos puntos del valle se diría que el tiempo se ha detenido cincuenta años atrás, hace un siglo, hace tres siglos. La naturaleza, los prados, las plantas, las calles, las casas... todo tiene el sabor de las cosas antiguas. Voy a intentar explicarlo mejor: a veces, cuando leo ciertos libros que hablan de otros tiempos, no puedo evitar pensar lo hermoso que sería poder vivir aquella vida, porque tengo la sensación de que la vida de entonces era infinitamente más plena, rica en vivencias humanas, pintoresca e imprevisible. Obviamente todo depende de una ilusión óptica o, simplemente, literaria. Pero la nostalgia de las cosas que no hemos conocido (y esta es la única explicación) es intensa. En muchos lugares de Val Belluna se puede creer perfectamente que vivimos, pongamos, a mediados del siglo XIX. Sin embargo, hasta ella llega el zumbido machacón de alguna motocicleta lejana, naturalmente. Pero el aura del pasado es lo bastante intensa para acallarlo. Esa sensación no la proporcionan otros

lugares infinitamente más solitarios, sitios que han permanecido inmutables a lo largo de miles de años, como por ejemplo las montañas. En las montañas no se nota esa sensación de lo pretérito como en algunos de nuestros rincones, que a lo largo de los siglos o solo en unas décadas han sufrido quién sabe cuántas metamorfosis.

¿Y qué ventaja tiene esto?, preguntará alguno. ¿Es cierto que en otros tiempos se vivía mejor? No. Puede incluso que se viviera peor que ahora. Pero aquellos tiempos ya se han ido, y no se repetirán en todos los milenios que dure el mundo. Solo por esto, aunque no lo fueran, nos parecen ahora maravillosos. Y encontrarse inmerso en ellos, aunque sea por obra de un ensalmo pasajero, es un lujo raro y exquisito.

L'Illustrazione del Medico, 1959-1960.

Pale di San Martino

¡Ah, Pale di San Martino! ¡La vieja, la patria! Subo por el valle en coche y la miro. Allá arriba está mi juventud.

Y ya no queda nada.

Me engañaba pensando que dejaría algo de mí para siempre en aquellas rocas tan valientes, sólidas y honestas, con inteligentes asideros pequeños, tan valiosos, situados en el punto justo, que escribiría algo sobre ellas que perdurara. Ahora, sin embargo, paso por abajo en coche, las miro y sé que no volveré, no volveré a subir sus paredes aunque todos los comienzos de verano me haga ridículos propósitos de reconquista.

¡El camino de la Rosetta! Allí me encontré ante un montón de materia cerebral de colores delicados. No tenía aún ni veinte años.

Mi mochila, que sale volando y cae por la horrible pared helada del Cimone.

El guía alpino, que me dice: «Lo siento, no le creo, es imposible», cuando dos muchachos —Sandro Bartoli y yo mismo— por el Winklerkamin della Madonna... ¡ah!

Y Gabriele Franceschini, guía, amigo, espíritu de la tierra, que a la mitad de la Schleierkante, en el dorso de la desmesurada pilastra, declama una poesía que le ha quedado un poco coja: «Vagan por los bosques, se sientan en las rocas, vuelan por riberas y senderos umbríos».

Imposible.

Ya no sucederá más.

De mí, allá arriba, no ha quedado nada.

Y no es que me sienta cansado, o enfermo, o viejo, figúrense.

Siempre en forma, como entonces, ¿hace falta afirmarlo?, aunque hayan pasado setecientos años.

Sois vosotras, montañas de la Pale, las que no sois las mismas.

De unos años a esta parte habéis cambiado. ¿Por qué?

¿Por qué os habéis vuelto tan grandes, tan altas, que ya no se consigue llegar a vosotras? ¿Por qué os habéis vuelto tan escarpadas? ¡Es absurdo! Y cuando se acerca uno al ataque, ¿no falta el aliento? ¿Quién puede tener verdaderos deseos de escalaros, sino un loco?

¿Por qué os habéis vuelto tan frágiles? Hasta el Campanile Pradidali, que era todo de cristal. Hasta la Torre de Valgrande, que antaño era toda de hierro. Hasta la «Este» de Sass Maor, que en aquellos tiempos de ilusiones me imaginaba escalando. ¿Por qué os habéis quedado tan deterioradas que solo con tocaros os desmoronáis y caéis con horrible estruendo, se derrumban vuestras piedras y nos entra el miedo? Ya está bien.

Ya no sois las que erais, ya no me fascináis. Adiós, adiós. Bajo triste por el valle, montado en el coche.

Corriere d'Informazione, 6-7 de septiembre de 1966.

LAS MONTAÑAS

¿Qué ha ocurrido en mis viejas montañas? Solo Dios lo sabe. Yo hago examen de conciencia. ¿Tal vez las he abandonado? ¿He dejado de prestarles atención? ¿He olvidado dar señales de vida en los recorridos preceptivos? ¿He hablado mal de ellas con mis amigos? ¿He puesto por encima de ellas a cualquier otro bien material o criatura de la tierra? No, desde luego. Pero la relación entre nosotros ha cambiado radicalmente. Todas las veces que las he subido —y lo he hecho con suma frecuencia— desde la llanura, el valle en el que nací, y casi de repente, a mano izquierda, detrás de las selváticas gibas herbosas de los Prealpes nacionales, despuntaban las cumbres extremas de los Dolomitas como un arcano espejismo con ese color suyo indescriptible; y luego, mientras yo iba avanzando, tenía lugar el espectáculo de las paredes en su aterradora y adorada soledad: entonces yo sentía en mi interior algo que era a un tiempo doloroso y exquisito. Y esto es porque ellas, las viejas montañas, me reconocían inmediatamente y me llamaban para que fuese hacia ellas. «Vamos, no pierdas el tiempo», parecían decirme. «Deja el coche, coge el sendero que tan bien conoces y vuelve con nosotras. ¿Ves, encima de la Pala,

una enorme fisura torcida que parece imposible? ¿Ves allá, en la cresta sur, aquel pequeño pináculo tan gracioso que parece un monje encapuchado? Pues nadie ha pasado por allí. Nadie se ha encaramado a la cabeza del fraile. Podrías hacerlo tú. No es tan difícil, ¿sabes? Pero aquí arriba serás feliz, por lo menos recuperarás la juventud y la paz de ánimo».

Y yo sentía entonces que aquella mezcla que había en mi interior se hacía más ardiente y tumultuosa. E invadido por los latidos del miedo, sin los cuales las montañas serían piedras cualesquiera, pero de mayor tamaño, iba en busca del amigo, mucho más dotado que yo, que me llevaría hacia arriba, por los palacios y las torres de la ciudad misteriosa.

Ahora, sin embargo, subo desde mi valle y de repente, como hace tantos años, en el mismo punto, aparecen allá arriba, como espejismos, las puntas de campaniles y minaretes; poco más allá se extiende la majestuosidad de las grandes murallas. Pero es como si no me vieran, como si yo no existiese. Ya no me invitan. No me llaman más con aquella voz misteriosa que calaba las entrañas. Se han quedado ahí, inmóviles, frías, taciturnas, cerradas en una suprema indiferencia. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me he convertido en un extraño? ¿Qué mal les he hecho?

¿O tal vez todo es cosa mía, y se ha apagado el amor?

De «Cambiamenti», *Le notti difficili*,
Mondadori, Milán, 1971.

El símbolo máximo de la suprema quietud

Ahora que, a causa de la edad, he tenido que renunciar a escalar... (un acontecimiento que en tiempos me parecía absurdo, sinónimo de final y, por lo tanto, extremadamente lejano, pero que también me ha sucedido a mí).

Ahora que, cuando salgo a la llanura y veo aparecer en el fondo del valle las cimas amadas, que resplandecen de repente al sol las paredes con su color indescriptible, ese que nadie ha logrado definir bien, y relucen sobre las últimas crestas las candidas cornisas de hielo, como un espejismo inalcanzable.

Ahora que ya no siento aquel escalofrío prolongado, aquella trepidación, aquel afán, irrumpir con un deseo casi carnal, haciéndome vibrar entero, sino poco más de un toquecito, un estremecimiento casi imperceptible, que todavía hoy subsiste aunque yo sepa bien que no podré volver allá arriba y que tendré

que conformarme con mirar las rocas, los murallones, las columnas, los siniestros canalones, igual que los miran los forasteros, los que son ajenos a nuestra secta alpina, esos que no saben nada de la montaña.

Ahora que, cuando subo en el coche, las viejas *crode* y las fortalezas embrujadas, las torres, las ciudadelas encantadas, los palacios solitarios con sus pináculos de filigrana, los vítreos minaretes ya no me llaman, ya no me necesitan, ya no me lanzan ni la invitación más simple, porque saben que yo ya no los deseo, que no subiré más sus paredes y, por tanto, no cabe esperar que muera por ellos; ahora que saben, en definitiva, que me he convertido en un extraño, en una hormiga sin sentido.

Ahora que se ha cerrado para mí uno de los capítulos más bellos de la vida (aunque siga renqueando con los esquís, no tiene nada que ver con lo de antes; aunque la posesión de los Alpes, eclipsada y mortificada por el día, continúa acompañándome en el sueño con la obstinación y la intensidad de otros tiempos, por lo que todas las noches del año —y digo todas— excepto cuando estoy en la montaña, sueño con las montañas: escaladas decepcionantes y enloquecidas que todavía me ofrecen el atractivo del abismo).

Ahora que ha llegado el momento de quedarse atrás, que uno siente espontáneamente la necesidad de echar cuentas de lo que ha sido, puede surgir una duda: que la de la montaña no fuera más que una obsesión gratuita, una fijación, un sometimiento a alguna moda, una ambición egoísta y fatua, como todas las ambiciones. Y entonces me pregunto: ¿por qué la montaña ejerce una atracción tan poderosa y singular? Es tal que, cuando uno la deja —y este es un sentimiento que comparten decenas de miles de semejantes míos— cualquier otro espectáculo de la naturaleza parece insulso en comparación, casi mezquino, desprovisto de algunas cosas.

El interrogante es cualquier cosa menos marginal. Es más: me parece fundamental en el principio de este bellissimo libro que contempla los Alpes desde todos los puntos de vista; que habla de geología, de botánica, de zoología, de historia, de ecología, de geografía, de etnografía, pero que sobre todo se dirige a aquellos que aman la montaña, como yo digo. En el problema está la razón misma de esta empresa editorial.

Pensemos en el tipo de consecuencias, de repercusiones, que ha tenido este sentimiento, este amor por la montaña, del que los Alpes son la patria indiscutible. En poco más de un siglo puede decirse que ha transformado el rostro de los valles, ha insuflado oxígeno a organizaciones gigantescas, ha creado maravillosas carreteras, senderos, instalaciones de todo tipo, ha

inundado de manera muy fructífera la literatura y el arte y, en definitiva, ha traído al mundo este volumen.

¿Por qué de la montaña emana esa tremenda fascinación? El problema puede atacarse desde varias vertientes y puede dar lugar, ya me doy cuenta, a diversas soluciones, cada una de ellas con su propio camino. Según he leído, una de las teorías más inteligentes es la concebida por Samivel. Pero les ruego que me permitan exponer mi propia interpretación.

Conviene, lo primero de todo, despejar el campo de todo prejuicio, evitar conceptos confusos o evanescentes, mantenerse alejado del misticismo genérico de principiante, de la falta de moderación nietzscheana y de otras cuestiones que suelen contaminar la literatura alpina.

Después de esto el primer paso será determinar qué es lo que diferencia a los Alpes de los demás aspectos de la vida en la naturaleza. Y para hacer esto el mejor método es el de prueba y error, eliminando las características que no son exclusivas de la montaña.

Hay cuatro elementos que se presentan a examen: la soledad, la inmensidad de las proporciones, su condición de salvajes y la lejanía. Pero si todos estos contribuyen a crear esa fascinación, ni la soledad ni las proporciones ni la condición de salvaje son características exclusivas de las montañas, pues si lo fueran deberíamos sentir una sensación idéntica en el mar, en el desierto o en las selvas vírgenes, que son lugares solitarios, inmensos y salvajes.

No se trata tampoco de la lejanía, que por sí misma promueve en nosotros deseos y esperanzas inefables y que en navegación, por ejemplo, hace parecer sumamente deseable —y distinta de las aguas que la rodean— a esa tira de mar que vemos en el lejano horizonte, sobre la que resplandece una luz especial, promesa de una felicidad desconocida.

La «diferencia específica» no puede ser tampoco la extraordinaria fantasía y variedad de formas de sus paisajes; el triunfo de lo pintoresco, por así decirlo. Hemos de reconocer que también el mar, las llanuras, la selva, pueden ofrecer visiones espectaculares e inspiradas.

Igualmente, descartamos el oscuro respeto que nos infunden las cosas muy antiguas. Y el misterio (porque cuando estamos abajo no sabemos qué nos ocultan). Y el tema de la extrema pureza sin contaminar. De tales cualidades también los mares y los desiertos son partícipes, y de ellas recaban, por cierto, su espiritual belleza.

¿Qué excepcionales atributos distinguen, entonces, a la montaña? Yo creo reconocer sobre todo dos: su escarpadura y su inmovilidad.

La escarpadura multiplica la sensación de lejanía y, por tanto, las maravillosas esperanzas a las que antes me refería; hace parecer muy remotas, casi inalcanzables, algunas crestas que están apenas a un centenar de metros de nosotros. Y crece la sensación de misterio también, pues un enigma nos fascina más cuanto más arduas y peligrosas son las barreras que nos impiden acceder a él.

Pero lo más importante, con diferencia, es el segundo de los dos atributos: la inmovilidad, que caracteriza también a otras formas de la naturaleza, como los desiertos. Pero nunca en conjunción con la escarpadura. Además, en los desiertos —¿cómo decirlo?— la inmovilidad está tan dispersa, ocupa un área tan extensa, que nos parece disminuida, y la propia llanura del terreno parece eludir nuestra participación. En los desiertos la inmovilidad se manifiesta solo en dos dimensiones, mientras que en la alta montaña se impone con masas grandiosas y tridimensionales y, por ello, su evidencia es la máxima posible. En este sentido la inmovilidad de un pico modesto adquiere, en un espacio limitado, una cualidad comparable a la de una vastísima landa. Por lo demás, no se puede negar que con frecuencia los desiertos, precisamente a causa de esa propiedad, suscitan una emoción no muy diferente de la que se experimenta en la alta montaña.

Ahora queda por explicar por qué es en el estatismo de esas masas montañosas donde puede encontrarse el origen de la incomparable emoción que se apodera de nosotros al contemplarlas.

El motivo, creo yo, está en la tendencia del hombre a un estado de tranquilidad total.

¿En qué se afana la gente, día y noche? ¿Con qué fin trabaja, amasa dinero, persigue fama y poder, si no es para tener un día la posibilidad de disfrutar el resultado de tanto esfuerzo, estar completamente libre de tantos compromisos y ataduras, y descansar? Esta es una verdad antiquísima, ilustrada por muchos filósofos... No hace falta volver a demostrarla.

Y no importa si se trata de una pura ilusión, porque el hombre, una vez que ha atrapado la posibilidad de pararse, mira a su alrededor confundido, midiendo como nunca antes la miseria de su condición, y añora los tiempos del maldito trabajo (amarga contradicción que es nuestra antigua condena).

Sí, el hombre tiende inconscientemente a conquistar la quietud. Y precisamente por eso la vista de la montaña, modelo perfecto del estado al que tiende, le proporciona una sensación de complacencia. Pero no solo eso: surge además en él un confuso deseo de adherirse, de adecuarse, de identificarse de alguna manera con tanta inmovilidad, de conquistar, en

definitiva. De ahí el alpinismo. El hecho de que las montañas terminen en punta facilita nuestro afán de poseerlas, algo que en el caso del desierto sería imposible, pues todos sus puntos se encuentran aproximadamente a la misma cota y falta, por tanto, algo de lo que tomar posesión.

Pero vayamos más allá: la inmovilidad de la montaña nos parecerá, seguramente, el máximo símbolo de la suprema quietud a la que el hombre tiende por vocación y por una tentación imposible de vencer; una quietud que lleva implícito el nombre de la muerte. Y al mismo tiempo, por el contraste con todo lo que se mueve, excita en nuestro inconsciente el recuerdo del destino común, como si dijera: «Cuando vosotros ya seáis polvo y nada, nosotras las montañas no nos habremos movido ni un milímetro».

¿Hemos de deducir que el sentimiento de la montaña es esencialmente triste? Absolutamente. Como se constata por el movimiento, por la excitación y el trabajo, de una subida pasamos a un estado de inactividad y soledad. El ánimo se queda entonces sereno, pero en las horas de sol, mientras contemplamos tendidos las rocas y glaciares que pocas horas antes conquistamos, cae sobre nosotros una incomprensible melancolía.

Para confirmar nuestra interpretación tenemos una circunstancia más: muchas personas, incluso personas de gran inteligencia y sensibilidad, no soportan la montaña. No es que permanezcan indiferentes a ella: es que la aborrecen, les provoca una especie de opresión. Probablemente se trata de personas que, en cierto sentido, son menos ingenuas que nosotros, personas que aceptan más claramente, aun sin ser conscientes, la cruel verdad que esas rocas eternas sobreentienden, y se sienten impulsadas a huir de ellas.

Debemos decir también que la tentación de muerte que encierran esos herméticos perfiles, y la consiguiente necesidad de encontrar apoyo en cualquier cosa que esté por encima de lo humano, ennoblecen sin duda el alpinismo propiamente dicho: privado de tal sentimiento, el alpinismo se mide con el mismo rasero que cualquier otro deporte de riesgo como el motociclismo, la equitación o el salto mortal.

De la vaga conciencia de cuanto antecede sale, en fin, la retórica culta de la memoria de los escaladores muertos en ascensión. Nosotros intuimos que entre todos aquellos que aman la montaña, solo estos últimos han sabido realmente obedecerlas.

Esta es, por tanto, mi modesta teoría, que según creo puede explicar muchas cosas. Y que no puede entristecer en modo alguno al lector al comienzo de la fiesta visual e intelectual que promete este libro. Es más: ¿no es hermoso que precisamente por esas raíces tan profundas, que tocan las

leyes recónditas de los hechos, el encanto de los Alpes haya proporcionado tanto goce, tanta juventud, salud, poesía... tantas felices ilusiones?

Introducción a *Los Alpes*, edición de Carlo Graffigna.
Selección del *Reader's Digest*, Milán, 1971.

Capítulo V

Relatos

A partir de ahí la pared caía a plomo hacia abajo. Se asomó, pero no veía dónde terminaba. ¡Las montañas! Nunca las había visto desde tan cerca. Eran extrañas, exageradamente bellas, terriblemente equivocadas.

Noche de invierno en Filadelfia

Las montañas prohibidas

Una ley nos prohíbe formalmente ocuparnos de las montañas y escalarlas, hablar de ellas e incluso mirarlas, posiblemente. «Posiblemente» es la palabra del legislador, con una pretensión que —está claro— incluso él mismo consideraba excesiva. Porque las montañas están siempre sobre la ciudad, por la parte del septentrión, día y noche, con su esplendor.

Viene un extranjero a nuestra tierra y nos pregunta: «Por favor: ¿es aquel el Monte Mesola? ¿Es aquella la Cima de Lorra?». Y nosotros le respondemos con una sonrisa cortés, mirando al suelo: «Discúlpenos, señor, no sabemos, no somos expertos» y miramos a nuestro alrededor, sospechando la presencia de algún espía.

Ahora preferimos no mirarlas. Con un poco de buena voluntad se puede uno acostumbrar, para no disgustar a quien gobierna. Ahora es como si no existieran, porque están excluidas de los quehaceres cotidianos de la vida. Y aunque de cuando en cuando las roza involuntariamente una mirada, los ojos

bajan de inmediato, por prudencia, intentando olvidarlas cuanto antes. Si están claras o envueltas en nubes, llenas de nieve o quemadas por el solazo... ¿quién lo sabe ya? Ya no queremos ni siquiera saberlo: hasta ahí llega nuestro respeto por la ley, que probablemente no podemos entender pero que se ha promulgado por nuestro bien y el de nuestros hijos.

Hay quien con hábiles pretextos que nada tienen que ver con la prohibición, ya ha mandado atrancar todas las ventanas de su casa que miran al norte, para no caer en la tentación. Y ahora vive más tranquilo, sirviendo de ejemplo. Uno a uno se van cerrando los pórticos sombreados que dan al septentrión. En las habitaciones oscuras los niños juegan ahora chocando con las aristas de los armarios y, de vez en cuando, llorando de dolor.

Un vecino se ha hecho incluso construir una lujosa carroza que nunca, jamás, podrá circular por nuestras escarpadas calles. Pero las montañas ya no existen: desde el punto de vista de la ley, esta ciudad es una llanura sin accidentes, de modo que ese tipo de carroza es el más adecuado para circular por ella. Nadie se atrevería a afirmar lo contrario. Y toda esa obediencia a la autoridad, ¿no resulta conmovedora? Circula el maravilloso vehículo de un lado a otro de la plaza, de donde no podría alejarse sin sufrir daños irreparables. El propietario sostiene las riendas y recibe todo tipo de gestos de aprobación de los notables del lugar, asomados a las ventanas del ayuntamiento.

Están mal vistas las botas con clavos, las cabrias, los bastones herrados, los frisos con águilas, todas las cosas e imágenes que puedan invocar el recuerdo de las montañas. Y pensar que nunca estuvieron tan vivas, nunca fueron tan misteriosas como este año... Dicen que algunas noches, en los rincones más tenebrosos de ciertos patios secretos, los antiguos muros sobresalen confundiendo con tétricos baldaquinos de piedra por donde gotea el agua. Dicen que un alma perdida viene a susurrar noticias, que no encienden las linternas por miedo a contemplar su rostro; cuentan que viene a referir (nosotros nunca nos lo hemos encontrado, que el Cielo misericordioso nos guarde) y relatar cosas prohibidas: un desprendimiento en Val Lombrazza, la migración de los gamos, los senderos abandonados, aquel silencio. Los demás escuchan, ignorándose unos a otros, sin decir palabra para no traicionarse con la voz.

Algunas noches, en la casa atrancada, cuando se cierne sobre nosotros el cansancio de la jornada y nada de lo que nos rodea parece estar ya en pie, también a nosotros —lo confieso— nos da por hacer extraños discursos. En estas habitaciones somnolientas un amigo comienza de pronto a contar algo.

—Recuerdo que hace cinco años...

Luego se interrumpe, como si escuchara. Pero su voz tenía un acento... como si no estuviera habituada a aquellas palabras. Le miramos fijamente, maravillados, pero también con vagas esperanzas inconfesables. Él se sonroja levemente.

—Recuerdo que una vez... —prosigue dubitativo, como si advirtiera un peligro— iba yo solo, y oí que me llamaban.

—¿Dónde fue? —pregunta Fausto con ligera ironía.

—Era una voz profunda —continúa Antonio sin prestarle atención—. Decía: «Onio, Onio...» a dos metros de mí. Con una calma espantosa. Parecía que se estaba burlando de mí.

—Pero ¿dónde? —insistió Fausto.

—Me giré de golpe, pero no había nadie. Aunque hace ya muchos años de eso —añade, como si quisiera que le dejaran en paz.

Le escuchamos impacientes. No ha dicho lo que quería decir, evidentemente. Por un motivo bien claro ha callado lo más importante, y nos ha dejado impresionados. ¿A qué se está refiriendo exactamente? Si no fuese porque es Fausto... Es un buen muchacho, no se puede negar. Un amigo entregado. Y sin embargo, ¿quién puede decir que le conoce a fondo? Siempre con esa sonrisita irónica que no se sabe lo que esconde... Y ahora, por maldad, sigue insistiendo:

—Pero ¿dónde te ha pasado eso? ¿En tu casa?

—¿Cómo quieres que me haya pasado en casa? En casa no suceden estas cosas.

—Entonces, ¿por la calle?

—No, por la calle tampoco —responde Antonio secamente.

—Entonces, ¿en el campo? ¿Por los prados? —pregunta Fausto, burlándose de nuestra prudencia: alrededor de la ciudad no hay ni campos ni prados. No hay más que valles, bosques, rocas desprendidas, rocas de todo tipo y alguna pequeña ciénaga.

—Sí, en el campo —responde Antonio, casi ofendido—. Justamente, en el campo.

¿Qué más tendría que decir? Ahora nos miramos, buscando confirmación unos en otros.

Desde hace varios días parece que se oyen voces que vienen de las montañas. Tiene que ser noche cerrada, con las calles desiertas y los perros guardianes adormecidos y con la garganta cansada; tiene el viento que haber dejado ya de hacer chirriar el escudo metálico del bazar Provini & Lopez, en

aquella esquina. Y entonces sí: en medio de esa enorme quietud he oído en más de una ocasión a alguien —o algo— que susurraba en las montañas. Pero el viento, no: si fuera el viento se oiría también aquí, en la ciudad. Gente tampoco, porque los guardias inspeccionan sin descanso. Ni animales, porque los animales no susurran. Entonces, ¿quién? Podría ser todo sugestión, estrictamente hablando. Por otro lado el hecho no es inverosímil: las montañas no están tan lejos como parece. Justo detrás del ábside de San Silvestre, por ejemplo, se levantan las primeras piedras de la Rocca Priora.

Como no me atrevía a hablar de ello, terminé por concluir que tal vez era un capricho de la imaginación, aunque lo hice con el único fin de tranquilizarme. Desde que prohibieron las montañas la imaginación trabaja en secreto, dando vueltas al asunto como nunca lo ha hecho. Lo más fácil es que los sonidos sean fenómenos naturales que también se han producido en el pasado, pero en el pasado no estábamos toda la noche con las orejas levantadas, para oírlo todo. Tampoco se abrían con circunspección los postigos, a la una, a las dos, después de medianoche (naturalmente, después de haber apagado la luz de la habitación) para mirar una vez más el reino prohibido. Yo mismo he sorprendido a más de uno —incluso personas entradas en años, excelentes vecinos— inmerso en este ejercicio ilícito.

Pero esta noche Antonio, aun con reticentes alusiones, ha tenido el valor de hablar de ello, como hemos visto. Si realmente eso tan curioso le hubiera sucedido hace varios años, lo hubiera comentado enseguida. El hecho mismo es probablemente una invención absoluta. Nada más que una historieta para tocar, sin riesgos, el tema prohibido.

—¡Qué vergüenza! —dice al fin Fausto rompiendo el silencio, ahora ya sin bromear—. A fin de cuentas estamos entre amigos, ¿no? ¿O es de mí de quien no os fiáis?

—Qué ruindad... Vergüenza, ¿de qué? —respondemos simulando sorpresa—. ¿Qué tienes en la cabeza? Palabra que eres bien curioso. ¿Se puede saber con quién la has tomado ahora?

—Bueno, vamos a dejarlo —dice mirándonos con desprecio—. Buenas noches. Me marcho.

—Buenas noches, buenas noches —ninguno se atreve a retenerle. Oímos sus pasos cuando baja por la escalera de madera.

Nos quedamos en silencio, mortificados. A fin de cuentas, Fausto tiene razón. Sin embargo, el miedo ahora es aún más grande. Qué maravilla sería poder ser sinceros, qué maravillosa fuerza. Pero no. Una abyecta sugestión se ha apoderado de nosotros incluso en esa habitación segura; de nosotros, que

somos amigos desde niños y confiamos unos en otros. Hasta Antonio, atemorizado por el incidente, vuelve a la acostumbrada mentira.

—Quién sabe qué se le ha metido en la cabeza esta noche —murmura para liberarse del prolongado azoramiento—. ¿He dicho, tal vez sin darme cuenta, algo que le haya podido molestar?

—Tal vez no has dicho algo que le hubiera gustado oír —insinúa Pietro con insólita perfidia, tal vez para vengarse.

—¿Por qué? —pregunta Antonio obstinado por no lograr entender nada—. ¿Qué tendría que haberle dicho?

—Nada, nada —responde Pietro. Nosotros le miramos sin pensar. ¿También él quiere tentarnos? Acabaremos por no fiarnos tampoco del Pietruccio...

—¡Cuánto humo! ¡Qué aire tan cargado! —dice Alessandro, para desviar la conversación—. ¿Abro un poco la ventana?

—¡No, no! ¡Esa no! —exclama Antonio con una especie de ansiedad; luego, dominándose, para justificarse, añade—: Esa tiene el pestillo roto y luego no hay quien la cierre. Abre esta, mejor... Dios mío, perdóname —concluye, no pudiendo fingir más, y nos sonríe con amargura.

Alessandro se ha vuelto a sentar, sin abrir la ventana. En realidad, ni hay humo ni el aire está cargado, también esto es un pretexto miserable. Es mentira que no cierre el pestillo de esa ventana tras la cual están solo las montañas, llenas de noche, con sus largas caras negras y poderosas, suspendidas, oscuras, sobre la ciudad. Y nosotros no somos dignos de ellas.

Corriere Lombardo,
21 de abril de 1946.

Noche de invierno en Filadelfia

A primeros de julio de 1945 el guía alpino Gabriele Franceschini, que había subido solo al alto Val Canali (Pale di San Martino di Castrozza) para estudiar una nueva vía por la pared de Cima del Coro, divisó a unos cien metros de la base de la roca una cosa blanca pegada a la joroba de un extraplomo. Cuando pudo verlo bien, se dio cuenta de que era un paracaídas y se acordó de que en enero se había caído en aquella zona un cuatrimotor americano de regreso a Austria: siete u ocho de los tripulantes habían caído, incólumes, cerca de

Gosaldo. Otros dos, llevados por el viento, habían sido vistos tras las crestas del grupo de la Croda Grande, y no se había vuelto a saber de ellos.

Bajo el extraplomo se veían los hilos blancos mecidos por el viento: de ellos colgaba una cosa negra. ¿Era una bolsa para las provisiones básicas? ¿O era el cadáver del aviador, reducido por el sol, los cuervos, las tormentas? En aquel punto la pared era muy empinada, pero no difícil: tercer grado, más o menos. Franceschini no tardó en llegar al lugar y constatar que la cosa negra era una maraña de cintas: las que habían sostenido al aviador. Alguien las había cortado con un cuchillo. Sacó el paracaídas. En una terraza, un poco más abajo, vio un objeto rojo vivo. Era una cazadora de caucho doble con dos curiosas palancas metálicas. Movi6 una y, con un silbido, la cazadora se infl6: se llen6 de aire en un momento. Tenía escritas las palabras *Lt. F. P. Muller, Philadelphia (Pa)*. Más abajo aún Franceschini encontró un cargador de pistola con los cartuchos usados y, en el fondo, en el hueco donde se unían la roca y la nieve que llenaba el canal6n, una bota de franela de color verde militar. Y una bayoneta corta con la punta partida. Del hombre, ni rastro.

(Primero se había lanzado Franklin Gogger, e inmediatamente después, él. ¿Y los otros? Ya se había abierto su blanco paraguas y los demás ni siquiera habían saltado. Gogger iría unos cincuenta metros por delante de él. El estruendo de los motores se iba apagando, volviéndose imperceptible, como si quedara amortiguado por algodones.

Se dio cuenta de que el viento los iba impulsando, al tiempo que descendían, hacia fuera del valle, en dirección a las montañas nevadas. A simple vista, aquellas se iban enderezando: llenas de extrañas puntas, salpicadas de umbríos valles. Al fondo, el azul de la nieve.

«¡Gogger, Gogger!», llamó. Pero entre él y su compañero se levant6 de pronto una muralla que venía hacia él. Una pared vertical, amarilla y gris. De repente, se le ech6 encima. Extendió los brazos para amortiguar el golpe.)

Al bajar al valle Franceschini avis6 al comando americano más cercano. Volvi6 a subir doce días después, y en ese tiempo se había derretido gran parte de la nieve. Buscó durante un buen rato, inútilmente. Estaba a punto de bajar de nuevo cuando por el lado derecho del valle vio al muerto, asomando entre la nieve. Estaba intacto salvo por los globos oculares, que habían desaparecido, y una tremenda herida en la parte superior de la cabeza, una

cavidad redonda del tamaño de un cuenco sopero. Era un joven de unos veinticuatro años, moreno, alto. Ya empezaban a rondarle las moscas.

(Chocó contra la roca. Fue un golpe menos tremendo de lo esperado. No logró sujetarse; se encontró, de rebote, suspendido, pero firme. El paracaídas se había enganchado en una especie de minúscula torreta que sobresalía y él había quedado colgando en el vacío.)

A su alrededor, rocas absurdas, abruptas, viejísimas. No entendía cómo podían mantenerse en equilibrio. El sol las iluminaba. Pero él miró al fondo del valle —parecía casi plano, desde lo alto—, aquella pista blanca, lisa y afectuosa. Le dio por pensar que estaría ridículo, colgado allí como una marioneta. Un pináculo torcido, semejante a un monje, le miraba de frente. Pero sin participar.

Demasiado silencio. Se quitó el casco; esperaba oír algún sonido humano, aunque fuese remoto. Nada. Ni un grito, ni un disparo, una campana, el motor de un camión. Gritó en voz alta: «¡Gogger, Gogger!». Otra vez: «¡Gogger, Gogger!», ¡Gog...! ¡Gog...!, repetía el eco: frío, matemático. Parecía querer decir: aquí solo estamos nosotras, las rocas. Es inútil que llames.)

Informado el comando, los americanos subieron con Franceschini y unos diez hombres, al mando de un teniente. Nuevos en la montaña, llegaron al lugar con gran esfuerzo. Guía y oficial se entendían en un francés cuando menos problemático. Metieron el cadáver en un saco y empezaron a descender por el pronunciado canalón lleno de nieve. En un determinado punto, sin embargo, el valle queda interrumpido por un desnivel rocoso. Aquí el teniente ordenó que se detuvieran, y así lo hicieron. Franceschini aprovechó para mirar «su» pared, examinando una chimenea. Con el rabillo del ojo vio entonces que algo se movía. El saco con los restos mortales se precipitaba rocas abajo, dando saltos. Franceschini miró al teniente, pero este permanecía impassible.

(Un metro y medio bajo sus pies se extendía una brevísima cornisa; encima, a trechos, algún montoncillo de nieve. Lo único que podía hacer era intentarlo. Cortó las cintas que lo sujetaban y se fue descolgando ayudándose de las manos, hasta que tocó algo con los pies. Era el rellano.)

A partir de ahí la pared caía a plomo hacia abajo. Se asomó, pero no veía dónde terminaba. ¡Las montañas! Nunca las había visto desde tan cerca. Eran extrañas, exageradamente bellas, terriblemente equivocadas. ¡Cómo las odiaba! Pero tenía que intentar salir. Podía haber utilizado las correas del paracaídas, pero se habían quedado colgadas allá arriba, sobre su cabeza. ¿Cómo iba a trepar para alcanzarlas?

La luz disminuyó, porque el sol se estaba poniendo: sintió miedo. Hacía frío. «¡Aoooooh!», repitieron siete u ocho veces las montañas, las del otro lado del valle. Entonces tuvo esperanza. Sacó el revólver y, con el brazo estirado hacia arriba, como si así pudieran oírle mejor, disparó una a una todas las balas. Se repitieron los ecos. Silencio.

Nunca había visto nada tan inmóvil como las montañas. Ni siquiera las casas eran capaces de estarse tan quietas... La chaqueta de aviador no le bastaba: el joven empezó a mover los brazos para calentarse. Probó a fumar un cigarrillo, pero no sintió alivio alguno. ¿Cuándo iban a venir aquellos cerdos alemanes a hacerle prisionero?)

Encontraron el cuerpo en la base de la pared. Con la caída, se había salido del saco. Lo recompusieron lo mejor que pudieron. Franceschini, con la ayuda de dos cordones de pantalón, lo arrastró hasta donde terminaba la nieve. Y ahí metieron los restos en un ataúd, y se detuvieron nuevamente.

(Solo cuando el último pico se quedó sin sol y la noche se derramó a borbotones por todos los barrancos, el aviador se dio cuenta de que estaba solo. Los hombres, los pueblos, el fuego, las camas calientes, las playas, las muchachas... todo se convirtió en un montón de historias absurdas de otro mundo.

Comió lo poco que llevaba consigo, y a grandes sorbos dio fin al contenido de una cantimplora. Seguro que por la mañana llegaría alguien. Se acuclilló sobre la cornisa. Intentó llamar, pero los ecos, ahora que casi no se veía nada, le fastidiaron. El alcohol, el cansancio, la juventud: poco después, le entró sueño.)

El teniente rogó a Franceschini que bajara hasta la Cabaña Canali; desde allí podría mandar un mulo. Ellos podían ir bajando despacio con el muerto. Se

veía que estaban terriblemente cansados. Franceschini bajó, pero al poco oyó tras él unas voces: eran los americanos que bajaban corriendo, sin el ataúd. «¿Y el muerto?», preguntó Franceschini. Le habían dejado allá, detrás de aquella roca. ¿Y cuándo irían a recogerle? El teniente respondió:

—Cuando pese menos.

(Se despertó y vio Filadelfia, su ciudad. ¡Dios Santo! Había cambiado de un modo indescriptible: no se parecía en nada a como la recordaba y, sin embargo, era imposible equivocarse. Veía, en medio de la noche, las fachadas de los rascacielos brillando a la luz de la luna; al otro lado, las aristas se hundían, negras, en las calles; veía las calles blancas. Pero ¿por qué tan blancas? Veía plazas y monumentos, cúpulas, extraños armazones de vallas publicitarias encima de los tejados, contra las estrellas. Sí. Allá abajo, detrás de la pared de la Dutchin Inc., detrás de aquella selva de chimeneas, ¿estaba su casa! ¿Estarían durmiendo? ¿Por qué no había ni una luz encendida?

Ni una luz, ni una ventana encendida, ni una minúscula chispa de encendedor. Y las calles desiertas, sin un automóvil que se moviera por los cruces iluminados. Brillaban aquí y allá, altísimas, como láminas azules de cuarzo, las vidrieras sobre jardines colgantes de los ricos, pero también en las alturas todo estaba sumido en un terrible sueño.

Filadelfia está muerta. Un misterioso cataclismo la ha dejado así, con las turbinas quietas, los ascensores congelados a medio camino en esos precipicios de cemento, las calderas apagadas, los viejos cuáqueros petrificados con el auricular del teléfono mudo en la mano. El frío entra como un agujón en las botas forradas de piel. Pero ¿qué es esa voz que recuerda a un suspiro quedo? Es el viento, que entra casi con timidez pasando entre las columnas y les arranca un lamento quejumbroso. O tal vez es una voz humana. A ratos parece que suena una música confusa, como de violines y guitarras, que sale de las salas recónditas de los edificios circundantes. Sobre las cúspides más altas flota un polvo de plata. El frío es una hoja que lo corta. Y Dios, del que tanto hemos oído hablar, ¿dónde está Dios? No es Filadelfia, maldición. Esta es la última —y repugnante— fosa de la tierra.)

Así, el subteniente Muller se quedó solo, expuesto al sol, en medio de las montañas que le contemplaban. Los pastores, que en verano suben hasta allí con las ovejas, le quitaron las botas de cuero, que aún estaban en buen uso. Luego, como no podían soportar el mal olor, quemaron el cadáver. Los americanos regresaron tres meses después a recoger los huesos.

(Y el alba, ¿de qué sirve? La noche le ha entrado ya tan dentro que mil veranos no podrían calentarle; ya no queda nada del subteniente Muller, aparte de un autómata somnoliento. Picos, murallas, baldaquinos que se mecen... todavía duermen. No vendrá nadie. Ahora mira el abismo que tiene a sus pies. Lo hace todo como si fuera un deber, sin convicción. Se quita las botas de aviador, desenvaina la pequeña bayoneta para clavarla entre roca y roca, y así sujetarse. Escoge una fisura grande, con forma de embudo. Tal vez pueda meterse dentro. Con mortal desgana lo intenta, sujetándose con las manos. Pero las manos parecen de otro, de tan insensibles como están. Ahí está, encastrado en la chimenea. Centímetro a centímetro se va deslizando. Ve por un momento el sol que golpea una lámina de roca suspendida a una altura inmensa.

¿Cuánto durará el abismo? Bajo el pie derecho algo sale volando: algo en lo que estaba apoyado. Oye el estrépito de las rocas que se han desprendido. La punta de la bayoneta araña con afán, sin encontrar nada. Una fuerza lenta y persuasiva lo arrastra hacia adentro. La pared va perdiendo altura ante él, como si se estuviera poniendo en horizontal. ¡Libre! Una risotada huye por tres, cinco, diez paredes. Se alarga grotesca, luego se apaga. Volando de roca en roca, la bayoneta tintinea alegre. Luego, todo quieto y callado, como antes.)

Ahora ya no queda nadie. Para que quede un recuerdo, el guarda del refugio de Treviso, que es donde dejaron al muerto tres meses, ha marcado unas letras sobre las rocas, entre la hierba, con pintura roja: el nombre, F. P. Muller, y una cruz. Debajo, equivocadamente, «England». Tal vez porque para las misteriosas rocas de Val Canali América e Inglaterra están igualmente lejanas, a miles de millones de kilómetros de distancia, y es fácil confundirse.

Corriere della Sera,
2 de octubre de 1948.

Extraño caso en la montaña

La señora Teresa Mortot, que se había quedado viuda hacía poco, recordó de pronto que hacía nueve años había perdido un hijo en la montaña, y pareció volverse loca de repente.

Su locura consistía en lo siguiente: se le metió en la cabeza que su hijo todavía estaba vivo y que aquellos años no habían transcurrido aún. Ella simplemente presentía que iba a suceder algo terrible y luchaba, de alguna manera, con la esperanza de impedirlo.

Desde el balcón de su casa, construida en alto sobre el pueblo, se veía perfectamente el Vallon delle Scale, y a la izquierda la pared blanquecina del Sass de Mezz, por donde Andrea se había precipitado nueve años antes.

Hacía tres meses que había muerto el padre de los Mortot cuando Ernestina, la hija, empezó a oír a su madre, que se levantaba por la noche y daba vueltas por la casa.

Iba de una habitación a otra y rebuscaba en una cómoda llena de trastos viejos: ropa, cajas, zapatos. ¿Qué buscaba?

Luego Ernestina notó que su madre se paraba de cuando en cuando con la cabeza un poco doblada hacia un lado, como si escuchara. Pero afuera solo se oía el silencio.

Una noche, cuando oyó los acostumbrados pasos, la hija se puso un echarpe y fue a ver: su madre estaba levantada junto a la gran cama de matrimonio, completamente vestida, inmóvil y en actitud de escuchar. Cuando vio a su hija se llevó el dedo índice a los labios y dijo: «Shhh, shhh», instándole a que guardara silencio.

Ernestina vio que la cómoda estaba abierta y la madre había sacado varias cosas y las había dispuesto en orden sobre la cama: un traje, camisas, ropa interior de hombre, las cosas de su hermano muerto. ¿Pensaba, tal vez, venderlas o darles algún uso?

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Qué es eso que escuchas?

—¡Shhh, shhh! —respondió dulcemente la madre—. Lo he oído hace un momento.

—¿A quién, mamá? ¿Quién es?

—Lo he oído hace un momento... Le están esperando. Pasan de acá para allá, por toda la casa. Y se creen que yo estoy dormida.

—Mamá, ¡mamá! ¿Qué sucede? —suplicó Ernestina.

—No lo saben —explicó la señora Teresa—. No saben que se ha ido a Venecia a hacer los exámenes.

—¿Quién se ha ido a Venecia?

—¡Pues Andrea! ¿Es que tú tampoco lo sabes?

Ernestina empezó a entenderlo.

—Mamá, mamita —le dijo—, ¿no es mejor que te vayas a dormir?

—Shhh, shhh —repitió Teresa—. ¿Ahora tampoco lo has oído?

Pero todo estaba en silencio, el inmenso silencio de los bosques y de las montañas, que de noche descendía hasta el último rincón del pueblo.

La madre se movió. Con infinito cuidado se iba acercando a la puerta que daba al gran balcón de madera, frente a las montañas. La mujer empezó a deslizar poco a poco el cerrojo de los postigos y luego lo abrió de súbito, saltó al balcón y miró a su alrededor. Pero fuera no había más que la noche: el reflejo de la luz, que atravesaba la puerta abierta, sobre los árboles que había ante ella y, más allá, todo oscuro, la negra oscuridad de las montañas dormidas, encerradas en su misterio y en su soledad.

—¡Qué rápidas son! —murmuró la señora Teresa con su amable sonrisa—. Nunca se dejan coger.

—¿Quiénes, mamá? —preguntó Ernestina—. ¿Quién era?

La señora Teresa hizo una seña hacia un punto indefinido, en lo alto: no se sabía bien si al cielo o a las montañas.

—¡Míralas, míralas! —dijo—. Ahora parece que duermen.

Por aquellos días caía el aniversario de la muerte de Andrea, pero la hija se guardó bien de decirle nada a Teresa. Esperaba que se le hubiera olvidado. Pero la víspera de la fecha la mujer envió a buscar a su hermano Giovanni, guía alpino y mayor que ella, que desde hacía años dirigía un hotelito y ya no andaba por las montañas.

—Giovanni —le dijo—. Mañana me vas a hacer un favor.

—¡Ah, Teresa, dichosos los ojos que te ven! —la saludó así de efusivo él, que había tenido noticia de su extraño comportamiento en los últimos tiempos.

—Escucha, Giovanni —dijo ella—. Mañana me tienes que llevar al sitio.

—¿Qué sitio?

—Pues allí, ya lo sabes tú: al Sass de Mezz. Al punto exacto.

—Pero Teresa... es imposible —respondió él, incómodo—. Está en la pared... Tú no puedes llegar hasta allí.

—Yo estoy bien, todavía estoy en forma, y resisto perfectamente caminando, no tengas miedo. Me llevas al menos al lugar que está justo debajo, donde se empieza a escalar. No te daré problemas, te lo juro.

Partieron antes del amanecer. No intercambiaron ni una palabra. Después de más o menos una hora de marcha el sendero salía del bosque y empezaba a subir serpenteando sobre los últimos picos herbosos; ya iban apareciendo los taludes y, a los lados del valle, las solemnes paredes. En la penumbra fría del alba se mostraban inmóviles, alcanzaban una altura inconcebible y, entre una y otra, alguna garganta oscura exhibía enormes trozos de piedra en equilibrio y pedazos de roca blanca que denotaban algún desprendimiento reciente.

—Ahora tendremos que ir andando por aquí —advirtió Giovanni, y dejaron el sendero.

Una pendiente regular, hecha de escombros, conducía con disuasoria inclinación hasta las rocas. Las masas rocosas, al tiempo que uno ascendía, parecían cada vez más pequeñas, hasta que se convirtieron en grava que se desmoronaba bajo los pies, y se prolongaban en pequeñas acumulaciones de roca. Teresa, cansada, miró a su alrededor: vio las paredes inclinadas y grises que se hundían torcidas en el vacío, colgando sobre su cabeza con una expresión especial y, más arriba, lejanísimo, un pequeño grupo formado por tres gráciles pináculos que el sol iluminaba lentamente.

Giovanni preguntó:

—¿Quieres pararte aquí? ¿No te parece que ya está bien?

Sin responder, ella reanudó la marcha.

Como habían llegado ya a las rocas, el sol ya no se veía. Un estrato informe de nubes se había extendido por el cielo, muy por encima de las montañas, que se volvieron grises y se quedaron extrañamente quietas. Al fin los dos se detuvieron sobre una terraza escarpada, llena de grava.

—¿Aquí? —preguntó Teresa. Giovanni respondió con una señal.

Ella levantó la cabeza para contemplar la peña que se curvaba sobre ellos con terribles baldaquinos amarillentos, en extraplomo. Una grieta de unos veinte metros la partía: se iba haciendo cada vez más sutil, hasta perderse en la aérea pared. Sin decir palabra, Giovanni alzó lentamente el brazo; movía la mano como para indicar el camino, hasta que se detuvo, señalando las rocas húmedas e incomprensibles que había sobre la grieta. Allí había sucedido.

Teresa miró en torno a sí. Miró a sus pies, como buscando alguna señal. El punto en el que ella se encontraba era el lugar desde el que se había precipitado Andrea al rompersele la cuerda, y se había destrozado. Nueve años después, ¿buscaba algún resto de sangre, un jirón de la ropa, algo que hubiera dejado allí su hijo? No. Tal vez pensaba otra cosa. Luego, de pronto, preguntó:

—Giovanni, ¿es verdad que se parece a mí?

—¿Quién?

—Andrea, ¿verdad? Todos lo dicen. ¿No te lo parece a ti?

—Sí, sí, ya lo creo.

—Tenía que volver a Venecia ayer por la tarde —dijo Teresa después de una pausa—. Se habrá entretenido en el pueblo con los amigos, se habrá quedado un rato de juerga, ¿no crees?

Giovanni estaba en ascuas.

—Claro, seguramente. En el pueblo.

También él se había sentado en una piedra y esperaba con paciencia mirando indiferente, al otro lado del valle, una pequeña horquilla que había entre dos picos con un curioso torreón de pequeño tamaño que parecía un gato agazapado.

—Giovanni —dijo de pronto su hermana, con súbita impaciencia—. Giovanni, ¿verdad que todavía no ha sucedido nada?

¿Qué quería decir con aquello? ¿Que no habían pasado nueve años? ¿Que su hijo no había muerto todavía?

—Pues claro. ¿Qué tendría que haber sucedido?

—¿Por qué? —rebatió ella—. ¿Por qué hoy, esta maldita montaña... hoy, que tendría él que venir...?

—Pero ¿qué te pasa por la cabeza, Teresa? Dentro de poco...

Le interrumpió:

—Yo estoy aquí, pero... estoy aquí a propósito. Su madre está aquí. ¿Qué quieres, que no me escuche? ¿Quieres que no me obedezca, que se obstine? No, no puede ser. No debe obstinarse —parecía dejarse llevar por el miedo—. ¡Ah, Dios mío! ¿Por qué tienen que ser tan cabezotas estos chicos?

—No, Teresa —trató él de consolarla pero sin comprender qué era lo que ella creía—. Ya verás como todo se arregla.

Teresa pareció tranquilizarse; se ajustó el pañuelo que llevaba en la cabeza y luego volvió a examinar la pared que tenía ante ella. Su mirada parecía devorarla. En silencio, desde las profundidades del valle, salía una voz que decía «¡Glup!» o algo parecido. Un sonido sordo y siniestro.

—¿Qué es eso? —preguntó Teresa con aprensión.

—Nada. La grava, al caer —explicó Giovanni señalando un glaciar pequeño, medio escondido bajo la pared de enfrente, estriado de crestas negras llenas de escombros.

«¡Glup!», se oyó de nuevo, más despacio. Y luego, de repente, un estrépito de piedras cayendo, que se apagó poco a poco.

«¿Hasta cuándo vamos a quedarnos aquí esperando?», pensó Giovanni. Comenzaba a impacientarse. Entretanto, el tiempo pasaba sobre las rocas desiertas. No hacía viento, ni frío.

Entonces Teresa se puso en pie de repente, alargando un brazo hacia el abismo.

—¡Allí, allí! ¡Míralo! ¡Es él! ¡Es Andrea! ¡Ya viene! —gritaba, pero de su garganta solo salía una voz apagada.

Giovanni sintió que se quedaba sin respiración. Miró hacia la gravera y vio a alguien que subía a buen paso por el sendero, con una especie de rabioso empeño.

—¡Es él! ¡Es Andrea! ¡Ya viene! —balbucía la madre. Y como si se preparase para una prueba añadió, perdida:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Ayúdame!

Pero Giovanni, examinando con ojo experto al solitario alpinista, se tranquilizó.

No era Andrea. Gracias a Dios, los espectros no circulan por la montaña. Pero aún le quedaba una vaga duda.

—Teresa —dijo—. No es él.

—Ah, vamos. No me quieras ahora volver loca. ¿Es que no ves cómo estoy? ¿Por qué me atormentas? Si no es él, ¿quién quieres que sea?

El hombre todavía estaba lejos; no era más que un puntito a los pies de las paredes solitarias. Continuaba subiendo diligente, con paso joven y ligero. Pero cuando llegó al punto donde ellos dos habían doblado a la izquierda, él continuó de frente, en dirección a la vertiente opuesta.

—¡Mira, Giovanni! —balbució Teresa—. Y ahora, ¿dónde va? Pero ¿qué voy a hacer, Virgen Santa?

Había subido hasta allí, parecía decir, para impedirle que avanzara hacia la muerte. Se había emboscado a los pies de la pared fatídica. Y ahora, él huía de ella.

—¡Andrea, Andrea! —gritó, esperando detenerle. Pero el espacio era enorme. El hombre se detuvo, probablemente para comprobar de dónde venía la llamada. Luego, prosiguió con decisión su camino.

Teresa volvió a gritar, pero fue inútil. Hasta que lo vio encaramarse por el pequeño glaciar, por la línea donde la pendiente era más acusada. No se detuvo hasta llegar bajo las rocas, donde se alzaba una escarpada arista negruzca surcada de lúgubres chimeneas.

—¡Andrea, Andrea!

Pero el hombre escaló ágilmente las rocas y desapareció en el interior de un canal tenebroso. A aquella distancia no era posible distinguirlo.

Giovanni dejó pasar unos minutos.

—Teresa —dijo después, persuasivo—, ¿lo has visto? No ha venido. Va a empezar a llover... ¿Quieres que bajemos?

Pero la mujer estaba intentando escuchar, con absoluta impaciencia, temblando levemente.

—Teresa —volvió a llamar su hermano, alarmado—. ¿Qué te pasa, Teresa?

—¡Dios mío! ¡Ya lo sabía yo! —gimió la mujer.

En aquel mismo instante, desde el lado opuesto del valle, llegaba el fragor siniestro de un desprendimiento.

Los trozos de roca desprendidos descendían por la tétrica chimenea, hacia la parte baja de las paredes. En medio pareció escucharse también un grito agudo, humano, que se apagó enseguida entre el estruendo de las piedras. Una estela de polvo descendió serpenteando por las peñas, perdiéndose en el pequeño glaciar. Luego, volvió el silencio.

Marco Polo,
Touring Club Italiano, 1949.

El susto del antropólogo

»Un día estaba yo explorando una pequeña gruta en Val di San Lucano — contaba el profesor Cino B.— cuando apareció en la entrada un viejo que se detuvo a mirarme: era un pastor. Tenía una cara afilada y astuta, y de sus ropas salía un fétido olor a oveja.

—¿Busca huesos, señor? —me preguntó en dialecto, silbando con sus dientes separados.

—Ah, Dios. No solo huesos —respondí divertido, y le expliqué—: Tal vez hubo un día en que aquí vivieron seres humanos. Y yo busco, por si dejaron algo.

—Entonces no es aquí donde tiene que buscar —dijo como si se las supiera todas—. Aquí no hay nada. Es perder el tiempo. Yo sé dónde. A Tiei es donde tiene que ir.

—¿A Tiei? ¿Y dónde está Tiei?

—Tiei es mi pueblo. Está en Val Cesilla. Allá habrá ocho o nueve grutas. Yo le puedo hablar de una, sobre todo, donde seguro que encuentra cosas.

—¿Qué cosas?

—Ah, eso no lo sé. Allí no ha entrado nunca nadie. Pero están los huesos del gigante.

»Nosotros, los obsesos de todo lo antiguo, siempre estamos alerta, con las orejas levantadas, ya se sabe. Hasta el menor indicio hace que le dé a uno un vuelco el corazón. Aquel hombre, que se llamaba Gero, no dijo nada en concreto, pero no paraba de insistir en la historia de los huesos y me guiñaba un ojo con malicia, como si le estuviera prohibido hablar. ¿Esperaba ganarse con ello algún dinero? ¿O estaba intentando liarme? Tal vez, pero aun así yo estaba muerto de curiosidad. Era mejor intentarlo. Le ofrecí mil liras si me acompañaba. Pidió dos mil.

»Fuimos en coche a la mañana siguiente; venían conmigo dos jóvenes asistentes, Vigoni y Bettel, a los que ya conocéis. Gero había intentado arreglarse un poco para la ocasión, pero se quedó corto: era un suplicio ir a su lado.

»También en Italia, aquí en el Véneto, existen pueblos a los que se puede llegar en coche en menos de una hora y, sin embargo, están muy lejos en otro sentido: a una distancia de milenios. ¿Quién de vosotros los ha visto? Son diminutos, misteriosos. Están olvidados. Nadie los visita jamás. Son pueblos llenos de leyendas. La gente, sobre todo pastores y campesinos, va vestida como en otros sitios, las casas son de piedra con vidrios en las ventanas, hay luz eléctrica, se encuentra uno con alguna que otra motocicleta, hasta se puede escuchar una radio. ¿Importa algo? Incluso a pleno sol el aire de tristeza es inmenso. Hasta el aspecto mismo de las casas, gris, desnudo, torvo, sin una flor... deja parado a quien lo mira. Los habitantes dan la impresión, por absurda que parezca, de ser antiquísimos, nacidos hace millones de años y con un cansancio interior indefinible: aunque sean niños. Como si desde tiempos inmemoriales todo se hubiera detenido a su alrededor mientras el mundo caminaba: detenido en aquellas edades remotas en las que todavía no existía el hierro y uno luchaba con las fieras. Seres obtusos, desconfiados, embusteros, sin esperanza, sin Dios.

»Así era Tiei. Nunca he visto un barrio más triste y desconsolado, y eso que el paisaje era verde. En realidad, los montes que la rodeaban —gibas achatadas e insulsas cubiertas de prados y matorrales— eran feos, sin esa romántica melancolía que a veces consuela a los desiertos. Encima, cuando llegamos allí, el día estaba gris. Claro que esto podía influir en el estado de

ánimo, pero era otra cosa: una especie de pesado encantamiento, un aire de maldición, una especie de parálisis que se cernía sobre aquel rincón de la tierra.

»Atravesamos el pueblo. Alguna mujer inmóvil en el umbral, dos o tres perros. Nada más. No se veía ningún niño. Luego nos adentramos por una carretera muy empinada, poco más que un camino de herradura que subía por el valle. Aquí y allá, en los campos, los labradores se afanaban en su labor. Gero los llamaba desde la ventanilla del coche. Pero ellos ni siquiera se volvieron a mirar.

—¡Miren, allá abajo! —gritó el pastor al fin, al pasar por una curva cerrada.

»Señalaba un pequeño barranco. Nos detuvimos allí, pero yo había perdido las ganas de ir. No sé. Me invadía una sensación de vergüenza. Imaginen un rico que entra a pedir agua a una chabola que pertenece a unos familiares pobres. Pues fue algo así. Allá abajo la gente debía de pasar mucha hambre. Peor que hambre: solos, abandonados a su suerte, desterrados, incapaces hasta de sentir dolor.

»En los alrededores, campos baldíos, largos muretes de piedra negruzca, alguna viña, unos pocos árboles frutales. No se veía ni un alma.

»Dejé a Vigoni al cuidado del coche y los otros tres bajamos a la cueva, que se abría en un breve bastión de roca medio escondido por los matorrales.

—¿Es aquí? —pregunté al pastor.

—Es aquí —respondió.

—¿Tú me esperas fuera?

»No respondió: se limitó a sonreír. Entretanto se oyó la llamada de un pájaro, quejumbrosa y prolongada. Otro le respondió a lo lejos. Algo se movió tras de mí, o al menos esa impresión tuve. Me giré, pero no había nadie. ¿Me estaban espiando?

—Dime, Gero —pregunté con inexplicable incomodidad—. Dime, ¿hay alguien?

—No, no, señor. ¿Quién quiere que haya?

»Se adelantó Bettel, que iba abriendo camino entre los matorrales. Vimos la entrada de la cueva. Nos agachamos y entramos en la gruta dándonos luz con dos linternas eléctricas. La cavidad se agrandaba poco después de la entrada, de tal modo que podíamos estar de pie. Los rayos de luz buscaron por todas partes.

—Aquí, profesor. Mire —dijo Bettel, que había llegado ya al fondo.

»Desde fuera, extrañamente modulado, llegó de nuevo el grito del pájaro.

—¿Qué hay? —pregunté sin moverme. Estaba inquieto.

—Un cráneo, profesor —dijo Bettel desde dentro—. Un cráneo humano.

—¿Humano? —pregunté acercándome—. ¿Estás seguro?

—Diría que... debe de ser un *Neanderthalensis*...

»De una capa de fango que se había vuelto sólida con los años (o con los milenios) sobresalía la pequeña cúpula blanquecina. Se veían las órbitas de los ojos, parte dentro y parte fuera, con una expresión de intensa amargura. En la bóveda craneal, una hendidura.

»Me arrodillé para verlo mejor. Un cráneo humano, sin duda. Pero ¿de cuándo? ¿Era lo bastante antiguo como para ser de mi competencia?

»Fue Bettel quien empezó a toser. Después, algo áspero se apoderó también de mi garganta. Un hipo rabioso empezó a sacudirme.

—El aire aquí está muy cargado —dijo Bettel.

—Hagamos alguna exhalación —añadí yo.

—Pero esto es humo, profesor.

»Humo. Venía de la entrada. Densas nubes irrumpían en el interior, tan compactas que ocultaban la luz del día. Nos ardían los ojos.

—¡Bettel! —grité jadeando—. ¡Fuera! ¡Rápido!

»Nos lanzamos a la salida mientras las nubes de humo negro se iban diluyendo. En el umbral ardía un montón de hierba.

»Fui a saltarlo, pero una cosa negra me pasó a un pelo de la cara, chocando con fuerza contra el suelo. Una piedra. La siguió otra, que pesaría unos diez kilos. Por suerte tuve tiempo de dar un salto hacia atrás. Después, una catarata.

»Una emboscada. No eran bombas, ni metralletas, ni fusiles. Allá arriba todavía estaba en vigor la técnica de los tiempos de las fábulas, cuando se daba caza al dragón haciendo un fuego ante la caverna y lanzándole piedras cuando se viera obligado a salir. Pero ¿por qué? ¿Por un odio puro y bestial hacia el forastero? ¿Por oscuras supersticiones heredadas? ¿Para proteger un secreto? Detrás de mí, Bettel, medio asfixiado, yacía en el suelo. También yo sentía que me ahogaba. No aguantaba más tiempo allí dentro. Me jugué el todo por el todo (tal vez ellos creían que ya habían acabado con nosotros y se habían ido) y levanté a Bettel del suelo. Lo arrastré hasta el exterior. Los temidos proyectiles no llegaron. Apenas fuera, al aire libre, me encontré con Vigoni, aterrorizado.

—¿Qué sucede, profesor? Ha venido un hombre a avisarme, ha dicho que usted me llamaba...

—¿Qué te ha avisado un hombre, dices?

—Sí, sí. Mire, mire: los carroñeros.

»Miré hacia donde habíamos dejado el coche, al borde de la curva. Entre los humos del brasero, que oscilaban lívidos, aquellos locos, salvajes, brutos, celosos de su soledad, habían decidido defenderla con su sangre. Eran cuatro, y a contraluz parecían pastores gigantes (yo buscando en las grutas sus dudosos restos... y ¡estaban allí!, a dos pasos, en carne y hueso, espantosamente vivos). Curvados por el esfuerzo, estaban levantando el coche por un lado, con la clara intención de echarlo por el precipicio.

—¡Eh, canallas! —grité mientras Vigoni, que llevaba un revólver, disparó al aire.

»Entretanto, con un aullido bestial, los cuatro consiguieron levantar el coche lo poco que hacía falta. Luego desaparecieron como fantasmas. El coche se quedó un momento en equilibrio, y luego cayó. Voló tres o cuatro metros, golpeó con estruendo sobre una roca y luego siguió precipitándose y golpeando hasta llegar al fondo, donde se despedazó.

—¡Vamos, vamos, rápido!

»Bettel había regresado. Cogimos a pie el camino de regreso. Vigoni a la cabeza, con el revólver. En Tiei habría alguien que nos ayudara.

»Vallecillos, campos, barrancos... todo estaba desierto y en silencio. Gero también había desaparecido. Y estaba cayendo la noche. Mientras caminaba tenía la sensación de que había un centenar de ojos espiándome.

»Pero Tiei también estaba desierto. Puertas, ventanas, tiendas, tabernas, todo atrancado como si fuera noche profunda. Ni una voz, ni un paso, ni una gallina. Y sin embargo sabíamos que estaban todos allí, detrás de los batientes, conteniendo la respiración, controlándonos. A través de las minúsculas fisuras brillaban las pupilas, fijas en nosotros. Golpeamos la puerta de una casa que tenía un aspecto más civilizado. Desde las profundidades del edificio nos respondieron los ladridos de un perro.

»Ninguno de nosotros decía nada. ¿Cómo hablar en aquel silencio tan cargado de odio? Hice a mis compañeros un gesto, en silencio: que nos marcháramos, que huyéramos sin perder un minuto, antes de que la oscuridad fuese total. Nuestros pasos producían un sonido exagerado entre las casas taciturnas. Nos volvimos a mirar. Nada. No se movía una hoja, y sin embargo nos daba la impresión de que de todas partes nos devoraban las miradas. Luego seguimos campo a través.

»Esta es la historia. Después fui por la zona preguntando. Supe que otros estudiosos habían ido ya, antes que yo, a las grutas de Tiei. Un profesor de Nápoles, me dijeron, dos antropólogos holandeses, un cura que enseñaba

teología. A los dos holandeses los habían encontrado a la entrada de la gruta, muertos. El profesor y el cura también atravesaron Tiei en dirección a la montaña. Nunca se les vio regresar.»

—¿Y después? —pregunté yo—. ¿Ha ido alguna otra persona?

—No creo —dijo el profesor—. El cráneo del gigante, como decía Gero, debe de estar todavía allí, en la cueva, medio enterrado en el fango. A mí personalmente no me interesa mucho. No creo que sea suficientemente antiguo.

Corriere della Sera,
20 de septiembre de 1950.

Las águilas

Algunos guías de Val di Fassa han llevado a cabo una valerosa hazaña, consistente en alcanzar y violentar un nido de águilas reales de una pared de los precipicios de Laredo... El guía B. ha conseguido capturar a un aguilucho, pero este ha reaccionado agarrándole una mano. Para liberarse, el guía se ha visto obligado a matarlo, golpeándolo contra la roca. (Del periódico.)

Aunque hayan pasado más de treinta mil años, yo, gran águila de los Feruc, macho, viejísimo y quizá ahora ya también inmortal, recuerdo aquella mañana como si fuera ayer.

Era aquella una época feliz en la que en el valle no había ni carreteras ni vías férreas, ni se habían tendido puentes sobre el río, ni se oían más sonidos que el viento, las aguas, los desprendimientos, los pájaros... los bosques estaban llenos de animales excelentes para alimentarse, y yo no había visto nunca un ser humano.

De los humanos me habían hablado largo y tendido mis progenitores como si fueran animales extraños, pero yo no los había visto nunca. Decían que eran feísimos pero listos, más listos que nosotros, incluso más que las marmotas y los zorros, que bien listos son. Que no tenían pico ni garras, ni alas ni plumas, ni siquiera pelo propiamente dicho, pelo como el que recubre también a los ratones y a los lirones. Que se movían más despacio que cualquier otro animal, y sin embargo con su astucia conseguían matar incluso a los osos adultos. Y se contaba que uno había robado los huevos de uno de nuestros nidos y se los había bebido; pero tal vez esto no era más que una

leyenda. Ciertamente que entonces el mundo era infinitamente más agradable: el sol, más espléndido, las montañas, más grandes, más verdes los bosques. Todo era más alegre y estaba más limpio. ¿O tal vez es una ilusión mía y la única diferencia radica en el hecho de que aquellos fueron los días de mi juventud?

También hoy somos nosotras las águilas las reinas de las cumbres, pero entonces lo éramos bastante más. Éramos grandes y magníficas. Luego comenzó la decadencia, pero ¿fue nuestra la culpa? Díganmelo sinceramente: digan, díganlo: ¿es culpa nuestra que hoy nos veamos tan reducidas, que seamos tan pocas y estemos tan solas?

Era temprano, por la mañana, y ya resplandecían las agujas de las crestas más altas blancas, amarillas y rosas, bellísimas. Pero allá abajo, en los profundos valles, quedaba aún algo de la oscuridad de la noche. El cielo límpido, el aire del norte, el olor de las rocas caldeadas poco a poco por el sol... Comenzaba una dulce jornada.

Vi salir a mi hermana —a la que yo quería mucho— a toda velocidad, como si llevara una noticia. Vino a mí y me dijo que había descubierto un nido de humanos, macho y hembra, con tres o cuatro hijos pequeños: estaban en una pequeña caverna en el fondo del valle, junto al río.

Le dije:

—Llévame a verlos.

Me sentía bien. Tenía hambre. Bajamos volando en picado.

—Es allí —señaló mi hermana—. Donde se ve aquel humo.

Ahora descendíamos lentamente. Toda la familia estaba en un pequeño prado, ante la cueva. Se estaban calentando con los primeros rayos de sol.

¡Los humanos! Me quedé pasmado. No me esperaba que fueran tan grandes ni tan horribles a la vista. Daban asco, con aquella piel blanca y aquellos grotescos matorrales de pelo aquí y allá, y las dos piernas que les colgaban. Llevaban la espalda cubierta de pieles de animales, tal vez de cabra. Pero me sorprendía enormemente cómo se podían sostener sobre aquellas patas traseras, como si fueran ardillas, y cómo se valían de las otras con una maravillosa variedad de movimientos. Los hijos no tenían pelo, salvo en la cabeza. Y parecían apetitosos: debían de ser blanditos.

Aunque intenté mantenerme a contraluz, tuve que hacer alguna maniobra forzada porque hubo un momento en que me vieron: la madre, que tenía más abundante el pelo de la cabeza y dos grandes mamas, cogió a los hijos uno a uno y los llevó corriendo al interior de la madriguera, mientras el macho, agitando un palo, me lanzaba unos gritos como no los he oído en mi vida: no

eran todos iguales, como suelen ser los de los mamíferos, sino que variaban en sonido. Primero parecían de perro, luego de oveja, luego de corneja, de oso y de gallina.

Fuertemente impresionado, regresé al nido y dije a mi hermana:

—Vamos a observarlos. Prepárate para lanzarte en picado tan pronto se alejen el padre y la madre. ¿No has visto lo monos que son? Y tan rosas... son aún más rosas que los cerditos recién nacidos.

—Pero es imposible —dijo mi hermana— que estén tan buenos como los cochinitos. No hay carne mejor que la del cerdo.

Estaban también mi padre, mi madre, otras águilas amigas de la familia, entre ellas la más vieja de los Feruc, un tipo hablador y filósofo. Recuerdo que comenzó una discusión:

—Chaval —me dijo el patriarca—, deja en paz a los humanos. No son como las otras bestias. Aunque no sean capaces de volar, el ser humano es uno de los más grandes enemigos de la naturaleza: el hombre enciende el fuego igual que hacen los rayos, sabe colocar una piedra sobre otra, emite sonidos complicados. Su inteligencia es prueba de la sabiduría del Eterno y enriquece la majestad del universo. Hacerles daño sería un sacrilegio.

—¡Bobadas! —rebatí sin contemplaciones uno del grupo—. Déjale en paz, vejestorio, o te arrepentirás un día. Yo les he visto encaramarse a una roca como si fueran gamos. Les he visto ir de caza: matan las liebres a distancia, lanzando unas ramitas. ¡Déjales en paz, sí! Un día llegarán aquí, nos quemarán los nidos y nos harán pedazos. ¡Menuda majestad del universo!

Sin embargo, todos los viejos eran del mismo parecer, y me prohibieron enérgicamente que siguiera adelante.

Yo aún era joven, y la gente que no habla con sencillez me producía cierta impresión. En aquel momento me callé, convencido. Pero enseguida renacieron en mí las ganas de seguir adelante y miré hacia abajo, al pradillo. Y cuando el sol llegó a lo más alto de su recorrido vi a los dos humanos, el macho y la hembra, que salían juntos de la madriguera. Miraron al cielo largo rato, tal vez con temor de que estuviéramos por allí nosotras, y luego bajaron hasta el río: se alejaron caminando de esa manera suya tan rara. Y rápidamente me lancé de cabeza.

En un santiamén me encontré en la entrada de la cueva. Era grande, pero no profunda, y no estaba protegida. Los pequeños jugaban en el suelo. Estaba a punto de abalanzarme sobre ellos cuando desde detrás de una roca un humano se lanzó gritando sobre mí. Era delgado y altísimo, con el rostro

ajado y una larga barba blanca. Y no sé bien qué hizo, pero comenzó a lanzarme piedras que me pasaban silbando.

Yo, aterrado, emprendí de nuevo el vuelo y empecé a dar vueltas sobre su nido, discretamente, para evitar que me lanzaran más piedras. Entretanto los pequeños corrían por allá, chillando. Desde el río respondieron otros gritos. ¿Regresaban los padres?

Elegí el momento justo y me lancé como una saeta sobre uno de los cachorros, que había echado a correr por el prado y se alejaba. Debía de ser el más pequeño. Yo, mientras volaba, lo sentía ya entre mis garras, suave y caliente. Sería un bocado delicioso.

Entretanto, llegó desde abajo un sonido desconocido por mí, un sonido muy curioso. Bajé un poco para mirar: ¿cómo podía alcanzarme? Era la madre. Había regresado a la caverna y volvió a salir al prado. Me tendía las dos patas delanteras. Bajé un poco más. Ahora la distinguía mejor: distinguía todos sus detalles. Con las patas delanteras extendidas hacia mí, no sé si para amenazarme o para suplicarme, temblaba entera, asustada; el rostro se le contraía con una expresión extraña y le salía agua de los ojos. Pero lo más impresionante era la voz. Nunca había oído un lamento como ese.

Quién sabe cómo, con aquel llanto se me quitaron las ganas de comer. Con unos pocos aleteos subí de nuevo, aunque por mucho que subiera no conseguía oír el silencio. Su voz desesperada me seguía hasta lo alto. La presa, que me palpitaba entre las garras, se convirtió de pronto en una carga pesadísima.

Para darme ánimos, como solía hacer, levanté la vista hacia las grandes cumbres, los palacios y catedrales de mi reino. Y entonces, sobre mi cabeza, sobre lo más alto de los más altos pináculos, vi a los ancianos. Sus siluetas negras se recortaban contra el cielo: estaban inmóviles, como las mismas rocas, con las alas rígidas. Parecían sentados en un tribunal. ¿Qué esperaban? ¿Por qué me miraban de aquella manera? De repente sentí vergüenza.

Dejé de batir las alas, no sabía por qué. Descendí, descendí describiendo grandes círculos, rozando las paredes.

No lo dejé caer. Lo deposité despacio sobre el prado y me alcé de nuevo a toda prisa. Con un afán que resultaba innoble contemplar, la mujer se precipitó sobre su hijo, aullando.

Hace más de treinta mil años de eso, y yo soy un ejemplar de museo. Puede ocurrir que no muera nunca. Entretanto, ¡lo que habré visto! Los humanos han invadido el mundo, han construido carreteras, talado bosques, masacrado a otras bestias. Dentro de poco veremos cómo se hacen los amos

también de estas alturas, con sus escopetas y sus pálidos rostros. Se han llevado una a una todas las cosas que hacían este mundo más agradable, y no paran: corren, corren sin parar de un lado a otro, de arriba abajo. Se diría que les persigue alguien. Quién sabe por qué corren tanto, por qué se afanan tanto. Como si no se fueran a morir.

La paz, la soledad, el silencio... todo ha desaparecido. Y yo ya estoy decrepito. Me muevo con fatiga, me alimento casi del aire, ya nada me afecta. Pero siempre pienso en aquel día lejano, y digo: ¡qué ingenuo fui, qué estúpido, qué iluso! Fui oca, no águila. Me gustaría volver a tener entre mis garras hoy a aquel niño.

Corriere della Sera,
22 de julio de 1951.

El guía alpino

Anna Durand se encontró por la vereda con su prima Marta y apoyó el cuévano cargado de leña en el borde del murete. Había terminado su jornada de trabajo. La sombra de la noche iba anidando en los bosques y solo allá arriba, a una altura inverosímil, en el borde más lejano de los glaciares, resplandecía la última luz del sol como una fanfarria obstinada que resistía sobre las crestas accidentadas.

—Buenas tardes, Marta.

—Buenas tardes, Anna.

—Cuánto tiempo sin vernos.

—Sí que hace tiempo, sí.

—¿Estáis todos bien?

—Todos, gracias a Dios, ¿y vosotros?

—También bien todos, gracias a Dios. Y Daniel, tu marido, ¿sigue en la ciudad?

—Allí sigue. Vuelve a finales de noviembre, creo.

—Tiene un buen trabajo, ¿no?

—Bueno, sale adelante. Mientras el cielo le dé salud... Y tu François, dime, ¿sigue de guía en la montaña? ¿Siempre arriesgando la vida?

—Eh, no, vamos... eso se acabó. ¡Faltaría más!

—Pero sigue estando en forma, tu François.

—Ya lo creo que está en forma: cualquier jovencito te lo diría. Y eso que va para sesenta...

—Ya. Se lo he oído decir, me parece, a algún cliente, que qué lástima, que ya no vienen alpinistas como los de antes.

—No, no. Clientes mi François tiene más que quiere: de Inglaterra, de Bélgica, hasta de Suiza vienen a buscarle... Si ha dejado de ir no es por los clientes: es por las montañas.

—¿Cómo?

—¿No lo sabes? Después de la guerra, nadie sabe por qué, pero las montañas están perdidas.

—¿Cómo que perdidas?

—Los hielos no aguantan ya como antes. Basta poner un pie y se deshace todo. Y la roca, lo mismo. Se rompen, se desprenden. Figúrate François, un gamo que es mi François, si no estará deseando subir. Pero ¿quién se arriesga ya? ¡Con lo hermosas que eran las cimas! Y no hay nadie, nadie, tú lo sabes, que las conociera como mi François. Pero ahora... todo se rompe, todo está podrido. Con lo que le gustaría subir a mi François... pero ¿quién se fía ahora de estas crestas? Con solo tocarlas se vienen abajo. No, no. Sería una locura. En fin. Buenas tardes, Marta.

—Buenas tardes, Anna.

Y encorvada bajo el cuévano emprendió de nuevo el camino a casa. Entretanto el sol se había apagado allá arriba, en el extremo más lejano del glaciar, y ya solo los picos más altos relucían sobre el telón de la noche como fantasmas inalcanzables.

Egregio signore, siamo spiacenti di...
Elmo, Milán, 1960.

La pared

Aún no era de día cuando partimos el viejo Stratzinger, guía alpino y excelente amigo, mi hermano Adriano y yo, para hacer la pared sudeste de la Ota Muragl, en los Alpes Oníricos.

Como es característico de todo el grupo, se trata de una gigantesca muralla compuesta por una combinación de hielo, roca, arena, tierra, vegetación y estructuras de madera artificiales.

Cuando salimos del refugio lloviznaba y unas nubes compactas y veteadas cubrían por completo las montañas. Confieso que me alegré, porque hasta el alpinista más entregado se alegra, en un primer momento, de que la meteorología le impida desafiar al peligro y le deje a salvo para luego derramar amargas lágrimas por la ocasión perdida.

Pero Stratzinger dijo: «¡Qué suerte hemos tenido! Hoy va a hacer un día estupendo». E inmediatamente las bandas de nubes se disolvieron y solo quedó un velo argénteo de nieve pulverizada, tras el cual se emboscaron el cielo violeta y la poderosa pared de la Ota Muragl, ya bañada de sol.

Fuimos en cordada y atacamos un canalón muy empinado de hielo vivo en el que, a pesar de todo, los crampones entraban como si fuera de mantequilla.

A los lados, sobre dos columnas de roca muy accidentadas que cerraban el canalón, se abrían y cerraban puertas y ventanas y las amas de casa se afanaban en limpiar, abrillantar y ordenarlo todo. Nos veían perfectamente, claro está, porque estábamos muy cerca, pero no parecían estar muy interesadas en nosotros.

Por lo demás, la pared estaba toda llena de gente escribiendo en pequeños despachos, leyendo o trabajando, pero sobre todo charlando en los cafés que habían instalado en los rellanos y en algunas cuevas.

En determinado momento nos encontramos bregando con un muro peligrosísimo hecho de grandes piedras unidas entre sí por hierbas y raíces. Todo se soltaba. Stratzinger propuso que nos diéramos la vuelta. Nosotros, mi hermano y yo, le dijimos que entonces era mejor que nos soltáramos de la cordada. Si uno se caía los demás no podrían afianzarse de ningún modo, y le seguirían fatalmente a la catástrofe.

Poco después Stratzinger y mi hermano desaparecieron detrás de una nevadura y yo me encontré aferrado a una gran masa rocosa que, sujeta solo por unos filamentos vegetales, se balanceaba que daba miedo. A tres metros de distancia, en una cavidad del muro, un nutrido grupo de personas tomaba el aperitivo.

Antes de que la masa rocosa se desprendiera y me arrastrara consigo al fondo del barranco, con un salto desesperado conseguí agarrarme a un telón metálico que sobresalía de las rocas formando una ménsula, quizá colocado allí para sujetar un cortinaje.

—Pues está ágil para la edad que tiene —comentó sonriendo un jovenzuelo que se había asomado por una abertura de la cueva.

Agarrado con las manos al telón metálico, con el cuerpo colgando sobre el vacío, intentaba con mis últimas fuerzas elevarme. La masa de roca que

estaba sobre mi cabeza retumbaba aún en las vísceras profundas del precipicio.

Luego, con el peso, el telón empezó a doblarse y a ceder. Estaba claro que se iba a romper. No les habría costado nada a aquellos del aperitivo alargar un brazo y salvarme. Pero ya no me prestaban atención.

Mientras empezaba a caer, en el silencio sacro de la montaña, podía oírles perfectamente hablando de Vietnam, del campeonato de fútbol y del Festival de la Canción.

Corriere della Sera,
20 de junio de 1966.

Nieve negra

Llevaba tiempo insistiendo el amigo Arrigo en que hiciéramos un viaje juntos a la república de Belora, más allá de la Grande Cortina, donde la cadena de los Kunzi tiene sus cumbres más altas.

Como todos saben, en estas montañas —debido a un fenómeno que aún no se ha explicado— la nieve, aunque sea blanca como en todas partes, es de color negro.

Esquiar sobre la nieve negra, decía Arrigo, tenía que ser una experiencia electrizante que ningún italiano había probado aún, pues Belora era un lugar algo apartado y de difícil acceso.

Pero él, a través de quién sabe qué manejos, había conseguido obtener un pase diplomático para ambos. Arrigo es un hombre hábil y emprendedor.

Fuimos en avión, con dos enormes maletas y dos pares de esquís. Tras varias escalas aterrizamos por fin en el aeropuerto de Beorca, la capital.

Allí nos alojamos en el hotel Eskurus, un establecimiento de aspecto suntuoso pero un poco decadente. A principios de siglo los montes de Belora eran los preferidos por la aristocracia de la Europa Oriental. Al cambiar el régimen político, los lugares destinados al ocio y la diversión de los ricos habían sido confiscados por el Estado, con las correspondientes consecuencias. Quedaban los frisos, las alfombras, los cortinajes, los muebles taraceados... pero los baños estaban en condiciones lamentables, las sábanas de lino llenas de parches y de boquetes, y por la noche se sentía el ir y venir de los ratones.

Constatamos enseguida la dificultad para entendernos: el beloro es un idioma único, con influjos eslavos, húngaros, de Brost, e incluso árabes. Pocos habitantes hablan inglés o alemán, y ninguno habla francés. Pero en poco tiempo Arrigo consiguió cierta soltura para comunicarse.

Desde Beorca teníamos que coger un tren hasta Paralif, un pequeño pueblo, y de ahí había que ir en coche por el valle del Smir, o Valle Smira, muy prolongado.

Quisimos evitar el tren y alquilamos un coche de fabricación local. Partimos. No parecía que la gente sintiera la menor curiosidad al vernos.

Recorrimos el Valle Smira y nos encontramos con muchos pueblecitos que parecían desiertos: no se veía un alma. Más adelante dejamos de ver cualquier rastro humano, salvo en la carretera, extrañamente amplia y asfaltada.

Comenzaron los bosques, se acentuó la pendiente, las curvas se hicieron más frecuentes y más cerradas.

Hasta ahora no nos habíamos encontrado con otros coches, pero en aquel momento nos vimos obligados a adelantar a un coche amarillo, tipo furgoneta. En ella iba solo el conductor, que me pareció un hombre ya entrado en años, con grandes bigotes singularmente curvos. Me sorprendió que no se volviera a mirarnos.

Unos tres kilómetros más adelante apareció ante nosotros otro coche. También era amarillo, y avanzaba lentamente en la misma dirección que nosotros. Le adelantamos sin problemas. En ella iba solo el conductor, que me pareció un hombre ya entrado en años, con grandes bigotes y cargado de hombros.

¿Sería la misma furgoneta de antes? Entonces, ¿cómo había podido adelantarnos sin que la viéramos? ¿Tal vez por un atajo cuyo acceso nos había pasado desapercibido? Aquello era muy raro, y también muy incómodo.

Arrigo, sin embargo, se reía de mi inquietud. ¿De qué tenía miedo? Aparte de la imposibilidad de que los dos vehículos fueran el mismo, era absurdo pensar que alguien hubiera dispuesto un servicio de policía para vigilarnos.

Se estuvo riendo hasta que, al cabo de otros diez kilómetros, nos encontramos ante nosotros, por tercera vez, una furgoneta de color amarillo que subía por la carretera a escasa velocidad. Confieso que me dio un escalofrío al constatar que la matrícula era la misma que la de la anterior: PSL 65A. Había que descartar la hipótesis del atajo: en el último tramo no había ninguna desviación. Entonces, ¿qué era? ¿Un coche fantasma? ¿O era la policía secreta, que trataba de intimidar a la gente soltando unos cuantos

coches del mismo tipo, color y matrícula y conducidos por personas que se parecían como gotas de agua para controlar a los extranjeros? De hecho, el tercer conductor también era un hombre ya entrado en años, con grandes bigotes y cargado de hombros.

Una sensación de alarma y de desazón nos invadió durante la última parte del interminable viaje, aunque no volvimos a encontrarnos con ninguna furgoneta de color amarillo. En realidad, no nos encontramos a nadie más: ni coches, ni camiones, ni carros, ni viandantes.

Mehraklya, nuestra meta, resultó ser para nuestro estupor no un pueblecito de montaña, sino una ciudad moderna, de cuño industrial. Se supo después que el gobierno le había dado un gran impulso gracias a la explotación de las minas de los alrededores.

Surgió ante nosotros al caer el sol, en la última concavidad del valle, como un espejismo. A su alrededor se levaban las pronunciadas pendientes de las majestuosas montañas completamente negras por la nieve que las cubría.

Bajamos hasta el hotel Sindoz, testigo de antiguos fastos ya olvidados. En el salón de comidas, de recargada decoración, unos camareros con frac y actitud profesoral nos sirvieron despacio una frugal comida sobre vajillas blasonadas. No había muchos más clientes sentados a la mesa: tipos por lo general humildes, unos con jersey, otros con mono. Ninguno se dignó mirarnos.

A la mañana siguiente me levanté pronto y fui a despertar a Arrigo, que tenía un sueño profundo. Me quedé petrificado cuando me abrió la puerta una muchacha nada desagradable, cubierta solo por una toalla. Arrigo estaba aún bajo las sábanas. Aquel diablo de hombre, en un pueblo tan áspero... pues no había perdido el tiempo.

Nuestra experiencia como esquiadores se reducía al mínimo. Para subir no había más instalación que un rudimentario telesquí de unos trescientos metros. Pero lo peor era la nieve, pesada y pegajosa como nunca la había visto yo sobre los Alpes.

Arrigo estuvo de acuerdo conmigo en que saliéramos cuanto antes, a pesar de la muchacha. Por lo menos, nos sacaríamos la espinita.

Pero al volver de aquellos campos cubiertos de nieve negra no encontramos nuestro coche a las puertas del hotel. El portero nos dijo en inglés que se lo había llevado la policía.

En las dependencias de la policía, sin menoscabo de los buenos modales, nos explicaron que en Beorca se había producido un error. Un reglamento impedía a los extranjeros alquilar coches.

No había servicios públicos de transporte. Entonces, ¿cómo íbamos a volver? El problema —fue la respuesta— no era competencia de las autoridades administrativas.

Al vernos tan consternados —también en Belora queda algo de humanidad— uno de los oficiales del comando se ofreció a acompañarnos hasta la capital con su coche. Pero teníamos que esperar dos días. Cuando nos fijamos bien, vimos que era el tipo aquel tan raro que pilotaba la fantasmagórica furgoneta.

Escaso consuelo fueron en aquella espera las sucesivas experiencias sobre la tenebrosa nieve que cada vez nos parecía más viscosa e impracticable. Además, la muchacha no volvió a ver al ardiente Arrigo.

Durante el viaje desde Mehraklya a Beorca el siniestro oficial que iba al volante no dijo ni una palabra. Los asientos traseros eran incómodos y el coche avanzaba traqueteando a treinta kilómetros por hora apenas. Los hombros cargados del policia inspiraban melancolía.

Según llegamos a la capital el oficial abrió la boca. En su rudimentario alemán nos preguntó dónde queríamos que nos dejara. Respondimos: «En el hotel Eskurus, por favor».

Pero el Eskurus estaba cerrado. En las inmediaciones, dos días antes, se habían producido manifestaciones subversivas en la calle, razón por la cual se había decretado una especie de estado de emergencia, con el consiguiente cierre de todos los locales y establecimientos públicos. También los vuelos regulares estaban suspendidos... sine día.

La tierra de Belora nos quemaba bajo los pies. ¿Cómo íbamos a irnos de allí? En el tren, nos dijeron.

Pero... ¿cómo íbamos a entrar en la estación? En la plaza que había delante se celebraba, naturalmente, un importante mitin político. Allí se amontonaban miles y miles de ciudadanos emitiendo gritos y sonidos incomprensibles para nosotros.

Pero no era un mitin. Preguntando a unos y a otros Arrigo supo que la aglomeración era permanente: eran viajeros que esperaban al tren. Cada uno llevaba al cuello una medalla metálica con el número de turno. Antes de que pudiéramos impedirselo un funcionario nos la metió por la cabeza también a nosotros.

Pero ¿cuánto teníamos que esperar? Las voces eran discordes: había quien hablaba de unos días, otros decían que meses, algunos que años. Entretanto, sin que ninguno nos diéramos cuenta, tendieron una alambrada de espino a nuestro alrededor, para impedir el acceso a la estación de nuevos candidatos.

Nos dieron a todos una cosa para cubrirnos la cabeza y un rancho a base de tripas.

Poco después vino un funcionario de la aduana a controlar nuestro equipaje: los esquís los habíamos abandonado, quién sabe dónde.

Sobre la plaza comenzaba a caer una nieve negruzca: los aduaneros abrieron nuestras maletas allí mismo y se pusieron a revolverlo todo y a esparcir por el suelo nuestras ropas y objetos, que los presentes, arremolinados en torno a ellos, comenzaron a coger y a llevarse consigo. Pronto fueron todas nuestras pertenencias engullidas en silencio por la multitud. Ante las protestas de Arrigo los aduaneros no movieron ni una pestaña.

Después de seis días de calvario trabamos conocimiento con un profesor de idiomas que hablaba con fluidez inglés, turco y francés. Con gran franqueza y no sin cierta piedad nos desengañó de poder regresar a la patria. Belora, en realidad, no existía. La capital, Beorca, era pura apariencia. Los presuntos turistas, incluidos nosotros dos, no eran más que desgraciados sin salvación de todas las razas y países. De hecho, entre la multitud se encontraban algunos negros y mongoles. Aquello era el campo de concentración de todos los campos de concentración del mundo, y los guardias armados que lo controlaban no obedecían a ninguna autoridad en concreto: eran guardias, sin más. La culpa no era de nadie. El mundo era así.

Pero la esperanza se resiste a morir. Un día me di cuenta de que había por allí unos cuervos espiando nuestros avances que hablaban en italiano.

—¿Cómo? ¿Italianos por aquí? —pregunté—. Pero ¿los cuervos no son residentes? ¿De dónde venís?

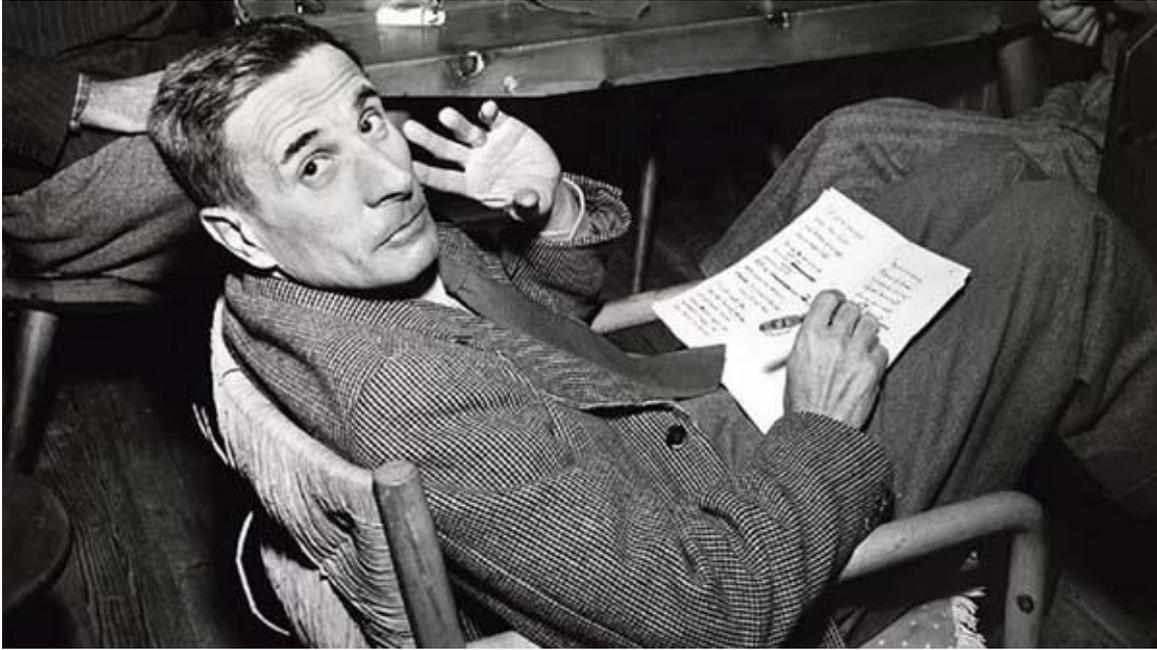
—Residentes, sí —respondió uno del grupo—. Vivimos en Valsesia, pero nos dijeron que los cuervos de aquí abajo hacen locuras por los italianos.

—Escucha, gentil ave, ¿me harías un favor?

—¿Llevar un mensaje a Italia? ¡La vieja historia! Aquí todos tienen algún mensaje que enviar... Bueno, de acuerdo. Por esta vez haré lo que esté en mi mano. Pero date prisa a escribirlo, porque estamos en posición de partida.

Este era el mensaje: «Venid a liberarnos, amigos. Dios os recompensará».

Corriere della Sera,
30 de agosto de 1967.



DINO BUZZATI nació en Belluno, en el Véneto, en 1906 y murió en Milán en 1972. Redactor y corresponsal del diario milanés *Corriere della Sera*, fue autor de novelas, cuentos y obras de teatro, escenógrafo y pintor. Su fama fue relativamente tardía e insuficiente para su calidad literaria abrumadora. Hoy sigue siendo descubierto fuera de Italia y es, para muchos, uno de los grandes escritores europeos del siglo xx. Se han destacado de su obra el estilo sobrio y los elementos enigmáticos y simbólicos y se han señalado las influencias surrealistas y de Kafka. Albert Camus fue lector y traductor de Buzzati. Ha sido comparado con Italo Calvino, con quien comparte el gusto por la fantasía alegórica. Entre sus obras más celebradas se suelen destacar *El desierto de los tártaros*, *Un amor*, *El secreto del Bosque Viejo* y algunos de sus cuentos.

Aunque Buzzati es un clásico que siempre ha sido reconocido por la crítica y por una considerable legión de seguidores, actualmente hay en España un claro movimiento de recuperación de su obra, con el apoyo inequívoco de la crítica.

Un amor es una obra que, por su tema y por su construcción, difiere sustancialmente del resto de las novelas de Buzzati, aunque tiene en común con ellas su gran calidad, un trasfondo de preocupación ética y, por momentos, una poesía, en los que reconocemos al Buzzati del resto de su obra. Novela de gran intensidad literaria, el argumento absorbe al lector desde la primera página. El escenario urbano es ya inusual en las novelas de Buzzati y cabe decir que la ciudad es uno de los protagonistas de la novela. El tema, el

amor, es también inusual en la obra de Buzzati, y es aún más llamativo el contenido erótico de la novela, que desempeña un importante papel en la misma, merced a un realismo que nos lleva a pensar en *Naná* de Zola. Lo audaz del enfoque y la sinceridad del autor en el reflejo de sus pasiones son valores que refuerzan esta obra, la más intensa de Buzzati. En ella se narra la historia de un enamoramiento, de una experiencia personal turbadora que absorbe a su protagonista, víctima de una pasión descarnada e inusitada que, en palabras de Achille Di Giacomo, Buzzati nos retrata «en su significado más intenso, implacable e inequívoco, propio del prelude de *Tristán* de Wagner». El realismo que eligió Buzzati para construir *Un amor*, inusual en él, se acompaña de un diálogo interior del protagonista que, como reflejo de su pasión desbordada, confiere auténtico nervio a la obra. Por esta vía, no obstante, Buzzati sorprende al impregnar la acción gradualmente de poesía y de reflexión a veces sublime, en torno a una suerte de amor que se diría alejado de esos ámbitos.

Cuando se publicó por primera vez en 1963, *Un amor* se convirtió rápidamente en uno de los primeros *best sellers* de la historia de Italia, comparable con otros éxitos fulgurantes de obras coetáneas como *El Gatopardo* de Lampedusa o el *Jardín de los Finzi Contini*, de Bassani. Esa aceptación por parte del público no ha cesado hasta hoy. Por parte de la crítica, la acogida de la novela reflejó inicialmente una menor unanimidad, quizás debido a que parte de ella reaccionó con algún desconcierto ante «este nuevo Buzzati» que, sin embargo, fue aplaudido por buena parte de los críticos. Hoy la novela es considerada como una de las obras maestras de Buzzati.

Notas

[1] *Croda* (pl. *crode*): en los Alpes dolomitas, punta rocosa de sección triangular con aristas limpias. (N. de la T.) <<

[2] *Medio siglo de alpinismo.* <<

[3] Tita Piaz, nacido en 1879, escaló por última vez la cima del Catinaccio el 10 de septiembre de 1947, a los sesenta y ocho años, y no a los setenta y ocho como erróneamente ha escrito Buzzati. El error (bien de tipografía o bien de cálculo) se ha corregido en el artículo siguiente, donde Piaz vuelve a tener sesenta y ocho años. (N. del E.) <<

[4] *El arte de escalar de Emilio Comici.* (N. de la T.) <<

[5] Soldado adiestrado en el tiro y en acciones rápidas perteneciente al cuerpo del mismo nombre, una rama de la infantería del ejército italiano instituida en 1836. (N. de la T.) <<

[6] «Ay, los chicos, ¡qué abajo están!» (N. de la T.) <<

[7] *Hombres del Cervino*. (N. de la T.) <<

[8] «Yo soy quien manda aquí». (N. de la T.) <<

[9] «Por cuestiones de personalidad y de amor propio que quizá un día yo debería revelar». (N. de la T.) <<

[10] Desgracia, Monte Enclenque, Punta de la Tribulación, Monte Maldito. (N. de la T.) <<

[11] *La montaña no ha querido.* (N. del T.) <<

[12] *Fuente de juventud.* (N. del T.) <<

[13] En realidad no se trata de Mauri, sino de De Francesch; Mauri era la pareja de Bonatti, como confirma el propio Buzzati a renglón seguido. (N. del E.) <<

[14] *Alpinismo italiano en el mundo.* (N. de la T.) <<

[15] Director del periódico, vicepresidente y vicesecretario general de la asociación, respectivamente (N. del A.) <<

[16] *Libro blanco al hilo de la coronación del K2.* (N. de la T.) <<

[17] Referencia a la «Oda al Cadore», del Nobel italiano Giosuè Carducci. (N. de la T.) <<

[18] *En el silencio de los montes.* (N. de la T.) <<